GUILLERMO DIAZ / PLAJA

tesoro breve de las letras hispánicas
volumen VI / mosaico español 1

LITERATURA VASCA

N.y C.

GUILLERMO DIAZ-PLAJA

TESORO BREVE DE LAS LETRAS HISPANICAS

SECCION CULTURA
Serie Historia de la Literatura

GUILLERMO DIAZ-PLAJA
De la Real Academia Española

TESORO BREVE DE LAS LETRAS HISPANICAS

SERIE MOSAICO ESPAÑOL I

TERCERA EDICION

LITERATURA VASCA

bajo la dirección
de fray LUIS VILLASANTE,
Presidente de la Academia
de la Lengua Vasca

NOVELAS Y CUENTOS

E. M. E. S. A. - MADRID - 14

Colección Novelas y Cuentos
Fundada en 1929 por José N. de Urgoiti
Segunda época
Director: José Luis Sastre
Edición: Magisterio Español, S. A.
C/. Quevedo, 1, 3 y 5, y Cervantes, 18. Madrid-14

Cubierta: Arjé
Copyright © 1972 by Guillermo Díaz-Plaja y Editorial Magisterio Español, S. A.
Depósito legal: M. 17.610-1981
I.S.B.N.: 84-265-7111-5
Printed in Spain
Imprime LAVEL
Pol. Ind. Los Llanos, nave 6. Humanes

SUMARIO

	Págs.
LA SERIE «MOSAICO ESPAÑOL»	11
LENGUA Y LITERATURA VASCA	15
Originalidad del caso vasco	15
Algunas características del vascuence	17
Extensión en tiempos pasados	18
Dialectos de la lengua vasca	18
Primeros textos escritos	19
Causas del retraso literario vasco	20
La Literatura Vasca: Períodos y evolución general	21
Los dialectos literarios	23
La coyuntura presente	23
La presente antología	25
I. LITERATURA POPULAR VASCA	28
El valor artístico en poesía popular	29
Figuras retóricas	36
Elegía	38
Poesía épica	42
Tema religioso	44
II. EL SIGLO XVI	46
Mosén Bernat Dechepare	46
«Linguae Vasconum Primitiae»	47
Saltarel	47
Juicio general	48
Coplas de casados	50
Amante oculto	51
Ioanes Leizarraga	52
Nuevo Testamento	53
III. EL SIGLO XVII	58
Joannes de Etcheverry	58
Manual devotionezcoa	59

	Págs.
Pedro de Axular	60
Después	60
Arnaldo Oihenart de Mauleón	75
Lamentación contra las musas en la muerte de su esposa	75
Rafael Micoleta	77
Diálogos	77
Juan de Tartas	80
Modo de bien morir	80
IV. El siglo XVIII	83
Pedro Ignacio de Barrutia	83
Acto para la Nochebuena	84
Daniel Patricio Meagher, S. J.	88
Versos al vino	88
Agustín de Basterrechea, S. J.	89
La Pasión de Nuestro Señor en versos vascongados	89
Xavier de Munibe	93
El borracho burlado	94
Sor Luisa de la Misericordia	95
Aguinaldos	96
Manuel de Larramendi, S. J.	98
El Imposible Vencido	99
Sebastián de Mendiburu, S. J.	104
Al lector	105
Agustín de Cardaberaz, S. J.	107
Buenas nuevas para el vascuence	108
Juan Antonio de Ubillos, O. F. M.	110
Prólogo	110
V. El siglo XIX	112
Juan Antonio de Moguel	113
Peru Abarka	114
Fray Pedro Antonio de Añibarro, O. F. M.	116
Libro manual	117
Juan Bautista Aguirre	119
Consejos para los que van a casarse	119
Las brujas	120
El vino y la borrachera	121
Fray Pedro de Astarloa, O. F. M.	122
De la dedicatoria al General don Francisco Longa y Anchía, héroe de las batallas de Vitoria y San Marcial	122
Sobre la murmuración	125
Fray Bartolomé de Santa Teresa, C. D.	127
Sermón para bien de padres e hijos	128

Págs.

Joaquín Lizarraga ... 130
Amenazas a los que no guardan los Diez Mandamientos ... 131
Juan Ignacio de Iztueta ... 131
A Concepción ... 132
Viejas danzas de Guipúzcoa ... 134
Agustín P. U. Iturriaga ... 137
Diálogos ... 138
Hay un Dios ... 139
Fábulas ... 141
Juan José Moguel ... 143
Escuela del campesino labrador ... 143
Vicenta Moguel ... 145
Fábulas nuevas ... 145
Francisco Ignacio de Lardizabal ... 147
Historia del Viejo y Nuevo Testamento. 148
Gregorio de Arrúe ... 149
Vida de Santa Genoveva de Brabante ... 150
José María Iparraguirre ... 153
Para mi amada ... 154
Mi regreso al país amado ... 154
El árbol de Guernica ... 155
Beato Valentín de Berrio-Ochoa ... 156
Carta ... 156
Indalecio Bizcarrondo Ureña ... 158
Dedicados en mi juventud a una dama. 159
Dedicados a una muchacha por un joven. 159
Ten compasión de mí ... 161
Eusebio Azcue ... 162
El mundo al desnudo ... 163
Marcelona Soroa Lasa ... 164
Nochebuena ... 165
En el huerto ... 167
Sabino de Arana y Goiri ... 169
Calendario vizcaíno ... 170
A Pablo Pedro de Astarloa ... 171
Eres hermosa ... 172

VI. La Literatura Vasco-Francesa del siglo XVIII al XX ... 173

Beñat Mardo ... 173
El cantar de Bernardo Mardo ... 173
Martín Larralde ... 174
La canción del galeote ... 174
Pierre Topet ... 175
La tortolica ... 176
Dos estrofas doloridas ... 176

	Págs.
María Solt y Kastero	179
Madre e hija	180
Juan Pedro Camoussarry	180
Mis pensamientos	181
Jean Oxalde	183
En la feria de Pamplona	183
Juan Bautista Elissamburu	185
María	187
Mi casa o el labrador	188
Fiesta de las cuatro comadres	189
Sueño final	190
El ciego de Solferino	190
Pierres Adame	191
Pierre Dibarrart	193
El ciego y el sastre	193
Jean Barbier	194
El Irrintzi	194
Jean Etchepare	195
El partido de pelota	196
Jules Moulier	198
La liebre y las ranas	198
VII. El siglo XX. Medio siglo de esfuerzos (1900-1950)	199
José Manuel de Echeitia	200
Josecho	201
El amado país natal	203
Domingo Aguirre	205
Kresala	206
Garoa	209
Pedro Miguel Urruzuno	212
Del País Vasco al Cielo	213
Evaristo Bustinza	218
Ramillas	219
Gregorio de Mugica	222
El cerdo del párroco	223
Miguel de Unamuno	224
¡Te saludo, árbol bendito!	226
Toribio Alzaga	227
El asador	228
Resurrección María de Azkue	230
Gramática Euskara	231
Simón, el hombre recto	232
Eulogio Bengoa, O. F. M.	234
Nuevas de China	235

Págs.

Juan Garbizu Salaverría ... 237
La travesía ... 237
Fermín Irigaray ... 238
El Día del Libro ... 239
Joannes d'Etcheberri ... 241
Emeterio Arrese ... 243
¡Madre! ... 243
José María de Aguirre ... 246
Paisaje de las estaciones ... 246
Canción del vasco viajero ... 248
Invitación al viaje ... 248
Flor silvestre ... 248
Lengua de universalidad ... 249
Por caminos de ensueño ... 249
Sublimación ... 249
Muerte de Xabiertxo ... 250
Duéleme el corazón ... 251
La cama ... 252
Gorrión parisiense ... 253
Bodegón viviente ... 254
Bodegón viviente ... 255
Joaquín de Bedoña, O. F. M. Cap. ... 257
¡Es que estaba ciego! ... 258
Esteban de Urquiaga ... 258
Al atardecer ... 259
Enrique Zubiri ... 259
En el mercado de San Juan de Pie de Puerto ... 260
Juan Antonio de Irazusta ... 262
Juan Ignacio ... 263
Severo Altube ... 265
Nuevas palabras vascas ... 266
Ignacio María Mancisidor, S. J. ... 267
Vida de Jesucristo ... 268
Nicolás Ormaechea ... 270
El Cura Santa Cruz ... 272
Fe pura ... 273
Música callada ... 275
Los vascos ... 277

VIII. La época actual (1949-1969) ... 285

Salvador Michelena ... 286
Afán de lejanías ... 287
Aránzazu ... 288
Unamuno y el espíritu de la raza ... 292
Pierre Narbaitz ... 294
Las reflexiones de Catalina ... 294

	Págs.
Santiago Onaindía	298
Nuestros bersolaris	298
Nemesio Echániz	300
El molino de la cabeza	300
No es de ayer	302
Xavier Diharce, O. S. B.	303
Yo quería	303
Plegaria	304
En el océano	305
En el mundo pasó	306
Joaquín Zaitegui	306
En el umbral de la casa de Platón	307
Parres Larzabal	308
Ocurrido en St.-Pée	309
Bordaxuri	312
José Luis Alvarez Emparanza	313
El diario secreto de Leturia	314
José Antonio Loidi	316
Quince días en Urgain	316
Eusebio Erquiaga	318
El Caballero Araibar	318
José Ramón Zubillaga	321
Revoltijo	322
Sebastián Salaverría	323
Seguramente fui yo el que disparé los tiros	324
Juliana Azpeitia	326
En el regazo de la abuela	327
Antonio María Labayen	329
Domenjón de Andía	330
Pierre Lafitte	335
En busca de la felicidad	335
Juan Echaide	336
El odio erigido en ley	336
Victoriano Gandiaga, O. F. M.	341
Espino	341
M. Labeguerie	343
A Oxobi	344
Gabriel Aresti	344
Piedra y pueblo	345
A un profeta	346
Javier Lete	348
De día a día en la rueda de las horas	348
Ricardo Arregui	350
El problema lingüístico en el Tercer Mundo	351

LA SERIE «MOSAICO ESPAÑOL»

Con la publicación de este volumen, la segunda flotilla de navíos ligeros que constituye el «Mosaico Español» del «Tesoro Breve de las Letras Hispánicas» entra en navegación. La primera, que agrupa textos castellanos de literatura peninsular, ha caminado buenas singladuras —varias reediciones— y es bien conocida de nuestro lector. La segunda, en cambio, necesita de algún cabo señalero que explique la intención del empeño.

Con el título de «Mosaico Español», en efecto, se abre un ángulo distinto a la óptica general de nuestras antologías. Cinco volúmenes van a dar cabida a expresiones españolas que, en su origen, no utilizaron la lengua castellana. Son, pues, testimonio vivo de España como diversidad. Su presentación, en una serie didáctica y popular, corresponde al empeño de no falsificar —o mutilar— la representación de nuestro patrimonio cultural, reduciéndolo a un solo vehículo lingüístico. Por razones históricas y geopolíticas, en efecto, sobre la Piel de Toro que nos sustenta, gentes diversas han hablado diferentes lenguas, y han ofrecido, en ellas, muestras de hermosura literaria. Bajo la planta dominadora de Roma floreció hace dos mil años, un decir ibérico expresado en latín. Bajo el estandarte del Islam, hace trece siglos, empezó a producirse una importante literatura en lengua árabe, flanqueada en lengua hebrea por otra importante comunidad cultural. Ambas vivieron y ambas se

enraizaron aquí hasta el siglo XV. Son, pues, parte integrante del espíritu español dentro de una visión abarcadora de lo hispánico.

Otras tres formas expresivas, en lenguas distintas del castellano, se nos han aparecido con posterioridad, si bien en el caso del vascuence, la prioridad en el tiempo de esta lengua anterior a Roma, es incontestable. No así, la primacía en la expresión literaria que, de cualquier modo, exige que antepongamos el tomo de «Literatura Vascuence» a las otras, correspondientes a la «Literatura Catalana» y a la «Literatura Gallega». Así, por razones didácticas, en este orden irán apareciendo los tres primeros volúmenes de este «Mosaico Español» que será completado, en su día, por la presencia de la expresividad española en latín y en lenguas orientales. Y quedará concluso nuestro panorama, con la edición, en otros cinco volúmenes —nuestra tercera flotilla— que incluirán la expresión literaria de Hispanoamérica.

Creemos que un panorama de pareja amplitud no había sido presentado nunca a nuestros educadores y a nuestros estudiosos. Pero, ¿podía prolongarse más, decentemente, la visión parcializada de nuestra cultura? ¿Puede admitirse, a estas alturas, la ignorancia realmente penosa en que españoles de discreta preparación se enfrentan con lo que es un admirable enriquecimiento del patrimonio común? ¿Y no es todavía más sensible que, en la actual intercomunicación de nuestro mundo, el desconocimiento de nuestros valores tenga como excusa —en lo que se refiere al catalán y gallego— la frontera idiomática? Es, ciertamente, más sensible comprobar que, en este terreno, hemos retrocedido, y que hace sesenta años existía un mayor trasiego cultural entre gallegos, castellanos, catalanes, portugueses e hispanoamericanos que hoy mismo. Al empezar el siglo, por ejemplo, don Miguel de Unamuno, hacía compatible su mística

de Castilla con la obligación moral de las gentes cultas españolas de leer textos en catalán y en gallego, luchando contra la tremenda tradición (y aun conformación psíquica) del castellano monolingüe. En cualquier caso, no va a ser este el problema que esterilice el esfuerzo en este caso. Nuestros volúmenes «Mosaico Español» van a ofrecer la versión castellana de las obras respectivas, prescindiendo de los textos originales.

Esta decisión ha sido tomada después de una larga meditación, y partiendo de la plena conciencia de que la ausencia de dicho material primígeno es, en cierto modo, una traición a su autenticidad. Intentaré, sin embargo, justificar nuestra decisión editorial, apoyándome en los siguientes puntos:

1.º Estos volúmenes tienen, en primer lugar, una misión didáctica e informativa. Cuanta mayor sea la cantidad de textos aportados, mayor riqueza y poder de convicción podrá tener el panorama que presentamos. Poner a doble página ambos textos significa dejar reducido a su mitad el valor de esta Antología.

2.º La edición en dos idiomas es más interesante al filólogo o erudito y exige una mayor fijeza en ambos textos, el original y el traducido, con más complicaciones en la corrección de los mismos. Nuestro deseo es que el acceso a la expresión original sea una consecuencia posterior de la curiosidad despertada por esta mano tendida a todos que es la expresión vernácula traducida al castellano.

3.º Por otra parte, afortunadamente, empiezan a prolificar ediciones bilingües, que permiten alternar las lecturas y saborear sus juegos idiomáticos.

4.º Nuestro propósito es, pues, de descubrimiento y de incitación. De hacer llegar a las gentes de habla castellana —cis-atlántica y tras-atlántica—, la existencia de unas espiritualidades hispánicas que,

con otros vehículos expresivos, pertenecen a nuestra misma familia espiritual.

Y es con estas esperanzadas palabras, con las que izamos la bandera verde de la despedida, con deseo de buena navegación, al primer navío de «Segunda flotilla» de nuestro «Tesoro Breve de las Letras Hispánicas».

* * *

El honor y la responsabilidad de esta antología de traducciones castellanas de textos vascuences, corresponde a un grupo de ilustres escritores, al frente de los cuales figura el prestigioso filólogo y erudito fray Luis Villasante, Presidente de la Academia de la Lengua Vasca.

Sin su admirable espíritu de trabajo, y sin la entusiasta aportación de sus colaboradores, nuestro propósito editorial hubiera quedado malogrado.

Haciéndolo constar, hago pública la gratitud de «El Magisterio Español, S. A.» y expreso, también, complacido, mi personal agradecimiento.

GUILLERMO DIAZ-PLAJA
De la Real Academia Española

LENGUA Y LITERATURA VASCA

ORIGINALIDAD DEL CASO VASCO

En el conjunto de las lenguas peninsulares, el vasco, euskara o vascuence, constituye un caso aparte, de características muy particulares, por cuanto se trata de la única lengua pre-romana y aun pre-aria que milagrosamente ha logrado sobrevivir hasta nuestros días. Como el vascuence pudo escapar al naufragio general de las lenguas aborígenes de España que se produjo durante la dominación romana, es algo que tal vez no se ha llegado a explicar satisfactoriamente. Se ha invocado la configuración montañosa del país, la ausencia de ciudades importantes y de centros de cultura, su economía más bien pobre, que no excitaba particulares apetencias de los colonizadores; no obstante, se sabe que dentro del país hubo florecientes colonias romanas y que por él pasaban vías de importancia. El influjo latino en el país y en la misma lengua vasca ha sido, sin duda, importante, y no se limitó sólo a préstamos lexicales. Hay quien ha atribuido también el milagro de la superviviencia de la lengua vasca a la facilidad de adaptación y asimilación de elementos nuevos que ésta demostró, capacitándose de ese modo para la expresión de nuevos matices cuya necesidad sintió al entrar en contacto con el área del latín y de las lenguas romances, evolucionando incluso en un sentido de acercamiento a dichas lenguas. René Lafon ha estudiado esta evolución por lo que al sistema del verbo vasco se refiere (1).

---

(1) RENÉ LAFON: *Le Système du verbe basque au XVI^e siècle*", 2 vols., Publications de l'Université de Bordeaux, 1943.

De todos modos, ahí está el hecho: el vascuence ha sobrevivido hasta hoy y ha convivido en suelo español y en parte del actual territorio francés con el latín y con diversas lenguas o dialectos romances.

Sobre el origen o filiación genética de la lengua vasca se ha escrito mucho y aún se seguirá escribiendo, sin duda, pero hasta la fecha no se ha conseguido englobarla dentro de las grandes familias lingüísticas conocidas: indoeuropeas, semíticas, etc. Sigue siendo considerada como lengua isla. En otras épocas (aun en la nuestra sigue teniendo adeptos) ha conocido mucha boga la hipótesis vasco-iberista, sustentada por el sabio prusiano Guillermo de Humboldt, que visitó el país a fines del siglo XVIII. Según esta teoría, el vasco sería una supervivencia del antiguo ibero o lengua ibérica, aunque evolucionado: sería el ibero moderno, descendiente directo y legítimo de esta lengua primitiva de España. Otros han pretendido ver en las lenguas del Cáucaso la fuente o ascendiente troncal del vasco. Otros se han fijado en las lenguas africanas o en el burushaski del Pakistán, etc. Ultimamente el doctor Löpelmann ha sostenido que el fondo vasco es netamente africano. El vasco sería el único idioma aglutinante de Europa (2). Pero hasta ahora no puede decirse que se haya despejado la incógnita.

Un hecho puede darse por demostrado, a saber, que el vasco es no solamente lengua pre-romana, sino también pre-aria. Don Antonio Tovar ha podido escribir: «En el territorio vasco, gracias a la lengua, se nos descubre el estrato primitivo que fue recubierto por las invasiones indoeuropeas hace unos tres mil años» (3).

Pero si al vasco no se le han conocido hasta la fecha parientes genealógicos, puede hablarse sin embargo de parentesco por vecindad. Parientes suyos en este sentido son las lenguas con las que ha vivido en contacto multisecular. Entre éstas destacan la lengua latina y sus derivadas románicas, singularmente el castellano, que han influido considerablemente en él.

---

(2) LÖPELMANN: *Wörterbuch der baskischen Sprache*, Berlín.

(3) A. TOVAR: *El Euskera y sus parientes*. Ediciones Minotauro. Madrid, 1959, p. 6.

ALGUNAS CARACTERISTICAS DEL VASCUENCE

No vamos a hacer aquí una descripción, ni siquiera somera, de la estructura interna de la lengua. Unicamente para que el lector no iniciado tenga una idea, diremos que el vasco es una lengua de sufijación, es decir, rica en sufijos; a veces varios de dichos sufijos pueden acumularse en la misma palabra, indicando por su medio multitud de matices. En cambio, es pobre en prefijos. La forma normal del verbo es perifrástica. Si bien los gramáticos tienen a gala presentar gran lujo de flexiones, en la boca de los rústicos es mucho más simple (4). Los verbos fuertes son muy contados. No existe género gramatical. Hay una sola declinación, bajo forma doble, definida e indefinida. Substantivo, adjetivo, formas verbales, pronombres e incluso ciertos adverbios pueden declinarse. La sintaxis constituye la mayor dificultad para el que quiere aprender la lengua, pues el orden de la frase es con frecuencia exactamente el inverso del que se emplea en castellano o francés. Véase a modo de espécimen el siguiente pasaje tomado de la novela «Garoa», de Domingo Aguirre. Describe el forcejeo o discusión de dos comadres que quieren ajustar las condiciones del matrimonio de sus hijos: «Eziñeike, badezakezu, eztaukagula, badezutela, eztanean ezta, nai danean al da»=*no puedo, sí puedes, que no tenemos, que sí tenéis, cuando no hay no hay, cuando se quiere se puede» (Capítulo III). O el siguiente verso del primer poeta vasco, Dechepare, que cita el mismo Lacombe:*

> «Andren gaitz erraile orok behar luke pensatu
> bera eta bertze oro nontik ginaden sorthu»,

que traducido en el orden del original, sería así: «De mujeres maldiciente todo debería pensar, él mismo y otros todos de dónde nacimos»; lo cual, puesto en buen castellano, quiere decir: «Todo el que habla mal de las mujeres debería pensar de dónde nacimos, tanto él como todos los demás.»

---

(4) G. LACOMBE: "Basque", en *Les Langues du monde.*

EXTENSION EN TIEMPOS PASADOS

Acerca de la extensión y situación de la lengua vasca en tiempos pasados, tal vez se tiende a simplificar excesivamente los hechos al imaginarse que esta lengua ha conocido un lento pero incesante proceso de retirada a fronteras cada vez más angostas. Es altamente probable que en la época romana el vasco llegó a estar en estado crítico, tal vez próximo a su extinción. Al desaparecer el Imperio y su unidad política, debió de conocer un nuevo resurgir y fortalecimiento, recubriendo áreas antes romanizadas. En la época de la Reconquista, por efecto de las migraciones de pueblos, llegó a alcanzar tal vez su máxima área de extensión (parte de Castilla la Vieja, Huesca, etcétera), para irse luego nuevamente reduciendo, acosado por el influjo y prestigio de la lengua oficial castellana. Es un hecho, por otra parte, que el vascuence no ha conseguido ser la lengua de todo el País vasco histórico, habiéndole el romance disputado grandes zonas desde antiguo (Ribera navarra, Rioja alavesa, Romanzado, Encartaciones vizcaínas). La pérdida del vasco en la llanada de Vitoria y zona media navarra data, respectivamente, del siglo XVIII y XIX (5).

DIALECTOS DE LA LENGUA VASCA

La lengua vasca, dentro de su homogeneidad o unidad fundamental indiscutible, presenta el conocido fenómeno de la parcelación o disgregación dialectal. El hecho es, por otra parte, normal y propio de toda lengua viva. O sea, que aun dentro del reducido territorio en que se habla el vascuence, éste no es uniforme, sino que se divide en variedades (dialectos y subdialectos), más o menos diferenciadas. Aunque teóricamente se habla de dialectos a los que se asigna un área o territorio consabido, tal vez fuera más exacto hablar de líneas de isoglosas que se entrecruzan inextricablemente sobre el territorio. La

(5) Sobre estas incidencias de la historia de la lengua vasca, su extensión, regresión, etc., puede verse *Geografía Histórica de la lengua vasca*, por varios autores. Colección Auñamendi, Zarauz, 1960.

falta de un Atlas lingüístico y de estudios monográficos de las hablas locales (al menos en cantidad suficiente) dificulta el conocimiento exacto de este complejo fenómeno.

El primero que intentó y llevó a cabo una clasificación científica de los llamados dialectos de la lengua vasca hablada fue el Príncipe Luis Luciano Bonaparte, quien después de múltiples viajes y consultas, trazó su célebre Mapa lingüístico (año 1871). Según esta clasificación bonapartiana, el vascuence se dividiría en ocho dialectos, que son el Vizcaíno, el Guipuzcoano, el Labortano, el Suletino, el Alto Navarro Septentrional, Alto Navarro Meridional, Bajo Navarro Oriental y Bajo Navarro Occidental. Posteriormente, Resurrección María de Azkue modificó algún tanto esta clasificación, hablando de un solo dialecto alto navarro y un solo bajo navarro y erigiendo el roncalés (hoy prácticamente extinto) en dialecto independiente. Ultimamente, don Luis Michelena erige también en dialecto independiente el que un día se habló en Alava y que los lingüistas anteriores consideraron como parte del Vizcaíno. El lo llama «Dialecto vasco meridional» (6). Ya se ve, por esta misma variedad de clasificaciones, que en ellas juega su parte la apreciación o estimativa personal. Ocioso es decir que estos dialectos no coinciden, del todo al menos, con los límites de las circunscripciones políticas de las que reciben el nombre. Así el Vizcaíno irrumpe también en Alava y en Guipúzcoa; el Guipuzcoano en una franja de Navarra; el Alto Navarro en otra de Guipúzcoa; el Labortano penetra en Navarra; el Bajo Navarro en Labort y en parte de la Alta Navarra, etc.

PRIMEROS TEXTOS ESCRITOS

Aparte de algunos nombres de inconfundible aire vasco que figuran en inscripciones aquitanas de la época romana, se señalan como los textos vascos más antiguos dos breves glosas del siglo X, llamadas «Glosas Emilianenses» (del Monasterio de San Millán de la Cogolla).

(6) L. MICHELENA: *Fonética Histórica Vasca.* San Sebastián, 1961, p. 42.

En el siglo XII, el peregrino jacobeo Aymeri Picaud inserta un corto vocabulario vasco en el libro que compuso para ayuda de los peregrinos. La documentación medieval es más abundante de lo que comúnmente se cree, como ha dicho Michelena, pero consiste sobre todo en topónimos y otras voces vascas que se contienen en Cartularios, documentos de monasterios, etc.

«Los monumentos literarios más antiguos del euskera son fragmentos de cantares referentes a hechos ocurridos en los siglos XIV y sobre todo XV que nos han sido transmitidos por historiadores del XVI y XVII» (7). Son fragmentos cortos e incompletos y su texto en algunos casos dista de estar bien fijado. Aluden a sucesos de las guerras de bandos que asolaron el país a fines de la Edad Media, y temas similares.

La literatura escrita propiamente dicha, o sea, la composición de libros en vasco, se inicia a mediados del siglo XVI con el libro de poesías de Bernat Dechepare, titulado «Linguae Vasconum Primitiae», impreso en Burdeos en 1545. O sea, en fecha relativamente tardía. Y aun después de este debut, sólo de tarde en tarde y como a cuenta-gotas irán apareciendo los libros escritos en vasco.

CAUSAS DEL RETRASO LITERARIO VASCO

Si quisiéramos examinar cuál fue la causa de este tardío y lento despertar literario, habría que señalar en primer lugar el mismo carácter original del vascuence. Este idioma se hacía irreductible a los patrones de las lenguas sabias y cultivadas del contorno. Ello influía, sin duda, en que los mismos cultos del país vagamente lo conceptuaran como incapaz de cultivo literario. Este prejuicio está claramente expresado por el primer poeta Dechepare. Los cultos del país recibían su instrucción y formación en lenguas radicalmente distintas del vascuence; y aunque por nacimiento y trato social conocieran este idioma, pero lo reputaban como algo inferior o refractario a todo cultivo. El hecho, por otra parte, no tiene nada de

(7) L. MICHELENA: *Historia de la Literatura Vasca.* Madrid, 1960, p. 40.

sorprendente, y se ha dado en casi todos los pueblos que han vivido en circunstancias similares.

De todos modos, de aquí surgía una cierta disociación que secularmente ha existido en el país entre los cultos y el pueblo. Las masas populares han sido las conservadoras y transmisoras del idioma, con su bagaje de literatura popular. Los cultos, en cambio, educados en lenguas que gozaban del prestigio de sabias, oficiales, etc., han vuelto la espalda al vasco durante mucho tiempo.

El elemento eclesiástico fue con mucho el primero —y por largo tiempo casi el único— que empezó a prestar atención al vascuence y a su cultivo literario, siquiera fuera por razones de apostolado, instrucción religiosa del pueblo, etc. El Concilio de Trento —Concilio altamente pastoral— urgió la predicación y la redacción de Catecismos en las lenguas vernáculas. El cumplimiento de estos deberes obligaba al sacerdote a prestar su atención refleja a esta lengua. Así vemos que son casi exclusivamente eclesiásticos los primeros escritores, y que la literatura antigua es casi toda religiosa. Poco a poco, y conforme avanza el tiempo, se va incrementando entre los cultos el despertar de la conciencia respecto al valor de la propia lengua y a sus posibilidades para convertirse en vehículo de una auténtica cultura y literatura.

Paralelamente a esta literatura que podemos llamar de los libros, existe la literatura oral, popular, o sea, la que se da espontáneamente en los medios populares, y que por esa disociación entre los cultos y el pueblo, a que antes hemos hecho referencia, tampoco ha sido tomada en consideración hasta muy tarde. Refranes, cuentos, cantares, romances, los bersolaris o improvisadores populares, son otros tantos capítulos o apartados de esta literatura popular.

LA LITERATURA VASCA: PERIODOS Y EVOLUCION GENERAL

Un poco convencionalmente, la literatura vasca escrita puede ser dividida en tres períodos: el primero abarca desde los comienzos hasta el P. Larramendi; el segundo desde el P. Larramendi hasta 1880; el tercero es el período contemporáneo, que se inaugura hacia 1880.

El primer período, o de la literatura antigua, tiene su centro de florecimiento en la Vasconia francesa, aunque esporádicamente se dan también algunas producciones a este lado del país. Entre los traductores, poetas y prosistas de esta época sobresalen Dechepare, Leizarraga, Joannes d'Etcheberri, Gazteluzar, Oihenart, y sobre todo Pedro de Axular, autor de la obra ascética «Gero» (1643).

La segunda época está caracterizada por el impulso dado a las letras vascas a partir de la obra del P. Manuel de Larramendi (1690-1766). Este jesuita guipuzcoano, apologista, polemista, gramático y lexicógrafo, todo en una pieza, supo con sus escritos atraer la atención de los cultos del país hacia el euskera. Sobre todo en Guipúzcoa y Vizcaya, en la segunda mitad del siglo XVIII y a lo largo del XIX, surgen autores vascos en relativa abundancia (mientras tanto la Vasconia francesa, menos afectada por el influjo del P. Larramendi, prosigue su tradición peculiar). Cardaberaz, Mendiburu, Moguel, Añibarro, Iturriaga, Iztueta, etc., son algunos de los autores más representativos de esta segunda época.

Hacia 1880, en fin, coincidiendo con la terminación de la última guerra carlista y la abolición del régimen foral, se generaliza en el país un despertar literario; la inquietud y preocupación por la salvación del viejo euskera se va haciendo más palpable y sensible. Se multiplican los certámenes literarios, se crean revistas, se incrementan las ediciones. Primero San Sebastián, y después Bilbao, vienen a ser los centros de este movimiento (sin contar el que paralelamente tiene lugar en la Vasconia francesa). El aprecio hacia la lengua del país se hace más general entre los cultos. Los cultivadores de ésta se proponen metas cada vez más ambiciosas.

En cuanto a las corrientes, géneros y estilos que se han dado en esta literatura, ocioso es decir que son poco más o menos los mismos que se observan en la cultura o literatura occidental, aunque por lo general han llegado a nosotros con cierto retraso o se han dejado a veces sentir muy débilmente, dada la menor intensidad del cultivo literario y las características peculiares del público para el que se escribían las obras. Hay que advertir, además, que gran parte de la literatura en lengua vasca (especialmente antigua) no tiene pretensiones propiamente litera-

rias, sino que obedece a finalidades puramente prácticas; lo cual no obsta para que dichas obras, como testigos o maestros de lengua, posean un valor realmente alto.

LOS DIALECTOS LITERARIOS

La literatura vasca escrita no ha llegado a crear, hasta la fecha, ese instrumento de civilización que se llama la lengua literaria, o sea, esa forma o tipo de lengua normalizada y fijada que se emplea a la hora de escribir. A falta de ello, ha habido y sigue habiendo los dialectos literarios, especie de lenguas literarias en ciernes. Dichos dialectos son el Labortano (en el país vascofrancés), el Guipuzcoano y el Vizcaíno, y en menor grado el Suletino. Esta tradición literaria pluralista es consecuencia de hechos históricos, y se explica en parte por la incomunicación en que han vivido las diversas regiones vascas, así como también por el vivo sentimiento que el vasco ha tenido de la dignidad de su propia provincia y dialecto. Hoy, con todo, se tiende a crear el vasco común por encima de los dialectos particulares. Para llevar a buen éxito esta empresa, el vasco —además de escritores, poetas y literatos, que no le han faltado— necesita de hombres como Pompeu Fabra, gramáticos y ordenancistas, que establezcan las normas para llegar a una manera uniforme en el uso escrito.

LA COYUNTURA PRESENTE

Difícil es hacer un diagnóstico del estado actual de la lengua. Por una parte, ésta se ve acorralada más que nunca por la presión de la lengua oficial (española y francesa) que tiene a su favor el monopolio de la instrucción pública, de los medios de comunicación, etc. La densidad de la población vasco-hablante es sensiblemente reducida (¿algo más de medio millón?). En realidad no existen estadísticas y los cálculos son difíciles de hacer. Un estudio estadístico sobre la situación del euskera en la actual sociedad vasca, grado de arraigo, vitalidad, etc., lo tiene encargado la Academia a una entidad especializada en esta clase de trabajos.

Las dificultades que una lengua genéticamente aislada y hablada por pocos sujetos, literariamente poco cultivada y no unificada en el uso escrito; las dificultades que una tal lengua experimenta para servir de vehículo a toda la compleja problemática de un pueblo abierto a la moderna civilización urbana e industrial, no son ilusorias, sino bien reales. Estas dificultades no hacen sino agravarse por la tendencia purista que se niega a la adopción de todo préstamo (aunque hay que decir que esta tendencia va amainando). El cultivo literario no ha conseguido hasta la fecha frenar o evitar la pérdida o retroceso de la lengua. Al estar el vasco excluido de la escuela, la literatura vasca tropieza con enormes dificultades para abrirse paso, pues los vasco-hablantes en su inmensa mayoría son analfabetos en su propia lengua (ya que sólo aprenden a leer y escribir en castellano). Situación dolorosa e injusta, que debería ser replanteada y resuelta a la luz de los principios cristianos y de la sana pedagogía y del derecho natural. Sobre el problema de la enseñanza primaria y el vascuence en Guipúzcoa, ahora puede consultarse el notable trabajo estadístico recientemente aparecido: José Antonio Aguirre Elustondo, «Así está la enseñanza primaria. Hablan los maestros. Informa Gaur», San Sebastián, 1969. Este informe revela la realidad de una conciencia cada vez más vivamente sentida respecto al papel que la escuela debería jugar en este punto, estando al servicio de los valores nativos.

Por otra parte, en otros aspectos la situación ha evolucionado a favor del vascuence. Si en otro tiempo los cultos sentían desdén por esta lengua, ahora es todo lo contrario. El cultivo literario es cada día más intenso y su influjo llega a zonas más amplias, aunque por las razones dichas este influjo sea limitado. La élite aprecia cada vez más el vasco y este hecho contribuye a dignificarlo a los ojos del pueblo. La Academia de la Lengua Vasca (fundada en 1918) trabaja por llegar a la constitución de un tipo de lengua unificada para la enseñanza y para los usos escritos.

La multiplicación de escuelas o «ikastolas» sostenidas por la iniciativa privada con el único fin de transmitir a las nuevas generaciones este precioso legado de nuestros mayores es otra prueba palpable y conmovedora de la preocupación que siente el país en este sentido. Preocu-

pación que —repetimos— debería ser atendida. Con ello se cerraría la puerta a resentimientos que nacen del actual estado de cosas.

La Iglesia, al admitir el vascuence como lengua litúrgica, ha venido también a dar una inyección no despreciable a la vida de esta lengua.

LA PRESENTE ANTOLOGIA

Cuando el señor Guillermo Díaz Plaja amablemente requirió nuestro concurso para preparar un volumen sobre literatura vasca, que debía figurar en el «Tesoro Breve de las Letras Hispánicas», ni por un momento titubeamos en prestar nuestra colaboración al proyecto. Era preciso hacer algo —como decía el señor Díaz Plaja— para contribuir a desterrar la terrible ignorancia que en España existe respecto a las literaturas que no sean de expresión castellana. Muy cierta la existencia de esta ignorancia; y en el caso vasco es ésta aún mayor que en el de las otras lenguas regionales. Por ello hemos preparado con ilusión este volumen, en el que pretendemos ofrecer una idea bastante completa de la literatura en lengua vasca, su evolución, etc., haciendo desfilar ante los ojos del lector los principales autores y obras, con trozos selectos de los mismos, siempre en su versión castellana. Por razón de unidad de lengua, no era posible prescindir de la literatura vascofrancesa; la hemos incluido, en efecto; pero con más extensión y detalle se expone la del país vasco-español. Bien que ni una ni otra está tratada en plan exhaustivo, como es obvio.

He aquí los nombres de los que han participado en la preparación del volumen, con indicación de las secciones que corresponden a cada uno:

Señor Ibon Sarasola: siglos XVI y XVII.

Don José María Satrústegui, Pbro.: Literatura Popular.

M. Jean Haritschelhar: literatura vascofrancesa en los siglos XVIII-XIX y primera mitad del XX.

El señor Antonio Labayen ha preparado el estudio correspondiente al poeta vascofrancés Elissamburu y aportado elementos para la sección dedicada a los poetas Lizardi y Orixe.

Todos los señores son miembros de la Academia de la Lengua Vasca y especialistas en el ramo que se les ha asignado.

El resto del trabajo ha corrido a cuenta nuestra.

Quiera Dios que esta publicación sirva efectivamente para extender la noticia y el aprecio de este valor de la patria, que es la lengua vasca, cuya pérdida a todos empobrecería y a nadie beneficiaría. La literatura vasca, dentro de sus modestas dimensiones, no carece de obras originales y bellas, como podrá apreciarlo —creemos— el que recorra esta galería. Nunca hay que olvidar que lo que nosotros ofrecemos no son los textos originales, sino traducciones de los mismos, en que por fuerza se esfuma mucho de la belleza o valor literario original. Las traducciones, en la mayor parte de los casos, han sido hechas expresamente para esta Antología; cuando de algún trozo existían traducciones hechas anteriormente, las hemos aprovechado, indicándolo en cada caso.

Aránzazu, 15 de julio de 1969.

Fr. Luis Villasante, O. F. M.

BIBLIOGRAFIA COMPLEMENTARIA

MICHELENA, Luis: «Historia de la Literatura Vasca», Ediciones Minotauro, Madrid, 1960; Id., «Textos Arcaicos Vascos», Ed. Minotauro, Madrid, 1964; Id., «Sobre el pasado de la Lengua Vasca», Zarauz, 1964.

VILLASANTE, Luis: «Historia de la Literatura Vasca», Bilbao, 1961.

IDEM: Volumen dedicado a Literatura, en la Enciclopedia General Ilustrada del País Vasco. Editorial Auñamendi, San Sebastián, 1969.

ONAINDÍA, Santiago: «Milla Euskal Olerki Eder» (=Antología poética), Amorebieta, 1954.

ECHENAGUSÍA, Carmelo: «Euskal Idazleen Lorategia» (=Antología de prosistas), San Sebastián, 1969.

TOVAR, Antonio: «La lengua vasca», San Sebastián, 1950.

LECUONA, Manuel: «Literatura oral vasca», Zarauz, 1965.

BARANDIARÁN y colaboradores: «El mundo en la mente popular vasca», 4 vols., Zarauz, 1960.

LABAYEN, Antonio: «Teatro Euskaro. Notas para una historia del arte dramático vasco», 2 vols. Zarauz, 1965.

VILLASANTE, Luis: «Crestomatía» (formando parte de la obra «Euskera», del P. Ignacio Omaechevarría, Zarauz, 1959).

IRIGARAY, Angel: «Esbozo bio-bibliográfico de Literatura éuscara profana (del siglo XV al XX), en «Príncipe de Viana», 1965, pp. 133-159.

P. LAFITTE-JEAN BARBIER: «Fantasía y Realidad. Selección literaria vasca», Colección Auñamendi, San Sebastián, 1967.

Para conocer la literatura vasca de carácter popular, especialmente los *bersolaris*, es indispensable la colección «Auspoa», que se edita en Tolosa, Plaza de Santa María, 2.

I

LITERATURA POPULAR VASCA

Por JOSÉ MARÍA SATRÚSTEGUI

El capítulo de la literatura popular tendría que ser lógicamente el más voluminoso de la historia de las letras vascas. Es preciso tener en cuenta que hasta hace muy pocos siglos —prácticamente hasta el siglo XVI— ha sido la única parcela cultivada por la musa de un pueblo, muchas veces milenario. Nuestra cultura no conocía otro vehículo que el de la transmisión oral. Sin embargo la realidad es otra. El testimonio legado por nuestros antepasados resulta, más bien, exigüo. Si al menos fuera el más representativo pudiéramos darnos por satisfechos.

Efectivamente, el fenómeno de erosión que se da en cualquier orden de cosas resulta especialmente corrosivo en el terreno movedizo de la transmisión oral. Ya el gran folklorista Azkue puso el dedo sobre la llaga, cuando dijo taxativamente estas palabras: «Los que nos hemos dedicado a la ímproba labor de recoger inspiraciones líricas poético musicales del pueblo, hemos visto que más que a una decadencia asistimos a un ocaso. Cincuenta años más tarde sin esta labor, nos habrían envuelto en una tenebrosa noche, sin más estrellas que las tres o cuatro docenas de composiciones hasta ahora publicadas». Añadamos la incontrastable influencia de los modernos medios de comunicación social y la situación de este género literario resulta todavía más dramática.

El valioso acervo de que disponemos en el país vasco se debe, en su mayor parte, al tesón de unos hombres esforzados con visión meridiana de su propia coyuntura histórica. «Entre mi caro amigo y hábil colega Fr. José Antonio (P. Donostia), dice Azkue, hemos presentado a concurso más de dos mil cuatrocientas melodías popula-

res, sin contar sus variantes, habiéndoseme asegurado que son pocas las canciones de una colección repetidas en la otra.»

Sin darnos cuenta vamos ya reduciendo los límites de este estudio a la poesía popular. Y es que de las diversas manifestaciones del arte, la canción es quizá la expresión de más valor étnico y sicológico de un pueblo.

Digamos, finalmente, que no todo está recopilado. El contacto directo con las personas nos depara cada día nuevas sorpresas y se va perfilando una escala de valores, dentro de este campo.

EL VALOR ARTISTICO EN POESIA POPULAR

Es preciso reconsiderar determinadas posiciones que devaluaban sistemáticamente el papel de la poesía popular vasca. Hubo detractores decimonónicos que llegaron a formular lindezas como estas: «Se preguntará si acaso los vascos poseen poesías populares, como la mayoría de otras naciones por pequeñas y poco apreciables que sean. No están ciertamente desprovistos de canciones, baladas y coplas; pero estas piezas no presentan ningún carácter que merezca el nombre de poesía.» Nos referimos a un autor inglés, Georges Borrow (*The Bible in Spain*, Londres, 1843). Y más adelante añade: «Los vascos son un pueblo de cantores más que de poetas. A pesar de la facilidad que presta la lengua para componer versos, nunca han producido un poeta de alguna reputación» (c. 37, páginas 219-220).

¿En qué radica la belleza de un texto? ¿En el argumento, en el tono poético, en la inspiración o en la técnica utilizada? Para Boileau el arte estriba en el talento de expresar noblemente las cosas pequeñas. Y es que «las grandes se bastan por sí mismas».

Teniendo en cuenta esta noción, bien podríamos aplicar a la poesía popular vasca las palabras de Montaigne: «La poesía popular y puramente natural tiene ingenuidades y gracias por las que se equipara a la principal hermosura de la poesía perfecta, según arte.» Motivaciones históricas y afectivas; actitudes cómicas, satíricas y rescoldos religiosos, en tono espontáneo de la vida de todos los días. Claro que es un género difícil de encuadrar en

los cánones de determinada escuela literaria; pero tiene sus características peculiares. Incluso su técnica. Puede parecer extraño, y quizá fuera mejor utilizar otra terminología que no afectara a la espontaneidad libre de condicionamientos previos, que es su nota primordial. Pero lo cierto es que la poesía popular se rige por ciertos módulos que configuran su fisonomía y le dan carácter propio.

Esta constante no es siempre producto exclusivo de los autores respectivos. Se da la intervención directa y activa del pueblo que lo transmite. El transcurso del tiempo y los gustos de cada época juegan asimismo papel importante en la evolución de los textos. La recitación oral viene a ser, a la larga, una criba selectiva que inexorablemente va fraccionando o eliminando elementos; y que, a su vez, puede incluir nuevas aportaciones. De ahí la dificultad de interpretación y oscura perspectiva histórica de muchos estratos folklóricos.

Una de las características especiales del género que nos ocupa es la fórmula elemental y primitiva de la repetición sistemática de cada verso. Bien pudiera corresponder al estrato más antiguo que conocemos. Suelen presentarse en forma de pareados y conservan sus propias melodías. El segundo verso del pareado suele repetirse en el primer hemistiquio del siguiente, con la sola adición de la conjunción copulativa que engarza con la idea propiamente nueva del segundo hemistiquio. No abundan las composiciones completas de este estilo en su versión original; pero contamos con elementos de juicio para su estudio.

Varios romances que he recogido en Urdiain (Navarra) se refieren a fiestas religiosas y están relacionadas con prácticas de arraigo secular en las costumbres del pueblo. Me refiero, en concreto, a los cantares de la Ascensión y de Pentecostés, y a la versión folklórica correspondiente a las festividades de San Pedro y San Juan. Son de tono y estilo muy distintos entre sí; pero coinciden en el papel que desempeñaban en sus respectivas fechas.

Quizá tengan algo que ver con costumbres muy generalizadas en otros tiempos y sancionadas por varios Concilios. Así, por ejemplo, el canon 23 del Concilio de Toledo (siglo IV) dice que «debe ser enteramente extermi-

nada la costumbre religiosa que el vulgo ha solido observar en las solemnidades de los santos, pues las gentes, en vez de atender como deben a los oficios divinos, se entregan al bailoteo y cantares torpes».

Es posible se trate de festejos populares, que al no ser eliminados totalmente, sobrevivieron marginados por obra y gracia de un profundo arraigo y de su carácter casi ritual.

El canto se iniciaba al anochecer, con motivo de la retirada de la música, que animara la fiesta al son del txistu y del tamboril. Hora tradicional, la del toque de la oración en la torre de la parroquia. Los jóvenes de ambos sexos, con las manos enlazadas en gran corro alrededor de la plaza, entonaban el canto, acompañado de evoluciones rítmicas y gran regocijo de todos los asistentes. Es una costumbre que desapareció en las primeras décadas de nuestro siglo.

Dos de los romances recogidos en Urdiain conservan su forma original. A continuación damos la traducción de uno de ellos. Se cantaba en la fiesta de Pentecostés, que ellos llaman la Pascua de Mayo. Es de tono amoroso y describe las cuitas de un amante relegado, que asiste en calidad de invitado al banquete de boda de su amada. Viene a ser la confesión pública de un antiguo amor, que no ha podido escapar a la intuición de un estudiante asistente al acto. Contra él se desatan las iras del amante contrariado.

A fin de dar una idea del estilo de esta composición, la primera estrofa aparece desarrollada en versión aproximada al original. Ni que decir tiene que en estas condiciones el colofón de la fiesta resultaba interminable, para regocijo de los concurrente.

La más alegre de las Pascuas
es la Pascua de Mayo,
era la Pascua de Mayo y
me levanté por la mañana,
me levanté por la mañana y
a pasear por el poblado
a pasear por el poblado y
durante el día y la noche
durante el día y la noche y
a la luz del cielo estrellado

a la luz del cielo estrellado y
en presencia de mi amado.
Mi amada recorre las calles
pensando en los más allegados
pensando en los más allegados y
cursando también los recados.
Al banquete de boda
yo también estoy invitado.
Vi cerca de cien comensales
franquear la puerta del paso
y subían por la escalera
por lo menos otros tantos.
Nosotros comimos paloma
en el banquete de mi amada
y después de cumplir con todos
para ella quedaron las alas.
Me hacía señas y yo a ella
con gran dolor en las miradas,
con gran dolor en las miradas
y se nos nublaba el alma.
A un estudiante intempestivo
le dio por observarnos,
empezó a darse cuenta
y también a hacernos cargos.
'In saecularum' llegue
a decir la primera misa,
ni a levantar el cáliz de oro,
ni siquiera a cantar la epístola.
Estudiante intempestivo
¿cuándo es tu misa nueva?
Quiero hacerme una capa
con el estipendio de ella (1).

Esta fórmula mnemotécnica que excepcionalmente ha conservado el pueblo hasta nuestros días pudo ser un recurso normal en otras épocas. De hecho, ha dejado también su huella en los cancioneros. Así, por ejemplo, una bella elegía suletina del siglo XVII incluye en su contexto varias estrofas reiterativas. Canta el dolor de una mujer

(1) Título original: "Pazkotan dan alegerena". Recogido por José María Satrústegui y publicado en el apéndice a la segunda edición del "Cancionero Popular Vasco", de Azcue (Bilbao, 1968, p. E. 34).

joven que queda viuda en el día mismo de su boda, víctima de las represalias de otro amor.

Temprano me levanté
la mañana de mi boda
y vestí luego de seda
con la alborada.
Era señora de casa
a punto del mediodía
y a la caída del sol
ya joven viuda.
—«Mi señor de Irigaray
¡levante usted la cabeza!
¿o es que casarse conmigo
quizá le pesa?»
—«No, no. No es que me pese
tomarte, esposa mía,
ni me pesará jamás
mientras yo viva.»
Yo tenía otro amorcillo
a ocultas de todo el mundo,
a ocultas de todo el mundo y
del cielo conocido.
Me ha mandado un ramillete
trenzado de flores raras,
trenzado de flores raras y
la mitad envenenadas.
¡Oh, el jardín de Azkubia!
¡Cómo despide fragancia!
Late un recuerdo de muerte
en el ramo de sus plantas.
Por siete años retuve
mi esposo muerto en mi cuarto,
de día en el frío suelo
y de noche entre los brazos.
Una vez cada semana
lavé en agua de naranja,
en agua de naranja y
los viernes por la mañana (2)

(2) "Egun bereko alarguntsa" es el título de este romance en la Colección del P. Onaindía (Milla Euskal Olerki Eder, p. 46). Azkue lo intituló "Goizian Goizik" ("Cancionero Popular Vasco", p. 505).

Hay una evolución, que tiene sus etapas, dentro de esta tendencia. El pareado va siendo con el transcurso del tiempo menos frecuente, y las melodías se van adaptando a métricas más complejas. No se conoce la rima alterna y tampoco es frecuente la estrofa de pie quebrado.

Es posible que la adopción de la escritura como vehículo del mensaje marcara un hito decisivo en este proceso de evolución. Los recursos mnemotécnicos irían debilitando paulatinamente su influencia, con nuevas posibilidades más ricas y variadas en el campo de la creación literaria. Sin embargo, el cambio resulta escalonado y hay cantares que, sin la rigidez y monotonía del pareado antiguo, acusan la influencia del estilo primitivo. En lugar de repetir sistemáticamente cada verso, se ciñen a una palabra, e incluso a un concepto que sirve airosamente de puente entre dos estrofas. Generalmente se trata de un símbolo que figura en el último verso de una estrofa y sirve de arranque para la siguiente.

Lo vamos a ver en la traducción de un romance bajonavarro titulado *La mujer dormida (Andere Lokartua)*. Tiene por tema el juego ingenioso de una doncella que finge su muerte para escapar inmune del cerco de sus raptores.

Bajo un espino blanco duerme la dama
Bella como una rosa, cual nieve blanca;
Tres capitanes, luego, la llevan engañada.
En busca de ella vienen *tres capitanes;*
Enfundada en un manto pónenla al baste:
A París se la llevan sin que sepan sus padres.
En París la hostelera, atenta, saluda;
Atenta la saluda y le pregunta:
—«Dime: ¿amor te trae o quizá *la fuerza?*»
La muchacha, de pronto, dice con calma:
—«No, no; mi corazón *por la fuerza* se arrastra;
Capitanes me traen de mi terraza.»
Los capitanes oyen a la cautiva:
—«Cena, mujer, a gusto; cena tranquila,
Hoy por tres capitanes podrás estar servida.»
Muere, al oír, la joven y se desploma.
Ya van los capitanes frente a sus tropas;
Se muestran pesarosos y bien que lloran...

Está ya muerta; ¿dónde le damos tierra?
Debajo del boj de la huerta paterna
Entre flores de lino y en tumba de piedra.
Al cabo de tres días grita a su padre:
—«¡Escuchadme! Aquí me tenéis delante.
Por mantenerme virgen era cadáver.»
—«Si así lo hiciste, te muestras virtuosa.
Me apresto a los dispendios para tu boda
Con algún joven rico que a ti te corresponda» (3).

Los tercetos son especialmente aptos para reflejar la depresión síquica y las situaciones trágicas o desagradables. En cuanto a las repeticiones, diremos finalmente que se utilizan también como figura literaria. Sirve para poner de relieve la idea central de una estrofa en forma de rima interna. La composición que sigue es una prueba de ello. Se titula «La Muchacha Embarcada» (Neskatx ontziratua) y es de tono trágico. Está concebido asimismo en tercetos.

Estaba bordando sentada en mi sala,
Sentí una melodía *desde las aguas,*
Desde las aguas la canción de una barca.
Dejando el hilo fui luego a preguntar:
—«¿Subiré, madre, *a la ventana de atrás*
A la ventana de atrás al lado del mar?»
—«Vete, hija mía; vete y di al capitán
Que a cenar venga para así *descansar,*
Descansar y ver la sala principal.»
—«¡Oh capitán! Mi madre me manda a ti:
Vente a cenar, *descansarás luego allí*
Descansarás allí en sala de dormir.»
—«Hermosa joven, imposible agradarte;
Sopla Norte y hay que seguir adelante,
No hay salida, con gran pena por mi parte.»
«Bella muchacha, ven tú a nuestro bote
a cenar juntos y *a cambiar de horizonte*
cambiar de horizonte y ver el camarote.»
La bella joven ha subido a la lancha,
Le dan adormidera a la garganta
Y duerme la infeliz en la enorme barca.

(3) "Andere Lokartua", P. Onaindía, Milla Euskal Olerki Eder, p. 50.

—«¡Mi capitán! ¿A dónde queréis llevarle?
Volvedla pronto allí *donde la tomasteis,*
A donde la tomasteis, junto a sus padres.»
—«Fiel marinero, puedes desplegar velas;
Lo que de siempre deseara me llega;
No se logra felicidad cuando quiera.»
—«Capitán, ¡cómo me has traído a esta parte!
Vuélveme pronto allí *donde me tomaste,*
A donde me tomaste, junto a mis padres.
—«Eso no puede ser, hermosa muchacha,
Trescientas leguas se alejaron las playas;
Estás en mi poder, la hora es ya llegada.»
La bella jovencita toma una espada
Y abierto el corazón yace en las tablas.
Alada se elevó el cielo su alma.
—«Qué gran desgracia, mi señor capitán?»
—«Fiel marinero, *a dónde vamos a echar?*»
—«Donde vamos a echar! Al fondo del mar...
A trescientas leguas se encuentran las playas:
—«Señora madre, asómate a la ventana,
Tu desgraciada hija flota en las aguas» (4).

FIGURAS RETORICAS

El pueblo vasco es muy dado a los conceptos enigmáticos; gusta de decir las cosas con rodeo. Esta tendencia ha dejado su huella en la literatura popular. El encabezamiento de las estrofas de un canto con evocaciones aparentemente incongruentes y remotas es un estilo de alegoría con personalidad propia.

A pesar de la primera impresión de extrañeza que pudiera causar en un profano, la imagen inicial en poesía tradicional tiene conexión directa con la idea central y viene a ser la pincelada que ambienta y predispone el ánimo del público al mensaje del poema. Es la figura retórica más popular de la poesía vasca. Por supuesto, da brillantez al lenguaje y es de gran efecto.

Pocas veces llega a desarrollarse la alegoría hasta sus últimos pormenores, tal como se estila en otras culturas. Se trata, más bien, de una evocación escueta del motivo

(4) "Neskatx Ontziratua", P. Onaindía (M.E.O.E., p. 52).

aducido. El mecanismo se basa en ciertas constantes que se supone están en el ánimo del oyente y sugiere con aplicaciones concretas a la situación descrita por el poeta.

De acuerdo con esta línea existe una variada gama de figuras o símbolos, que provocan determinadas reacciones aplicables a distintos estados de ánimo. Así la evocación del ángel y de la estrella más bella del firmamento equivalen a la amada en lenguaje del enamorado. El helecho recuerda la fecundidad.

La rosa y el limón representan el tono agridulce del amor contrariado. El ramo de rosas florecido en determinada época es alusión al fruto clandestino de relaciones no legalizadas. El ruiseñor evoca las ausencias del amado y la codorniz el impacto de un amor fugaz y pasajero. La noche y los hielos recuerdan la ruptura definitiva; las nieblas sobre el puerto dicen doblez y segundas intenciones. El hueso de ciertos frutos equivale a la falta de correspondencia por parte del amado. Serían innumerables los símbolos. Vamos a reproducir el sentido de dos estrofas de una bella composición titulada *Mi bella amada (Nere maite polita)*, en dialecto labortano:

La más bella de las flores
la flor de espino,
pasa la flor grana en rojo vivo
pero con granos
de hueso rígido,
duro por dentro
por fuera fino:
corazón sordo
aunque atractivo.
Desnudos los campos, tristes,
en el invierno,
no cantan
ya las aves, de contento,
no existe amor
en tus adentros:
puedes dejarme
ya luego (5).

(5) "Nere Maite Polita". Colección de A. Goienetxe "Eskualdun Kantaria", p. 41. Trae Onaindía (M.E.O.E., p. 76).

Hay símbolos especialmente gráficos para describir temas audaces. *Los buitres en los puertos* resume una vida de libertinaje, bajo alegoría del contrabandista que campea por el bosque con las armas del engaño. Transcribiremos la primera estrofa y la última.

Los buitres en los puertos
vuelan muy altos;
también yo andaba antes
con hembras en sus cuartos,
y ahora
en cambio
a menudo me asoma
a los ojos el llanto (6).

Describe el proceso de una caída y al final de sus días ve así a la muerte que se avecina:

Enorme lobo
en aquel bosque inmenso
se me quedó mirando:
el cuello recio,
los dientes blancos
y ojos sanguinolentos;
tuve gran pánico
y renuncié a mis versos.

Hay ocasiones en que la evocación es aducida a título de contraste. Así, por ejemplo, la canción donde queda en entredicho la honradez de un sacerdote, comienza con estas palabras:

No hay bellota en el aliso
ni hueso en el requesón,
no pensaba que se diera
mentira en hijos de Dios.

ELEGIA

El género elegíaco cuenta con las manifestaciones populares más antiguas que se conservan en la literatura

(6) "Arranoak Bortietan". Vid "Eskualdun Kantaria", página 52. Recoge el P. Onaindía en "Milla Euskal Olerki Eder", p. 599.

vasca. Recibe el nombre de *ileta*. Se trata de improvisaciones que solían tener lugar durante las veladas fúnebres, protagonizadas en su mayoría por mujeres (iletaria). Hubo también plañideras de oficio (erostariak), que actuaban en estas ocasiones.

Estas prácticas no constituían patrimonio exclusivo de nuestro pueblo, por lo que el Concilio III de Toledo (589) se refiere a ellas con carácter general, en el canon 22, cuando dice: «Los cuerpos de todos los religiosos (se refiere a los fieles) que llamados por Dios salen de esta vida, deben ser conducidos a la sepultura entre las voces de los cantores, sin más canto que el de los salmos. Porque *el himno fúnebre* que vulgarmente suele cantarse a los difuntos y aquel herirse a sí propios los parientes y allegados, lo prohibimos en absoluto.»

También el Fuero de Vizcaya se hace eco de esta costumbre. La ley IV, tít. 35, dice: «De aquí en adelante quando quier que alguno muere en Vizcaya o fuera de ella, por mar o por tierra, persona alguna de toda Vizcaya, tierra llana, Villas et ciudad no sea osado de hacer llanto mesándose los cabellos ni rasgando la cabeza, *ni haga llantos cantando...* so pena de mil maravedís a cada uno que lo contrario hiciere por cada vez.»

Valga por todas las composiciones de este género el *Cantar de la Torre de Alós (Alostorreko kantua).*

J. C. Guerra lo sitúa en las circunstancias que siguen:

«Contaba la leyenda que un antiguo señor de esta Torre, don Beltrán Pérez de Alós, estuvo casado dos veces. De su primer enlace sólo tuvo una hija, Usua, heredera de las virtudes de su madre, que fue una santa. Muy diferente la segunda, le fue infiel cuando marchó a guerrear contra los moros. Al regresar a su torre el señor de Alós, se hizo cargo que algo anormal había ocurrido a ella; y su mujer, para desvanecer toda sospecha imputó a Usua la maternidad del bastardo fruto de sus clandestinos amores. Perplejo el buen don Beltrán, quiso descubrir la verdad de lo ocurrido e imaginó el arbitrio de simular su muerte. En el juicio supremo de la *gau-illa* (velada fúnebre) descubrió el secreto, se levantó del féretro y tomó venganza atravesando con una espada al autor de la deshonra. Forma esta leyenda la primera de las «Tradiciones vasco-cántabras», que en 1866 publicó don Juan Venancio de Araquistáin, quien había apren-

dido durante su infancia las canciones que le sirven de base.»

Digamos por nuestra parte que es la propia hija del presunto finado quien canta y descorre el velo del misterio. He aquí la versión aproximada:

Alostorrea, sí; Torre de Alós!
larga escalera
la de la Torre de Alós!
Hilando en Alostorrea
negro cuervo, kua, kua, kua,
en las almenas se queda...
En esta hermosa casa sin ventanas
no había entrado yo en estos siete años
y luego
en el octavo
por muerte de Beltrán, mi señor padre,
para mi llanto.
Cuando mi señora madre
me libró de sus entrañas
mil gallinas se mataron
a la entrada
y lidiaron siete toros
en una plaza.
Yo me mullía
en plumas blandas;
mi buena madre
entre cortinas doradas.
Más tarde, en toda Vidania
hubo sólo un lelo y loco
y el señor, mi padre,
me ha dado a mí por esposo,
aunque no lo cambiaría
ni en mejor, por otro...
En celemín
me dio la dote mi padre;
y mi madre, en secreto,
también me legó su parte.
La primera noche el sueño
pudo con mis ojos y el corazón;
también, luego, en la segunda...
pero bien te alegré, Torre de Alós,
antes de que pasara la tercera

con el hijo que en mí ya germinó.
Alostorrea, sí; Torre de Alós!
Larga escalera
la de la Torre de Alós!
Hilando en Alostorrea
negro cuervo, kua, kua, kua
en las almenas se queda.
Me levanté
y le di con el oro de mi rueca;
pero pronto me tocaron
las malas nuevas.
—«Calla, dice el caballero,
parida
de mala madre,
que otra es ahora tu palabrería.»
—«Calla, calla, más bien tú,
bastardo de ruin nobleza,
que no te cabe, en derecho,
la entrada aquí en escena.
Ellas, mis bellas hermanas,
esbeltas y rozagantes,
sus finos dedos
bien surtidos de anulares,
sin desgarrones
de traje
y, mucho menos,
lágrimas en sus semblantes.
También mi señora madre
vibra de satisfacción;
sólo queda para el llanto
mi latido de dolor...
Mientras mi padre
guerreaba en Castilla
en la Torre de Alós nacía un hijo,
y con mucho más secreto
a escondidas:
todavía
por las costas de Zarauz
lo crían.
Ay, esta negra angustia!
Esta vergüenza!
Llora la hija
y el padre yace sobre fría tierra.

Quién te manchó,
Alostorrea?
Ay, mi padre querido, mi buen padre,
en buena hora te fueras (7).

POESIA EPICA

Gran parte de las composiciones vascas de tono marcial se desarrollan en el campo de las luchas banderizas. Diríamos que viene a ser una poesía épica en tono menor. Vamos a fijarnos en un sencillo poema del siglo XV, que canta el episodio sangriento de la muerte de Bereterretxe. Es la época exaltada de agramonteses y beamonteses, en el reino de Navarra. El autor es suletino y a base de muy reducido cupo de recursos literarios logra un clima de serena emoción, francamente notable.

Es curioso que el crimen, tema central del poema, pasa casi inadvertido, sin que por eso desmerezca el contenido dramático del suceso culminante. Despierta interés a lo largo de todo el canto, y desde la actitud desgarradora de la madre a la fría y esquemática confesión del crimen por parte del Conde, altanero y poseído de sí mismo, resulta elemental. Su mérito principal estriba en su desnuda transparencia, carente de toda artificiosidad. Es la nota más destacada de la poesía popular.

La típica evocación ambiental del primer verso se fija en el aliso que carece de médula y en el requesón que no lleva hueso, como contrapunto a la actitud de un caballero, que resulta ser villano y traidor.

No hay médula en el aliso
ni hueso en el requesón:
no pensaba que mintieran
los hijos de gran señor.
¡Qué largo el valle de Andoze!
Se me partió
hasta tres veces,
sin armas, el corazón.

---

(7) "Alostorrea" (M.E.O.E.; Onaindía; p. 41). Aparece también en el primer tomo de "Enciclopedia General Ilustrada del País Vasco" (San Sebastián, 1969, p. 53).

Bereterretxe
desde la cama,
«vete y mira
—dice en calma a la muchacha—
si algún hombre se vislumbra
en lontananza».
Tan pronto como los viera
adviértele la muchacha
que tres docenas corrían
de una a otra ventana.
Bereterretxe saluda
al Conde desde la estancia
que cien vacas con su toro
de inmediato le manda.
Al punto el señor Conde
con estilo de traidor,
«ven —le dice—, a la puerta;
vendrás pronto a tu mansión».
—«Dame, madre, la camisa
quizá para mi mortaja;
recordarán los que vivan
la medianoche de Pascua.»
Cómo corre Mari Sanz
por la ladera escarpada
de Bostmendieta!
y al llegar a la entrada
de Buztanobi,
el de Lacarra,
sobre rodillas
se arrastra.
—Oh mi joven Buztanobi,
hermano mío querido;
si tú no lo remedias
habrá terminado mi hijo.
—Calla; cállate, hermana
y no llores, por favor;
si es que aún vive tu hijo
habrá ido a Mauleón.
A casa del señor Conde
va corriendo Mari Sanz:
—«Ai, ai, ai! ¿Dónde, señor,
Mi buen hijo dónde está?»
—«¡Fuera de Bereterretxe

tuviste acaso otro hijo?
Yace muerto en Ezpeldoy,
trata de tornarlo vivo.»
Los vecinos de Ezpeldoy
qué gente sin sentimientos!
ni se dan por enterados
teniendo tan cerca al muerto.
Una hija de Ezpeldoy
que se llama Margarita,
va tomando a manos llenas
de la sangre de la víctima.
La colada de Ezpeldoy
sí que fue colada fuerte!
tres docenas de camisas
de las de Bereterretxe (8).

TEMA RELIGIOSO

No vamos a entrar en la poesía religiosa, muy bien representada en literatura vasca. No es la que mejor refleja las virtudes del género popular. Pero el pueblo vasco es tradicionalmente religioso y esta nota no podía escapar a las páginas del cancionero. El fragmento del poema «*Nigarrez sortu*» (Nacer llorando), que presentamos a continuación, no es un caso aislado dentro de su temática general.

Viene a ser la estampa lírica de un niño recién nacido, que ha sido abandonado por sus padres en el campo. Después de una introducción alusiva a su triste aparición en la escena del mundo, reprocha a sus padres por esta conducta. Luego prosigue:

Antes de tres horas de haber nacido
me han puesto, pobre, en un sitio bajo,
hermandad solitaria con las aves
que van a consolarme con sus cantos.
Depositado aquí por la mañana
he visto al sol pasar luego por alto;

(8) "Bereterretxen Kantoria" (Milla Euskal Olerki Eder, página 43). Además de la canción aporta Onaindía copiosa bibliografía. Vid. "Cantar de Bereterrete", Enciclopedia General Ilustrada del País Vasco", pp. 74 y ss.

mi madre me dejó, se oculta el padre,
nadie será capaz de echarme mano?
En este trance he venido al mundo
y aquí me encuentro yo como cordero,
tierra por cuna y por cubierta el cielo;
sólo Dios sabe a quiénes pertenezco.
A punto de doblarse el sol, al fondo,
una mujer joven pasó a mi lado.
Apercibida de que yo era un ángel
con gran afecto me tomó en sus brazos.
—«Vente conmigo; ven, ángel querido;
penoso fuera esquivar tu encuentro
y adueñarme de ti, inmenso gozo:
te enseñaré el camino que va al cielo.
En alba rosa que siguió al bautismo
lo recogió el Señor con bello gesto.
Su vida no peligra ya en el mundo,
goza ahora con ángeles excelsos (9).

Donde más se pone de manifiesto el ingenio popular es en las canciones de tono festivo, lo mismo cuando caricaturiza personas y actitudes irregulares que cuando ensalza sus aficiones predilectas. El vino es uno de sus principales recursos. Los improvisadores actuales son los herederos más cualificados de esta importante manifestación de la musa popular.

Digamos para terminar que el cupo más importante de toda la producción literaria en poesía popular es el que se refiere al tema del amor. Pero es también la parcela más conocida, por lo que nos abstenemos de reseñar.

---

(9) "Nigarrez Sortu" (Milla Euskal Olerki Eder, Onaindía, p. 98).

II

EL SIGLO XVI

Por Ibón Sarasola

Dechepare y Leizarraga son los dos únicos autores vascos que encontramos en el siglo XVI. El primero es autor de un libro de poesías, unas religiosas, otras erótica y otras patrióticas. El segundo es traductor del Nuevo Testamento y de otras obrillas de carácter calvinista. Ambos vivieron en territorio que hoy se denomina vasco-francés.

MOSEN BERNAT DECHEPARE

Es, según parece, el autor del primer libro vasco impreso. Dicho libro fue publicado en Burdeos en 1545 con el nombre **Linguae Vasconun Primitiae**, y consta de 52 páginas en las que se recogen poesías religiosas y amatorias, un relato de su prisión y dos poemas de elogio a la lengua vasca. Son poemas de marcado corte medieval y la similitud con el Arcipreste de Hita es notable tanto en su vida como en su obra. Respecto al valor literario de la obra, las opiniones han sido muy dispares a lo largo del tiempo. Hoy en día existe un gran interés por esta obra, como demuestra el hecho de que ha sido varias veces reeditada en los últimos años. Ha sido traducida al español, francés y alemán. Ultimamente ha sido publicada en San Sebastián, acompañada de las traducciones española y francesa, con un prólogo de don Luis Michelena.

LINGUAE VASCONUM PRIMITIAE

Al abogado del rey, justo y noble
colmado de toda virtud y bondad
a su señor y amo Bernardo Lehete
BERNARDO EL DE ETXEPARE,
su humilde servidor,
presenta de buen grado sus saludos
y desea paz y salud.

Siendo los vascos diestros, esforzados y generosos, y habiendo existido y existiendo entre ellos grandes letrados en todas las ciencias, asombrado estoy, señor, que ninguno, para el bien de su lengua, haya intentado componer y escribir en vascuence, para dar a conocer al mundo entero que esta lengua es tan apta como cualquier otra para ser escrita. Por esta razón queda rebajada y sin reputación alguna, y, por ello, las demás naciones creen que no es posible escribir nada en dicha lengua al estilo que las demás escriben en la suya propia.

Y ya que ahora vos, como digno y noble señor que sois, estimáis, ensalzáis y honráis la lengua vasca, a vos, como a mi señor y maestro, envío unos poemas hechos conforme a mi ignorancia, para que, viéndolos y corrigiéndolos a vuestro gusto, los hagáis, si os parece, imprimir, y tengamos todos de esta manera, recibida de vuestra mano, una hermosa joya, la lengua vasca impresa (cosa que no ha existido hasta ahora) y ella, partiendo de vuestro buen principio, continúe, progrese y se extienda en el mundo entero; y tengan los vascos en su lengua, como tienen los demás, doctrina y materia con que recrearse, conversar, cantar y pasar el tiempo y los que vengan después tengan una base para mejorarla y todos quedemos obligados a pedir a Dios os conceda en este mundo próspera vida y el paraíso en el otro. Así sea.

SALTAREL (SAUTRAREL)

El Euskara sale a la calle y vamos todos al baile

Oh Euskara, ensalza al país de Garazi (Cize),
que de allí has recibido el rango que mereces.

Que si antes fuiste la última de las lenguas,
ahora vas a ser entre todas la primera.
En todo el mundo eran los vascos renombrados,
pero todos los demás se burlaban de su lengua,
porque no se la encontraba en ningún impreso.
Ahora aprenderán cómo era cosa buena.
Levante la cabeza todo hombre vascongado,
porque su lengua va a ser glorificada.
Príncipes y grandes señores se interesan por ella,
deseosos de aprenderla, si pudieren, en escrito.
Tal deseo ha quedado colmado por un hijo de Garazi,
y por un amigo suyo residente ahora en Burdeos.
Es él el primer impresor de la lengua vasca;
Todo vasco queda por siempre obligado para con él.
Y tirorirorí tirorirorá, dale que dale,
¡El Euskara sale a la calle y vamos todos a su baile!

A POBRE PRINCIPIO
SIGA MEJOR FORTUNA.

JUICIO GENERAL

Por no pensar en el juicio universal
muchos viven a sus anchas en pecado.
Estemos prevenidos no sea que nos perdamos aquel día.
Allí entonces ninguno dispondremos de tiempo.
Gran prudencia es pensar en ello...

...Manda a la muerte que sin falta
traiga a su presencia vivos a todos.
Pues ya en adelante no tendrá ningún poder.
Todo el mundo quedará encerrado en dos lugares:
en la gloria o en el infierno. No hay medio de escapar.

Ordena al infierno, con voz potente y ruda
que sin tardanza envíe a los que allí estén.
Los quiere ver en cuerpo y alma,
y les dará lo que hayan merecido.

Buenas gentes, pensad en este juez,
cómo tiene sumo poder en todo:
en la muerte, en el infierno, en el cielo y la tierra.
¿Por qué motivo el pecador le desobedece?

(Esta gran ceguera veo entre nosotros:
cómo estamos al servicio de nuestro enemigo,
cómo ignoramos a Dios, nuestro salvador,
y todos reconocemos que esto es una gran injusticia.)

A cuerpos y almas dará la severa sentencia:
para que sufran juntos en la llama del infierno,
en un fuego eterno que nunca cesa.
Ruego considere cada uno lo que habrá ganado...

...Aquel día será el juez dueño del mundo entero,
que tiene poder soberano sobre todos.
El será el acusador, junto con la conciencia.
Todos los pecados se harán entonces públicos.
Todo el mundo estará entonces contra los pecadores,
por haber ofendido a su creador.
Entonces el pecador callará entristecido;
por todas partes los pasos están cerrados...

...No habrá en parte alguna donde esconderse.
¿Quién osará presentarse?
Todo el mundo estará en postura hostil contra ellos.
Los mismos santos callarán en esa ocasión.
Tampoco el juez escuchará súplica alguna.
Tengamos presente ese día antes de ir allá.

¿Dónde estarán ese día los soberanos de aquí?
¿Los duques, condes, marqueses y los demás nobles,
Y las hazañas de los héroes de su ejército?
Entonces poco valdrá su poderío.

Juristas y teólogos, poetas y doctores,
procuradores, abogados, jueces y notarios,
verán entonces puestas en claro sus artes,
de poco les servirán su sutileza y charlatanería.

Papas, cardenales, sacerdotes y prelados
habrán de dar cuenta de sí y de sus ovejas.
Aquel día el más grande estará perdido
y será juzgado por igual el grande y el pequeño...

...Las señales siniestras vendrán,
los elementos todos desconcertados:
el sol y la luna yacerán en sangre,
la superficie y las profundidades del mar se revolverán
y sus peces espantados se encontrarán fuera de su seno...

...Cuando El quiso aceptar la Pasión
y vino contra El gente armada,
con una sola palabra los derribó a todos de espanto.
Cuando venga a juzgar con grande majestad,
¿cómo no ha de aterrar al mundo?

Dirá entonces a los pecadores con dolor:
«No pensasteis en mí cuando vivíais.
Yo, que tanto bien os hice en vuestra vida,
no recibí de vosotros una sola muestra de agradecimien-
[to...

«Pero tuvisteis la locura de dar gusto contra mí al ene-
[migo,
al demonio, a la carne y al mundo.
Sea ahora la maldición para vosotros,
el fuego del infierno y la pena eterna,
y sean vuestra compañía todos los demonios»...

...El cielo, ya jamás se moverá;
El sol permanecerá inmóvil en el oriente,
Y frente a frente la luna en el occidente.
Ese día ya no pasará
mas aquí ya no habrá cosa viva.

COPLAS DE CASADOS

Oh Dios, quitadme de la mente a la mujer ajena;
Ella está cautiva y cautivo yo por ella.

Cautiva de otro es quien a mí me tiene cautivo.
Mi suerte de esa manera me ha hecho ser cautivo de los
[dos.

Si vivo, de buena gana lo seré de una;
mas no lo seré ya del otro, sino a la fuerza.

Quien se enamore de la que es de otro
más a menudo tendrá sufrimiento que placer.
raros serán los encuentros y llenos de temor.
Cuando menos se piense puede venir de pronto el con-
[tratiempo.

Gran locura es amar la mujer ajena;
Para un contento tendrá muchos sinsabores.

Verla con mis ojos, sin poder hablar: ésa es la pena en [que me veo.
Cuando está acostada con su marido, para mí no es sino [el suspiro.

No puedo acudir a donde ella sino con peligro,
y tal vez entonces no esté libre;
y aun siéndolo, tendrá miedo y se vuelve presto.
Cuando más la deseo, el otro la retiene en sus brazos.

Si llego a sembrar grano en ese campo,
por más que sean la paja y el grano míos,
no podré disponer de la una ni del otro.
Trabajo pagado con ingratitud, ganancia perdida,
para otro queda mi derecho.
Más tarde mi hijo quizá case con mi hija.

Nadie quiere dividir su amor;
No sé de los demás, pero yo en esto peco.
Tanto me hace penar el verla con otro...
Mientras ellos se complacen, la pena y la rabia me hacen [enloquecer.

Jamás podré censurar a los celosos;
A la que yo ame no quisiera me la toque nadie.
En un lugar me enamoré de la que era de otro;
casi desespero de celos contra su marido.
No puede el amor ser gobernado por consideración al- [guna.

Muchas veces ama al que menos debiera.
Capaz es de embriagar a la persona peor que el vino.
Presto sujeta y tarde suelta a quien ha atrapado.

El amor es ciego y no conoce término justo;
No piensa haber otro que aquel a quien ama.
Capaz es de abrasar al hombre con más estrago que el [fuego.
Ni el mar apagaría el fuego por él prendido.

AMANTE OCULTO

Una bella y gentil dama me ha robado el corazón;
cuando la recuerdo no acierto a tragar nada.
Cual yo la amo quisiera que ella me amara.
Temo, por no saber decidirme, que ella se enoje.

¡Ay, si yo tuviera un espejo que poseyera tal virtud
que a través del mismo pudiera yo hacerle ver ocultamente mi voluntad
y pudiera yo allí mismo ver la suya para conmigo,
a fin de no cometer falta ninguna con ella!

Ella nació tan bella para ser mi tormento.
Día y noche me hace penar cruelmente.
Si me encuentro con ella se me petrifica el corazón.
No me decido a decirle mis cuitas.

Si conociera mi interior, sin duda me amara.
Si yo fuera rey, ella sería reina.
Cuando ella gustara viviríamos juntos.
Sus hijos y los míos serían del todo hermanos.

Si yo le dijera mis sentimientos,
Y ella me diera luego dura respuesta,
ésta dejaría mi corazón partido más presto que un dardo.
Y yo caería de cierto cadáver allí mismo.

La estrella del pastor sobresale entre las demás;
así es entre las damas la que a mí me atormenta.
Tan bella y gentil es que enloquezco por ella.
Afortunado nació quien descansa en sus brazos.

Tal como mi alma está flechada hacia ella,
así Dios traiga la suya hacia mí,
de suerte que mi pena se le meta por el corazón,
y haga de buena gana lo que yo deseo.

IOANES LEIZARRAGA

Es el primer traductor del Nuevo Testamento. Fue publicado en la Rochela en 1571 con el título **Iesus Christ Gure Jaunaren Testamentu Berria.** El nombre de Leizarraga está unido a la Reforma Calvinista que se intentó realizar en el país en aquella época. Preparó su traducción por encargo del sínodo calvinista celebrado en Pau en 1564.

Las obras de Leizarraga son de una sorprendente perfección. Consiguió escribir en un idioma normalizado y de gran categoría literaria. Es el único representante de la dirección

cultista dentro de la literatura vasca. Las consecuencias que se podrían esperar de la labor de Leizarraga desde el punto de vista de la fijación del idioma literario no se dieron, su tentativa fracasó, como la del establecimiento del protestantismo en el país.

NUEVO TESTAMENTO

DEDICATORIA A LA REINA DE NAVARRA

A la muy noble señora Juana de Albret, Reina de Navarra y soberana del Bearn, su muy humilde y obediente servidor Juan Leizarraga de Beraskoitz, desea la gracia y la paz de Jesucristo.

Señora, habiéndome atrevido yo, como desconocido que soy para vos, a dedicar a vuestra majestad esta versión vasca del Nuevo Testamento, pueda yo invocar esto en merecimiento por esta ligereza, ya que no pueda alegar siquiera ningún otro descargo por esta mi osadía. Pues, entre otras muchas razones que me han movido a esto, han sido vuestra gran humanidad alabada por todas las gentes de bien y vuestro mucho celo por las cosas que miran a Dios. En cuanto a vuestra humanidad, aunque mi proceder fuera tal que ni siquiera tuviera visos de que vuestra benignidad pudiera jamás alcanzarme, no obstante ella me ha valido en gran parte, y principalmente habiendo sido del agrado de Vuestra Majestad, disponer se me diera acogida tan favorable cuantas veces me he entretenido en vuestro pueblo del Bearn, pues de este modo se me ha dado la ocasión y posibilidad de salir del dominio y sujeción de los remordimientos que me tenían como ahogado y que sólo al recordar se me erizan los pelos de la cabeza. Y en cuanto a vuestra preocupación de las cosas que a Dios atañen, él ha hecho nacer hacia vos tal veneración en el corazón de las gentes de bien, que aun los que no os conocen no dejan de admirar vuestra virtud por las alabanzas que justamente se os tributan. porque os mostráis tan entregada a restaurar los deterioros del templo de Dios y porque el estado casi destruido y arrasado, ahora por vuestra mediación se reconstruye y reviste de la prístina hermosura que

tuviera en el tiempo de los Apóstoles. Como ejemplo de ello podría yo mencionar abiertamente a vuestro pueblo del Bearn: él, habiéndose mostrado en el pasado, como no es posible decir de otro modo, huraño y rebelde a recibir la palabra divina, no obstante habiéndose servido de vuestro celo, prudencia y magnanimidad, de tal manera se ha apaciguado y calmado que hoy en día tranquilamente y con gran edificación asimismo se observa verdaderamente y como es debido la disciplina eclesiástica. ¿Pero qué? No se me ha dado a mí en avanzar tanto mencionando vuestra valía, para que no desluzca su claridad con la insuficiencia de mi palabra. Pero aun deteniéndome aquí, tomo ánimo, para, con la más recta y mejor voluntad posible, defenderme de algunos que no tienen otro oficio que hablar mal. Porque ¿es posible que ni la bajeza de mi condición ni otra cosa semejante me pueda disuadir de dedicar una obra tan santa a una Reina a quien por su celo y santa dedicación se le tributa tanta alabanza en el mundo entero? Y si alguien quisiera replicar y decir que lo que se ha hecho, otro lo hubiera hecho mejor que yo, pueda alegar yo aquí en mi defensa lo que un ciudadano de Esparta llamado Pedaretus dijo cierto día: cuando vio que no había sido elegido en la junta para ser uno de los trescientos magistrados de la ciudad, volvióse alegre para su casa, diciendo que se habían hallado en la ciudad trescientos hombres más probos que él. Ciertamente, también yo puedo decir que aunque se hubieran hallado mil que me aliviaran de esta tarea (que ha sido mayor de lo que nadie pudiera estimar en un principio), tuviera yo tanto gusto como aflicción he tenido porque nadie más que yo se haya adelantado a dar un principio. Podrían atestiguarlo principalmente quienes me han incitado a tomar sobre mí esta comisión. Y para decirlo todo tal como es, si bien vuestra gran virtud, ¡oh señora!, y principalmente lo que ahora he mencionado y también los insistentes ruegos de vuestro general Loectenent, señor de Agramón, y las empeñosas solicitaciones de los señores de Bel zunzey de Meharin y de algunos otros amigos míos, han bastado y sobrado para decidirme; sin embargo, al considerar que aun en nuestro tiempo muchos personajes sabios se han dedicado a la versión del Nuevo Testamento, tanto en latín y francés como en otras muchas lenguas ri-

cas y practicadas, y luego como los mismos traductores y tras ellos otros han hallado que decir muchas cosas en tanto en lo que toca al sentido como al lenguaje; y viendo que era yo más que incapaz para ser comparado con éstos y no viendo en mí más que buena voluntad que deseo aprovechar y que aun queriéndolo así por temor de que mi asunto no saliese convenientemente no podía decidirme a asumir esta carga y paso falso para que me retrajera del todo al ver que era tanto más ardua mi empresa cuanto es más estéril y diferente la modalidad de la lengua que yo he escrito, y que no ha sido empleada hasta ahora, al menos en traducciones. Sin embargo, siendo cierto que no somos los vascos tan salvajes entre todas las demás naciones que no podamos conocer y alabar a Dios en nuestro idioma y viendo se ofrecía la ocasión y también con la esperanza de que hubiera alguien más capaz que me aventajara en la obra (como se ha hallado cuando por disposición del Sínodo del Bearn ha sido necesario examinar y conferir la obra realizada); por fin, fuera de Dios, tomando confianza en la gran autoridad de vuestras muchas virtudes, me decidí a realizar todo lo posible y dedicarme a la edificación de la Iglesia con toda la buena voluntad que ha tenido Dios a bien concederme. Pero lo que más ánimo me daba era la esperanza de que la palabra de Dios penetrase y progresase pura en el País Vasco, y que para ello vos, señora, os valdríais de éste como trompeta con que Dios os llama así a entablar guerra a Satanás también en el reino de Navarra, como la habéis hecho, como la hacéis en todos los lugares de vuestro dominio. Por lo demás, otros juzgarán de la diligencia y trabajo que he puesto en esta obra y del mismo modo los resultados que de esto se deriven. Diré sí, esto, recordando siempre, como es orden expresa de Dios, de que no se quite ni añada nada a su palabra, que así lo he hecho lo más fielmente que he podido. Además, suplico a vuestra majestad la recibáis como tal, mirando más a la magnitud y dignidad de la obra que a las imperfecciones y a la pequeñez del traductor. Con ellos ruego a Dios, ¡oh señora!, quiera iluminaros con su Espíritu Santo y conservar largamente, juntamente con vuestros hijos, señores y señoras, para aumento de su gloria y edificación de vuestros súbditos.

La Rochelle, 22 de agosto de 1571.

SUMARIO DE LO QUE NOS ENSEÑAN EL ANTIGUO Y EL NUEVO TESTAMENTO

Los libros del Viejo y del Nuevo Testamento nos enseñan que el Dios que adoraron Adán, Noé, Abraham, Isaac, Jacob, David y los demás es el Dios uno y verdadero, todopoderoso y eterno; que por su gran bondad creó con su Palabra el cielo y la tierra y todas las cosas que hay en ella, por lo cual todas las cosas han madurado y sin la cual nada puede tener existencia. El cual hace justicia y misericordia y también hace excelsas todas las cosas y en todos los lugares, según le place. No hay nadie tan atrevido que le pregunte por qué hace lo que hace tal como lo hace.

Además, estos libros declaran cómo el Dios altísimo y todopoderoso, tras crear todas estas cosas, creó el primer hombre Adán a su imagen y semejanza espiritual, haciéndole señor de cuantas cosas hay sobre la tierra. Pero por la envidia y engaño del demonio cayó en desobediencia rompiendo y transgrediendo el mandato del Creador y con su pecado ha dejado tal huella y tal rastro que todos los que descendemos de su linaje somos acreedores a la ira y castigo de Dios, sujetos a la muerte, a la condenación y sometidos al poder y a la tiranía del demonio.

Asimismo conocemos de estos admirables libros cómo Dios prometió antes a Adán, Abraham, Isaac, Jacob, David y a muchos otros que enviaría la semilla del buen don, Jesucristo, su hijo y nuestro salvador y que éste libraría y redimiría del pecado y de la tiranía del demonio a todos los que con fe viva y activa creyeron en esta promesa, depositando en Aquél toda su confianza, esperanza, creyendo que serán redimidos y puestos en libertad tal como se les ha prometido.

Nos muestran y enseñan además estos libros cómo los antiguos Padres israelitas mientras esperaban la redención que se les había prometido (siendo los hombres como son de naturaleza tan orgullosa y corrompida que no quieren reconocerse tan pecadores como para necesitar del Redentor prometido) dio Dios su ley por medio de Moisés escrita en dos tablas de piedra, para que por ella conocieran los hombres qué es el pecado y la maldad del corazón y mente humanos para que así desearan más fuer-

te y vivamente la venida de Jesucristo para redimirles y librarles del yugo del pecado...

... En el Nuevo Testamento se nos enseña claramente cómo Jesucristo, el verdadero cordero y la verdadera oblación que quita los pecados del mundo, ha venido a restablecer la paz entre su padre y nosotros y a ponernos en gracia y amistad con él, para que limpios de nuestros pecados con su sangre y librados de la sujeción al demonio, nos adopte y haga hijos de Dios y coherederos con El del amplio y completo Reino de su Padre.

Y para que conozcamos estos grandes y excelsos bienes que Dios nos ha hecho, nos da su Espíritu Santo, el cual nos hace creer en Dios Padre y el mesías y Rey que El envió...

... Además, Jesucristo ha venido a este mundo para que purgados y santificados nuestros pecados por El y en El, tomemos de El ejemplo, siguiendo su voluntad haciendo obras buenas, renunciando a todas las obras y acciones de la carne y sirviendo al Señor con voluntad y ánimo presto y decidido, como El ha ordenado, pasando nuestra existencia justa y santamente...

... Este mismo Jesucristo es el que vendrá al tiempo preparado y ordenado por su Padre y el que juzgará a todos los hombres sentado en su trono con gran majestad y el que dará a cada uno según (su merecido) lo que haya hecho sea el bien, sea el mal.

Y a los de su derecha, a los que han estado esperando a la vida eterna les dirá: venid los que habéis sido elegidos por mi Padre para tener vida eterna, tomad posesión del reino que desde la creación del mundo os ha sido asignado y preparado. Y, en cambio, a los que estén a su izquierda les dirá, apartaos de mí criatúras malditas y réprobas e id al fuego eterno preparado al demonio y sus ángeles. Y entonces será el fin del mundo, cuando Jesucristo, habiendo vencido sobre todos sus enemigos, dé a Dios su Padre el reino que ahora en Aquél posee...

... Y sea dada a Dios padre por quien, con quien y en quien son todas las cosas y a Jesucristo su hijo, nuestro Señor y redentor, y al Espíritu Santo toda honra y gloria por los siglos de los siglos. Amén.

III

EL SIGLO XVII

Por Ibón Sarasola

En el siglo XVII la Vasconia francesa (y más concretamente el pequeño país de Labort) conoció un cierto florecimiento literario vasco. Una especie de tertulia o peña de clérigos y médicos fue la promotora de este movimiento, cuyos representantes fueron Materre, Axular, Etcheverry de Ciboure, Hirigoiti, Guillentena, Haramboure, Harizmendi, Arambillaga, etc. Predomina en ellos el tema religioso, tanto en prosa como en verso; algunos son originales, otros meros traductores. Al margen de la indicada peña florecen (también en país vascofrancés) Gazteluzar, Oihenart, Tartas y Silvain Pouvreau (traductor este último de obras ascéticas).

En el lado de acá del país escriben en este siglo Beriain (abad de Uterga), Ochoa de Capanaga y Micoleta (aunque la obra de este último ha permanecido inédita hasta casi nuestros días).

JOANNES DE ETCHEVERRY

En el siglo XVII apareció en Labort un movimiento de eclesiásticos de notable altura intelectual en relación con una serie de animadores seglares. Al citado grupo se debe un movimiento literario de gran repercusión en la historia de la literatura vasca. En efecto, fue una especie de siglo de oro dentro de la historia de la literatura en Lengua Vasca. Su labor dio como fruto un nuevo idioma literario común a todos ellos, el labortano clásico, mucho más popular y aburguesado que el de Leizarraga.

Dentro de este grupo cabe destacar a Joannes de Etcheverry, natural de Ciboure, doctor en teología, que publicó diversos libros, entre los que destaca el **Manual devotionezcoa,** publicado en Burdeos en 1627. Es un autor cuya obra es relativamente desconocida debido a la inexistencia de ediciones modernas.

MANUAL DEVOTIONEZCOA

ORACIONES DE LOS BALLENEROS

Oh, Señor, que protegisteis al joven Tobías
Enviando de guardián al santo Arcángel
Y que acercasteis el pez a la costa
Dándole gracia para matarlo.
Acércanos también a nosotros la ballena
Para clavar más certeramente el golpe del arma.
Arriesgamos por vivir la vida
Concedednos por favor la gracia de conservarla.

TRAS HERIR LA BALLENA

Señor, más por tu arte que por el nuestro
Hemos herido la ballena a golpe de arpón
Concedednos Señor poderoso la gracia
De frenar pronto el gran pez marino
Sin que hiera a ninguno de nosotros con su fuerza
Cuando azota con su cola o con su pecho
O sin que vuelque la embarcación por la quilla
O sin que nos lleve con él a los abismos.
Líbranos, os rogamos, de todos estos males
Para que podamos daros las gracias al volver a tierra
Grande es la ganancia, grande también el peligro.
Presérvanos ante todo la vida.

ACCION DE GRACIAS TRAS LA MUERTE DE LA BALLENA

Gracias y alabanzas os sean dadas, Señor,
más en número que millones y millones
Por la gracia que liberalmente nos habéis concedido

De quitar la vida al mayor de los peces
Nuestras fuerzas no eran nada al lado de la suya
Hemos sentido vuestra ayuda en el combate
Porque con Vos, un campañol amedrenta de lejos
Al enemigo por diestro que sea;
También a nosotros nos habéis concedido el don
De vencer al pez más fuerte del mar
Lo podremos llevar a tierra hecho cadáver
La pieza que en vida se valía de sus zarpas
De esta forma honramos milagrosamente
El límite de la naturaleza, gracias a Vos, Señor.

PEDRO DE AXULAR
(1556-1644)

Es dentro de la literatura vasca algo así como Cervantes en la literatura castellana. Con él, el labortano clásico adquiere un rango y categoría que no ha alcanzado hasta la actualidad ningún dialecto literario vasco. Nació en Urdax, en la Navarra Alta, siendo muy probable que estudiara en Salamanca. Fue párroco de Sara, donde desarrolló su actividad literaria. Su único libro, **Guero,** publicado en Burdeos en 1643, pasa por ser el mejor de los libros vascos en prosa. Ha sido editado dos veces en los últimos años, acompañado en una de las ocasiones de una notable traducción y un cuidadoso estudio de Luis Villasante.

DESPUES (GUERO)

CARTA DE RECOMENDACION

A mi señor Bertrand de Echaus, Arzobispo de Tours, primer capellán de Francia, gentilhombre del Orden, afamado consejero real: gloria celestial.

Mi amado señor: Te me has ido de la tierra, pero no del alma, ni tampoco del corazón. Llegué, por fin, pero no me has aguardado. Mas la falta es mía, mía es la culpa. He andado aplazando indefinidamente, y lo que

suele acontecer a quien anda así, me ha ocurrido a mí también.

Pero, con todo, mis grandes deudas de gratitud, los favores recibidos y la benévola voluntad que constantemente me has mostrado, juntamente con los hechos, no dejan que me atreva a sacar al público este librito sin hacer memoria de ti, aunque sea después que has muerto.

Porque me parece que todavía estás vivo, que te tengo delante de los ojos: y por eso, como si te tuviera de esa forma, te quiero hablar.

Cuando muere un padre honrado y honorable, el hijo huérfano que deja tras de sí es en muchos lugares bendecido y gozosamente recibido, en atención a su padre. Este librito es el huérfano. Posthumus. Nacido después de morir el padre. Pero el hijo de un tal padre, aun siendo huérfano, no puede pasarlo mal. Porque aun después de tu muerte, tu virtud, honor y renombre le han de aprovechar.

Y acerca de tu virtud, honor y fama antecedente y subsiguiente, ¿quién podrá decir cosa?

¿Quién hay en el país vasco que, de una u otra forma, no te sea deudor y no te esté obligado? ¿Que no te haya utilizado y necesitado? ¿Y que no le hayan servido tu fama y ascendiente? Tu casa, en todos los sitios en que has estado, ha sido constantemente la casa, el lugar de descanso y el albergue de los vascos. Todos acudían presurosos a ti. A ti te contaban sus quejas, trabajos, cuitas e infortunios. Y tú a todos recibías alegre y gozosamente. Los aconsejabas discretamente, los guiabas, gobernabas y sacabas adelante.

Tú has sido y serás prez y honor de los vascos, su apoyo, dueño, sostén: cántabro excelente, auténtico y verdadero.

Tú has sido hijo de la casa de Echaus, de aquel palacio y castillo grande, hermoso, noble, que se encuentra en los montes Pirineos, en las faldas de los Aldudes, como perpetuo centinela y vigía siempre despierto. Los Vizcondes y todos los hijos de esa casa han sido perpetuamente, desde siempre, utilizados y estimados por el Rey, de un valor y lealtad comprobados. Y también han sido defensores, promotores y caudillos de la verdadera fe y ley.

Cuando en aquellas regiones de la Baja Navarra, lo mismo que en muchos otros lugares, pareció que la santa ley católica iba a flaquear, bambolear y perecer, todo el mundo sabe cómo tu señor padre, haciendo poco caso de su hacienda y aun de la vida, se fue a Saint-Palais, donde a la sazón estaba el Parlamento de Navarra. Y allí, con gran osadía, en un gesto de su noble y cristiano corazón, tomando en la mano la espada desenvainada, comenzó a clamar, como un Matatías en su tiempo, diciendo: *Omnis qui habet zelum legis, statuens testamentum, exeat post me* (2 Mach c. 2). Ea, cristianos, los que con el nombre de cristianos tenéis la realidad de tales, dejados todos los demás quehaceres, acercaos a mí, seguidme y ayudadme a mantener y sostener la verdadera ley y fe. Y tanto hizo, que preservó a su pueblo y a los del contorno del mal que iba a introducirse en ellos. Y después, por odio y en venganza le quemaron su hermoso palacio. De este temple era tu señor padre y también los demás antepasados tuyos.

Pues bien: tampoco tú has desmerecido de tu casta: no te has desviado, apartado ni alejado de tu linaje y prosapia. Porque tú también, cuando eras Obispo de Bayoná y estabas girando visita, viendo que ciertas personas que vivían fuera de la Iglesia querían luego que su cuerpo fuera introducido y sepultado en la iglesia, interrumpiendo tu visita y reuniendo los tres estados de Navarra, fuiste a la Corte: y pasando allí muchos trabajos y padeciendo oposición, trajiste por fin el remedio que hacía falta, el decreto o provisión de que se prohibieran en adelante tales desórdenes. Por consiguiente, tampoco tú has desmerecido del cristianismo de tus mayores.

Ni has aminorado el honor de ellos. Al contrario, diríase que tú has ensanchado los linderos, has pasado la raya, pues has estado a punto de adornar la casa de Echaus con el traje rojo del Cardenalato. Porque no hay quien ignore que el Rey te escogió y nombró para ello. Y que si el golpe ha fallado, ello no ha sido por tu falta o por no ser tú apto para dicho cargo, porque, dejados a un lado tus grandes méritos y los servicios que en muchas ocasiones has prestado a la Iglesia, al Rey y a todo el pueblo, la misma naturaleza te ha dotado, provisto y y colmado de muchas suertes de dones, prerrogativas y cualidades. Te ha dado, en efecto, un claro entendi-

miento, una gran memoria y una voluntad inclinada, propensa y dedicada al bien, al honor y a la virtud.

Pero ¿para qué me meto yo en este mar sin fondo? ¿En este bosque, del que no puedo salir? ¿En la mención de tus glorias? Ellas hablan bien alto por sí mismas; ellas son de por sí suficientemente preclaras y sonoras. Deje, pues, este punto, no sea que yerre. Y pasando adelante, hable sin cometer yerro. Y digo que todo cuanto se escriba en euskara, todo ello, como a caudillo de los vascos, a ti te pertenece, a ti se te debe, y con todo derecho, aun ahora, se te debe presentar a ti. Y, sobre todo, este menudo trabajo de este tu pequeño servidor, a saber, los perjuicios y daños que se siguen de aplazar los quehaceres, este tema que tú tan bien sabes, ¿a quién le ha de pertenecer, si no es a ti? ¿Quién lo guiará, quién lo acogerá, si tú no lo haces?:

Bajo tus auspicios sale, bajo tu égida se atreve a ver la luz pública. Recíbelo, pues, defiéndelo, ayúdale, dispénsale buena acogida. Hállese en este librito a Echaus y el renombre y prestigio de Echaus. Porque de esta suerte, en todos los lugares podrá llevar la cabeza erguida, tendrá autoridad, y sin miedo de nadie, podrá atreverse a sacar su rostro en público.

Mas, sí: te has ido, has cambiado de lugar: has cumplido el tiempo de esta vida.

Así es la verdad. Y en parte lo siento, y en parte me alegro. Lo siento, porque a nadie se le ha seguido de ello tanto daño como a mí.

Me alegro. Porque como no somos de dos épocas distintas, y tú la tuya la has pasado tan bien, con tanto honor y dicha, confío que estés en la gloria celestial y tengas gran crédito cerca de Dios y que de ahí te llegarás a mí y me alargarás tu mano; y así como el águila, desde los aires, dirige la mirada a sus polluelos, también tú me mirarás propicio. Y después (pues también yo estoy próximo a terminar mi vida), con la gracia de Dios y tu intercesión, lograré tu buena dicha; y entonces te tributaré gracias por todo. Así lo quiera Dios.

El menor y más obligado de tus servidores.

P. DE AXULAR.

AL LECTOR

Un día, que me hallaba en una grata tertulia en un lugar donde no había más que vascos, recayó la conversación sobre este asunto, a saber, que ninguna cosa hacía tanto mal al alma, y aun al mismo cuerpo, como el diferir de un día para otro y de mañana para pasado mañana, los deberes. Y que sería conveniente que se hiciera acerca de este punto un libro en euskara, particularmente para los que no saben más que esta lengua; y que en dicho libro se hiciera ver que el que dice «Después», viene a decir «Jamás». En la misma tertulia se pasó en seguida a preguntar a ver a quién se le daría el encargo de hacer tal libro. Y empezaron todos a señalarme a mí, primero con guiños y señas, y por fin clara y explícitamente. Yo, como no me fiaba de mí, me excusé todo lo que pude. Pero en vano, pues tan de veras y tan unánimemente me abordaron, que me cerraron todos los pasos para una negativa. Y así me resolví a hacer, a modo de descargo, un librito, dividido en dos partes acerca del referido «Después».

Y hubiera deseado publicar ambas partes juntas y a la vez. Pero viendo cuán poca cosa se halla escrita en vascuence, he recelado y temido que los caminos no sean lo bastante seguros y expeditos, o que haya en el trayecto algunos obstáculos o tropiezos. Y por eso he tomado la resolución de aventurar primeramente la primera parte, y echarla por delante como en plan de exploración. A fin de que esta primera parte me traiga información sobre lo que ocurre, sobre la acogida que se le dispensa y sobre las críticas y pareceres. Para en conformidad con dichos informes, tomar providencias para el futuro, o sea, sacar la segunda parte al público, o bien ocultarme y reducirme al silencio.

Ya sé que muchos se extrañarán y admirarán de que me ocupe en este trabajo. Porque muchos ha habido hasta ahora, y hay también en la actualidad no semejantes a mí, sino más capaces y hábiles para este menester, y con todo hasta el presente no se han atrevido ni han tenido semejante osadía. Parece que debería bastar esta razón para hacerme recular y detenerme. Pero esta razón, que parece ir contra mí, ella misma es la que me da a mí ánimo, ella es la que me infunde valor, la encuentro a

mi favor, porque las primeras obras y tentativas que se hacen a modo de ensayo, aunque tengan algunas faltas y defectos, parece que, por ser las primeras, son perdonables, y todos las disimulan y excusan.

Sé asimismo que no puedo extenderme a todas las variedades del euskara hablado. Porque de muchas y diferentes maneras se habla el euskara en el país vasco: en la Alta Navarra, en la Baja Navarra, en Zuberoa, en Lapurdi, en Vizcaya, en Guipúzcoa, en Alava y en otros muchos lugares. El uno dice *behatzea,* y el otro *so egitea.* El uno *haserretzea,* y el otro *samurtzea.* El uno *ilkitzea,* el otro *ialgitea.* El uno *athea,* el otro *bortha.* El uno *erraitea,* el otro *esatea.* El uno *irakurtzea,* el otro *leitzea.* El uno *liskartzea,* el otro *ahakartzea.* El uno *hauzoa,* el otro *barridea.* El uno *aitonen semea,* el otro *zalduna.* En fin, cada cual a su modo y manera. Todos los vascos no tienen las mismas leyes y costumbres, ni tampoco idéntica manera de hablar el euskara, por razón de que políticamente forman estados diferentes.

Pues por lo que respecta al escribir, tampoco me encuentro sin problemas. Porque también en esto hay diferencias. El uno escribe *chehero,* el otro *gehero.* El uno *chedea,* el otro *gedea.* El uno *ichilic,* el otro *igilic.* El uno *quecho,* el otro *quejo.* El uno *chuchen,* el otro *jugen.* Y así hay también algunas otras palabras, que unos y otros escriben diversamente, según la usanza del propio país o reino.

Pero como no son más que unas diez palabras, o pocas más, las que se escriben diversamente y de dos maneras; así yo también algunas veces las escribiré de una manera en el texto del libro y de otra en el margen, in margine: con el fin de contentar a todos.

Finalmente, respecto a este asunto de la grafía, digo que, así como el latín une dos «i» y dos «v» tomándolas por una: *Adjicio, Conjicio, Vultus, Vulnus.* Y también el español une dos «l», haciendo de ellas una: llamo, lloro; así también el euskara une dos «t», haciendo de ellas una: *ttipia, ttipittoa, gizonttoa, haurttoa.* Porque el escribir *txipit, txipitxoa, gizontxoa, haurtxoa,* no está bien recibido entre los que hablan bien el euskera.

Pero como ordinariamente, tanto en cuanto a escribir como en cuanto a hablar, a cada cual se le antoja que su modo propio es el mejor, y supuesto que este modo mío no es como el tuyo; te ruego que no por ello lo rechaces ni hables mal. Si éste no te satisface, hazlo tú a tu manera y como en tu país se acostumbra. Yo no me molestaré por ello, ni me enfadaré. Bien por el contrario, ésta es una de las cosas que yo quisiera, a saber: que este mi humilde ensayo te infundiera el deseo y las ganas de hacer otro mejor, y aun de corregir las faltas de él. Porque así no fuera el euskara tan corto, pobre ni tan estrecho, como el mundo cree que es y lo tiene por tal.

Actualmente parece que el euskara está como avergonzado, que es extraño, que ni osa presentarse en público, que no es capaz, grande ni hábil. Porque aun entre sus naturales, algunos no saben cómo escribir ni cómo leer.

Si se hubieran hecho en euskara tantos libros como se han hecho en latín, francés o en otras lenguas extranjeras, también el euskara sería tan rico y perfecto como tales, y si esto no es así, los mismos vascos son los que tienen la culpa de ello, y no el euskara.

No hago este librito para personas muy cultas. Ni tampoco para los que no saben absolutamente nada.

Ni tampoco traduzco siempre la Sagrada Escritura y las máximas de los doctores literalmente al vasco. Porque el euskara y las otras lenguas son diferentes, Mas no se sigue de ahí que el euskara sea de peor calidad. Al contrario, parece que las otras lenguas comunes se hallan mezcladas las unas con las otras, y que en cambio el euskara se encuentra en su primer principio y pureza.

Pero dejando a un lado los modos y diversidades de hablar y escribir el euskara (porque esas cosas son como la corteza y la flor), apropiate del fruto de este librito, de la sustancia interior: sea ésta la que gustes, la que traigas entre manos, leyendo no a prisa, no superficialmente ni tampoco con ánimo de rechazarla. Sino con una buena intención, como si el libro fuera tuyo, hecho por ti. Y si de ese modo le encuentras algún dulzor y sabor, como todo ello de Dios solamente puede provenir, y de mí las faltas únicamente, tribútale a El las gracias, y te suplico, por favor, que te acuerdes también de orar por mí. Vale.

CAPITULO PRIMERO

QUE, APARTE DE OTRAS RAZONES, AUN POR HUIR DE LA OCIOSIDAD, ES PRECISO TRABAJAR.

... Dice Aristóteles (Arist. lib. 5 Politic. c. 11) que es bueno, para desterrar y suprimir del Estado la holgazanería, y para preservar a los pueblos de levantarse contra su rey o contra otros, el emprender algunas obras grandiosas, el construir ciertas torres o castillos y ocupar en ello a la gente. Como se ve en las Pirámides de Egipto, las cuales hizo construir el rey Faraón, con el fin de que el pueblo no estuviera ocioso. Pareciéndole a aquel rey que si a los hijos de Israel, que tenía bajo su poder en calidad de cautivos (pasaban de seiscientas mil personas), los dejaba vivir a su gusto y capricho; podrían venir a creerse algo y aspirar a prevalecer, y que de ahí se originaría lo que no conviene; tomó el designio, la idea y el propósito de hacer unas Pirámides. Y hablando de estas Pirámides, dice San Isidro: *Pyramides est genus sepulchrorum quadratum fastigiatum ultra omnem celsitudinem, ut a lato incipiant, et in angusto finiantur* (Isidor. Lib. 5 Ethimol. c. 11). Pirámide o Pirámides eran una especie de sepulturas, pilares, columnas o tumbas de cuatro lados, muy elevadas, lo más altas que se pudieran hacer, en la base anchas y en el vértice estrechas. Y en éstas hacía trabajar Faraón a estos sus súbditos, señalando a cada uno el trabajo y porción de obra de cada día. Y aunque ya era bastante el simple trabajo, con todo, los instrumentos, aperos y todos los materiales para hacer la obra, debían buscarlos y suministrarlos ellos mismos. Y a pesar de esto, no podían quejarse; de tal forma, que apenas se les deslizó de la boca la primera palabra de queja, el Faraón inmediatamente les dijo: *Vacatis otio* (Exod. 5). Estáis ociosos, vuestra comodidad, confort y melindre es la que os da fuego, ella es la que así os incita y hace hablar. Y para lo sucesivo los cargó aún más y les dobló el trabajo. Todo esto lo hacía por temor de que si tenían ocio o estaban sin quehacer, de ello se le originara algún daño.

Pisístrato, aquel malvado tirano de Atenas, cuando vio toda la plaza llena de gente vaga, y que de ellos podían originarse muchos proyectos y obras malas, llamó a to-

dos a sí. Y para que en adelante no tuvieran excusa para estar ociosos, les dio mulos, bestias de carga, bueyes, semillas, dinero, en fin, cuanto habían menester para poder trabajar. Y luego los mandó al trabajo; imaginándose que así no harían daño, ni maquinarían perversos designios, ni revolverían la nación (Aelianus, lib. 5 variis histor.)...

... Cuando los lacedemonios conquistaron una ciudad enemiga, limítrofe o fronteriza con ellos, dijeron los mismos gobernantes de Lacedemonia; *Sublata est pubis nostrae palaestra, non habebunt post hac, quibuscum luctentur adversarios* (Plutarc. in Aphote). Se acabó nuestra juventud; de aquí en adelante no tendrán ocasión de combatir ni enemigo con quien luchar.

Los mismos de Lacedemonia no quisieron destruir una ciudad enemiga, rival y contraria de siempre, porque decían que aquella ciudad era Iuventutis cotem: la piedra de afilar de la juventud: porque los jóvenes allí afilaban, ensayaban y probaban su fuerza y destreza y se preservaban de enmohecerse. (Plutarc., ibid.)

En este sentido contestó Cleomenes, el de Esparta, cuando le preguntaron a ver por qué no destruyó a sus enemigos, los Argibos, una vez que los conquistó. Ut habeamus qui iuventutem nostram exerceant (Plutar. in Laco.). No los he destruido, a fin de que tengamos quien pruebe y ejercite el valor de nuestra juventud.

Cuando oyó Publio Násica que los romanos habían expulsado de su Imperio a Aníbal, su enemigo mortal, que se habían apoderado de Cartago, y que con todo esto, a su parecer, se habían quedado seguros para lo sucesivo, dijo: Precisamente ahora es cuando nos hallamos en mayor peligro de resbalar y caer. Porque ahora no tenemos, como antes, quien nos despierte y obligue a cumplir nuestro deber. (Plutar. in Aphothe.)

Cuando los Romanos obtuvieron sobre Cartago la victoria que deseaban, entraron en consejo para deliberar qué es lo que debían hacer con la dicha ciudad de Cartago. Y Catón (que era uno de los más principales) dijo que había que deshacerla toda, allanarla e igualarla con la tierra. Porque todas las guerras y quebraderos de cabeza se les originaban de aquella ciudad, y así, destruyéndola, se quedarían en paz y sosiego. Pero Escipión, aquel famoso Capitán, mirando mejor al futuro, dijo: Que de ninguna forma debían destruir la ciudad. Porque, si la

destruían, creyendo apagar una guerra, encenderían otra mayor. Porque al punto la gente se entregaría a la holgazanería, a comer y beber, a la chismorrería y a toda clase de vicios, que trae la ociosidad. Y de ahí provendrían revueltas, luchas, pleitos, enemistades, y se originaría entre ellos mismos una guerra intestina más peligrosa que la de los Cartagineses. Y así ocurrió. Porque dejando el consejo de Escipión, aceptaron el de Catón, destruyeron la ciudad de Cartago, y se quedaron, a su parecer, en paz. Pero como Escipión les había dicho, muy pronto, ellos y la misma ciudad de Roma decayó y se hundió. (Vide August. lib. de Civitate Dei, c. 30, tom. 5.)

Conociendo esta verdad el célebre Pericles, mantenía constantemente en el exterior algunas guerras. Y todos los años enviaba barcos, llenos de gente, a dicha guerra. Y a ellos empujaba a todos los vagos que podía encontrar. Y después vivía en grande paz (Plutarc. in Pericl.). Porque como en todos los países suele haber comúnmente algunos vagos y gente perdida, y éstos promueven jaleos y males, gran bien se le sigue al país con quitar de en medio a los tales. Del mismo modo que a la tierra se le sigue provecho de escardarla y sacar las malas hierbas.

Los Corintios de tal modo aborrecían a los vagos, que cuando veían a un hombre que vivía sin rentas, sin oficio y sin trabajar, inmediatamente, sin más pruebas, le quitaban la vida, porque decían que una persona ociosa, que no tenía oficio ni rentas, tenía que servirse del robo, del engaño o de alguna mala arte, y que el tal merecía la muerte, y así lo ejecutaban (Laert. lib.). Y bien estaría que ahora también se hiciera así con los tales.

El gran Solón ordenó que cuando un padre no hubiera enseñado ningún oficio al hijo, éste no se viera obligado a favorecer a aquél, aunque el padre estuviera necesitado. Porque al no enseñarle oficio, su padre lo dejó en trance y riesgo de ser holgazán y malvado (Plutarc. in Solone).

Unos individuos, que se llamaban Gimnosofistas, aborrecían de tal modo la holgazanería, que siempre, antes de cenar, llamaban a sí a los jóvenes, para saber en qué habían pasado el día, y si les convencían de holgazanería, la cena no les hacía daño (Patricius, lib. de republica).

De Catón Censorino se lee (éste tenía poder y jurisdicción sobre los holgazanes) que cuando traían a su presencia a un hombre bajo la acusación de que era holga-

zán, inmediatamente, la primera cosa que hacía era palpar y acariciar la piel de las manos; y si se la encontraba áspera, gruesa y dura, al instante lo dejaba libre. Pero si se la encontraba delgada, suave y delicada, condenándolo por holgazán, aun por un pequeño delito, lo castigaba severamente (Plutarc. in vita Catón. Censor.).

Y este mismo Catón solía decir que de tres cosas se guardó, en cuanto pudo, durante su vida. De confiar sus secretos a la mujer, de ir por mar cuando se puede ir por tierra y de estar ocioso durante todo el día.

Los Lucanos, cuando hallaban que alguien había prestado algo a personas holgazanas, daban al punto sentencia en contra del prestamista, que todo lo que hubiera prestado lo perdiera (Nicolaus de moribus gent.). Pero yo pienso que no había necesidad de dar tal ley, pues por sí sola está dada. Porque no hay miedo de que el prestamista cobre de tales personas.

En algunos países de las Indias, ninguno que pudiera valerse de su cuerpo solía andar mendigando. Aun los ciegos tenían que trabajar cuando menos en el torno o rueda. Apud Synas Indiae populos, caeci molas trusatiles versando, sibi victum parant (Osor. lib. II).

CAPITULO XXXI

SOBRE LOS DAÑOS QUE OCASIONA EL PECADO DE LA CARNE; PRIMERAMENTE COMO CIEGA EL ENTENDIMIENTO Y COMO DEBE UNO GUARDARSE DE METERSE EN EL, Y DESPUES DE METIDO COMO DEBE ESFORZARSE POR SALIR DE EL CUANTO ANTES.

Si en los demás pecados ocasiona tantos daños el andar difiriendo, el dejar para luego el remedio, ¿qué será en el pecado de las mujeres? ¿En ese placer que a la carne es tan placentero? ¿En ese que cada uno naturalmente desea? ¿En ese que si se le deja echar raíces es tan difícil de sacarlas y de arrojarlas?

Mas como esta materia es tan grande y dilatada, peligrosa y resbaladiza; vamos a considerar y referir primeramente los daños que ocasiona y los quebraderos de cabeza a que da lugar; y después buscaremos y dispondre-

mos también las purgas y recetas que se le deben aplicar.

Y pues que me meto en este mar sin fondo, creo que no hay quien no sepa que los enemigos de nuestra alma son tres: el mundo, el demonio y la carne. Y que de estos tres el peor, el más peligroso y el más interior es la carne. Este es el ladrón de casa, el enemigo de dentro, el que constantemente está con nosotros: el que nos come noche y día, como la carcoma a la madera, la polilla al paño, el gorgojo al tocino y el gusano a la carne; que nos tienta e incita, el que no podemos arrojar de nosotros. De tal forma, que más fácil es hablar de él y decir que debemos precavernos de él, que precaverse de hecho. Así lo dice Valerio: *Luxuriam accusare facilius est quam vitare* (Valer. Max. lib. 9 cap. 1).

La carne es débil y fuerte. Débil para defenderse, fuerte para tentar y hostigar. Necesita muchos apoyos, favores y sostenes para conservarse en el bien, para perseverar sin caer, y le basta poca cosa, una pequeña ocasión, para resbalar, tropezar y caer. Por eso dijo San Agustín: *Inter omnia christianorum certamina, sola duriora sunt praelia castitatis, ubi quotidiana est pugna et rara victoria* (Aug. Serm. 250 de temp. Tom. 10). Las guerras más grandes y más duras de los cristianos son las guerras de la castidad. Porque aquí hay combate a diario, y la victoria es rara y pocas veces. Y así dice el mismo San Agustín: *Nullo tot diabolus animas rete capit, quod laqueo pessimarum mulierum* (Aug. epis. 206. T. 2). El diablo tiene muchas redes para cazar las almas, pero con ninguna atrapa tantas como con las malas mujeres, y con las artes, redes, lazos y emboscadas que éstas extienden y preparan.

Grandes son los daños que ocasionan la carne y el amor carnal desordenado. Y uno de los daños más principales, si no es el principal, es anublar, oscurecer y cegar el entendimiento. La persona enamorada no ve, no sabe lo que hace: en ello piensa al comer, al beber y cuando está acostada en la cama: sus conversaciones y aun sus sueños son sobre ello; no quiere que nadie le hable de otra cosa: está ciega, loca, fuera de razón. Por eso los poetas antiguos pintaban a Cupido, el Dios de los enamorados, como niño y ciego. Ciego, porque no ve. Niño, porque no tiene cabeza. Y también Plutarco dice: que es difícil estar enamorado y estar en su seso (Plutar. in Aphoth.).

A este tal ni la deshonra, ni el qué dirán las gentes, ni el dispendio de los bienes, ni la pérdida de la fama, ni la pérdida del sueño, nada, en suma, le retrae.

Onager assuetus in solitudine, in desiderio animae suae, attraxit ventum amoris sui, nullus avertet eam (Jer. 2). Como el asno silvestre enamorado, que con los ojos cegados pasa por entre los cazadores, se mete en cualquier peligro. Se preocupa de su amor desordenado, de sus amoríos, pero de todo lo demás no hace caso.

Este es como la paloma. La paloma al beber no levanta la cabeza como hacen todas las demás aves. Lo que quiere beber lo bebe de un tirón, sin levantar la cabeza, sin respirar, como lo hace el ganado. Las demás aves al beber, en cada trago, en cada porción, levantan la cabeza arriba. Y parece que obran así amaestradas por la misma naturaleza. Porque como entonces es cuando corren mayor peligro, pues se encuentran quietas mirando al agua: y entonces son acechadas, espiadas, vigiladas por los cazadores, por ello ellas están alerta: y a cada gota de agua que beben, miran en derredor y levantan la cabeza arriba para vigilar. Pero la paloma no obra así, se está con la cabeza gacha hasta saciarse, no levanta la cabeza ni mira en derredor. Y en esto se revela la simpleza y necedad de la paloma, que cuando más peligro corre es más insensata y despreocupada. Así le pasa también al que tiene puesto todo su pensamiento en las mujeres. Cuando el enemigo está al acecho, cuando más peligro corre, entonces es cuando se halla más perdido y sin seso. No se preocupa más que de aquella bebida y placer; de ninguna otra cosa hace caso.

CAPITULO LVII

ACERCA DE LA SEGUNDA PENA Y CASTIGO QUE TENDRA EL PECADOR EN EL INFIERNO, QUE ES «POENA SENSUS», LA PENA DEL SENTIDO.

Verdad es que el pesar y el daño que proviene de estar excluido de la gloria y compañía de Dios es grande. Mas parece que a pesar de esta exclusión, el pecador podría

tener cierto consuelo o que no sería totalmente indigente ni enteramente digno de compasión si no tuviera dolor o padecimiento alguno; por esto, la segunda pena y castigo que el pecador merece y que de hecho tendrá es *poena sensus*, la pena del sentido, el fuego eterno, que nunca se extinguirá. Y esta pena se le da al pecador porque, dejando a Dios, se volvió a las creaturas; y porque hizo más caso del mundo y de los placeres mundanos que de Dios y de sus mandamientos. Así lo dice Santo Tomás: *Poena sensus respondet inordinatae conversioni ad creaturam.*

Acerca de esta pena dice San Mateo: *Ite in ignem aeternum* (Mt. 25): Idos al fuego eterno, que no se extinguirá nunca. Igualmente dice el mismo San Mateo: *Excidetur et in ignem mittetur:* Será cortado y arrojado al fuego.

Y no creas que aquel fuego del infierno será como estos fuegos de aquí. Como aquél será encendido y producido por el mismo Dios, será más ardiente y rusiente que los fuegos de acá. De tal manera que el fuego de aquí, comparado con el de allí, será como pintado. Y esto no es de maravillar, porque aun entre los fuegos de aquí hay gran diferencia. El fuego de azufre, y aun el de leña, es más caliente y robusto que el de paja. Así también aquel fuego del infierno ha de ser más caliente y aun más potente que los fuegos de aquí.

Aquí ahora cabe preguntar a ver si en el infierno habrá frío, como hay calor. Y hay alguien que dice que sí; y que así como habrá en el infierno un calor grande, así también habrá igualmente un frío grande, hielo, escarcha, nieve; y que los que están allí pasarán de un extremo a otro, de un gran calor a un gran frío y de un gran frío a un gran calor; pero que en el intervalo, al pasar de un estado al otro, no se les aliviará el dolor. Y los que esto dicen, toman ocasión para ello de una frase de aquel santo varón Job: *Ad calorem nimium transeat, ab aquis nivium; et usque ad inferos peccatum illius* (Job 24): Del agua de las nieves pase a gran calor; y su pecado no se detendrá hasta el infierno. Por consiguiente, parece que en el infierno habrá frío y calor, agua y fuego.

Pero para responder a esta cuestión quiero seguir a aquel gran Doctor, el Padre Domingo Soto. Y de acuer-

do con su palabra y su parecer, digo que en el infierno no habrá nieve, hielo ni ninguna otra especie de frío (Vid. Domingo Soto in 4 Sent. dist. 5, q. única, art. 4). Porque nuestro Salvador, cuando habla del infierno, jamás mienta la nieve ni recuerda para nada el hielo ni ninguna otra clase de frío. Al contrario, les dice a los malos: *Ite, maledicti, in ignem aeternum:* «Idos, malditos, al fuego eterno, que nunca se extinguirá.» Porque para cambiar del frío al calor o del calor al frío debería ser por más padecer. Pero para esto no hace falta el frío. Porque, por un lado, el calor es más potente que el frío, y por otro, porque con el mismo fuego da Dios al pecador el castigo que le corresponde. En consecuencia, parece que estaría de más el frío en un sitio en que se basta el calor.

Y así, el rico avariento que estaba en el infierno no podía conseguir una gota de agua para humedecer y refrescar su lengua. Y además es difícil de comprender y de concebir cómo puedan estar reunidos o el uno junto al otro, en aquel horno del infierno, el frío y el calor, sin que haya de algún modo alivio del tormento, por lo menos en el momento de cambiar de uno al otro.

Y cuando Job dice: «Pase del agua de nieve al gran calor», no se refiere a las penas del infierno ni a los que allí están; sino que se refiere al pecador, como puede verse en el mismo lugar; y tampoco habla de cualquier pecador, sino del que vive en adulterio, con mujer ajena, con la querida. Y a este tal le dirige sus amenazas y lanza las maldiciones, diciendo: *Maledicta est pars eius in terra*: maldita es la parte que éste tiene sobre la tierra. Ad calorem nimium transeat ab aquis nivium: conviértase frío como la nieve en la devoción y caliente como el fuego en la maldad; y de esta frialdad pase —como el invierno al verano— al calor del infierno; y no se detendrá hasta allí, hasta llegar allí: *Usque ad infernum peccatum ejus.*

Y aunque nuestro Salvador dice, hablando del infierno: *Ibi erit fletus et stridor dentium*: que allí habrá llanto y rechinar de dientes, no se entiende que este rechinar de dientes proviene del frío ni que lo produce el frío. Sino que esto lo produce, por un lado, el remordimiento interior, el recordar que por su culpa tiene todos estos sufrimientos; y por otro lado, se lo produce el gran dolor

que le inflige el fuego. El es el que pone en conmoción todos los miembros del cuerpo y hace producir ese gran crujir de dientes. Por tanto, en el infierno no hay nieve ni ninguna otra especie de frío; perpetuamente hay calor y fuego, y dicho fuego no se amengua ni apaga jamás. Y el tal fuego no necesita leña ni instigador. El alma del condenado siempre está ardiendo y también lo estará el cuerpo después del día del juicio final.

ARNALDO OIHENART DE MAULEON (1592-1667)

De Mauleón. Es el único seglar entre los autores vascos de los siglos XVI y XVII. Hizo estudios de Derecho en Burdeos y tuvo en su vida diversos cargos públicos. Su nombre es conocido fuera del país por su **Notitia utriusque Vasconiae tum Ibericae tum Aquitanicae** (París, 1638). Como escritor vasco su principal obra es **O (ihenar) ten gastaroa neurthizetan** (París, 1657). Es un libro de poemas más perfecto pero más frío que el de Dechepare. Al mismo tiempo publicó una agnífica colección de refranes vascos.

LAMENTACION CONTRA LAS MUSAS EN LA MUERTE DE SU ESPOSA

Señoras, os he servido durante largo tiempo y he celebrado vuestro nombre en estas regiones en las que antes era poco conocido. He sacado a la luz del día vuestras costumbres y modo de ser, aquí donde nadie había oído hablar de vosotras. Los he hecho venir del extranjero, los he hecho nuestros, los he puesto a disposición de los que componen poesías en vascuence.

Habiendo sido durante largo tiempo vuestro servidor y vosotras mis dueñas, creía que si la tormenta viniera a golpearme, encontraría en vosotras mi amparo y sostén, mi abrigo contra el viento y mi refugio. Así creía que era, pero me he equivocado grandemente. Pues, cuando necesitado grandemente de vosotras, he estado

llamándoos insistentemente, no os habéis acercado a mí, no habéis venido. Por el contrario, me habéis dado la espalda. Habéis dejado que Juana muera, la cual, para hacerme vivir, había venido ella misma a la tierra o había sido enviada por el cielo. Juana, mi querida esposa, mi corazón, mi pensamiento. ¡Oh!, qué muerte más cruel para mí. Desde que la he perdido, ¿por qué sigo aquí?, ¿para aguantar sufrimientos sin duda? Veo que cuanto más tiempo permanezca aquí, tanto más empeorará mi situación, pues estoy destinado a volverme impotente, lisiado y reducido a la nada, pues he sido privado de aquella por la que esperaba ser mimado y conducido a un estado mejor, una vez vuelto viejo, como lo era en mi juventud. Cómo, siendo antes la carga de mis asuntos algo pesada para mí, y teniendo ahora dos para una sola persona, la suya y la mía, cómo no me desgastaré? En la imposibilidad de llevarlas y flaqueando mi hombro, ¿cómo no caeré de bruces o de rodillas, completamente extenuado? Hace mucho tiempo que, de no haber cuidado ella de mí, me encontraría en la fosa, donde me hubiera convertido en alimento de muchos gusanos. Ella me mimó cuando la enfermedad me hacía guardar cama, y permaneció a mi lado sin moverse. Permaneció vigilante y despierta, y cuando comenzaba a andar, me servía de muleta para preservarme de caer. Así como sabía cuidarme cuando estaba enfermo, sabía ocuparse de mí cuando estaba sano y me calmaba cuando mi corazón latía demasiado rápido. Se había propuesto moderar todo lo que de exagerado había en mí. Lo mismo atemperaba mis arrebatos excesivos que prestaba ardor a mi corazón tibio. Cuando andaba fuera del país, a causa de negocios de otros, que prefería a los míos, ella se ocupaba de éstos. Cuando trabajaba, señoras, vuestros vastos campos, descuidando los míos, que veía malograrse faltos de trabajo, ella reparaba mi falta. Hacía los trabajos que me correspondían; cogía el carro, ella misma enganchaba los bueyes, sembraba el trigo y hacía todos los trabajos posibles, como si no fuera noble dama, ni una mujer, sino una labradora joven cualquiera. Sabiendo esto con certeza, ¿no estabais obligadas a preocuparos por ella, sin dejarla morir así? Me diréis que nunca ha existido en la tierra un ser grande o pequeño que no haya muerto a su hora. Reconozco que esta vida no puede ser eterna para

nadie. Pero ella no ha muerto de vejez, sino de desgaste, por falta de remedios y no porque no quisiera tomarlos: así como en el jardín donde se cultivan flores, el alhelí, durante el verano ardiente se marchita primero por falta de agua, y se pierde luego totalmente. Pues si el Dios-médico que se llama Febo (y al cual servís) hubiera operado en ella con sus manos y la hubiera cuidado, hubiera sanado con certeza. Pero no se lo habéis pedido, y él por su parte no se ha acordado, o bien le ha parecido indiferente que Juana viviera o muriera. Por lo tanto, ya que vosotras cuidáis tan poco de mí, desde ahora y para siempre dejo de serviros con la intención de no hacerlo nunca más. Que nadie me pida, pues no voy a hacerlos, poemas o canciones, sino lágrimas y lamentaciones, ya que no puedo tener satisfacción hasta que algún país de los muertos, bajo tierra, en los aires o en el cielo me haga ver a mi querida Juana allí donde ella se encuentre.

RAFAEL MICOLETA

Presbítero bilbaíno, escribió en 1653 una pequeña obra que puede considerarse como el primer intento de gramática de la Lengua Vasca. Este libro no se editó hasta finales del siglo pasado y contiene en su parte final unos breves diálogos vivos y desenvueltos que contrastan vivamente con el resto de las publicaciones vascas contemporáneas. Estos diálogos eran bilingües. Nos hemos limitado a seleccionar una parte de la traducción castellana del autor.

DIALOGOS

D. P.—...mira quién llama a la puerta.
A.—El señor D. Juan es.
D. P.—Corre, abre presto.
D. J.—Muy buenos días dé Dios a V. M. S. D. Pedro.
D. P.—O Señor D. Juan V. M. sea tan bien venido como los buenos años; ¿cómo está V. M.?

D. J.—¿Muy a servicio de VV. MM. está bueno?
D. P.—Al servicio de V. M. como estuviere, aunque algo achacoso.
D. J.—¿Pues por qué madruga V. tanto si no anda bueno?
D. P.—Porque dicen los médicos que para la salud es bueno el levantar de mañana.
D. J.—Esa salud téngansela ellos, que para mí éstos son los días que debemos meter en cama, como dice el refrán, o que los tengamos en la cama dijera mejor.
D. P.—Para decir verdad, yo más hago por entender en mis negocios.
D. J.—Cómo le va a V. M. dellos.
D. P.—Señor el servicio de V. M. mal, bendito sea Dios.
D. J.—Como a mí no despachan a V. M.
D. P.—Sí Sr. despáchanme; muchacho, tráenos de almorzar antes que salgamos.
D. J.—Ya yo he bebido una vez.
D. P.—Beberá V. M. otra que no le hará mal.
D. J.—No que no soy tan delicado como judeo en viernes.
A.—Qué quiere V. M. almorzar.
D. P.—Trae unos pasteles y un cuarto de cabrito asado.
D. J.—Qué bien adressado tiene V. M. señor D. Pedro.
D. P.—Señor razonable para un hidalgo pobre.
D. J.—De dónde hovo V. M. esta tapicería.
D. P.—Señor, de Flandes vino.
D. J.—También deben de ser de allá los lienços o pinturas o retratos.
D. P.—Algunos dellos, otros son de Italia.
D. J.—De gentil mano son por cierto; cuánto le costó a V. M. este escritorio.
D. P.—Más vale que cuarenta ducados.
D. J.—¿De qué madera es?
D. P.—La colorada es caoba de La Habana, y esta negra ébano la blanca de marfil.
D. J.—Cierto que está curioso y muy bien asentada la taracea.
D. P.—Aquí verá V. M. un bufete mejor labrado.

D. J.—¿A dónde fue hecho?
D. P.—El y las sillas vinieron de Salamanca.
D. J.—Lo mejor le falta a V. M. en este aposento.
D. P.—Que es por vida del Señor Don Juan.
D. J.—Por lo que decía don Juan Manuel un sonito de capin.
D. P.—Ya entiendo por la muger lo dice V.
D. J.—Por la misma.
D. P.—A mí me parece que lo mejor que tiene es estar sin ella.
D. J.—O señor no diga Vm. eso que es triste cosa la soledad.
D. P.—Aténgome al que dice más vale solo que mal acompañado.
D. J.—Pues no se entiende que ha de ser mala.
D. P.—¿Y dónde hallaremos que sea buena?
D. J.—Muchas hay muy buenas.
D. P.—Es verdad las que están enterradas.
D. J.—De suerte que V. quiere decir que la muger entonces es buena cuando está muerta.
D. P.—Digo Señor que cada loco con su tema yo he dado ahora en ésta.
D. J.—Y se saldrá V. con ella como el Rey con sus alcabalas.
D. P.—Le dice que una buena mula y una buena cabra y una buena muger son tres malas cucas.
D. J.—La mesa está puesta bien pueden Vds. sentarse a almorzar.
D. P.—Señor D. Juan Tome V. aquella cabecera.
D. J.—Bueno sería eso es por motejarme de viejo.
D. P.—No sino por cumplir con la razón.
D. J.—V. tome su lugar que yo tomaré el mío.
D. P.—Bueno es que venga a mi casa quien mande en ella más que yo.
D. J.—Oh, si por hay lo echa V. yo obedezco en su casa y fuera.
D. P.—Yo soy el que tengo de servir, como la razón me obliga; muchacho daca platos.
A.—Aquí están señor.

JUAN DE TARTAS

Fue párroco de Aroue, en Zuberoa. Publicó en 1666 un libro titulado **Onsa Hilceco Bidia,** que es su libro más importante. El valor de este libro desde el punto de vista literario es muy discutido y, a falta de una edición crítica todos los juicios han de ser aceptados con las reservas y limitaciones que este hecho implica. La única edición moderna que se conoce es francamente defectuosa, lo que dificulta notablemente la labor de traducción.

MODO DE BIEN MORIR

CARTA DE RECOMENDACION

Mi querido y honrado Señor, dos soldados pobres han llegado de Aroue a Briscous, a verte, a visitarte en tu hermoso palacio y a ofrecerte sus humildes servicios. Son dos soldados, padre e hijo, yo soy el padre y he escrito un libro sobre el modo de morir bien. El es mi hijo huérfano, sin madre, del padre nacido.

Siendo tú, Señor, bueno y generoso, serás en adelante el padre y la madre, a la vez, de mi hijo huérfano y, si algo vale, él te rendirá sus servicios en todo lugar y tan fielmente que si vives conforme a él, llevará tu alma a la eterna gloria del cielo, a despecho de todos tus enemigos visibles e invisibles.

Zuberoa, Bearne, La Baja Navarra, Labort, Francia entera reconoce que tú eres un gran señor, un gran Barón. Tu nombre es honrado y bien recibido en todas partes. Mi soldado, si quieres, siguiendo dicha huella y traza, te hará rey en el cielo, te hará señor mayor de lo que ahora eres, te dará una corona tan hermosa como la de los ángeles.

Mi soldado no ha sido aún bautizado, has de ser si quieres su padrino. Si le concedes dicho honor, protegido por tu nombre y tus armas, ¿a quién temerá? ¿Quién hará nada, quién osará decir nada en su contra (de él)? Andará con la cabeza erguida por todos los países vascos. Será bien recibido por tu deseo en todos los países del mundo, simplemente si tú le das buena acogida.

Mi devoto soldado tiene consigo cuatro compañías, pero no existe aún general. Tú señor serás el general y comandante de su armada, bajo tu mando hará mi soldado cuanto sea necesario. Se cerrarán las puertas del infierno y se os abrirán las del cielo a ti, a él, a todos cuantos haya junto a él.

Alejandro, César y otros grandes capitanes de la antigüedad no fueron en su tiempo tan queridos y honrados como tú lo serás, glorioso y triunfante, así en el cielo como en la tierra cuando hagas tuyo este soldado y gobiernes su devota armada, como yo espero...

... Un historiador romano llamado Solinus dice en su libro que había en Roma en otro tiempo, entre otras cosas admirables, dos templos o iglesias, uno de los cuales era Templum Virtalis, el templo de la virtud, y el otro Templum Honoris, el templo del honor. Dichos templos estaban construidos de tal manera que era imposible que nadie entrara en el templo del honor sin haber antes entrado y atravesado el templo de la virtud. Quería indicar aquel autor que en adelante no habría honor sólido y verdadero que no se consiguiese, adquiriese y ganase por medio de la virtud, que para morir rico y lleno de virtud es necesario vivir rico en virtud en este mundo y que la virtud se posee con fatiga, trabajo y sufrimiento. No se adquiere el saber en la pereza, descansando, durmiendo placenteramente en una cama, sino con gran trabajo en vela, en vigilia, escupiendo a las manos, chupando el humo de la candela mientras los demás duermen.

Pues dice bien un poeta:

«Non iacet in molli veneranda scientia lecto.
Ipsa sed assiduo parta labore venit.»

No hay asimismo buena muerte si no hay buena vida y quien quiera morir bien debe vivir bien.

A vosotros os hablo pecador y pecadora, a mí mismo y a todo el mundo en este pequeño libro que he compuesto en euskera y digo que esos dos templos hay que entender nuestra vida y nuestra muerte, que al salir de la vida morimos, que salir de una es entrar en la otra, viviendo morimos y muriendo vivimos, tal como es nuestra vida será nuestra muerte, si buena es la vida, buena será la muerte, y dejando a un lado algunos grandes milagros de Dios, quienes viven mal, contra Dios y los santos mandamientos de la Iglesia, han de terminar mal, han

de perecer y condenarse. Asimismo quienes mueren guardando los Mandamientos de Dios y de su Santa Iglesia han de acabar bien y ver a Dios, y salvarse en su gloria eterna. Como ha dicho San Agustín: vix potest bene mori qui male vixerit, & vix potest male mori qui bene vixerit. Difícilmente puede morir bien quien mal vive y difícilmente puede morir mal quien bien vive...

... Con todo esto, amigo mío, estate seguro, no tengas duda alguna, sabe que los soldados se han salvado porque se han acordado en buena hora de su muerte, como las cinco vírgenes prudentes, y que las almas condenadas se han condenado al igual que las cinco vírgenes locas por no acordarse a su debido tiempo de la muerte. Juzga de ahí cuán bueno y seguro es ese método y si deseas morir bien vive bien, y si quieres tomar puesto en el banquete nupcial del Señor sigue derecho este camino, acuérdate de la muerte. Memorare novissima tua, & in aeternum non peccabis.

Cierto día se encontró un español en un camino un perro en una puerta y el perro le mordió en una pierna, no pudiendo él defenderse del perro. Otro día encontró el español el mismo perro en la misma puerta durmiendo, y como tenía espada en su costado, sacándola de la vaina, mató al perro de un golpe de espada, y luego al ver el perro muerto o muriéndose, le dijo en su lenguaje, en español: Inimigos tienes, é dormés, que en nuestro lenguaje quiere decir tienes enemigos y duermes.

Tenía razón el español en hablar así al perro, pues el que tiene enemigos no debe dormir, sino estar despierto, vigilando de qué lado le pueden de noche o de día atacar.

Amigo mío, la muerte es nuestra enemiga y la enviada del Señor, razón tendrá para decirnos cuango venga, si no hemos estado preparados en gracia esperándola. Inimigos tienes e dormés, tenemos a todas horas el enemigo a la puerta, lo tenemos en nuestra casa, estemos preparados, en gracia, si no queremos, si no queremos ver la muerte perdición y ruina total de nuestra alma...

IV

EL SIGLO XVIII

Por Fr. Luis Villasante

Durante este siglo en el país vascofrancés sigue habiendo una cierta producción literaria (sobre todo traducciones de obras religiosas, como el Kempis, la Filotea, Historia Sagrada, etc.), pero en líneas generales se advierte una cierta decadencia con relación al siglo anterior. El país de Labort, esencialmente marinero, sufre un grave quebranto en su vida económica al pasar la isla de Terranova y otras partes del Nuevo Mundo al dominio británico como consecuencia del Tratado de Utrecht (1713).

El país vascoespañol continúa sumido en el mismo letargo de los siglos anteriores, hasta que hace su aparición la extraordinaria personalidad del P. Manuel de Larramendi, quien con sus obras consigue hacer impacto en el ánimo de los cultos del país. Gracias a su influjo, se inicia en el sector eclesiástico la producción de obras de carácter religioso. Obras escritas con fines prácticos, pero a las que no es ajeno el designio de cultivar la lengua vasca. Este movimiento dará sus mejores frutos entrado ya el siglo XIX.

PEDRO IGNACIO DE BARRUTIA (1682-1759)

Nació en Ibarra de Aramayona (Alava). Vivió y murió en Mondragón (Guipúzcoa), donde era escribano. Compuso (si es que él es el verdadero autor) **Acto para la Noche buena,**

pieza teatral que debe ser saludada como la primera que se conoce en euskera (si exceptuamos las pastorales suletinas). Está escrita en el habla local de Mondragón y sobresale por su lenguaje sumamente vigoroso y expresivo, y por la técnica escénica que revela. En el Acto toman parte San José, la Virgen, los pastores, los ángeles, los diablos, el posadero y su criado, etc. Desgraciadamente no se publicó en su tiempo, ni sabemos si alguna vez se representó. La primera edición se hizo gracias a los cuidados de don Juan Carlos de Guerra y Resurrección Azkue, en 1897. Gabriel Aresti, que la ha revalorizado y vuelto a editar en el tomo 48 de Auspoa, sospecha que tal vez Barrutia no sea más que un mero copista y no el autor de la pieza; en otras palabras, algún inspirado autor, que era analfabeto, ideó la pieza, y el escribano la transcribió y dio fe de ello con su firma. Traducimos dos trozos: El diálogo entre el ventero y su criado cuando San José y la Virgen llaman a la puerta de la posada de Belén, y la presentación de dones de los pastores al Niño recién nacido.

ACTO PARA LA NOCHEBUENA

(Diálogo entre el ventero y su criado cuando San José y la Virgen llaman a la posada de Belén.)

MESONERO *(Da voces).*—¡Criado!, ¿no oyes?, ¡criado!

CRIADO.—Siempre convertido en cencerro. Ya me tiene harto. Para campana de un pueblo no tendría rival.

MESONERO.—¿No me has oído? En mala hora te cogí para criado en mi casa.

CRIADO.—Déjanos dormir. Aguarda a que llegue la mañana. Ya estoy acostado, y aún no he entrado en calor.

MESONERO.—¡Que hay alguien en la puerta!

CRIADO.—Nosotros estamos bien en la cama.

MESONERO.—Mozo perezoso, ¡levántate!

CRIADO.—Me levantara si pudiera.

MESONERO. ¡Rayos! ¿Quieres que la emprenda a palos y vergajazos?

CRIADO.—¿Siempre has de ser nuestro amo? No cesa de darme la lata. Como la gallina en la caponera, engorda desvergonzadamente.

MESONERO. ¡Pronto! Para que aprenda, debiera cortarle los tendones de las piernas. Pegar fuego al sinvergüenza, a una con la cama en que está acostado.

CRIADO.—¡Eso sí! Oraciones como esa abundan en tu boca.

MESONERO.—¡Chato! Criado insolente, perro desvergonzado. Si me levanto, te he de cerrar la boca con un estropajo. ¡Levántate, muchacho!

CRIADO.—Ya has visto que de ti no sale esputo mejor.

SAN JOSÉ.—Venimos pidiendo posada, por favor, no os incomodéis, se os pagará vuestro trabajo.

CRIADO.—Para vosotros no hay aquí posada. Acomodaos en algún rincón.

SAN JOSÉ.—Si en Belén no hay posada para nosotros, díganos, por favor, dónde se puede pasar la noche.

CRIADO.—Allí hay un portal fuera de la villa. Déjanos dormir, vete de aquí.

LA VIRGEN.—Si no puede ser de otro modo, vámonos allí. Donde está Dios nada falta.

(Entran en el portal)
(Tocan algún instrumento y cantan dentro.)

Alégrense los pecadores.
Alégrese el cielo.
En un portal ha nacido
el Mesías prometido.
Trae la gloria para el cielo,
la paz para el hombre,
no paz como quiera,
sino llena de muchos bienes.
El amor trae desde el cielo
a Jesús entre vosotros,
a sacar a todos
del poderío del pecado.
Pecadores, no rechacéis
el amor de este Señor.
Pon en él tu alma,
apartándola del mundo.

Basta de dormir, despertad.
Vuelve puros los corazones:
El vendrá al corazón puro
para estar en él de buen grado.

(Ofrecen dones los pastores.)

GABRIEL.—Perdona, que es poca cosa.
ya ves la voluntad.
Para ese tu Hijo Señor
traemos un poco de leche.

LA VIRGEN.—Regocijaos,
ya vemos la voluntad,
se os pagará
esa buena voluntad.

GRACIOSO.—Si me falta el aguinaldo.
no me falta la voluntad;
esta cena me ha llevado
todo lo que tenía en casa
una tribulación grande y mortal,
Señora, me ha sobrevenido.
he recibido mil golpes,
todos han sido para mí.
Otra maravilla
me ha sucedido:
que sin saber yo cómo
se me ha quitado todo el dolor.

LA VIRGEN.—Toda la dicha viene del cielo.
de las manos de este Señor.
Dale de corazón
mil gracias a él.

GRACIOSO.—Si vengo vacío, perdón,
ya ves la voluntad,
para siempre he de ser yo
criado de éste, y tuyo.

VIRGEN.—Regocijaos,
ya vemos la voluntad.
El os recompensará
esa buena voluntad.

GRACIOSO.—Vengo a pedirte un favor,
no me lo niegues por vida.

Quiero a Jesusito
cantar un villancico.
Oye, oye, oye,
oye dos palabras,
un dedito de tejón
he de traer del monte,
cuélgalo en el pechito
para que no te hagan
maleficios;
oye oye
cada mañana traeré
leche a tu madre.
La mamá hará después
papilla para su hijito;
oye oye
cuando hay que traer algo
yo serviré de criado,
haré gustoso los trabajos,
niño precioso, por ti;
oye oye
oye dos palabras.

SAN JOSÉ.—Desde que Adán quebrantó
el mandato del Señor
en este valle miserable
no nos falta el llanto.
Vuélvase el llanto en gozo,
consuélese el mundo
para nosotros ha nacido Jesús,
el deseado de muchos.

LA VIRGEN.—Vuelve ahora a nosotros,
oh Jesús, tus ojos,
he aquí que te ofrezco
todos los corazones del mundo

ARICHABAL.—No quieres otra cosa
sino la voluntad,
haz con nosotros lo que quieras,
pues eres el dueño

GABRIEL.—Dénsele mil gracias
a este infante que ha nacido:
para celebrar tantos favores
ordénese un baile.

DANIEL PATRICIO MEAGHER, S. J. (1703-1772)

Jesuíta donostiarra de origen irlandés. Profesor en varios colegios de la Compañía, autor de composiciones poéticas y de trabajos literarios en varias lenguas. Murió en el destierro de Italia. En vascuence compuso unos versos al vino que se han hecho célebres. Debió de componerlos en la convalecencia de una grave enfermedad «agradecido al alivio que a sus dolencias halló en el uso que de él hizo por prescripción médica» (**"Euskalerria"**, 1902, II, 86). En el Cancionero de Manterola figura esta composición junto con su traducción castellana.

VERSOS AL VINO

Soy cosa muy sabrosa; soy todo alegría; soy negro y soy blanco, soy claro y oscuro; tengo fuerza y presto nervio, y tengo por nombre *vino*.

¡Oh, sabio Noé! Fue grande tu pensamiento de plantar por vez primera las cepas que habían de ofrecer tan sabroso fruto. Tú eres, oh dichoso Noé, el autor del vino.

¡Oh, adorable bebida! Tú eres la alegría del afligido, tú animas sus ojos, y arrebatas sus pesares. Haces hablar al mudo y por ti baila el hombre peor humorado.

Para curar roturas, dislocaciones y cortadas, y para sanar las llagas y las heridas, no hay hierba como el buen vino, ya sea clarete o navarro, ya moscatel o ya Málaga.

El pobre bracero pasa la semana entera cavando la tierra, todo fatigado, y a costa de su sudor. ¿Qué sería de él si no tuviera el consuelo del vino el día festivo?

Cuando falta el apetito o no puede conciliarse el sueño, no hay bálsamo para aliviarse, tanto de éstas como de cualquiera otra dolencia, como el zumo de la buena uva.

Sin vino no hay función, misa ni fiesta; pues en faltando él, sólo se observan la tristeza, la contrariedad y el mal humor.

No hay receta en la Medicina, ni remedio en la Botica, que puedan igualarse al buen vino. Todo lo sana, todo, un pellejo de buen vino.

Todos los médicos y cirujanos poseen grandes remedios para los demás; pero para sí el mejor remedio lo hallan en el buen vino añejo.

El vino, bebido con medida y discreción, resucita hasta el muerto; pero si a causa de él empiezan a flaquear las piernas y a hervir la cabeza, entonces no puede esperarse cosa buena.

AGUSTIN DE BASTERRECHEA, S. J. (1700-1761)

Jesuita, natural de Lequeitio (Vizcaya), profesor en varios Colegios de la Compañía y misionero popular. Publicó varios folletos de tema religioso en versos vascongados; uno de ellos, el que más fama y divulgación alcanzó, relata la historia de la Pasión de Cristo. Consta de 61 estrofas. Estos versos han sido muy cantados por el pueblo con diversas melodías populares. El folleto ha conocido muchas ediciones y aun traducciones interdialectales dentro del euskera. Traducimos las 20 primeras estrofas. El texto vasco completo puede verse en la «RIEV» («Revista Internacional de Estudios Vascos») XXII (1931), tomado de la edición que se hizo en Bilbao en 1777, la cual ciertamente no es la primera.

LA PASION DE JESUCRISTO NUESTRO SEÑOR EN VERSOS VASCONGADOS

1 Habiendo quitado a Jesucristo
la vida con los pecados,
si no vierto lágrimas
es que de piedra tengo el corazón:
Todos a una
cantemos
su muerte dolorosa.

2 **Llegó el día señalado**
antes que existiera el mundo
para obrar
la salud del hombre;
la misma luz
por un lado,
por el otro las tinieblas.

3 El jueves santo después de la cena,
teniendo Jesús por compañeros
a los tres discípulos,
les habló de esta manera:
«Estoy triste y
sacudid ese sueño,
velad aquí.»

4 En el huerto santo de Getsemaní,
prosternado en tierra,
pedía al Padre le librara
de aquel cáliz:
Jesús padeciendo,
desangrándose,
¿y yo no lloro?

5 Un sudor frío en la cara y
el corazón entre tormentos,
triste el alma, el cuerpo tembloroso
en el trance de la agonía;
pero con todo
estaba firme
en la voluntad del Padre.

6 Los judíos, tomando por compañero a Judas,
vinieron preguntando:
«Jesús, el llamado Nazareno
¿se encuentra acaso aquí?»
Entonces Judas
en son de paz
va a besarle.

7 Cuántos son amigos de Cristo
por fuera el beso, al estilo de Judas, por dentro la [traición,
Quebrantando sus leyes.
¡Ah, falsos cristianos,
almas malvadas,
pecadores traidores!

8 El buen Jesús contestó:
«¿A quién venís a buscar?
Aquí estoy yo, no es otro
el hombre que queréis.
Para ir, yo no
preciso de cordeles;
no os acerquéis a los amigos.»

9 Ataron las manos
al que es la libertad de todos,
porque ésta era para mi bien
la voluntad del Señor,
para así quebrantar
la cadena del pecado
de tantos años.

10 Los discípulos, cuando vieron
a su maestro así,
dejándole completamente solo,
se dieron a la fuga.
Pedro venía
en pos de él,
pero aun éste de lejos.

11 Llévanle a la presencia
de los sacerdotes de Jerusalén,
a rendir cuentas
sobre los discípulos
y la doctrina.
El malvado Caifás,
el primero,
empieza a preguntar.

12 «Yo no he, dice el Redentor,
predicado en oculto,
pública era mi doctrina
en la sinagoga y el Templo,
no me preguntes a mí,
muchos son
los que me han oído en el mundo.»

13 Tan pronto como escuchó la respuesta,
un soldado súbitamente
levanta su brazo
y dice al Señor:

«Para que aprendas
cómo contestar
otra vez al Pontífice.»

14 Dice, y descarga
en su faz hermosa
una tremenda bofetada, con la cual
le derribó al suelo
¿y los cielos
se están quietos
al ver esto?

15 ¿Para cuándo son, Padre Eterno,
los rayos y relámpagos,
sin abrasar al instante
manos tan sacrílegas?
Angeles, ea,
venid volando
¿dónde tenéis las alas?

16 «Si es que he hablado mal,
da razón de ello;
pero —dice Jesús—
si no he faltado en nada,
por qué
por hablar
me tratas así?»

17 Dame, oh Jesús del alma,
ese tu padecimiento,
para que sepa cómo en las tribulaciones
he de resistir,
perdonando
de corazón
al mayor enemigo.

18 Me pesa, Señor, de todo corazón
el haberte ofendido,
no más pecar,
mi Dios querido,
basta ya de culpas,
vengan
esos dolores sobre mí.

19 Había fuego en el zaguán, y
Pedro estaba calentándose en él,
porque el corazón le hacía sentir

mucho frío en el amor:
el humo de ese fuego
llenó sus ojos
de lágrimas.
Porque el gallo no
cantó dos veces,
cuando por tres veces negó
San Pedro a su Maestro:
no es otro el pago
que de la ocasión
se saca.

XAVIER DE MUNIBE
Conde de Peñaflorida
(1723-1785)

Xavier de Munibe, Conde de Peñaflorida, primer director de la «Sociedad Vascongada de Amigos del País» compuso una ópera cómica en castellano y vascuence titulada **El Borracho Burlado.** Se publicó en Vergara en 1764, donde asimismo se representó. Sólo las partes cantables están en vascuence.

Chantón Garrote es un borracho perdido. A fin de curarle de su vicio un día, durante su borrachera, le visten de marqués y le instalan en las dependencias de éste. Al ver que todos le tratan de marqués, acaba creyéndoselo. Pero viene el verdadero Marqués que pretende ahorcarlo por haberle suplantado. Por fin el pobre borracho acaba dándose cuenta de la broma que le han gastado.

En la «Revista Internacional de Estudios Vascos» I (1907) y siguientes, se reproduce el texto de la ópera junto con la traducción castellana de las partes vascongadas.

Reproducimos el trozo de la escena II titulado Arieta Rondeau, donde Maricho, mujer de Chanton Garrote, canta su pena por tener un marido borracho (RIEV, I, 394-95), y la escena última, que sirve de fin de fiesta (RIEV, III, 259-60).

El Conde de Peñaflorida era de Azcoitia. Nos dice que su primera idea fue componer toda la ópera en vascuence, pero le arredró el problema del dialecto. Si lo hacía en la variedad de Goierri (parte alta de Guipúzcoa), no sería general-

mente bien recibido. Si lo hacía en la de Beterri (zona baja), ponía en un aprieto a los que tenían que representar la pieza, que no eran de esa zona, y no imitarían bien un lenguaje que no era el suyo.

EL BORRACHO BURLADO

ESCENA II

(Maricho, muy afligida, y Chanton.
Maricho canta
Arieta Rondeau.)

No hay en este mundo trabajo mayor que el de tener un marido haragán y borracho.

Nadie lo ha experimentado más que yo. Ay infelice María, ¿qué te juntó con semejante hombre?

No hay en este mundo trabajo mayor que el de tener un marido haragán y borracho.

Siempre, de noche y día, está metido entre los jarros en la taberna, y yo ando haciéndome pedazos tras él, sin poderle acarrear jamás a casa junto a sus chicos.

No hay en este mundo trabajo mayor que el de tener un marido haragán y borracho.

ESCENA ULTIMA
(que sirve de fin de fiesta.)

(Martinico con sus cuatro Oficiales, y sucesivamente todos los personajes.)

Martinico y los Oficiales cantan

El buen Chanton está soñando, pues siendo un pajarillo, se ha metido a pájaro grande. Laquiricon pararirareña, laquiricon pararirareña.

(Don Pedro y don Antonio.)

Señor Marqués insigne, sea enhorabuena, y que Useñoría sea muy bien venido. Laquiricon, etc.

Machalen y las dos chicas

Oh noble Marqués, y qué humilde que estáis, pues qué has hecho de la grandeza y vanidad de ahora poco?

El de las manzanas

Ah infeliz Chanton, te han engañado con mis manzanas como al viejo Adán. Laquiricon, etc.

Maricho

Los que tienen en el mundo la costumbre de emborracharse, escarmiéntense en la cabeza de mi marido.

Don Diego

Tampoco hay mujer que no sepa beber, sea clarete, o sea navarro, pero sobre todo la mistela de Hendaya. Laquiricon, etc.

Chanton al auditorio

Aunque soy un borracho, tengo mi pedazo de cortesía, y así os suplico que me perdonéis mis locuras. Laquiricon, etc.

SOR LUISA DE LA MISERICORDIA

El año 1762 se publicaba en Azcoitia un curioso librito con el título **Gabon-Sariak (Aguinaldos)**. Figura como autora Sor Luisa, cuya personalidad aún no se ha identificado. En el prólogo dice Sor Luisa (monja de la Misericordia) que el año pasado la Casa recibió muchos aguinaldos de los bienhechores, por lo que en el presente ella ha querido tomarles la delantera preparándoles el librito y ofrecerles así un aguinaldo. En el libro vienen varias tonadillas, seguidillas, villancicos y coplas, todas de tema navideño. Aunque en el prólogo afirma la tal Sor Luisa ser ella la autora, se sospecha con fundamento que algún eclesiástico o jesuíta (probablemente el mismo P. Larramendi), fuera el verdadero autor. Suponen demasiada erudición bíblica, cultura y conocimiento del mundo para que pudiera hacerlos una monja de hospital con ayuda de «Martín beltz» el escobero, como paladinamente lo dice el prólogo.

Afirma también en el prólogo que éstos son los villancicos que se van a cantar en la parroquia de Azcoitia aquel año y que para ponerles música se ha recurrido a los mejores músicos de la provincia. Todo ello tiene visos de ser una de esas guasas a las que tan aficionado era el genio del P. Larramendi.

Traducimos la Copla Festival con que termina el libro. Se adivina el tono irónico de la misma. (Puede verse el texto íntegro de este folleto en la Colección Auspoa n.º 48.)

AGUINALDOS (GABON SARIAK)

COPLAS FESTIVAS

Bien se conoce en el mundo
que Jesús ha nacido.
Se encuentra tan mudado,
que no parece el de antes.
Antes todo era aflicción,
lágrimas, disgustos;
y ahora placer, contento,
carcajadas y risas.
Los odios, las reyertas,
pleitos y guerras,
males, hambres, mentiras y
aviesas intenciones
se fueron, ya no hay
miedo de nada
y así está el mundo
convertido en cielo.
Los abogados, escribanos
e intermediarios,
y albaceas,
médicos, cirujanos y
boticarios
no se necesitan; y por eso
será pronto
el pobre Hipócrates
pasto de los ratones.
Espadas, lanzas y
todas las otras armas
las compran
los herreros;
y para que no se pierda
en balde aquel hierro
lo emplean
en nuestro provecho,
convertidas en azadas,

rastras y arados,
que luego dirige
el industrioso labrador;
nos dará la tierra
trigo y maíz,
castañas, sidra,
y vino en abundancia.
Trigo y maíz
barato y abundante,
castañas y manzanas
todos los años;
y el vino, perdida
su anterior malicia,
no nos emborrachará;
bebedlo sin tiento,
ya no se dirá
ninguna mentira;
dirán verdad
hasta los tenderos.
Ya se fue la trampa
y la mala fe,
ya se vende sin agua
el vino en la taberna.
Las fieras de los bosques
amansadas
no se devoran mutuamente
y mucho menos al hombre;
todas reunidas
en mancomún
viven sin enemigo
en paz y contento.
El lobo y la oveja
en anchuroso prado
se ven con frecuencia
jugando juntos;
en holganza los pollitos
con la zorra...
el portugués abrazándose
con el castellano.
Esta sí que es en verdad
la edad dorada,
y no la que los viejos vates
cacarearon;

ahora es cuando estamos viendo
embelesados de gozo
aquellos viejos sueños
convertidos en realidad.
Pero este nuevo canto
se ha alargado demasiado;
mi triste garguero
está a punto de romperse,
Prefiero callar
antes que enronquecer.
Adiós, mis gentes,
hasta el próximo año.

MANUEL DE LARRAMENDI, S. J. (1690-1766)

Su huella en la literatura vasca es imborrable. Su influjo será decisivo. No por lo que escribió en euskera, pues toda su obra la hizo prácticamente en castellano, sino por el impacto que con sus escritos causó en los cultos de su país, animándoles al cultivo de esta lengua, desdeñada hasta entonces por ellos y considerada incapaz de cultivo.

Además Larramendi suministró a los doctos dos instrumentos de indudable valor: la Gramática y el Diccionario. La primera salió en Salamanca el año 1729 con el significativo título de **El Imposible vencido** - Arte de la lengua Vascongada. El 2.° se titula **Diccionario Trilingüe del Castellano, Vascuence y Latín,** San Sebastián, 1745.

Larramendi nació en Andoaín (Guipúzcoa), entró en la Compañía de Jesús, fue profesor en la Universidad de Salamanca, después confesor de la reina viuda de Carlos II que vivía retirada en Bayona, y por fin pasó largos años en Loyola. Hombre de gran ingenio y cualidades, de irrefrenable necesidad de acción, siempre pronto para la polémica y el ataque, de gran desenfado en el manejo de la pluma, compuso numerosas obras sobre diferentes ramos, aunque muchas no pudieron ser publicadas y otras aparecieron con diversos nombres o siguen inéditas.

Publicamos las endechas a la muerte de Luis I (el joven rey, hijo de Felipe V muerto en 1724) que figura en **El Im-**

posible Vencido donde viene también su traducción castellana. Y en prosa, el notable prólogo que escribió para la obra **Iesusen Bihotzaren Debozioa** del P. Mendiburu. Su traducción castellana la hemos tomado de la edición de 1882 y debe de ser obra del P. José Ignacio Arana, S. J.

EL IMPOSIBLE VENCIDO

ENDECHAS EN LA MUERTE DEL REY LUIS I

1 Un Rey todo del cielo
Se apareció en Madrid,
Cual suele aparecerse
tal vez un Serafín.

2 Matizaban su rostro
De nieve y de carmín,
Compitiéndose a rayos
La perla y el rubí.

3 De luces derramaba
Inundación feliz;
Que las cosas del cielo
No vienen sino así.

4 Los montes de Guipúzcoa
Erguidos sobre sí
Para verle, extendían
Su rígida cerviz.

5 Y al ver que la edad de oro
volvía a revivir,
cada monte decía:
No ha de quedar por mí.

6 Cada monte apostaba
Riqueza al Potosí
Y sus venas de hierro
Daban oro de Ofir.

7 Pero muy presto el Cielo
Dijo: Basta de Luis;
Que un Rey aparecido
Ya dura mucho aquí.

8 Recogióle la esfera
En su azul camarín
Ya no se deja ver,
Mas se deja sentir.

9 España quedó a escuras
Como si en el Zenit
Grosero Eclipse hurtara
Al Sol todo el lucir.

10 Cual se mira la estancia
De un florido pensil
Del cierzo a las injurias,
Cadáver de jardín.

11 Vuelve la edad de hierro,
Todo lo va a teñir,
Borrando visos de oro
El cárdeno matiz.

12 El Cielo nos enseña,
Que no pueden vivir
Las dichas largo tiempo
Fuera de su país.

CARTA QUE EL P. MANUEL DE LARRAMENDI DIRIGIO AL P. SEBASTIAN DE MENDIBURU CON OCASION DEL LIBRO DE ESTE (1747)

Padre mío, lo sé, y hace eso bastante tiempo, que andáis afanado para dar a luz un libro, que trata de la Devoción al Corazón de Jesús. No sólo lo he sabido, sino que he leído su manuscrito con diligencia y atención, y con ver y tratar yo mismo, he conocido aún más la grandeza de este trabajo. Si atiendo por una parte al asunto, y por otra al lenguaje, paréceme que dais un solemne mentís a las ruines prevenciones de varios Castellanos y Vascongados, deshaciendo y ahuyentando a la par las ilusiones y devaneos de todos.

He aquí dónde traéis entre manos una de las materias de tratar por sí, y por lo que de suyo exige, de las más delicadas del mundo; empero, como quiera que ella sea tan alta, sutil y profunda, así la manejáis tan holgada y desahogadamente, como otra de las ocupaciones ma-

nuales y fáciles. No permita el Señor que la soberbia orgullosa os derrumbe. No tenéis esto de vos; es don que Dios os ha otorgado, y que lo da cuando y a quien a él pluguiere. No emprendierais este trabajo tan hermosa y lúcidamente a no daros Dios Nuestro Señor esa viva y encendida devoción, que tenéis al Corazón de Jesús. El os muestra los lados y costados todos de esta sublime materia, El los oportunos sentimientos, El los dulces suavísimos razonamientos, El los manantiales de celestiales riquezas, que de sí brota esta devoción y se derivan a los hombres. Bien se os ve por las palabras aquello mismo, que en vuestro corazón sentís, y que no habla y expresa otra cosa la lengua, sino lo que habla y bulle en el interior. Sobre esto, no os espanta y arredra el trabajo, cual arredra y espanta a los delicados y holgazanes; y por eso, bien distinto de ellos, todo lo superáis, lo allanáis y vencéis.

Por otra parte, si miro a vuestro lenguaje y estilo, veo mejor aún que antes la ceguedad con que varios vascongados por *ahí se expresan, diciendo que* no es adecuado nuestro Euskara para enunciar cosas grandes, delicadas y sublimes. Vean aquí todos ellos en vuestro libro de tan terso vascuence una prueba bien palpable en su contra. Dígame cualquiera en qué cede este vuestro Euskara a esa confusión de lenguas de por esos mundos. Dígame en cuál de ellas se halle la materia de la devoción al Corazón de Jesús con mejor orden, más hermosa y sabrosamente repartida y tratada, manejada y engalanada. La materia de sí es dulce y mánale miel por todas partes; y para hablar de ella no hay quizá en el mundo lengua más pegajosa, dulce y sabrosa que nuestro Euskara; y demostración de esta verdad será este vuestro libro. Pero pues tales son los primeros ensayos, díganme, ¿cuáles serán los que más tarde salieren después de observar, tentar, elaborar debidamente?

Lo que dice en un lugar la Escritura es: «Los niños pidieron pan y no había quien se lo partiese»; y ahora podemos también esto mismo decir con respecto al pueblo vascongado, pues que por falta de partir el pan de la divina palabra se hallan muchísimos, cual plantas por una sequía marchitadas, a punto de perecer de hambre. ¿Pero qué? ¿No andan tantos y tantos predicando en nuestras iglesias? ¿*No anuncian con desparpajo y a voz*

en cuello la doctrina del cielo? Es verdad. Andan y la anuncian. Pero ¿qué importa, si los más de los oyentes no entienden tal modo de hablar? Nos quieren hacer creer que se entiende el castellano aun entre los que no lo han aprendido. No es eso verdad; son habladurías y excusas de los perezosos; aunque oigan unas cuantas palabras, lleva las demás el viento, y por no partir, queda el pan de la divina palabra sin provecho para los vascongados. Pero aun cuando fuera verdad, ¿no es cosa vergonzosa nos hablen los vascongados en el mismo Euskalerria, no en lengua que todos sabemos, no en lengua que mamamos gozosa con la leche, y la primera que supimos, sino en el habla extraña de los castellanos?

Créame, Vuestra Reverencia: de malos sembradores viene el mal agosto, y después la poca o ninguna cosecha. Sin embargo, pocos saben la mitad del Euskera de su nativo suelo, y como que son indolentes, así no quieren aprender más, ni quieren tomar molestia alguna en eso. Pero ¿qué resulta de esto? Como con lo poquito que saben y que apenas llega a un manojo de voces y expresiones, no pueden manifestar y enunciar sus pensamientos, hablan en el púlpito una mezcolanza y algarabía, ora vascuence, ora castellano o francés, ora latín, todo revuelto, sucio y asqueroso; en lo que parece han subido allá a burlarse de todos los oyentes, y admírome cómo a muchos, en mal hora para ellos, no los arrojan a empellones de allá abajo. Lo que más asco me da es ver y oír luego a esos charlatanes cómo se ponen a burlar y hacer chacota de la conversación de los que saben bien vascuence, ora por el «minzoa» de Navarra, luego por el «berba dongea» de Vizcaya, una vez con que «ausaz ere» es de Goyerri, otra con que «noaskiro» de Beterri, ya diciendo que vuestra habla es de peones y labriegos y que parecéis un casero, y mil borricadas de este jaez; y ciertamente no merecen otro mejor nombre. Debiéramos echar bien lejos de nosotros a esos habladores insípidos y ruines, que nos pierden nuestra hermosa lengua. ¿Ignoráis aún que la cosa mejor y más honrosa para un vascongado es su euskera?; porque mientras a ella esté adherido, siempre aparecerá como lo es, español purísimo, estirpe y procedencia inmediata de los antiguos y aun de los primitivos, y por lo mismo, sin mezcla alguna, el más limpio, el más leal y el más noble; sabiendo

bien de dónde y desde cuándo procede; cosa que quien no sea vascongado, no lo sabe, sino a ciegas, ni lo sabrá.

Otros hay, Padre mío, que ni una sola palabrita de otras lenguas quisieran en nuestro Euskera, y por ese motivo se cortan y quedan como destrozados en una conversación. ¡Valiente escrupulosidad! No hagáis vos caso de eso. Se le han pegado al vascuence muchas palabras del castellano, latín u otros idiomas; pero que por la costumbre de oírlas se entienden tan bien como las vascongadas; y no hay por qué dejar ésas; y si fuere necesario, mejor será alguna que otra vez hacer uso de las tales con preferencia a las vascongadas, sobre todo en cosas eclesiásticas y en las materias y verdades concernientes a la salvación de las almas. Dejaremos, si queremos, esas palabras extrañas cuando poco a poco con el uso y manejo se nos hagan manuales y sabidas las de nuestro euskera. Bien habéis hecho en introducir oportunamente y en falta de otras, algunas voces de Navarra, que aun cuando al principio y de repente no se entiendan, pronto se caerá en ellas y ya las más se entienden bien desde luego, y de ese modo se hermosea el vascuence al par que se enriquece.

No os atufen y asusten las habladurías de ciertos bobos presumidos, que ni tienen trato de gentes, ni cuenta de hablar bien; no hallaréis cuál sea el bueno y adecuado lenguaje ni lo debéis buscar en ellos. Andan hablando en los rincones y entre ciegos y lelos ignorantes, pero son incapaces de publicar y dar a luz cosa que algo valga. ¿Qué se nos da que alguno que otro tonto o borrico diga que tal o cual palabra no es de aquí o que no la entiende? Y que a tales o cuales voces se hace burla con el «irri» en Navarra, con el «barre» en Vizcaya, con el «farra» en la Provincia? A fe mía que podríamos hablar hermosamente siguiendo a ellos como a única norma y regla. Teniendo de nuestra parte a los hombres cuerdos, prudentes, autorizados y sabios, no hemos de dar importancia a esa gentuza, ni hacer caso de sus dichos y criterio.

Emprended, pues, Padre mío, emprended con el vascuence y daros de lleno en Euskara a este trabajo de Dios, que traéis entre manos. Más bien de lo que creéis haréis al pueblo vascongado, en el que por mezclar y alterar la lengua y no entenderla, apenas se sabe lo que

se debe, y por negligencia y presunción de los predicadores casi no oímos otra cosa que una mezcla y algarabía de gitanos. Con todo, dejo yo mismo aparte algunas cosas, que he oído habladas hermosamente y muy propias del vascuence.

Habéis sembrado en los pueblos cántabros la devoción al Corazón de Jesús: nacerá, se sazonará y recogeréis la cosecha más hermosa y abundante, que se haya recogido a mi ver en parte alguna. No por vivir en sitios áridos, son áridos los vascongados; son por el contrario tierras fecundas, tierras gruesas y jugosas, y que siempre están en buena sazón para recibir, guardar, desarrollar y fructificar tal vez el ciento por uno la palabra de Dios, que se les haya apegado en su Euskera y con buen modo.

Sacad a luz por consiguiente ese vuestro libro y esparcidlo cuanto antes en los pueblos vascongados, sobre todo en los que erigisteis las Congregaciones del S. S. Corazón de Jesús y en los que estaban antes erigidas. Lo leerán tanto en las iglesias como en las casas, y los que sólo vascuence saben, y aun los que chapurrean no más el castellano querrán también más de una vez oír, aprender y grabar en su memoria lo que de viva voz les predicasteis y que acaso lo tendrán para ahora ya olvidado. De esta suerte, el amor y devoción del amable Corazón, que habéis plantado, irán aumentándose, robusteciéndose y encendiéndose de día en día. Así sea, y así lo será, si aquel Señor, que tiene en su mano los corazones de los hombres, los llena de su temor, de su amor, de su eficaz y abundantísima gracia. Quiéralo, pues, él ahora y siempre, hasta que nos lleve a sí a todos. Adiós, Padre mío, y abrigo el consuelo de que os acordaréis de mí en vuestras oraciones.

Su íntimo siervo Manuel de Larramendi.

Loyola, a 15 de marzo del año 1747.

SEBASTIAN DE MENDIBURU, S. J. (1708-1782)

La campaña del P. Larramendi en pro del cultivo literario del euskera animó y espoleó el celo de los Padres de la Compañía, Mendiburu y Cardaveraz, que fueron los prime-

ros que en la parte española del país publicaron obras de alguna extensión en esta lengua. Anteriormente apenas existe más que literatura catequística, algunos refranes y pequeños libritos de carácter religioso. Los comienzos no fueron fáciles. La censura gubernamental ponía trabas y cortapisas a la publicación de libros en una lengua que hasta entonces no había tenido tales pretensiones.

El P. Mendiburu era natural de Oyarzun. Residió en Pamplona. Fue predicador de nota en euskera. Se dedicó mucho al apostolado en los pueblos vascongados. Por cierto tuvo que afrontar alguna vez las iras del mismo P. Larramendi, que no estaba de acuerdo con él en la cuestión de los bailes. Mendiburu los prohibía como moralmente peligrosos y Larramendi juzgaba exagerada e improcedente esta medida.

Mendiburu publicó un libro sobre la devoción al Corazón de Jesús (1747) y otra obra extensa de temas de oración mental (1759). De esta segunda se hicieron dos tiradas: una en once volúmenes de formato pequeño, y otra en tres volúmenes de formato mayor.

El vascuence del P. Mendiburu es sumamente correcto, escogido y depurado.

Traducimos el prólogo de su primer libro.

AL LECTOR

Este libro en vascuence ha sido hecho para los puros vascongados; pues los que saben francés, latín o castellano con poca fatiga pueden ver en otros libros lo que aquí se enseña. La mayoría de los vascongados de España han acogido la devoción del Corazón de Jesús; pero sin tener mucho conocimiento de lo que esta devoción pide. En los pueblos vascongados crecidos existen congregaciones del Sagrado Corazón; pero para el día de la congregación no tienen el libro vascongado que necesitarían. Mientras no aparezca otro mejor he compuesto, lo mejor que he podido, éste sobre la devoción del Corazón de Jesús, para que haya de dónde leer en la iglesia a los congregantes, y para que los que han acogido y acogerán esta devoción tengan dónde aprender lo que han de hacer. Dichas lecturas van aquí con dos asteriscos.

El libro no es totalmente mío ni tampoco ajeno. Al componerlo, he tenido ante los ojos las más de las veces el que sobre la misma devoción compuso el P. Juan Croiset, de la Compañía de Jesús. Tal como él los trae en el suyo encontrarás aquí los títulos de los capítulos. Las más de las cosas que vienen aquí, están también allí; pero no se encuentran del mismo modo en ambos. Si pusiéramos las cosas tal como están allí, para muchos vascongados que no tienen instrucción serían como si no las pusiéramos. A mi juicio, las cosas que allí están puestas en estilo bello y elevado, como para los cultos, las he puesto de manera que cualquiera las pueda entender sin gran esfuerzo.

Por eso, ciertas cosas que allí están primeras vienen aquí postreras; las postreras las he puesto al medio, al principio o en el lugar que mejor me ha parecido. Las palabras de la Escritura o de los Santos, que él trae, las he vertido a nuestro euskara lo más rectamente posible, pero no siempre literalmente. En lo demás no he mirado tanto a las palabras que usa para expresar la cosa, cuanto a lo que quiere decir con dichas palabras; y lo digo como si antes no estuviera dicho, y sirviéndome de las palabras que me han parecido más aptas para expresarlo en euskara.

He omitido cosas que trae bien dichas para monjas, religiosos, sacerdotes, etc.; a fin de que los que las ignoren, no se enteren de lso defectos de éstos, y por no alargar el libro sin necesidad; pues en estos sitios no se encuentran algunos de éstos; y los que se encuentran no tienen necesidad de libros vascongados para conocer su obligación.

Por falta de libros vascongados se han perdido muchas voces del euskara; y las que han quedado no las entienden todo los vascongados. En Guipúzcoa hay locuciones que aunque sean vascongadas, la mayoría de los navarros no entienden; como también en Navarra hay otras que a los guipuzcoanos les parecen nuevas; y en algunas regiones de Guipúzcoa y de Navarra se oyen ciertas locuciones que en otras partes no se oyen. He buscado en lo posible las que generalmente pueden entenderse, y para eso, dejando las vascongadas, he tomado algunas otras palabras. Excepto dos, las meditaciones o temas de oración que trae el P. Croiset son breves; si Dios quiere,

pronto se te dará en otro libro, todo lo que se precisa y con suficiente extensión; están medio compuestos los temas de oración. Lo demás lo tienes aquí, reunido en cuatro capítulos. En el primero se enseña qué es y cuán buena es la devoción del Corazón de Jesús. En el segundo, qué es lo que esta devoción pide de nosotros. En el tercero, cómo se han de hacer las cosas que la devoción del Corazón de Jesús exige. Y en el cuarto, qué es lo que han de hacer al fin del año los que han aceptado esta devoción. Que Jesús te conceda lo que necesitas para aprender todo ello y para practicar lo que aprendes.

Aquí mismo hallarás las Reglas de la Congregación del Corazón de Jesús; y las novenas del mismo Corazón, de San Ignacio y de San Francisco Javier. He juntado en uno los dos libros que antes andaban separados, para que con menos trabajo lo tengas todo, y a fin de que te sirvas de todo para bien de tu alma. Lo que yo busco con este breve trabajo es que Dios te conceda ocasión y deseo de leer con frecuencia; y que cada vez que lees obtengas para tu alma todo el bien que yo quisiera.

AGUSTIN DE CARDABERAZ, S. J. (1703-1770)

Nació en Hernani. Fue profesor en diversos Colegios de la Compañía, se dedicó a misionar por los pueblos vascongados y residió por muchos años en Loyola hasta su expulsión a Italia, donde murió. Fue hombre de virtud relevante y conceptuado como santo.

Su producción en vascuence fue abundante. Casi toda de temas ascéticos, hagiográficos, etc. Su libro **Kristauaren Bizitza (La Vida del Cristiano)** publicado en 1744 en Pamplona en la imprenta de Anchuela es cronológicamente el primer libro de alguna extensión publicado en vascuence en el país vasco-español. Le siguieron otros sobre los Ejercicios de San Ignacio, la buena muerte, vida de San Luis Gonzaga y San Estanislao de Kostka, de San Isidro Labrador y su mujer, etc.

Producción inspirada toda ella por el celo de las almas y por el deseo de proporcionar alimento espiritual, etc., a tantos paisanos suyos que ignoraban el castellano.

Mención especial merece **Euskeraren Berri Onak (Buenas nuevas para el vascuence)**, folleto aparecido en 1761, en que el P. Cardaberaz pondera la trascendencia que para el futuro del vascuence tienen las obras del P. Larramendi, después de cuya publicación no tienen excusa los eclesiásticos que no se capacitan para ejercer debidamente sus ministerios en esta lengua.

Esta obrita se ha editado en «Auspoa», vol. 37. Ofrecemos traducido un trozo del capítulo 12: «El Euskara en comparación con otras lenguas».

BUENAS NUEVAS PARA EL VASCUENCE

EL VASCUENCE EN COMPARACION DE OTRAS LENGUAS

Sea lo que fuere, desde antiguo, como también en la actualidad, el griego y el latín han sido de siempre estimados, y si el mismo latín y el griego tienen muchas palabras y voces tomadas del euskara, como el P. Larramendi lo demuestra bien claro, es señal de que el euskera es contemporáneo o anterior a ellos y de que es un idioma de los primeros o primitivos. De todos modos, es cierto que el latín y el griego se han dado la mano y ayudado mutuamente para perfeccionarse, y entre todas las lenguas han llevado siempre la delantera. Su ventura ha consistido en que han sido siempre las lenguas de los cultos. Casi todo el saber de la parte más conocida del mundo se ha escrito en griego y en latín; y para escribir bien tantos libros y para leerlos como es debido se han dictado en ambas lenguas muchas reglas.

Los más aventajados filósofos de la antigüedad, los retóricos y, lo que es más, los más grandes hombres de Iglesia, los maestros más sabios, guiados por la luz del Espíritu Santo, escribieron sus libros celestiales en estas dos lenguas: así Ignacio, Policarpo, Justino, Clemente, Tertuliano, Orígenes, Cipriano, Lactancio y otros santos escritores. Los cuatro Doctores griegos de la Iglesia: Atanasio, Basilio, Gregorio Nacianceno y Crisóstomo, como

los cuatro latinos: Ambrosio, Jerónimo, Agustín y Gregorio Magno, y todos los posteriores a ellos. Esto, sin duda, es una gran suerte.

Estas dos preciosas lenguas también tenían sus lunares o tachas antiguamente; pero después, como ocurre entre los cultos, ambas han ido de día en día puliéndose y cultivándose. Lo que actualmente vemos es que el griego y el latín son las lenguas de los sabios y cultos; y el aprecio del latín es aún mayor, porque es la lengua santa de la Iglesia y todos los libros sagrados de nuestra Fe los **tenemos en latín.**

Nuestro euskera en estas regiones no ha tenido la ventura de esos hijos preclaros. Pero si el latín y el griego han tenido esa dicha y gloria de los cultos, a su manera no es maravilla menor, sino un prodigio más grande y maravilloso, el que el euskera, solo, desamparado, y no sé yo cómo, haya estado y siga estando vivo en tantos siglos: tan original e independiente, tan preclaro y puro, aunque se halle en trance apurado de muerte y de ser presa de todos sus enemigos. Con todo, ciertamente, el euskera ha retrocedido mucho. Pero esto no es deshonra del euskera, sino de los vascongados: porque éstos, en lugar de hermosearlo, cultivarlo y acicalarlo, ellos desvergonzadamente por su pereza lo han afeado, desollado y deshecho.

Pero a fin de que se salven las almas de muchos pobrecitos nuestros buenos, Dios quiere que el euskera levante la cabeza: mientras en nuestros caseríos permanezcan gentes honradas, *el euskara vivirá. Como* se suele decir: mientras no se corte a ésos el cuello o se les quite la vida, el euskera es imprescindible y no se puede desterrar. Voluntad expresa de Dios es que los misterios profundos de su fe y ley y la doctrina necesaria para salvarse, en los ministerios sagrados de los señores sacerdote, aquí no se haga ni enseñe si no es en euskera. Y ahora no tienen muchos la excusa que antes sacaban: pues el Padre Manuel Larramendi, con grandes fatigas y estudio superior a lo que se puede decir, haciendo en su «Arte» lo que era imposible y que no se hubiera podido hacer, ha superado los imposibles y los trabajos con coraje, y nos ha dado el «Arte» y el diccionario, como maestro que es.

(«Auspoa», 37, pp. 62-65.)

JUAN ANTONIO DE UBILLOS, O. F. M. (1707-1789)

Nació en Amasa (Guipúzcoa). Ingresó en la Orden Franciscana, y hechos los estudios universitarios en Alcalá enseñó Filosofía y Teología en los conventos franciscanos de Tolosa y Aránzazu. Es autor de tres tomos de filosofía escotista escritos en latín. En vascuence publicó **Kristau doktriñ berri ekarlea (El Mensajero de la Doctrina Cristiana)**, Tolosa, 1785. En realidad es traducción del **Catéchisme Historique** de Fleury.

El libro del P. Ubillos es notable por más de un concepto. Por de pronto se advierte en él un decidido empeño por obtener un lenguaje auténtico, castizo y depurado. «Es vascuence por todos respectos bellísimo», dijo de él el autor de la «Noticia de las obras vascongadas que han salido a luz después de las que cuenta el P. Larramendi». Sin duda por respeto a la tradición literaria vascofrancesa no destierra la letra «h» de la ortografía, como lo harán la mayoría de los autores del lado español del país, hasta nuestros días, en que se quiere volver a entroncar con dicha tradición.

Traducimos el prologuito que figura al frente del libro del P. Ubillos. Advertimos que por **barbarismo** y **solecismo** emplea formaciones neológicas tomadas del Diccionario del P. Larramendi, ininteligibles y desusadas entre los vascohablantes; por ello, sin duda, pone a continuación los términos grecolatinos familiares entre los cultos.

PROLOGO

Cada idioma tiene, para hablar, palabras peculiares y de la propia casa: nuestro euskera por lo menos sí que las tiene. La mayoría de las otras lenguas abundan en palabras extrañas; mira, si no, al castellano, y verás que la mayoría de sus palabras las tiene del latín, y las restantes sabe Dios de dónde y de quién. Esas palabras peculiares, al escribirlas y pronunciarlas, hay que colocarlas en el lugar que a cada una corresponde. Cuando hablas en vascuence, si no empleas palabras vascongadas, te dirán que tu lenguaje es barbarismo; y si cada palabra no

la colocas en el lugar debido, a tu verborrea le llamarán solecismo. ¡Cuánto de esto oímos en los sermones vascongados! Sin embargo, como vemos por desgracia, pocos son los vascongados que se fatigan por buscar las palabras vascongadas, y por colocar cada cual en su sitio. Si la palabra vascongada no parece bien o no es usual, se puede dejarla y tomar en su lugar otra que sea apta para expresar lo que aquélla quiere decir. Escucha ahora lo que sobre este particular dice un hombre que fue gran sabio. Este hombre es Fr. Lorenzo de Villavicencio. (*Cita en latín sobre la necesidad de poseer a fondo la lengua patria y sobre la conveniencia de que el lenguaje de los sermones sea escogido, puro y elegante, lo cual se aprende del trato de los que lo hablan bien, o de los libros publicados en la variedad más recomendable.*)

V

EL SIGLO XIX

Por Fr. LUIS VILLASANTE

La revalorización de lo popular, de lo primitivo, de lo no adulterado por la civilización y por los amaneramientos fue sin duda uno de los frutos del Romanticismo. Ello iba a contribuir también a acrecentar el interés por el hecho vasco, por esta lengua y por este pueblo que parecen estar muy cercanos al estadio primitivo (al menos así se lo figuraban los eruditos que se acercaban al mismo con la curiosidad un tanto ingenua del que contempla un juguete raro y exótico). El prusiano Humboldt, el profesor Lécluse, Francisque-Michel, el reverendo Wentworth Webster, Van Eys, Mañé y Flaquer y otros hacen notables estudios, impresionados por la originalidad de este pueblo, su lengua, su folklore, instituciones, etc. Antoine d'Abbadie organiza concursos anuales de poesía vasca en los pueblos del país vascofrancés, corriendo todos los gastos a su cuenta. Hacia mediados del siglo el Príncipe Luis Luciano Bonaparte (hijo de un hermano de Napoleón I) se dedica con extraordinario interés al estudio del vascuence, recorre varias veces el país, se rodea de colaboradores, encarga trabajos, los edita, etc.

El país vascofrancés conoce poetas originales de gran valor en este siglo, como Etchahun, Elissamburu, Adema; escritores valiosos como Duhalde, Laphitz, Duvoisin, Arbelbide, Joannateguy, y hacia fines del siglo, un comienzo de periodismo en lengua vasca con Hiriarf-Urruty y el semanario «Euskalduna».

En el país vascoespañol, en la primera parte del siglo, florece una docena de escritores, sobre todo de tema religioso, ampliamente tributarios al impulso iniciado por

el P. Larramendi (los Moguel, Astarloa, Añibarro, Aguirre, Guerrico, Fr. Bartolomé, Iturriaga, Lardizábal, Iztueta, Lizarraga...). La poesía conoce los nombres de Vilinch, Iparraguirre, Arrese y Beitia. En el último cuarto de siglo con Soroa se inicia en forma continuada el teatro en lengua vasca. Finalmente, con Sabino Arana surge un espíritu nuevo, de características un tanto radicalistas. Este espíritu aporta una nueva toma de conciencia respecto al valor de la lengua, pero al mismo tiempo pretende reformar ésta, depurarla, expurgarla de todo préstamo, etc.

JUAN ANTONIO DE MOGUEL (1745-1804)

Fue un sacerdote culto y virtuoso. Se relacionó con otros escritores vascos de la época, como Añíbarro y Juan Bautista Aguirre. Acogía en su casa de Marquina (Vizcaya) a sacerdotes vascofranceses que venían huyendo de los horrores de la Revolución. Mantuvo también relaciones con Vargas Ponce, y sobre todo con el sabio prusiano Guillermo de Humboldt, que visitó el país y quedó cautivado ante la vista de un pueblo que a su parecer tenía los caracteres de primitivo, y que era poseedor de un idioma asimismo original e incontaminado.

Juan Antonio había nacido en Eibar, donde su padre ejercía la profesión de médico. La familia Moguel, que ha dado tres escritores a la lengua vasca, es de procedencia castellano-aragonesa, pero afincada en el país. Juan Antonio hizo los estudios en el Colegio de Jesuitas de Calatayud. Fue cura párroco de Marquina (Vizcaya).

Escribió varias obras de carácter religioso, así como también fábulas y traducciones al vasco de algunos trozos célebres de autores latinos. Pero la obra que más fama le ha dado es **Peru Abarka,** publicada muchos años después de su muerte (Durango, 1881). Son unos diálogos entre un rústico casero vascongado y un barbero-cirujano. Este último se las echa de culto, pero habla un vasco corrupto

y chabacano. El rústico, en cambio, habla un lenguaje auténtico, rico y expresivo.

Con este libro Moguel quiere llamar la atención de los cultos sobre las bellezas de la lengua vasca, mal conocidas de ellos, y sienta el principio de que en materia de vascuence los verdaderos maestros son los rústicos, los vascongados netos que conocen a perfección los recursos expresivos del idioma. Moguel reconocía que él no era capaz de hacer una decente versión castellana de estos diálogos, por cuanto hay en los mismos muchos giros, modismos y expresiones saladas que son intraducibles. Sólo el casero Peru habla bien el vasco, mientras que el otro interlocutor, maese Juan, lo habla pedestre y chabacanamente.

J. A. Moguel cultivó tanto el dialecto de Guipúzcoa como el de Vizcaya. En este último está escrito Peru Abarka. Este libro se reeditó en 1956 en Zarauz (Kuliska-Sorta, n.º 13).

Escogemos un trozo del Diálogo primero. Peru y Maese Juan se encuentran casualmente en una venta, traban amistad y se ponen a comer juntos. Peru invita a su interlocutor a bendecir la mesa, éste se excusa diciendo que no sabe el padrenuestro en vascuence.

PERU ABARKA

(Peru y Maese Juan se ponen a comer en una taberna. Maese Juan se excusa de no saber el padrenuestro en vascuence)

MAESE JUAN.—Soy casado y tengo tres criaturas; pero el cuidado de enseñarles el catecismo corre a cargo de la madre. No es ése mi oficio. Jesucristo no habló en vascuence.

PERU.—Muy bien. Tampoco habló en ese tu castellano enrevesado; mas cualquiera debe saber el padrenuestro en la lengua que aprendió desde el vientre de su madre. A ti te pertenece, más que a la madre, el enseñar todas las cosas buenas a las criaturas. Pero no es ahora tiempo de hablar, y prosigamos adelante. «Dador de todo bien y Señor nuestro. Bendice tú cuanto hemos recibido de tu mano y vamos a comer, por tu Hijo Jesucristo, y en su nombre. Que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, todos a una, nos bendigan. Así sea.»

MAESE JUAN.—Peru, ¿dónde has aprendido esa larga retahila?

PERU.—¿Vas a llamar retahilas a las oraciones de la Iglesia y a la bendición de la mesa? Mejor hubieras hecho en quitar el sombreador de la cabeza, que en vuestra boca se llama sombrero; así como nosotros quitamos la montera. La verdad es que vuestros sombreros ridículos y de nueva invención no sirven para proteger a la persona ni de la lluvia ni del sol; pero basta. Comamos.

MAESE JUAN.—¿Qué diablos de carne es ésta? Está más dura que el mismo suelo. Estas berzas vienen negras y ahumadas. Los nabos duros, sin cocer.

PERU.—Maestro, bien melindroso y susceptible estás. ¿Pensabas que nos iban a poner perdices, pollos, becadas y alimentos sabrosos, propios de la mesa de los grandes? Para el cocido se nos ha puesto carne salada de cabrito. Los bueyes gordos y que sirven para cecina los llevamos a las casas de los ferrones y de los ricos, a fin de obtener buen dinero; y para las casas de los que son de nuestro rango guardamos las ternerillas, los novillos, las vacas viejas o los cabritos. Con buena hambre no hay comida mala. En las mesas de los ricos no se les ataca con tanto gusto a la tajada gorda de buey y a las aves, como en las casas de los labradores a los nabos, cabritos y a las berzas que exhalan vaho. Más sabrosa es para nosotros una gran rebanada de borona que el pan blanco para ellos. El labrador que tiene torta de maíz bien hecha debajo de la ceniza, leche, castañas y manzanas, es más feliz que todos los grandes. Entre melindres no se cría carne vigorosa. Mira a los muchachos de los caseríos y a los hombres jóvenes, ¡cuán rollizas y pulposas tienen la región de las mejillas y las piernas! La casa que tiene cimientos buenos es más duradera que la que los tiene flacos. Mira a las hijas de muchos grandes, llenas de flores y alhajas. Desfiguradas y pálidas, hechas unas inútiles, flacas, canijas, basta una miaja de aire para encamarlas; si se les humedecen o mojan un poco los pies se ponen a toser que parece que van a ahogarse. Por el contrario, nuestras doncellas, ya llueva o esté raso, ya haga buen o mal tiempo, andando descalzas o con

abarcas agujereadas, ¿cuán diferentes son de esas otras? Aunque anden junto a los hombres cavando, layando, recogiendo el helecho, escardando y haciendo las labores más duras, no por eso tosen fácilmente, ni andan tras del cirujano o médico. Para comer carne en los viernes tendrán que estar muy malas. En los días de fiesta bajarán a oír la misa, aunque haya ventisca y nieve. Y son tan vigorosas y fuertes, que teniendo un saco de harina o costal grande en la cabeza, tomarían bajo los brazos a dos hijos de ricos para llevarlos largo trecho. ¿No es así acaso? Maese Juan, ¿para qué andas, pues, poniendo mala cara, asco y repugnancia al cocido que nos han echado a este plato? Cómelo listo.

FRAY PEDRO ANTONIO DE AÑIBARRO, O. F. M. (1748-1830)

Añibarro y Juan Antonio de Moguel (amigos entre sí), son los dos primeros autores que en forma un tanto sistemática se dedicaron a la composición de libros en el dialecto vasco, peculiar de Vizcaya.

Añibarro nació en Villaro (Vizcaya). Ingresó en la Orden Franciscana. Vivió la mayor parte de su vida en el convento de Zarauz, que entonces era Colegio de Misioneros. Como tal, el P. Añibarro se dedicó a predicar misiones en todo el país vascongado de España. Para ello estudió el idioma en sus diversas variedades, compuso gramática, diccionario, tradujo del labortano al vizcaíno la obra de Axular; el dialecto que preferentemente cultivó fue el suyo nativo, o sea, el vizcaíno. Sólo una mínima parte de sus trabajos pudo ver publicados en vida.

Su **Esku-liburua (Libro Manual)** publicado en Tolosa en 1802, fue saludado como el primer libro que salía en vizcaíno (antes apenas había más que algunos reducidos catecismos). Está escrito en un lenguaje sumamente esmerado y escogido: no en vano el autor se había dedicado a estudiar con atención refleja las galas, modismos y recursos expresivos del lenguaje del pueblo. El libro ha conocido muchas ediciones. Traducimos el prólogo de la edición de 1827.

LIBRO MANUAL (ESKU-LIBURUA)

PREAMBULO

Amado lector: Bien sabes tú (y no hay quien no lo sepa) que de la lectura de los libros santos se siguen a las almas provechos, ventajas y copiosas dichas. No tienen medida, ni es posible decir a cuántos pecadores desgraciados han sacado los buenos libros del dominio del diablo y de su poderío fuerte y enojoso, o sacándolos del camino resbaladizo que conducía a dicho dominio, los han traído a conversión y al camino recto que conduce al cielo. San Ignacio, Santa Teresa, San Juan Columbano, a una con otros miles, certificarán esto que yo digo.

Sí por cierto. Los libros santos son el pedernal y el eslabón adecuados para encender en el corazón el fuego hermoso del cielo; son el combustible para avivar y conservar dicho fuego. Los libros santos son antorchas luminosas para mostrar al alma el camino en la presente noche oscura; son armas afiladas para ahuyentar, abatir y desbaratar a los perversos adversarios. De aquí se evidencia su necesidad. Porque ¿cómo encender y conservar el fuego santo del corazón sin buenos libros? ¿Cómo escapar, sin su luz, a las caídas y defecciones que por todas partes acechan en la oscuridad? ¿Cómo vencer a los enemigos formidables, arteros y sagaces, sin la fortaleza de los libros? ¡Ay! Todo esto es sumamente difícil.

He aquí, pues, por qué, conociendo por un lado la buena madera de mis queridos paisanos de Vizcaya, y que muchos de ellos después de las misiones comienzan a aprender a leer; partiéndoseme el corazón, por otro lado, al no ver en vascuence de Vizcaya más libros que unos pequeños catecismos; y pensando además que muchas almas por la lectura de los libros santos vendrían a ser de Dios, mientras que por su ciega ignorancia se convierten en desventurados esclavos del maldito; se me ocurrió que todos los tiempos libres y ratos que podía atrapar y conseguir debía ocuparlos a manera de la abeja hacendosa y diligente; y así como ésta, andando de flor en flor, recoge la miel y la cera para fabricar el rico panal, así yo también debía hacer los posibles para reunir y juntar en un librito, para bien de las almas, las

doctrinas, oraciones y devociones más necesarias que se encuentran esparcidas y como diseminadas en muchos libros.

Dicho y hecho. Así saqué a luz, ahora hace veinticinco años, y ahora hace seis, reunidas en el «Libro Manual», las prácticas cristianas de cada día, las cosas que debes hacer desde la mañana hasta la noche: santas meditaciones para cada día, oraciones, peticiones y prácticas para oír la misa, confesar, comulgar, vía crucis, rezo del santo rosario y otras muchas devociones. Por ti y por el bien de los que no saben otra lengua, sin otro móvil alguno, me tomé los trabajos de esta tarea, y bien a gusto por cierto. Y por lo visto mis pobres trabajos no fueron en balde, pues tan pronto como se editó el libro por dos veces, al punto, como atropelladamente, se vendieron todos los ejemplares; y desde entonces no me han querido dar tregua, pidiéndomelo sin cesar. Por esto he concebido la determinación de editar nuevamente este «Libro Manual». Para que en la segunda edición saliera mejorado y más aderezado que en la primera, se le dio una revisión; y también en esta tercera se le han mejorado algunas insignificancias. Si en esto te hago algún servicio, no te pido otra recompensa sino que no me olvides en tus oraciones y plegarias.

Por último, te tengo que decir que en este libro verás que a veces se dice *egizu, egidazu, egiozu, degizula,* y otras veces *eikezu, eikedazu, eikiozu, deikezula,* etc. Los primeros se dicen cuando la cosa hay que hacerla inmediatamente; los segundos, en cambio, cuando habrá que hacerla más tarde. Así acostumbran a decirlo, y muy lindamente por cierto, nuestros caseros vizcaínos.

Los mismos vizcaínos (si se exceptúa unos pocos pueblos), los navarros y aún más los vascos de Francia dicen *ian, iausi, io, iagi;* y así decían antiguamente, y no tan antiguamente, todos los vascos. Que el *Ja - je - jia* no es propio del vascuence, sino pegado del castellano, nos lo dicen a una Larramendi, Cardaberaz, Hervás, don Juan Antonio Zamácola, y, en suma, todos los que han atendido con reflexión al problema. Nos hemos atenido, pues, a lo que está bien y a lo que debe hacerse. Con esto me despido.

JUAN BAUTISTA AGUIRRE (1742-1823)

Nació y murió en el pueblo guipuzcoano de Asteasu, del que fue párroco. Poco sabemos de su vida. En la portada de sus libros se le llama Diputado General en el arciprestazgo mayor de Guipúzcoa.

En 1803 publicó **Erakusaldiak** o **Instrucciones para los niños** que deben ser preparados para la primera comunión, obrita que ha sido muchas veces reeditada. En 1850, o sea muchos años después de su muerte, se publicó su obra extensa en 3 tomos, que contiene sermones sobre los Sacramentos, mandamientos y misterios de Cristo y de la Virgen. Esta obra, juntamente con la similar de Guerrico, vino a ser una gran ayuda para los párrocos vascongados de Guipúzcoa. El sermón dominical de la misa mayor constituía, en los pueblos de ambiente rural, un acto de cuya importancia hoy apenas podemos darnos cuenta.

Juan Bautista Aguirre es uno de los maestros clásicos del euskera, de lenbuaje natural, propio y fluido.

Ofrecemos tres trozos de su obra extensa; uno de cada tomo.

CONSEJOS PARA LOS QUE VAN A CASARSE

El cuarto: Si se te presenta una oportunidad de casamiento, no digas al punto «sí», sino más bien infórmate con cuidado cómo es la persona que te pretende. Porque el sacramento del matrimonio es una atadura y un nudo que no se romperá más que con la muerte, ¿y a ciegas vas a aceptar un nudo de este género? Además, una vez recibido el sacramento del matrimonio, el hombre no se pertenece, sino que es de la mujer, y la mujer no se pertenece, sino que es del marido: ¿y vas a dar tu persona para siempre sin saber a quién se la das? Cuando vas a comprar un novillo o ternera, inquieres a ver cuántos años tiene, si es de buen comer, si tiene el vicio de dar cornadas, si tose o tiene algún otro mal, ¿y vas a tomar compañero para siempre sin enterarte cómo es? No hagas tal locura; infórmate ocultamente de lo que te corresponde: si es pacífico, de buena vida y trabajador. He di-

cho que te informes ocultamente; pero ahora añado: si llegas a saber algo en contra de fulano, tenlo oculto en reserva; pues de otra suerte fácilmente pueden originarse odios y grandes habladurías, y el dicho fulano en su irritación descubriría todas tus tachas, y no sólo las tuyas, sino también las de tus parientes y antepasados. No se hallará árbol que no tenga alguna rama torcida o seca, y esto mismo sucede con las familias. Cosa buena y muchas veces hasta necesaria es la dote, pero más necesario es que el consorte sea justo y temeroso de Dios. No andes buscando una epidermis muy hermosa; de lo contrario, fácilmente te sucederá lo que a diario vemos que pasa al más hermoso espejo. Si no tienes el espejo cubierto con tela o con alguna red, pronto lo ensuciarán las moscas; y esto mismo pueden hacer algunas moscas grandes con tu hermosa consorte, si no la tienes bien guardada.

(*Pláticas sobre los 7 sacramentos,* Tolosa, 1850; tomo I, pp. 601-602.)

LAS BRUJAS

Examina si has creído en tu interior que fulana o zutana es bruja, porque es una vieja andrajosa y de ojos ribeteados. Se enferma el hijo de fulano, el buey o la vaca de zutano no quiere comer, y dice uno: Ayer estuvo aquí aquella vieja de ojos ribeteados: debe de ser bruja, y ella habrá enfermado al niño. Este es un mal juicio. Si todas las viejas andrajosas y de ojos ribeteados fueran brujas, mal andarían los pueblos. Tyco Brahe fue un hombre muy sabio; pero con los cuentos de brujas que oyó cuando era niño, se le metió un gran miedo hacia ellas. Si por la mañana, al salir de casa, encontraba alguna vieja, al punto se volvía a casa, y aquel día no salía afuera, de miedo que le sucediera algo malo. ¿Quién no ve que esto era una gran locura? Pues muy semejantes son los temores de brujas que tienen muchos. Sábete, cristiano, que nuestras viejas, más que la profesión de brujas, lo que quisieran es un poco de reconfortante.

(*Pláticas sobre los diez mandamientos de la Ley de Dios,* Tolosa, 1850, 2.° tomo, p. 490.)

EL VINO Y LA BORRACHERA

Dicen que preguntaron una vez a uno qué cosas eran las mejores para un viejo. Contestó: el vino dulce, la palabra de Dios y la conciencia pura: ¿Qué puede haber mejor ni más sabroso que estas tres cosas? *Dulce merum, verbum Domini, mens conscia recti. Quid tribus his senibus dulcius esse potest?* Hermosamente dicho, cristiaí nos míos. La misma Santa Escritura nos dice que el vino y la música alegran el corazón del hombre. *Vinum et musica laetificat cor hominis.* Veréis, y hasta habéis visto alguna vez, un hombre avanzado en edad, decaído y abatido por sus achaques, cuidados y trabajos, y que con un poco de vino se le olvidan sus trabajos, se le ahuyentan las tinieblas y queda animoso para dedicarse al trabajo, e incluso también para las cosas de Dios. Por ello el beber vino con medida es cosa buena para los viejos y para los que están algo enfermos. «Todavía no bebas agua: bebe un poco de vino, mirando a tu estómago y a tu enfermedad», le dice el Apóstol San Pablo a su Timoteo en una carta. *Noli adhuc aquam bibere, sed modico vino utere propter stomachum tuum, et propter frequentes tuas infirmitates* (1 Tim. c. 5).

Siendo el vino por sí cosa tan buena y dejada por Dios para nuestro bien, ¿quién iba a creer que la trocáramos en veneno para nuestras almas? No era fácil de creer, pero es cosa que ocurre, que el hombre se sirva del vino para perder su salud, su alma y su Dios, olvidándose de su Dios, y adorando en lugar de Dios la borrachera y el vino u otra bebida semejante. Antiguamente en España, según nos dice el sabio Padre Lohner, no se tomaba por testigo al que le hubiera ocurrido embriagarse. *Hispani ne in testem quidem admittunt illum, qui semel ebrius extiterit* (Verb. Ebrietas). ¡Tan fea cosa, tan repugnante era entonces la borrachera! Pero en la actualidad vemos que esta lacra vergonzosa está extendida en los viejos y en los jóvenes, contagiada finalmente, incluso a algunas mujeres. Los que están dominados por este vicio vergonzoso no dan importancia a este pecado, y murmuran si alguna vez algún predicador da unas voces acerca de este asunto. Así viven endureciéndose cada vez más en su pecado a medida que pasa el tiempo, siempre muertos y sordos para que les haga mella la palabra de

Dios: con toda su alma y corazón se adhieren a su íntimo y predilecto amigo, que es el vino: a éste le remiten todos sus trabajos, a éste sus cuidados y suspiros: a éste todos los inciensos.

(*Pláticas sobre los misterios de Jesucristo y de la Virgen*, Tolosa, 1850, tomo 3.°, pp. 364-365.)

FR. PEDRO DE ASTARLOA, O. F. M. (1751-1821)

Nació en Durango (Vizcaya), se crió en Marquina (en cuya variedad local escribe), ingresó en la Orden Franciscana, en donde fue profesor, predicador y al fin Ministro Provincial. Era hermano de Pedro Pablo de Astarloa, apologista de la lengua vascongada.

Publicó una obra extensa en 2 tomos (Bilbao, 1816 y 1818), que contiene sermones para todos los domingos del año. En dichos sermones explana sistemáticamente el Catecismo romano. Al frente del segundo tomo figura una notable y extensa Dedicatoria al General Longa, en que se narran las hazañas de éste en la guerra de la Independencia. El general Longa, mecenas del libro, era de Mallavia (Vizcaya).

Ofrecemos la parte final de esta Dedicatoria y un trozo de sermón, tomado también del 2.° tomo (pp. 168-171).

DE LA DEDICATORIA AL GENERAL DON FRANCISCO LONGA Y ANCHIA, HEROE DE LAS BATALLAS DE VITORIA Y SAN MARCIAL

Pensará alguno por ventura que este sistema que utilizó don Francisco Longa, de dedicarse a la emboscada y a la guerrilla, demuestra su cobardía y miedo; pero sepa el que esto piense que con ello patentizó su prudencia y sabiduría. Veía por un lado cuán pocos eran los que tenía consigo; por otro, que su ejército o soldados, como bisoños, estaban poco avezados y amedrentados, y

además de esto, sabían poco en achaques de guerra. Lo que pretendía, procediendo de esta guisa, es que se les juntaran más, que se les quitara, o al menos se les redujera la preocupación y la apatía, y aprendieran cómo hay que combatir a los enemigos. En esto no hizo otra cosa que seguir a aquel gran guerrero Favio. Fue tan desastrosa para los romanos la batalla de Canas, quedaron tan amedrentados cuando oyeron que Flaminio, tantos nobles y principales y ejércitos incontables o soldados quedaron muertos, que pensaron que estaban viendo a Aníbal entrando adentro por las puertas de Roma. En semejante aprieto no encontraron otro medio de salvaguardar los términos de su ciudad, que el de elegir o escoger al gran Favio como único jefe o Dictador. ¿Y qué es lo que hizo este hombre prudente? No fue directamente a pelear con los Cartagineses; no empezó atacándoles, no se situó en lugares llanos y valles amplios; andaba de un sitio a otro por lugares seguros, demorando en todo lo posible el venir a las manos, para que de ese modo fuese aumentando su gente, para que perdiesen el miedo que tenían a los enemigos, fuesen disminuyendo en número los cartagineses, y llegasen a cansarse. Lo que Aníbal y los suyos querían es que los Romanos presentasen batalla. A fin de decidirle a esto, decían a Favio que si era hombre y tan buen guerrero como se decía, que se acercara a ellos, que se situara en valles llanos y abiertos y midiera sus fuerzas con las de los Cartagineses; que si no lo hacía, daba muestras de ser un gallina; pero conociendo Favio que no estaba en condiciones de batir a los enemigos, no les hacía caso; como tampoco hacía caso a los chismes de los Romanos; pero cuando llegó a tener la gente que necesitaba, y habituó a sus tropas a no tener miedo de los Cartagineses, demostró a todos cuán venturosa fue aquella dilación, pues con ella echó a Aníbal de toda Italia.

Esto mismo es también lo que hizo don Francisco Longa. Las tropas o soldados que tenía en un principio eran muy pocas, ni tenían el valor que se requiere para enfrentarse con un enemigo avezado en tantas guerras; pero con estas demoras y andanzas, de tal modo aumentó el número de sus hombres, que llegó a tener ocho mil de a pie, mil de a caballo, y doce cañones con todo su utillaje; y como si esto fuera poco, extendió sus cuidados

al mar, y estableció una flota o escuadra pequeña contra los enemigos; con escaramuzas pequeñas acostumbró a los suyos a ver a los franceses y a luchar valientemente con ellos, y les enseñó cómo se debía hacer la guerra. Aunque mientras tanto los franceses decían en son de burla que Urigante era un ruin, villano, que andaba huyendo de miedo, él no les hacía caso, del mismo modo que Favio tampoco lo hacía de las burlas y chismes de Aníbal y de los Cartagineses. Pero cuando se le aumentó la gente y estuvieron adiestrados, se enfrentó a los franceses, como se vio en Bilbao, Vitoria, Tolosa, Yanci, Irún, Vera, Ascain y en muchos otros sitios, hasta que salieron de toda España los enemigos.

He ahí cuán preclaramente ha demostrado don Francisco Longa ser hijo de los antiguos Cántabros, no solamente en su corazón grande, pecho esforzado, brazo fuerte e intrépido, sino también en su cristianismo y amor al país natal; pues no ha tenido placer ni de día ni de noche hasta ver fuera de España al enemigo de estas dos cosas que él tanto ama. Conociendo nuestro rey señor don Fernando Séptimo los trabajos y molestias que vuestra merced se ha tomado, las grandes proezas o hazañas que ha realizado, y el amor acendrado y fino que ha mostrado hacia su Majestad, le ha galardonado con la cruz o condecoración de las batallas de Vitoria y San Marcial y también con la del séptimo ejército; le ha hecho caballero de la orden real y militar de San Fernando, y le ha elevado a ser Mariscal de sus ejércitos. También nosotros, sus paisanos, tenemos reconocidos los servicios que vuesa merced y sus compañeros de armas nos han hecho. Entre éstos no reputamos como el menor el quedarnos en la religión cristiana, en la fe de nuestros padres y en la creencia católica, expeliendo de entre nosotros a los que querían quitarnos este don celestial, o al menos oscurecerlo.

El deseo de que nuestros paisanos sepan los misterios, mandamientos y sacramentos de esta religión, es lo que me ha hecho tomar el trabajo de exponerlos lo más claramente que he podido. En este libro tiene vuesa merced en vascuence la ley que con tantos trabajos, molestias, sudores, vigilias, andanzas y con tantos peligros de muerte ha defendido. A vuesa merced lo ofrezco. Cierto estoy de que lo tomará con satisfacción y entera voluntad,

siendo ofrenda de un paisano y vecino, estando escrito en el vascuence que aprendió de sus padres y en el lenguaje que habló cuando empezó a hablar, y siendo su contenido el mismo que aprendió desde niño, creyó en toda la vida y que siempre ha tenido como su mayor riqueza, felicidad y como la más grande honra.

En sus acciones u obras ha dado a entender cuánto ama las enseñanzas o doctrina cristiana de este libro, pues no solamente la ha protegido con su espada valerosa de los enemigos que la querían perder, sino que además ha tomado la providencia y cuidado de sacarlo a luz. Escrito lo tenía, pero siendo un pobre fraile, no tenía manera de imprimirlo. Apenas oyó que si no se imprimía era por no tener con qué, cuando con la mayor diligencia y nobleza empezó a tomar las providencias para editarlo; y no ha tenido descanso hasta verlo impreso. Si no fuera por vuesa merced, era de temer que todo el trabajo que he puesto en este libro quedara en la sombra. Ahora tiene ya el vascuence esta doctrina o enseñanza puesta en su lengua; los pastores de almas vascongados tienen de dónde predicar los sermones; nuestros paisanos tienen de dónde leer las instrucciones o doctrina que aquí se da: a vuesa merced se lo deben. Que en pago de esta obra buena Dios le colme de sus generosas bendiciones y le haga dichoso para siempre. Así lo espera, y esto pide constantemente al Señor, su favorecido servidor y ferviente capellán que besa su mano, Fr. Pedro Astarloa.

SOBRE LA MURMURACION

Hay hombres y mujeres de lengua tan perversa, que para ellos no hay hombre ni obra buena. Acerca de todos tienen algo que decir, nadie está a salvo de su lengua infernal, ni casado ni soltero, ni cura, ni fraile, ni doncella, ni monja, ni obispo ni Papa, ni grande ni pequeño. Aun a las obras mejores que se hacen tienen algo que objetar. Si ven que uno oye misa todos los días, dicen que mejor haría en cuidar de la casa. Si reza, dicen que es un simple. Si da limosna, que lo hace por arrogancia o soberbia y para que le vean. Si se aleja o aparta de las tabernas, juegos y otras malas ocasiones, dicen que es un tacaño, que lo hace por no gastar; si no va a diversiones,

fiestas, bailes y otras vanidades, que se ocupa en simplezas; si está callado, que es corto y apagado; si habla, que es parlanchín; y si vieran a alguien hacer los mayores milagros, dirían que es un brujo, que tiene familiares o demonios. Estos son como los Fariseos. Estos hombres perdidos, estando ellos llenos de pecados, hallaban materia de crítica en las acciones u obras más grandes, santas y maravillosas que realizaba Nuestro Señor Jesucristo. De temer es que los tales, así como siguen a los Fariseos en la murmuración, les sigan en su final o muerte desventurada. Es de temer que estas lenguas largas y malvadas están siempre en pecado mortal.

Con mucha frecuencia la murmuración suele comenzar con la alabanza. «Fulano, se dice, ¡qué bueno es! A ése no lo verás en la taberna, en el juego ni bebido: es hombre recto, honrado y trabajador; no hay otro como él cuando se trata de hacer un favor a un amigo; no te dejará un día sin oír misa, no pasará largo tiempo sin confesar y comulgar. No quisiera tener amigo mejor que él. *Pero...*» ¡Oh, *pero* maldito! ¡*Pero* infernal! En esto se adivina para qué es esa alabanza. No tiene otra finalidad sino conseguir que crean que es verdad todo lo que va a decir contra él. Hecha esta alabanza, les parece que están seguros y así se lanzan a murmurar sin cuidado. Ahí es el sacar todo lo que saben y lo que no saben. Si algo le han visto que toca a la honra, aunque otros no lo sepan, allí sale a luz pública; si algo han oído, allí lo divulgan. No dejará este tal ni la menor sospecha que forma sobre él. Si no halla otra manera de murmurar, le tomará la mano a Dios y se meterá en el más secreto rincón del corazón de aquel hombre, y allí querrá buscar las maldades que no ve en sus palabras, acciones y obras, a fin de tener motivo de hablar mal o murmurar; y dirá que todo lo que hace y dice es en sí cosa buena, pero que todo ello lo hace con torcida intención.

Pero no se queda aquí la murmuración que comenzó con las alabanzas. Para que se dé aún más crédito a lo que ha afirmado, se suele decir al final: «A mí nunca me ha hecho ningún mal, no tengo nada contra él, por mí es libre de ser como él quiera, a mí nada me va en ello; pero yo no puedo dejar de decir la verdad. No sé para qué son tantas confesiones, tantas comuniones, tantos rezos; mejor haría en cuidar de su casa, dejar las

relaciones que tiene y ser un poco más humilde, sin tomarse determinaciones de salirse con todo lo que quiere. ¡Santo, santo!, también yo seré santo, si me dejan hacer todo lo que quiero. No quiero yo esas santidades.» He ahí a qué se ha reducido toda aquella alabanza del principio. ¿Sabéis qué es lo que me parece que hacéis cuando murmuráis así? Lo mismo que se hace con una palanca. Si queréis hacer un agujero en la tierra, tomáis una palanca y la levantáis en alto. Pero ¿para qué? No para dejarla en alto, sino para meterla en tierra; y cuanto más adentro la queréis meter, tanto más arriba la levantáis, para así hundirla con más fuerza. Pues esto mismo es lo que hacéis con la murmuración que comienza con la alabanza. Primero levantarle arriba con la alabanza lo más que podéis, y después hundirle con la murmuración en la tierra, y cuanto más fuertemente queréis murmurar, tanto más le levantáis con la alabanza.

FR. BARTOLOME DE SANTA TERESA, C. D. (1768-1835)

Nació en Marquina-Echevarría (Vizcaya), ingresó en la Orden Carmelitana e hizo sus estudios en Lazcano, Pamplona y Tudela. Nombrado predicador de oficio, recorrió muchas veces los pueblos vascongados en el cumplimiento o desempeño de su cargo.

Fr. Bartolomé nos ha dejado dos obras clásicas en vascuence vizcaíno. La primera se publicó en 1816, y su título original significa algo así como «Un acomodado aderezo de sal y vinagre acerca de los bailes y diversiones del país vasco». Trata teológicamente del problema moral de los bailes, pronunciándose contra los mismos por los excesos que en ellos se cometen. No faltan en el mismo descripciones bien realistas. La otra obra es una gran trilogía de sermones en que se explanan los Mandamientos y Sacramentos (Pamplona, 1816-1819). El lenguaje de Fr. Bartolomé es propio, natural y elegante.

Ofrecemos el trozo de un sermón que figura en el apéndice del primer tomo de la trilogía.

SERMON PARA BIEN DE PADRES E HIJOS

A decir verdad, cristianos míos, ¿qué puede haber en el mundo que sea más aflictivo y doloroso para un corazón que el ver a un padre anciano agotado e inválido, el cual después de haber criado con trabajo tres o cuatro o más hijos e hijas se ve tratado por ellos ingrata y desvergonzadamente? Que un padre abatido por la edad, anciano, agotado y que va camino del sepulcro, sea maltratado por los hijos e hijas, por los frutos del vientre que él con muchos sudores y molestias ha criado, es sin duda un sufrimiento que entre los mayores no es el menor. Que un hijo no le hace caso; que el otro le ha perdido la vergüenza y el respeto; que el otro no le dirige una mirada buena; que el otro no se presenta nunca a saludarle; el otro, apenas le dice él una palabra, cuando se la devuelve con un gruñido; el otro juzga excesivo el alimento que toman los padres; el otro no le quiere obedecer en nada; el otro le trae a casa pleitos y disgustos; el otro le riñe y aun le pega; el otro burlonamente le echa en cara las faltas de su juventud; al otro hijo o hija la justicia lo tiene en la cárcel; digo, cristianos míos, que tal vez no existe para un padre sobre la tierra pena más cruel, aflicción más sensible, disgusto más doloroso y que más haga desesperar de la vida que el ver que los hijos que él ha criado con trabajo le corresponden de ese modo en la vejez.

Este es un padecimiento como para irritar al padre, como para llorar desde el fondo del alma, partir el corazón, consumir la cabeza y pedir la muerte al cielo. He criado hijos, dice este padre afligido y digno de lástima, y ellos son el mayor tormento de mi vejez. He criado hijos para alivio de mi vejez. Y mi gozo ha venido a ser la mayor amargura de mi corazón. He criado hijos con trabajo y molestia para ayuda de mis últimos días. Y ellos son los que día tras día y hora tras hora me hacen desesperar de la vida. Ellos son los que me tienen arrinconado y como si fuera un estorbo. No tiene el padre afligido a dónde dirigir la mirada sobre la tierra, sin que le venga sentimiento y dolor de sus propios hijos. No es cosa nueva que el padre arrinconado, al ver su persona puesta en este trance, eche a los hijos mil perjurios y maldiciones al día. Porque a diario recibe de un

hijo malas noticias, de otro un agravio, de otro hambre, y de todos motivo de muerte y de dolor. No es cosa nueva el que muchos padres, al ver la desvergüenza y la ingratitud de sus hijos, desesperados de poder traerlos a gobierno y razón, se deseen a sí mismos con furia la muerte (como si en el otro mundo no tuviera ello consecuencias). No es cosa nueva, ni que suceda pocas veces, el que muchos padres, que vivirían más años, por causa de hijos malvados, mueren prematuramente, y como ellos dicen vengan a acabar con todos los problemas (literalmente, a «hacer la paz del mundo»).

¡Ah, cuán dignos de compasión los padres que tienen hijos malvados y desvergonzados! ¡Pobres desventurados! ¡Qué vejez tan dolorosa y amarga la vuestra! ¿Quién no se compadece, a quién no se le parte instintivamente el corazón, viendo a un padre o madre abatido por la edad, encamado o enfermo o impotente para caminar, o que apenas puede con su cuerpo envejecido, al oír que sus hijos lo tienen cosido de disgustos, de malas palabras o de hambre, arrinconado, muriendo y sin poder morir? ¡Oh, qué obra tan santa el consolar los corazones de estos pobres padres! ¡Oh, qué caridad el hallar un alivio para ellos! Mas ¿cómo se puede remediar un mal tan grande? ¿Qué pueden hacer, si no es llorar y perder toda esperanza? ¿A dónde pueden mirar los padres avanzados en edad, a fin de ensanchar sus corazones acongojados y consolarse? Los hijos son más altos y están fuertes; los padres viejos, enfermos y débiles. Toda las cosas de casa están en manos de los hijos. Los padres están a merced de lo que ellos les hagan. Si los padres les dicen bien, los hijos desvergonzados les responden mal. Si hace amago de pegar al hijo, el hijo se la devuelve al padre, o le da un empujón. Si el padre le habla algo más alto o recio, el hijo le replica «que se calle la boca y no diga sandeces». Si el padre le dice que por Dios vaya a la iglesia; «sí, tú también fuiste muy amigo de la iglesia», le contesta burlonamente el hijo. Aunque quiera infundirle respeto llevándole a la presencia del señor Párroco, es en balde; ya anteriormente lo ha hecho, y le tiene sin cuidado. Incluso es peor. Si le lleva ante el alcalde, y le tienen unos días en la cárcel, lo mismo. El resultado es

peor que antes. El que ha perdido el respeto a los padres, también lo ha perdido a los señores sacerdotes y a la justicia. ¿Qué podrá, pues, hacer, o a dónde podrá dirigir la mirada ese padre digno de lástima?

(*Doctrina sobre los cinco primeros mandamientos de la ley de Dios*, Pamplona, 1816, apéndice, pp. 6-10.)

JOAQUIN LIZARRAGA (1748-1835)

Nació y murió en Elcano, pueblecito al este de Pamplona, en el valle de Egüés, en una zona hoy perdida para el vascuence. Lizarraga en 1766 ingresó en Loyola, pero al producirse la expulsión de los jesuitas tuvo que volverse a su pueblo, donde fue nombrado párroco en 1774, y en este cargo perseveró durante sesenta años, es decir, hasta su muerte.

Es casi seguro que de su estancia en Loyola sacó Lizarraga su afición vasquista, que le llevó a escribir tanto en esta lengua. Gracias a la labor de Larramendi, Cardaberaz y Mendiburu, el vascuence gozaba de gran boga en Loyola cuando el joven Lizarraga se dirigió allí.

Desgraciadamente, de la ingente producción de Lizarraga ni una sola letra se publicó en vida de él; y aun hoy la mayor parte de esta producción sigue inédita. En 1846 se publicó en San Sebastián un tomo de sermones u homilías para todos los domingos del año. Pocos años más tarde, el Príncipe vascófilo Luis Luciano Bonaparte se interesó por la producción de Lizarraga y publicó a sus expensas algunas poesías de éste y una traducción del evangelio de San Juan.

Lizarraga escribe en una variedad de la lengua vasca llamada alto navarro meridional, hoy extinta. Se habló en tierra de Estella, cuenca de Pamplona, zona media de Navarra, etc.

Traducimos las sentencias rimadas que figuran al frente de su libro de sermones.

AMENAZAS A LOS QUE NO GUARDAN LOS DIEZ MANDAMIENTOS

1) Cree, ama y adora a Dios; de lo contrario, fuera mejor que no hubieras venido al mundo.

2) Allí donde hay maldición y juramento, no faltará miseria y escarmiento.

3) El que no quiere dar a Dios los días que son de El, se hace daño a sí mismo, proporciona lucro al viento, albricias al diablo.

4) Al hijo bueno la bendición y la fortuna de Dios; *al mal hijo maldición y desventura.*

5) El que desea mal a su prójimo, mayor mal se hace a sí mismo.

6) El que ofende a Dios por el cuerpo, trueca todo bien por estiércol.

7) El corazón que se apega al bien terrenal, se entrega preso en el lazo a los diablos.

8) Condenar a su hermano y morder con la lengua: eso hace el murmurador, que huele a infierno.

9) Desear el consorte de otro, es atajo para el infierno.

10) En desear la hacienda ajena no hay beneficio, y sí culpa y aflicción.

JUAN IGNACIO DE IZTUETA (1767-1845)

La figura de Iztueta (como ha escrito D. José Garmendía que ha logrado esclarecer algunos puntos oscuros de su vida), lejos de menguar, ha ido ganando interés con el tiempo.

En efecto, él es en su época «uno de los pocos promotores de un movimiento de afirmación y defensa de los valores ancestrales».

Iztueta *nace en* Zaldivia (Guipúzcoa), de una familia relativamente hacendada. *No se sabe dónde* hizo sus estudios

(tal vez en los Carmelitas de Lazcano). Casa por primera vez en 1790. Muere su primera mujer en 1802, cuando tanto él como la Kontxesi a la que dedica su célebre poesía amatoria se hallaban encarcelados. Su vida no fue del todo limpia desde el punto de vista moral, por lo que sufrió diversos encarcelamientos. Casa con Kontxesi (Concepción Bengoechea) en 1808. Se establece en San Sebastián, y el que antes había estado preso, llega a ser jefe o alcaide de la prisión. Muerta Kontxesi en 1815 y después de varios años de viudez, casa por tercera vez con Asunción, siendo él de 61 años y ella de 20.

Iztueta fue bersolari. «No había fiesta o boda donde no hubiera el regalo de sus versos» (Garmendia). Pero sobre todo nos ha dejado dos libros memorables en vascuence: Uno sobre las danzas típicas de Guipúzcoa, publicado en San Sebastián en 1824, que fue providencial para la salvación del folklore vasco, y una Historia de Guipúzcoa publicada en 1847, donde describe con fruición las costumbres, los ríos, montes, productos, etc., de la provincia.

El libro de Iztueta sobre las danzas se ha publicado recientemente en su texto original y con versión castellana («La Gran Enciclopedia Vasca», Bilbao, 1968).

De Iztueta ofrecemos la poesía amatoria a Kontxesi tomando la traducción del cancionero de Manterola; más un trozo de su obra **Viejas Danzas de Guipúzcoa** (Versión castellana del P. Onaindía).

A CONCEPCION

Amo a una mujer en verdad digna de ser amada. Tiene el ojo hermoso y muy limpio. Está lejos de mí, pero no puedo borrarla de mi pensamiento. Su hechura, si pudiera venderse a peso, no faltaría quien la comprara a trueque de oro.

Veinticuatro leguas me separan de ella. Entre los dos existen un millón de puertas, todas cerradas.

Aunque quisiera, no puedo estar callando. Siempre estoy llorando, preguntando sin cesar por mi amada, si vive la Concha de mi corazón.

Poca luz de día, ninguna de noche, en parte alguna hallo consuelo sin mi amada, y al pensar si podré hacerme dueño de ella, ¡cuántas penas pasa este mi corazón!

La quiero, y no es milagro.

¡Ay, qué soledad y qué tristeza! Mi pobre corazón no puede animarse, ¡tan muerto está! Siempre anda buscando consuelo, diciendo para sí: Todas mis penas morirían, si estuviera junto a mi amada por un par de horas.

Querida mía, me acuerdo de ti de día y de noche, y hasta en mi sueño.

Quisiera ir a verte... Si estuviera libre, ahí me tendrías para el segundo día, pues aunque muriera entonces, no tendría dolor alguno.

Una de estas noches he soñado, pero los pensamientos siempre salen al revés. En mi sueño estaba mirándote a ti, hermosa amada, sentado sobre el arca y contando cuentos. Lo hubiera deseado, pero todo era sueño.

Siempre tengo a mi amada en el pensamiento. ¡Ay! ¡si estuviera yo ahora a su lado como en un tiempo! Que el Señor haga se realice este sueño mío, si así conviniere. De alegría me moriría, según creo, al ver a la amada de mi corazón.

Linda querida mía, no hay por qué desesperar, pues si no es mañana, me tendrás pasado en el sitio de antes. ¡Ay, qué placer! Mirándote a ti, se olvidarán todas mis penas.

Un recuerdo bonito tengo siempre conmigo. Tiene escritas dos letras: son una B y una C. Muchas veces estoy contemplándolas. ¡Son tan finas! Como hechas por ti, magníficamente, en seda. Siempre las tengo guardadas en mi pecho.

Mantén las esperanzas, dulce amada; alguna vez ha de cumplirse también nuestro plazo, y entonces ningún pensamiento desagradable acojas en tu cabeza; abandona los que hoy te mortifican, que no son pocas las penas que pasamos.

Seis años de presidio, creo que bastarán para hacernos buenos.

VIEJAS DANZAS DE GUIPUZCOA

DE COMO Y POR QUIENES HAN SIDO ESCARNECIDAS Y ALEJADAS NUESTRAS HERMOSAS DANZAS ANTIGUAS, ASI COMO LOS AGILES Y NOBLES DANTZARIS

Existe en nuestro suelo una suerte de gente charlatana que, sin servir para nada, es injuriosa para todos los vascos. Lo que más abominan estos insípidos e indiscretos habladores es el oír, junto con su lenguaje vernáculo, el nombre de las viejas costumbres populares.

Tratan de poner en ridículo las veneradas danzas que practicaron sus mayores; haciendo gestos de disgusto, se les ve como avinagrados cuando sus nobles hermanos representan las honestas costumbres ancestrales; desprecian las dulces sonatas de su tierra nativa, y finalmente, ultrajada, la meten muy adentro bajo tierra, según creen, la sabia y querida lengua que aprendieron en el regazo de su madre.

Estos ignorantes, orgullosos y ligeros de cascos, apenas ven en las fiestas de un pueblo salir a un aldeano a bailar la danza de hombres en la plaza pública, empiezan inmeditamente a decirse necedades y bobadas de mal gusto. Como estas:

«¡Oye, oye, chico! Mira, mira a ése; su cabeza parece queso de Flandes.» Y el otro le contestará: «Creí que era un mameluco.» Aquel otro exclamará: «¡Demontres! ¿de dónde habrá sacado esa casaca tan nueva? Una levita haría yo con sus ruedos.» Este: «¡Caramba!, qué boina más hermosa, como que vale para tejado de una casa.» Algún otro gritará: «¡Cáspita, vaya zapato!; con un barco como ése me iría hasta América.»

Mientras gruñen de esta forma ven que traen al baile a una señora o señorita de suaves modales, e inmediatamente harán lo posible para ultrajarlas; ahora por sus pelos cortados o rizados, luego por los vestidos del tiempo de Moisés que visten; ora porque no saben mirar alegremente a los hombres, ora porque tienen un andar muy torpe, como las de la aldea. Expresándose de este modo tonto, hacen una pequeña tregua en sus mil impertinencias. Pero pronto comienzan de nuevo a lanzar diatribas contra las acciones y modo de portarse de los bailarines:

que no sólo no se tocan, sino que son muy simples y pesados; que por no darse un apretón de manos, llevan pañuelos en las manos; que los chicos y las chicas no se dan el menor empujón, ¿y quién sabe qué más necedades y torpezas no vomitan los tales injuriadores?

Me extraña, y mucho por cierto, cómo nuestros nobles aldeanos no los despiden y mandan por ahí a semejantes refunfuñadores, bien hinchados ciertamente de palos.

Y todavía tenemos otros, aunque no muchos, que son tan injuriadores y sembradores de afrenta como estos viles que, correteando de pueblo en pueblo y de diversión en diversión, hacen burla de nuestras alegres costumbres populares.

Sabido es que de todas las provincias suelen ir muchos jovencitos, enviados por sus buenos padres, a los Seminarios, para dedicarse cada uno al estudio de su ciencia favorita.

Estos jóvenes, procedentes de distintos pueblos, al practicar sus juegos, máxime durante las horas de recreo y solaz, suelen desear hacer ostentación de sus habilidades, ya de lo aprendido en el Seminario como de lo que sabían antes de ingresar en él.

En la primera actuación se ejecutan de ordinario las danzas más usuales, y luego cada uno baila en particular las de su pueblo. Al llegar su vez a los guipuzcoanos, el primero que debe actuar y bailar la danza particular, si no la conoce, según suele ocurrir con la generalidad, dice: «No me presentéis danzas de calle y las del tiempo de Matusalén, que acostumbran a bailar mis compatriotas en las plazas públicas. Hoy no se ejecutan esos bailes insípidos y pesados, a no ser por los aldeanos; y contemplarlos sólo nos es suficiente motivo de risa estentórea, a todos al menos de nuestra edad. Y si vosotros también deseáis un hartazgo de ella, yo os proporcionaré buena ración.»

Dicho esto, comenzará lo mismo que un potro a soplar y revolcarse, con vueltas y retorcimientos, dando a éste coces y a aquél empujones; y no se sosiega hasta que, arrojando en gran cantidad espuma y baba, cae desfallecido totalmente.

Estos engreídos y estúpidos creen encubrir su ignorancia realizando tales torpezas, descaros y descortesías, mas no se dan cuenta los pobres que con ese proceder queda

bien patente su vana nulidad; por la sencilla razón de que, entre ellos mismos, habrá sin duda quienes hayan leído los grandes elogios que muchos sabios han hecho, en meritísimas obras, de nuestras honradas danzas.

¿Se figuran, tal vez, estos chorlitos que las bien parecidas danzas de su país natal son objeto de burla? Pues sepan una vez para siempre, tanto los tales charlatanes bellacos como todos los habladores indiscretos e insulsos, que muchos, muchísimos hombres con más mollera y sentido común que ellos, habiéndolas adornado y disfrutado, las han ensalzado sobre todo lo imaginable, según insinuaré en seguida.

El galanteo mayor de estos orgullosos que han invertido años fuera del país buscando sabiduría y vuelven a sus hogares con la misma o menos de la que llevaron, es decir a sus padres y parientes: «¡Eh, callad, no habléis más esa jerigonza propia sola de salvajes o de un rancho de gitanos; vergüenza he que me conozcan por el acento los castellanos, que yo también soy de turris eburnia».

Y más espectaculares y graciosos son aún sus fatuos parientes, que andan diciendo a sus vecinos: «Llegósenos anoche nuestro hijo que ha estado afuera, muy gallardo, mejorado y con un bagaje enorme de sabiduría. Olvidósele, pues, enteramente el vascuence; no habla nada ni nada comprende en ese lenguaje; y menos desea aún que otros le hablen. Por tanto, si queréis entenderos con él, es preciso que le manifestéis vuestras ideas en castellano; de lo contrario, se os enfadará, y muy de veras por cierto.»

Con endilgar éstas o parecidas burradas les parece hacer muy sabio a su hijo o al hermano infatuado.

Y éstos que creen rebosar ya sabiduría hasta derramarse por todas partes, al reunirse en asamblea con sus conciudadanos, tienen como cosa baja el hablar una sola palabra en vasco. Y si alguien les presenta alguna vez un escrito en su idioma, tienen por gallardía asegurar que no saben leerlo, y menos aún comprenderlo.

Pretenden dar a entender con este modo de expresarse que conocen todo lo que se puede saber. Suele haber ciertamente entre los oyentes, y no pocos, que se figuran que el que pertenece a la mesnada de semejantes charlatanes, es un pozo de saber insondable. Mas a mí no me

parece que el que dice no poder leer en vascuence y menos aún entenderlo, pueda ser hombre de mucha inteligencia y seso.

Los hombres científicos, conocidos como tales en todo el mundo, han mirado y considerado siempre, tanto el idioma como las costumbres y juegos vascos, con atención, respeto y cuidado singulares.

(*Viejas Danzas de Guipúzcoa*, 2.ª parte, pp. 91 y ss. Traducción del P. Santiago Onaindía, C. D.)

AGUSTIN P. U. ITURRIAGA (1778-1851)

Nació y murió en Hernani (Guipúzcoa) donde su padre y su abuelo habían sido escribanos. La familia del célebre fabulista vasco procedía de la Rioja. El apellido Iturriaga con que éste es conocido es, en realidad, su tercer apellido. Su primero y verdadero apellido fue Pascual.

Estudió en la Universidad de Oñate. Hecho sacerdote, abrió un colegio en Hernani y se consagró a la enseñanza de la juventud.

A las Juntas Generales de Guipúzcoa reunidas en Mondragón en 1830 envió Iturriaga *una interesantísima* **Memoria** exponiendo un plan razonado para mirar por la conservación del vascuence. Iturriaga desconfiaba de los Apologistas del vascuence que se limitaban a cantar las excelencias de la lengua filosófica, primitiva, etc. Qué importa, dice, que sea *propísimo en la significación de sus voces, muy cortés* en sus fórmulas y expresiones, rico y armonioso en vocablos, ordenadísimo en sus reglas, la más antigua lengua de España... si cada día camina con más celeridad hacia su perdición y se nos va a desaparecer totalmente? Si nos descuidamos, nos vamos a quedar como el cuervo de la fábula: «hinchados de vanidad y sin queso». Según Iturriaga, las escuelas de primeras letras son el enemigo número uno del vascuence, por el pésimo método que en ellas se sigue; so pretexto de que hay que enseñar el castellano, se aplican con todas sus fuerzas a matar el vasco, método que es anti-

pedagógico y antihumano. Lo que hay que hacer es enseñar el vascuence, y después, por medio de él, el castellano. Hermanar la enseñanza de ambos haciendo que se auxilien recíprocamente: tal es el plan que él propone.

Sus obras responden a este ideal pedagógico. Estas son: 1) **Arte de aprender a hablar la lengua castellana para el uso de las escuelas de primeras letras de Guipúzcoa** (Hernani, 1841); 2) **Diálogos basco-castellanos** (1842); 3) **Fábulas y otras composiciones en verso bascongado** (1842).

Sus **Diálogos basco-castellanos** son especie de lecciones de cosas presentadas por él en texto bilingüe. Pero es como fabulista como Iturriaga ha conquistado merecida fama. Los temas de los fabulistas clásicos él sabe presentarlos con ambientación vasca en versos sabrosos y llenos de gracia. El es también el autor de la letra de la Marcha de San Ignacio, que tanto se ha popularizado.

Iturriaga no fue bien visto de los carlistas, por lo que en la guerra civil hubo de refugiarse en el vecino país vascofrancés.

Tanto los Diálogos basco-castellanos como las fábulas y otras composiciones poéticas de Iturriaga se han reeditado recientemente en la colección Auspoa

A continuación ofrecemos el 2.° de los Diálogos, que versa sobre las abejas, una poesía sobre la existencia de Dios y la fábula del cuervo y la zorra.

DIALOGOS

LAS ABEJAS

—Hoy voy a hablarte sobre las abejas.

—Las abejas son animalitos útiles; ellas nos dan la miel.

—No solamente nos dan la miel, sino también la cera.

—Como yo soy muy aficionado a la miel, no me acordaba de la cera.

—La miel es tan buena para alimento como para remedio. Cuando hay catarro se toma miel con agua. Los médicos la hacen tomar muchas veces antes de comer, a modo de laxante. Por otra parte, ¡para cuántas cosas no sirve la cera! Con ella se hacen las velas, los encera-

dos y muchas clases de emplastos. Las abejas nacen a la manera que las mariposas y se alimentan con la miel. En las flores hallan la materia para hacer la miel y la cera. Con la harina (sic) de la flor fabrican la cera, y la miel la hacen con el jugo que le sacan del cáliz a la flor. La harina la recogen trayendo las patas traseras encima de la flor.

Tienen una especie de bolsas en las patas y no paran hasta llenarlas. El jugo lo aspiran con una trompa que tienen en el hocico. Para el jugo tienen un estómago, y allí se convierte en miel. Para la harina tienen otro y allí se convierte en cera. Después, a medida que van arrojando cera por la boca, van haciendo el panal. Cuando han hecho el panal, llenan sus cavidades de miel.

—¿A la cavidad se le llama celdilla?

—A la del panal sí.

—Todas estas coas a mí me vuelven loco.

—No tienen por qué volverte loco.

—¿Pues qué? ¿No es como para volverse loco el ver convertida en cera la harina que está sobre la flor?

—¿Y no te vuelve loco el ver que los alimentos que comemos se convierten en sangre nuestra?

—Dices verdad. No había reparado en ello.

—La hierba que hoy ha comido la vaca, mañana la comemos convertida en leche.

HAY UN DIOS

El cielo y la tierra
y el mar
están diciéndonos
que existe Dios.
Si alguien alguna vez
duda de esto
no tiene que hacer sino
preguntarse:
¿Quién es el que ha hecho
—¡oh maravilla!—
la luz que nunca
se nos acaba?

¿Quién, a pesar de
transcurrir
los días y los años,
les hace guardar
los primitivos caminos?
Si por ventura saliera
de dichos caminos,
no quedara vivo
un solo hombre.
Ven aquí tú ahora,
oh hombre loco,
a negar todavía
que existe Dios.
Cuando hay salud
y también fuerza,
el hombre suele
reírse de Dios;
pero cuando pierde
la una y la otra,
entonces confiesa
a su dueño.
No hay en este mundo
nación alguna
que no reconozca
que existe un Dios.
Sí, existe un Dios,
infinitamente justo,
que ha hecho
el cielo y la tierra.
Tú hiciste,
Dios mío,
al primer hombre
a tu imagen.
Tú hiciste
el sol, la luna,
las estrellas hermosas
y el gran mar;
a ellos vemos
de noche y de día
profiriendo alabanzas
a tu bondad,
a tu sabiduría
y grandeza.

FABULAS

EL CUERVO Y LA ZORRA

En el extremo superior
de un alto árbol bravío
se posó un cuervo
el otro día.
En su pico tenía
un queso enjundioso,
recién robado
de la ventana de un caserío.
Una raposa salió
de entre las peñas
y pasaba
por debajo del árbol;
apenas percibió
el olor del queso,
mirando arriba
se detuvo al punto.
Cuando vio
un queso tan jugoso,
de la boca le fluía
la baba colgando.
Se estaba quieta
debajo del árbol,
quería el queso,
no lo podía alcanzar,
Se consumía en su deseo.
Decía para sí:
¡No poder subir arriba!
y aunque lo hiciera,
¡no me sirviera!
Pues aunque yo quisiera
subir hasta allá,
el ave huiría
volando.
Alguna otra cosa
habré de discurrir:
¡ta! ¡ta! ahora mismo
se me ha ocurrido:
es una idea inmejorable,

antes de seis minutos
es mío el queso.
Buenos días, amigo
—le llama desde abajo—.
tu hermosura
me ha enamorado:
tienes pico amarillo
plumaje azul-negro,
ojos grandes,
luminosos y bellos;
en una palabra, eres
un galán tan perfecto,
que escasamente
podrá encontrarse otro.
Créeme,
sin género de duda
entre las aves
serías el rey,
si como eres hermoso,
tuvieras también el canto:
en saber si lo tienes,
ahí está el problema.
El cuervo al oír
aquella lisonja,
siente en sí
deseo de cantar.
No bien abre el infeliz el pico,
cuan se le viene
al suelo el queso.
Riéndose la zorra,
dicen que le dijo:
¡jamás escuché yo
canto tan bello!
mientras yo me como
el queso,
regocíjate tú
en tu vanidad;
que Dios te conceda
por largo tiempo salud,
tu dulce canto,
tu hermosura;
yo por mi parte
me holgaré,

si lleno la tripa
a menudo a cuenta
de tu pico.
Dicho esto, se alejó
con su queso;
el cuervo se quedó
con el estómago vacío.
El que da crédito
a la palabra de los lisonjeros,
se lleva albardas
de este género.

JUAN JOSE MOGUEL (1781-1849)

Fue sobrino de Juan Antonio el autor de Peru Abarka, y como él, cura párroco de Jemein-Marquina (Vizcaya). Había hecho sus estudios en la Universidad de Oñate. Durante la primera guerra carlista fue diputado general del Señorío de Vizcaya, lo que le valió ser desterrado de su parroquia a la terminación de la guerra.

Escribió varias obras, de las que la más conocida es la **Escuela del Campesino Labrador** (Bilbao, 1816). Es un libro didáctico, religioso, pero presentado a modo de historia o biografía, y en forma de diálogo. El protagonista, llamado Juan, es el espejo o dechado de un padre ideal, bien instruido en las verdades religiosas, que él enseña a sus hijos en su escuela doméstica. El libro ha conocido varias ediciones y aún alguna traducción interdialectal (del dialecto vizcaíno al guipuzcoano).

Ofrecemos un trozo de la parte final del libro.

ESCUELA DEL CAMPESINO LABRADOR

FINAL DE ESTA HISTORIA

En seguida de haber enviudado y estando con buena salud, y bien aconsejado, hizo el padre el testamento. Cuando venga la enfermedad de la muerte, decía, ella

dará bastante que hacer; ¿y quién sabe qué tiempo disponible ni conocimiento habrá? Antes quiero arreglar mis cosas, para atender solamente a las del alma en aquella hora terrible. Hizo nuevamente una confesión general y vivía dando los ejemplos del más casto de los viudos. Cuando contaba 64 años se apoderó de él una fiebre fuerte que le fue debilitando poco a poco. Los médicos le mandaron caminar, y yo solía acompañarle. Ya no se le oía una palabra acerca de las cosas de la tierra. ¡Ay, hijo mío querido!, me decía con frecuencia, ¡y cuán espantosa tiene que ser la muerte para el que anteriormente ha vivido olvidado de ella!...

Un día que caminábamos por una sombra espesa entre árboles, me dijo: ya sé que todos los de casa andáis queriendo infundirme la ilusión de que me voy a curar; pero te digo que no os canséis inútilmente en eso. Siento en mi corazón un gozo que no puedo expresar para abandonar al mundo. Son dignos de lástima los que por todos los medios procuran olvidarse de la muerte. Dios es nuestra vida perdurable, en quien hemos de colocar toda alegría. El tiene medidos nuestros días, y no se cambiarán con palabras lisonjeras. La amistad auténtica no sabe de mentiras ni engaños. Por eso, aunque yo no lo conociera, hubiera querido que vosotros me dijeseis claramente que esta enfermedad era la última.

En esto llegamos a una iglesia vieja que estaba entre el boscaje, y que en algún tiempo había sido Parroquia, en la que se encontraban algunos huesos y sepulcros de difuntos antiguos, y me dijo: Mira, hijo mío, a dónde solía venir, muchas de las veces que me veías salir solo de casa. El silencio y el espectáculo de esta soledad me hacía olvidar las cosas de la tierra y levantaba fácilmente mi corazón a las cosas altas. Meditaba en mi mente las grandes verdades de la santa religión, y me maravillaba recordando que la mayoría de los hombres viven de espaldas a ella, cegados con las vanidades del mundo. Los huesos secos me daban contento, sabiendo la vida pura de nuestros antepasados, y acerca de ellos leía: Resucitaremos y nos regocijaremos en nuestro Creador y Dios. Hijo mío, llégate de vez en cuando a esta escuela, y pensando bien aprenderás lo que te es más necesario. Sí, aprenderás la nada de las cosas mundanas y el aprecio de los bienes del alma. Esta es la verdadera sabiduría,

pues aquí ves en qué vienen a parar todas las grandezas, bellezas y riquezas del mundo; y siendo la muerte tan cierta como lo es el nacimiento, ¿cómo no has de poner toda tu alma en los bienes que nunca se perderán ni tendrán fin, y en la vida perdurable?

VICENTA MOGUEL (1782-1854)

Hermana de Juan José M. y sobrina de Juan Antonio M. Los dos hermanitos, al morir su padre, quedaron al cuidado de su tío cura, que les enseñó latín, les inició en la cultura humanística y les inspiró también la estima del vascuence y la preocupación por su cultivo. Siendo de veintidós años de edad (o sea, en 1804), publicó Vicenta el librito **Ipui Onak (Fábulas buenas)**, que contiene cincuenta fábulas en prosa, tomadas de Esopo.

Vicenta nació en Azcoitia, se crió en Marquina y vivió casada en Abando, anteiglesia que luego fue incorporada a Bilbao.

El libro lleva una tierna y expresiva dedicatoria a don Víctor Munibe (de la casa de los Condes de Peñaflorida), que debía de ser niño a la hora de su publicación.

Ipui Onak se reeditó en 1912 en la colección «Euskal Esnalea» y nuevamente en «Auspoa» n.º 28 (1963).

Ofrecemos parte del prólogo.

FABULAS BUENAS (IPUI ONAK)

AL LECTOR VASCONGADO

Bien sé que en cuanto oigan que el nombre de una doncella joven está puesto al frente de este librito, no pocos comenzarán a hacer muecas, diciendo para sus adentros que la corneja quiere vestirse con plumas ajenas; es decir, que quiero apropiarme trabajos ajenos: que no corresponde a una doncella el romperse la cabeza.

¿Cómo podré yo hacer creer a muchos que he vertido al vascuence las fábulas que han publicado los sabios de otras lenguas? ¡Qué pretensión meterse con el latín para llevar adelante el proyecto de este libro! Para ello haría falta saber vascuence, castellano y latín: tres lenguas. ¡Cuán difícil de creer en una doncella!

Sea que me lo crean, o que no lo crean, debo decir que siendo jovencita solía leer y explanar las fábulas latinas de Fedro; que solía recibir gran contento oyendo las conversaciones que entre sí mantenían los perros, las raposas, los gallos, ganados, cerdos y aves. Cuando yo tenía ocho años, viendo que mi hermano había empezado a aprender latín con nuestro tío, se me metió en la cabeza que también yo tenía que aprenderlo. Y así, sin dar graves molestias a mi cabeza, concediendo al sueño sus horas, y sin miedo alguno de castigos y vergazos, como jugando, salí con mi propósito, disfrutando con los versos acicalados de Virgilio. Cualquiera sabe que las fábulas de Esopo que están en prosa latina son más fáciles de entender que las composiciones versificadas de Fedro y Virgilio.

Cuando era aún más niña solía escuchar, fuera de mí de contenta, los cuentos de las viejas. Creía como si fueran grandes verdades los cuentos ridículos e insustanciales de Peru y María; a pesar de oírlos repetidas veces, no podía cansarme, y no les dejaba en paz a las pobres ancianas, pidiendo que me los contaran una y otra vez. Este suele ser achaque o locura de todos los niños. Ahora bien, si los cuentos necios que no tienen ninguna moraleja buena me proporcionaban tanto contento aun antes de entrar en la primeras luces de mi edad, ¿cuánto más no se gozaría mi corazón cuando después leí fábulas buenas? Primero oía riendo y con gozo los propósitos, maldades y astucias de la zorra, sus palabras y razones. Pero después, leyendo la hermosa conclusión o moraleja de la fábula, y cuando veía la rica sustancia que había dentro, una vez rota la cáscara o corteza fea, me solía acordar de la venturosa abeja, la cual, aun de flores no hermosas sabe sacar miel y fabrica después en el colmenar los paneles que saborean los labios de los niños.

Me imagino que estoy oyendo las risas y carcajadas gozosas de muchos niños, niñas y labradores al leer o escuchar estas fábulas, y cómo después se quedarán callados y como asombrados al ver las enseñanzas que vienen al final de cada una. ¿Quién iba a decir —dirán— a dónde apuntaban esas fábulas que provocaban a risa? ¡Cuán bien descubren, bajo coberturas hermosas, los caminos que para ser buenos deben aprender los grandes, los pequeños y los mismos sabios!

Suelen decir neciamente algunos labradores que en los días primitivos sabían hablar los perros, gatos, raposas, lobos, ovejas y bestias y aves que figuran en las fábulas. Pero pocos son tan necios. Pronto se darán cuenta que en las ramas está la fruta y que ésta es la que hay que alcanzar, dejando la rama. Las fábulas en verso que van al fin no son mías, sino tomadas al un tanto afamado tío...

¿No es mejor, aunque sea mujer, que pase en esto las horas y no en hablar de los nuevos vestidos? El saber no impide para subir a gran virtud. Santa Florentina, Santa Brígida y otras Santas fueron dadas a los libros. Sabían latín y aun más; no, ciertamente, por la vanidad de volar o por el mero deseo de saber, y sí para emprender los caminos que llevan a Dios. Reciban, pues, los vascongados esta dádiva o presente de una doncella joven. Si hay cosa buena, digan que ello es de otro, no mía; si algo hay torcido, atribúyanmelo a mí; al fin y al cabo la encina no ha de dar manzanas. Y con esto me despido.

FRANCISCO IGNACIO DE LARDIZABAL (1806-1855)

Nació y murió en Zaldivia, de donde fue párroco. Hizo los estudios en Lazcano, en Burgos y en Madrid. Es autor de una **Gramática Vascongada.** En vascuence escribió **Historia del Viejo y Nuevo Testamento** (Tolosa, 1855), especie de Historia Sagrada, o lo que hoy se llama Historia de la salvación. Este libro está escrito en un lenguaje sumamente

cuidado, pulcro y bello, y ha sido uno de los libros más leídos por el pueblo vasco-hablante.

Traducimos el prólogo del mismo.

HISTORIA DEL VIEJO Y NUEVO TESTAMENTO

PROLOGO

Mis amados vascongados: Para cerrar las puertas a la maldad humana, me parece que uno de los mejores medios es conocer lo que Dios ha hecho por el hombre. A la verdad, ¿quién que conozca el amor de Dios para con el hombre, que sepa las grandes maravillas que Dios ha hecho en favor del hombre, va a ponerse a disgustarle, a ofenderle, quebrantando sus santos mandamientos? Muy ingrato y ruin hay que ser para reservar tal correspondencia con un Bienhechor tan generoso. Por eso los Santos Padres de la Iglesia siempre se han esforzado en inculcar en los corazones de los cristianos la gratitud para con el Señor Criador, poniéndoles ante los ojos los beneficios recibidos y las bienandanzas que les promete: he aquí manifestado el deseo que tuve de dedicarme a mi trabajo. En todas las lenguas tienen sus libros en los que se les enseña que Dios ha hecho las maravillas que dice la Santa Escritura; y también vosotros, mis queridos paisanos, merecíais este favor, a fin de que lo vierais todo claramente con vuestros ojos. Verdad es que el Padre Fray Juan Antonio Ubillos os dio, hermosamente traducido al vasco, un librito manual del abate Fleury, que trae algunos acontecimientos; pero es más breve de lo que se quisiera. También el abate Larregui, de Francia, ahora hace setenta años, publicó un libro más extenso, con el título *Historia del Viejo y Nuevo Testamento,* el cual da noticias algo más detalladas y extensas desde el comienzo del mundo hasta que nuestro Señor Jesucristo subió al cielo; pero tampoco este libro colma, como se quisiera, el vacío que padecéis, por un lado porque está escrito en el vasco de Labort, y por otro porque entre vosotros es sumamente raro y escaso. Así pues, enfrentándome con mi ignorancia, tomé la determinación de

hacer otro en mi vasco de Guipúzcoa y de sacarlo a luz. Ya sé que mi trabajo tendrá grandes fallos; sin embargo, hasta que consigáis otro mejor hecho, éste os dará noticias copiosas de las obras maravillosas realizadas por Dios, vistas las cuales, si vuestros corazones no son de piedra, tomarán el propósito de ser fieles con tan buen Bienhechor, lo cual será el más deseado salario de mi trabajo. Que así lo quiera Dios para su honra y para bien de las almas. Adiós.

GREGORIO DE ARRUE (1811-1890)

Nació en Hernani (Guipúzcoa). Fue novicio franciscano en Aránzazu, de donde en 1831 «fue expelido por enfermo», según rezan las actas conventuales. Se graduó de maestro, y ejerció dicha profesión en Zarauz. Arrue se granjeó justo renombre como traductor de libros al vascuence. Es copiosa la lista de obras ascéticas y hagiográficas que él tradujo, y que se publicaron con gran aceptación del público. Pero entre estos libros hubo uno que alcanzó un éxito insospechado: la vida de Santa Genoveva de Brabante, escrita originalmente en alemán por el canónigo Cristóbal Schmid. Sin duda que el dramatismo y emotividad a que se presta esta vida por las situaciones apuradas en que se encuentra la protagonista, contribuyó no poco a su éxito. Un anónimo bersolari popular, basándose en el libro traducido por Arrue, puso en versos cantables la vida de la Santa, con lo que el tema alcanzó aún más popularidad en el país.

Cuando el lingüista holandés Van Eys vino al país vasco a fin de conocer de cerca su lengua, Gregorio de Arrue fue su acompañante, informador y maestro.

La vida de Santa Genoveva de Brabante se ha reeditado recientemente en la colección «Kuliska Sorta» (Zarauz, 1960). Ofrecemos un trozo del capítulo 8.°, en el que se describe el momento en que Genoveva, abandonada a su suerte con su hijito en medio del bosque, topa con la cierva que ha de ser su fiel compañera y su salvación.

VIDA DE SANTA GENOVEVA DE BRABANTE

CAPITULO VIII

UNA CIERVA ALIMENTA A GENOVEVA Y AL HIJO, LIBRANDOLES ASI DE UNA MUERTE SEGURA

... Sumamente débil y sin fuerzas como estaba, con su hijito en brazos andaba de acá para allá, sin rumbo fijo, entre la nieve y la lluvia por aquel solitario lugar, sin saber dónde quedarse.

Cuando por segunda vez subió sobre una roca, vio allá en el fondo una pequeña y estrecha hondonada alfombrada de verde. Trepó más arriba, y desde un peñasco donde crecían varios abetos pudo observar por entre unos ramajes una pequeña resquebrajadura abierta en la peña; ésta conducía a una caverna bastante espaciosa para refugio de dos o tres personas; a lo largo de la caverna sentíase el murmullo de una fuente límpida y cristalina que brotaba de la misma roca. Una especie de arbusto de calabaza se entrelazaba sobre la boca de la peña; mas las hojas estaban secas, y el fruto, esparcido aquí y allá, medio podrido, apenas podía recogerse ni aprovecharse nada.

Genoveva se internó en aquella cueva con su hijo, defendiéndose así de la lluvia y de los vientos, pero temblando siempre y tiritando de frío.

Era como al filo del mediodía: el hambre la afligía desesperadamente, y el niño comenzaba a lloriquear, acosado por la misma. Púsose de rodillas, tendió al infante sobre el santo suelo, junto a sí; levantó los ojos al cielo y juntó sus manos, diciendo:

—Padre mío celestial, ved aquí una pobre madre abandonada de todos, que gime y llora con su hijo al lado, sin poder socorrerlo en su última necesidad. Vos, Señor, alimentáis en la más cruda estación del año a los cuervos que vuelan libres por estos parajes agrestes. Ni tampoco os olvidáis de los míseros insectos que pululan por estos riscos y breñales. También, Señor, podéis sostenerme a mí y a mi hijito en esta agreste soledad, convirtiendo las piedras en pan. No, Dios mío, no nos dejéis perecer de

hambre. Os habéis dignado proveerme de casa en esta humilde cueva: espero, Señor, que vuestra providencia se cuidará también de nuestro alimento.

Casi de repente se disiparon las nubes, penetró el sol en la caverna, y se sintió como un rumor entre la hojarasca seca del suelo, y de improviso se presentó en la cueva una cierva. Como no iba perseguida de nadie, el animal entraba tranquilo, sin miedo alguno; aquella caverna era su ordinario refugio; y ante la presencia de Genoveva se detuvo. Esta temió a vista de la cierva, pero pronto cobró ánimo y le hizo algunas caricias; el animal no se mostró insensible a semejante cortesía. Vínole a las mientes a Genoveva el alimentarse con la leche de la cierva.

—¡Oh Dios —dijo Genoveva—, a qué se ve obligada la necesidad de una madre desventurada!

Y puso al niño a mamar de la ubre de aquélla.

La bestia, a quien un lobo fiero había arrebatado su cervatillo, se prestó de buen grado. Luego Genoveva envolvió al niño con un extremo de su vestido, quedando tranquilamente dormido: y para que el sueño fuera más reposado lo colocó en un sitio adecuado de la cueva.

Después de haber provisto a la necesidad de su hijo, pensó Genoveva satisfacer la suya propia; y, saliendo del antro, anduvo recogiendo las bayas y frutos que encontraba esparcidos por el campo; fue abriéndolas una por una y las lavó en la fuente de agua pura y cristalina.

De regreso a la caverna, halló que la cierva se había acostado en un rincón de la propia cueva; trájole un brazado de hierba fresca y ramos de hoja, y, levantándose, el animal las comía con apetito, lamiendo la propia mano de Genoveva, como queriendo así demostrar su agradecimiento por el favor. Genoveva trató entonces de ordeñarla, y como se estuviese paciente el animal, llenó de leche el cuenco de una calabaza. Se arrodilló de nuevo, y sosteniendo con sus manos uno de estos cuencos de leche, oró con lágrimas en los ojos, diciendo:

—¡Oh Dios mío!, recibid estas mis lágrimas en reconocimiento de este nuevo don de vuestra benevolencia. Ciertamente esto es un don del cielo. Tú, Señor, hiciste que en el fondo de una horrible caverna encontrara yo una fuente abundante para apagar mi sed. Tú dispusiste también que algún pajarito quizá haya traído en su pico la semilla de calabaza, de donde pudiera yo ahora hacer

un vaso con que recoger el don que por esta mansa cierva me has preparado. Tú guiaste mis pasos a esta oscura caverna, donde tiene su cubil este buen animal. Ya podemos mi hijo y yo restablecernos del desfallecimiento que nos aquejaba. Ahora, Señor, me encuentro con fuerzas para sobrellevar la crudeza del frío y las molestias del soplo tajante de los vientos.

Tomó la leche, mezclando con ella lágrimas de gratitud.

—¡Oh, bebida suave y restauradora —exclamó—, jamás había probado yo otra tan exquisita! Dios mío, qué poco he sabido estimar tus dones de la mesa suntuosa de mis padres! Perdóname, si yo me olvidé de darte gracias por ello; perdóname de no haber ayudado más a tus pobres. ¡Ay de mí! ¡Jamás comprendí hasta ahora lo terrible que es el hambre! ¡Qué fácil me hubiera sido socorrer sin grandes dispendios las necesidades de los indigentes!...

Restauradas sus fuerzas y dadas gracias al Señor, salió Genoveva de la cueva para recoger musgo y otras hierbas con que preparar suave lecho para sí y para su hijo; y plegó y entrelazó más las fuertes y añosas ramas de los árboles que caían sobre la boca de la cueva, para defenderla mejor de la acometida de los vientos.

Al pie de un abeto encontró un ligero palo recubierto de fino musgo, blanco, verde y algo anaranjado; lo tronchó en dos partes desiguales, y cruzándolas a guisa de cruz, los ató con una rama delgada, y la enarboló en el lugar más visible de la caverna. Después, rendida, se acostó. El ramaje de los abetos cerraba la entrada de la cueva, dejando entrar apenas unos rayos de sol, mientras el calor natural de la cierva había templado el ambiente de aquel antro solitario.

Recostada Genoveva, sintióse enternecida por los tristes azares de su corta vida. Dio gracias a Dios por haberla sacado de la prisión y concedido ahora un refugio tranquilo, a despecho del odio de Golo. Se acordó, no obstante, que aun aquí habría de sufrir mucho,, pero miró la cruz, e hizo la siguiente plegaria:

—Amado Redentor mío, que expiraste en la Cruz por mí: quiero tener siempre ante mis ojos esta tu señal redentora, y recordar siempre tu tierno amor. Quiero comenzar aquí una vida enteramente agradable a tus ojos

en esta solitaria selva. Mis aflicciones serán mi cruz; en pos de tu ejemplo quiero llevarla siempre con resignación, y orar como Tú orabas: —Padre, no se haga mi voluntad, sino la vuestra... Cierto, mi vida tendrá fin algún día, y entonces podré decir contigo: Todo está consumado...

Al terminar la plegaria cerró los ojos y quedó dulcemente dormida. El niño dormía también sobre el seno de su madre, y a sus pies se recostaba la cariñosa cierva que jamás la abandonaría en adelante.

(Traducción tomada de la edición castellana de la Pía Sociedad de San Pablo: *Genoveva. Una vieja historia para lectura de madres e hijos*, pp. 57-64.)

JOSE MARIA IPARRAGUIRRE (1820-1881)

Su fama ha adquirido proporciones de leyenda. «El último bardo», le llamó Salaverría. Sus composiciones, más que en los libros perduran en el corazón y en los labios de los vascos. Supo recoger y cantar las inquietudes y anhelos de su pueblo en un momento en que éste se sentía derrotado, herido en sus fibras y esencias más íntimas.

Nació en Villarreal de Urrechua. Al estallar la guerra civil se va con los carlistas. Al terminar la guerra, escoge el destierro. Recorre Francia, Italia e Inglaterra, dedicándose a cantar con su guitarra. Vuelve a España, y en 1853, en Madrid, en el café San Luis, donde se reunían los vascos, entona el **Gernikako**, que muy pronto iba a convertirse en el himno de los vascos, porque efectivamente resumía las inquietudes y anhelos de su pueblo. Emigra a América del Sur, donde casó con una guipzcoana, a la que deja bastante mal parada en sus versos. Vivía en el Uruguay con su mujer y ocho hijos, cuando el país le pagó el viaje de retorno por suscripción popular. Volvió en 1877. Era ya viejo. Desembarcó en Burdeos. En Hendaya entonó el **Ara nun diran.** Los que sólo le conocían por la fama, se llevaron una gran decepción: era un «arlote».

De Iparraguirre ofrecemos la traducción de **Ume eder bat,** de **Ara nun diran** y del **Gernikako,** tomándola del Cancionero de Manterola.

PARA MI AMADA (UME EDER BAT)

Una hermosa criatura vi en las calles de Donostiya: ¿cómo pasar por su lado sin decirla media palabra? Su cuerpo era esbelto, sus pies iban por el aire... Más linda no la he visto jamás ante mis ojos.

Blanco querubín sin igual, hija de la Euskalerría, sin pensarlo hacia ti me lleva mi corazón. Ando constantemente queriendo verte; querida mía, ¡qué trabajo!... Aquí me tienes enloquecido, siempre pensando en ti.

Los muchachos jóvenes preguntan: ¿dónde para ese ángel? Nadie ha de saber cómo se llama mi amada. Ni ella querría tampoco. Estoy en esta creencia. Corazón más amoroso que el suyo no le hay en toda la Euskalerria.

MI REGRESO AL PAIS AMADO (ARA NUN DIRAN)

¡He ahí los montes queridos! He ahí sus verdes campos, sus hermosos blanquísimos caseríos, sus cristalinas fuentes y sus claros arroyos!

Me hallo en Hendaya enloquecido de placer, abiertos, muy abiertos, los ojos. ¡He ahí la España querida!... ¡Tierra mejor no la hay en toda Europa!

Luego, lleno de alegría, llego a San Sebastián, cuna de los famosos Oquendos.

¡Qué pena, hermanos míos, el tener que abandonar tan pronto este hermoso Cielo!

Querida Easo, eres vergel de flores, y reúnes hoy en tu seno todas las bellezas de la ciudad de Venecia.

¡Oh, amada tierra Euskara! He aquí tu hijo, llegado de remotas tierras sin otro objeto que el de besarte.

Por ti daría contento mi vida entera, a ti me consagro en cuerpo y alma hasta que llegue la hora de mi muerte.

Adiós, adiós, San Sebastián. Adiós, hermanos míos. Desde Bilbao habrá noticias del viejo bardo y desde allí prometo escribir una relación verdadera en verso de lo que pasa en Sud-América, para que lo sepan nuestros pueblos.

EL ARBOL DE GUERNICA (GERNIKAKO)

El árbol de Guernica es bendito, amado de corazón por todos los vascongados. Arbol santo, extiende y propaga tu fruto por el mundo. Nosotros te adoramos.

Hace ya sobre mil años que dicen plantó Dios el roble de Guernica. Permanece, pues, en pie, árbol sagrado; no vayas a caerte en estos momentos, pues sin tu benéfica sombra somos completamente perdidos.

No caerás, no, árbol amado, si al menos se conduce cual debe la Junta de Vizcaya. Las cuatro provincias hermanas te prestaremos nuestro apoyo, a fin de que viva en paz el país vascongado.

Para pedir a Dios viva eternamente ese sagrado símbolo, hinquémonos todos al punto de rodillas, que si pedimos de corazón, el secular roble vivirá ahora y luego.

En la tierra vascongada todos sabemos que se ha tratado de derribar el Arbol. Ea, pues, ahora es tiempo de que aunemos nuestros esfuerzos y prestemos nuestro apoyo para mantenerlo en pie.

Siempre permanecerás frondoso, como en eterna primavera, roble secular y sin mancha. Ten compasión de nosotros, pues te amamos de corazón, y ofrécenos presto tu fruto.

El añoso roble ha contestado que vivamos apercibidos, y que pidamos a Dios por su conservación desde lo hondo del pecho. No deseamos la guerra, queremos una paz inalterable para vivir tranquilos al calor de nuestras seculares leyes y en el dulce amor a ellas.

Roguemos todos a Dios nos conceda eterna paz, que fecunde la tierra que mantiene el árbol de nuestras libertades, y derrame su bendición sobre el país euskaro.

BEATO VALENTIN DE BERRIO-OCHOA (1827-1861)

Mártir dominico, hijo de Elorrio (Vizcaya), beatificado en el año 1906.

No es que fuera propiamente lo que se llama un escritor o cultivador de la lengua, pero se conservan numerosas cartas escritas por él a su madre en su habla vasca local de Elorrio. Además en estas cartas abundan los trozos rimados, o sea, redactados al estilo de los bersolaris o versificadores populares. La carta que reproducimos traducida, está toda en ese estilo.

Valentín cursó la carrera de sacerdote en el Seminario de Logroño y después ingresó de dominico en Ocaña. Fue destinado a Manila y de allí a las Misiones de Tonquín (actual Vietnam), en un momento en que las cristiandades de aquellas regiones sufrían violentas persecuciones. Pronto fue nombrado y consagrado Obispo Coadjutor, y como tal recorría el país sosteniendo y confortando a los cristianos, hasta que fue apresado y ejecutado. Sus restos fueron posteriormente trasladados a Manila, y de allí a Barcelona y a Elorrio. Entre los ilustres vizcaínos que salieron en Barcelona a recibir dichos restos, se encontraban Arístides de Artiñano y Sabino de Arana. Las gestas de este héroe de la fe han sido ampliamente cantadas y difundidas por los bersolaris populares. Domingo de Canala Echevarría escribió también su vida en vascuence (Guernica, 1890).

Las Cartas del Beato fueron publicadas por el Ilmo. Pedro Muñagorri, sucesor suyo en el Obispado del Tonquín Central (**Cartas del Mártir Dominico Beato Valentín Berrio-Ochoa**; Vergara, 1927).

CARTA

J. M. J.

Manila, 30 de noviembre de 1857.

Mi querida madrecita:
¿Qué tal se encuentra nuestra gente?
La carta no llega,
tal vez equivocara el camino,
no es ello milagro,

siendo tan grande la distancia.
Todavía abrigo la esperanza
de leer la letra de la madre;
aunque le tiemble la pluma,
el amor lo vence todo.
¿Cómo son los recién casados?
Los Urrutia siempre han dado
vástagos virtuosos.
Las mismas pruebas dará
la prima María.
Madrecita, ¿se ha encorvado Vd. algo?
Ah, los años a nadie perdonan;
todavía no se ha aviejado tanto;
¿quién vence a Vd. a hilar?
Pero no se asuste por los años,
si ha pasado la vida en el temor del Señor;
nadie entra en el cielo sin morir.
Dejemos el mundo para los locos.
Si tenemos el corazón caliente en amor al Señor,
no faltará hospedaje en el cielo.
Aunque en la tierra se coma borona a fuerza de trabajo.
la vida pobre es atajo para el cielo;
no ambicionéis con exceso el dinero.
Aunque es hermoso el oro,
si se pierde nuestra única alma
no faltará el llanto en el ojo,
ni fuego y llamas en el hombro.
El poderoso rosario en la mano,
el padrenuestro y el ave María en la boca,
los pensamientos santos en la mente,
¿qué puede haber más hermoso en el mundo?
Ea, pues, madre nuestra,
su hijo está clamando
para que tengamos un corazón puro,
pues ésta es la ley del Señor.
Si alguna vez nos mancha el pecado,
¿por qué no entramos en la iglesia?
Los ángeles en el cielo se alegran grandemente
cuando el pecador confiesa el pecado.
Pida por mí al Padre Santo Domingo,
y con María la Virgén no se olvide.
La oración bien hecha le rompe
al diablo los dientes.

Pronto dejaré Manila,
voy a visitar al gentil;
si bien soy hombre pequeño,
debo dejar crecer barba grande:
cuando ella me tape el rostro,
¡cuán imponente estaré!
Adiós, madre, viva bien,
no rompa demasiado la cabeza.
Adiós, hasta otra,
la carta va bastante divertida,
ensanche Vd. el corazón,
pues su chico se halla bien.
¿Leerá Vd. estas letras?
Así lo espera Valentín.

INDALECIO BIZCARRONDO UREÑA «Vilinch» (1831-1876)

Poeta lírico sentimental y llorón, autor de poesías amatorias muy celebradas. El infortunio le acompañó en su vida y esto mismo contribuyó sin duda a dar hondura e inspiración a sus versos.

Nació y murió en San Sebastián. Por cierto que su abuelo materno era andaluz. Indalecio sabía el castellano, pero la instrucción que recibió en la escuela fue muy escasa. Una mala caída que tuvo en la niñez le desfiguró el rostro. Otro día una cornada de toro le puso a punto de muerte. Fue carpintero de oficio. Casó por el año 1869. El tema que tantas veces canta en sus versos, o sea, el no ser correspondido en sus amores, debe ser históricamente cierto, pues dados los defectos físicos arriba apuntados las jóvenes no le tomaban en consideración. Se reunía en el «Café Oriental», donde había una tertulia literaria; allí escuchó Vilinch muchos trozos de poetas castellanos y extranjeros. Dícese que los escuchaba absorto y embelesado, pues era extremadamente sensible a la belleza estética. También le entusiasmaban los relatos de exploradores de tierras exóticas. Además de poeta era improvisador o repentizador de versos ocurrentes e ingeniosos, o sea, «bersolari». Una gra-

nada lanzada por los carlistas en la segunda guerra civil le destrozó las dos piernas. Murió el mismo día que el Gobierno decretó la supresión de los fueros.

Todos los trabajos de Vilinch han sido recopilados por el P. Antonio Zavala en la colección *Auspoa* (1962).

Publicamos «**Gaztetan jarriyak**», «**Neskatxa bati**» e «**Izazu nitzaz kupira**», tomando la traducción del Cancionero de Manterola.

DEDICADOS EN MI JUVENTUD A UNA DAMA

Preciada perla de brillante luz, eres mi salud y mi sol; tú eres dulce amada, mi único deseo, mi sola esperanza en este mundo.

No es posible que sea más verdadero ni más constante el puro amor que por ti siento; y por ti, ángel mío, se hallan sin cesar palpitando mi corazón, preocupada mi mente.

Aunque las devoro en silencio, son muchas las penas que por tu causa afligen mi pobre corazón; penas más amargas que la hiel, pero que todas ellas pudieran endulzarse si tú quisieras.

Los pesares que devoro en silencio se desvanecerían completamente por el solo poder de tu voluntad: decídete a ser mía, y desde el momento me verás feliz y satisfecho.

No es bella mi figura, ¡qué trabajo, qué trabajo!, ni tengo tampoco riquezas que ofrecerte, querida mía, pero poseo, en cambio, un corazón como no le hay igual, que rebosa de amor por ti.

Esto es lo que te ofrezco, con la mayor dulzura: ¡hazme, por favor, dueño del tuyo!, pues de otro modo, muerto de pesar descenderé bien pronto al sepulcro, porque no puedo vivir sin ti.

DEDICADOS A UNA MUCHACHA POR UN JOVEN

1.—Conservaré eternamente en mi recuerdo el día de hoy en que nos hemos visto nuevamente. ¡Qué dicha y qué fortuna ha sido ésta para mí!, pues ¡eres tú, querida mía!, mi aliento y mi salud.

2.—Porque es tan verdadero mi amor hacia ti, paso hartos sinsabores. ¡Cuán grande es mi placer ahora que logro verte! ¡Cuántos temores he pasado creyéndote enferma en todo este tiempo que no te veía!

3.—¡Oh!, y ¡cuál ha sido, al verte, la alegría de mi corazón! Apenas puedo soportar sus latidos; quiere salirse de su sitio, y para que no lo consiga necesito oprimirle. El pobrecillo quisiera saltar hacia ti.

4.—¡Ah, y cuán grande es mi enloquecimiento desde que me prendé de ti! En ocasiones temo hasta perder el juicio. Tan apasionado me hallo, que si lo deseas, con solo que tú me lo mandes, he de postrarme a tus pies para adorarte.

5.—¡Hasta dónde puede conducir a uno el caerle en gracia una persona! Merced a ti estoy loco, y muchas veces me ha ocurrido el subir a toda prisa al campanario para echar a vuelo los campanas en alabanza tuya.

6.—No puedo creer que hayas dicho que dudas de mi amor. Por favor, no pienses tal cosa, y sabe, por el contrario, que ahora como siempre me tienes bajo tu poder.

7.—Y para que no dudes de la pureza de mis intenciones, mira qué juramento voy a prestarte: Si acaso alguna vez llego a querer a nadie con un amor tan intenso como el que te tengo, que no me quepa participación en el Cielo.

8.—Mi corazón se halla completamente rendido al hechizo de tus gracias, y mientras viva, jardín florido, estrella de refulgente brillo, no ha de faltarte quien te adore.

9.—Pareces flor, y por tal te tengo, más bella aún que las del más lindo jardín. ¿Para quién has de ser tú? ¿Para quién? Para nadie debías ser, sino para éste que te quiere de corazón.

10.—En no lejano día, por San Antonio, escasamente me dijiste adiós, al pasar por la calle. Lo sé, harto sé, cuál es la causa de que me mirases tan seria: ¡Que tú te mereces mucho y que yo valgo muy poco!

11.—Cansado de vivir solo, necesito apoyo, y estoy resuelto a casarme muy en breve, y deseo poner en práctica contigo mi resolución, pues, sazonada fresa de sabroso zumo, tú eres el bálsamo a mis pesares.

12.—Según tengo averiguado, joven de alegres ojos, son muchos los galanes que te cercan, pero dicen que tú los

desprecias. Contéstame, pues, si quieres aceptarme para esposo.

13.—Te veo sin saber qué contestarme: sin querer darme una respuesta afirmativa, y sin decidirte tampoco a negármela. El quedarte así muda sólo puede indicar que no me aceptas para esposo: no puedo interpretarlo de otra manera.

14.—Te he preguntado si me quieres para marido, y ni me has dicho que sí, ni me has dado tampoco el no. Si no quieres darme la respuesta de palabra, válete de otro medio: lo mismo me da que me hagas saber por escrito tu resolución.

15.—Si acaso no llego a satisfacer tus aspiraciones, poco tiempo he de pasar en el pueblo, pues muy pronto marcharé para siempre de estos lugares, ya sea a Buenos Aires, ya a Montevideo.

16.—*(El Poeta)* Ignoro qué le decía la joven en su respuesta, pero como el muchacho falta hace tiempo de San Sebastián, desde aquella fecha ha tenido plazo suficiente, según mis cuentas, para arribar ya a Montevideo, ya a Buenos Aires.

TEN COMPASION DE MI

Amo a una joven como ama la flor el rocío en verano. No hay nadie en el mundo capaz de querer tanto como yo quiero a ella. Si alguna vez transcurre una semana sin que la vea, triste melancolía se apodera de todo mi ser.

Joven sin par, rosa de abril, tan refulgente como una estrella, y tan ligera como un pájaro, no puedo gozar mayor placer del que disfruto en este momento en que, por dicha mía, te veo. ¡Qué gozo el que siente mi corazón!

¿No adivinas que yo te amo más aún que ama el marinero en tenebrosa noche la estrella? Porque te tengo a mi lado, estoy loco de placer. Me ha alegrado el verte, pues antes estaba triste.

No pienses, por favor, que nadie en el mundo te quiere cual yo; mis ojos te desean de continuo delante de sí. Y así como el pájaro suele estar triste cuando no ve el sol, yo también estoy triste cuando no te veo.

Tienes expresivo el rostro; de tu cuerpo, no hay que decir que es lindo; tu hablar es gracioso, nada, en fin, tienes malo. Puede ser que exista, pero yo no puedo creer que se halle una mujer como tú, aunque se rebusque por todo el mundo.

Mi eterno pensamiento, mi dulce consuelo, te lo digo de veras, no puedo vivir sin ti. Si tú fueras árbol y yo fuese pájaro, te elegiría para poner en ti mi nido.

El amor arrastra mi corazón hacia ti, pues en todo el pueblo gozas fama de excelente muchacha; y por mi parte no aspiro a otra dicha que a la de que una misma criatura nos tenga a mí por padre y por madre a ti.

El que de algo necesita justo es que lo solicite, y yo también he de ensayarme a pedir, a ver si de este modo nos entendemos. Nunca me he sentido tan atrevido como hoy, y por esto te pregunto de buenas a primeras si quieres casarte conmigo.

El matrimonio debe ser cosa muy mala, me dice y repite sin cesar uno de mis consejeros; pero así y todo, dejando a un lado su opinión, tomaría de buena gana una mujer como tú.

No ignoras hace tiempo que éstos son mis deseos y que por ti sufro amargas penas, pero ni así y todo puedo ablandarte por ningún medio, pues en tanto que yo soy cera para ti, tú para mí eres mármol.

Mi corazón va derritiéndose, y no es milagro, pues el peso de las penas le oprime y arranca todo su jugo; y mis ojos se hallan día y noche convertidos en dos arroyos, llorando sin cesar por tu causa.

Si acaso por ti desciendo a la tumba, inútiles serán después el pesar y las lágrimas, que no tendrán poder bastante para volverme de nuevo a la vida. Antes pues que esto suceda, ¡ten compasión de mí!

EUSEBIO AZCUE
(1813-1873)

Nació y murió en Lequeitio (Vizcaya). Hizo estudios en Bilbao, luchó en la guerra carlista, terminada la cual estudió Náutica en El Ferrol, se dedicó durante varios años a na-

vegar, y por fin se estableció sucesivamente en Bermeo, Mundaca y Lequeitio en calidad de profesor de Náutica.

Cultivó la poesía vasca de tipo un tanto culto, sin dejar de ser popular, adaptó al vasco muchos temas de la poesía grecolatina, describe con colorido los cuadros de la vida vasca ambiente, etc. Su ilustre hijo, D. Resurrección, publicó en 1896 un tomo con las poesías de su padre, bajo el título **Parnasorako bidea (Camino para el Parnaso).** Es de notar que el texto de las poesías ha sido corregido por el editor en sentido purista y academicista. D. Resurrección divide las poesías de su padre en los siguientes géneros: de devoción, fábulas, jocosas, históricas, satíricas, epigramas, villancicos, serias.

Traducimos la poesía titulada ***El mundo al desnudo.***

EL MUNDO AL DESNUDO

Difícil es conocer por dentro a los hombres. Aun los más malvados tienen lenguas dulces y buenas. Para vivir en el mundo en mutua relación todos los hombres andan cada cual con su careta.

Hoy la mayoría de los hombres son cada uno dos; el interior no se exterioriza a la cara; si tuvieran cada uno una ventana y claros sus adentros, los hombres serían los ángeles del mundo.

A una con los dientes le nace la fuerza del verdugo y muerde el pecho de su madre. De muchacho hace todos los posibles por matar todos los animales de casa y de la vecindad.

Siempre andan riñendo hermanos y hermanas y sembrando en casa el llanto y la aflicción. Si va a la guerra, decide furioso eliminar del mundo a quienes no conoce.

¡Guerra! Traída al mundo por hombres perversos. Herida de tardía curación. La primera guerra la puso el torcido Lucifer, y todas las otras los malos y los vagos.

Aunque no siempre haya guerra en el mundo, no por eso suele el hombre ser mejor: antes de cumplir los veinte años las chicas locas les hacen olvidar a sus padres.

El casamiento no le hace mejor al mozo; entonces el reparo le hace vestirse de mentira. Siendo él malo, a fin de bien parecer, dispuesto está a sembrar simiente mentirosa.

Repara en esos dos hombres que están codo con codo, riéndose al parecer contentos y a gusto; las risas del uno no son risas verdaderas; andan tramando cómo hundirá el uno al otro.

Mira a un hombre entrado en la iglesia, puestas en el suelo las rodillas y los ojos recogidos. No viene a la iglesia porque sea un santo, sino por entregar un billete a una mujer.

Mira a un hombre, ¡y qué hombre! Ha hecho estudios en París y en Londres. Es hombre sabio, de rostro impecable. Un cristiano nuevo sin la santa fe.

Mira a un hombre (pues bien se puede ver) que quita el cuarenta por ciento; a fuer de caritativo siempre dispuesto a dar, pero con el propósito de quitar la sangre a los pobres.

Ve a unos hombres de mofletes colorados. Hace aún seis años tenían piojos. Ahora se han echado casas y jardines, pero no declaran sus latrocinios.

Ve a un hombre en fiestas y domingos no en la iglesia, sino en sus trabajos: éste es buen cristiano sin iglesia: para éste después de muerto no hay iglesia.

Ve a un hombre que nació como nosotros y que oyendo al vascongado se sonroja: éste no se halló en el alto de Hernani cuando el inglés fue destrozado en vascuence.

Ve a un hombre a menudo embriagado y que jamás tiene en el bolso ni una blanca: hombre tan hábil no es alcalde ni juez, es mucho más: el alguacil del pueblo.

Hombres de esta especie se encuentran a porrillo, tienen el mundo sumido en llanto. Tienen lengua venturosa, el corazón malvado. Los charlatanes se llevan el premio, los taciturnos la pesadumbre.

(*Parnasorako bidea,* pp. 344 ss.)

MARCELINO SOROA LASA (1848-1902)

Nació y murió en San Sebastián. Hizo estudios en la Universidad de Valladolid, llegando a ser abogado, aunque luego no ejerció esta profesión, sino que enseñaba gimnasia

en el Gimnasio Municipal de San Sebastián. Por haber sacado unos versos contra Amadeo de Saboya hubo de trasponer la frontera, y residió en el vecino país vasco-francés hasta la terminación de la última guerra carlista. Vuelto a San Sebastián, a Soroa había de caberle la gloria de ser el verdadero creador y promotor del teatro en lengua vasca, pues **El Borracho Burlado** del Conde de Peñaflorida es un caso esporádico y sólo tiene en vasco los trozos cantables; en cuanto a la pieza de Barrutia, no se sabe si se representó alguna vez. Ahora en cambio, gracias a Soroa y a otros colaboradores y continuadores, nace y se desarrolla el arte escénico vasco. **Anton Kaiku** fue la primera comedia vasca escrita por Soroa. La imprimió en 1882 y remitió ejemplares de ella a Víctor Hugo y a Mistral, quienes le felicitaron y animaron a proseguir en la tarea emprendida. Posteriormente compuso hasta una docena de juguetes cómicos que se representaron con gran éxito. Soroa fue también colaborador de la revista **Euskalerria**, la veterana de las revistas vascas. En ella publicó unos sabrosos diálogos con un labrador sobre temas del campo y de la vida de la naturaleza, aparte de numerosos epigramas, género a que fue aficionado. Traducimos un trozo de la comedia **Gabon (Nochebuena)** y el diálogo primero de la obrita **Baratzan (En el huerto).**

NOCHEBUENA (GABON)

LAS VENDEDORAS DE BESUGO Y LOS COMPRADORES

3.ª ESCENA

D. MACARIO.—*(Con la vara)* ¿Dónde están ésos? Se han ido. ¡Mocosos mal criados! Yo no sé qué es lo que les enseñan sus padres. Son peores que los hijos de los gitanos.

ASENCHI.—¿Qué quiere Vd., D. Macario? Es por la Nochebuena. Vaya, cómprenos Vd. un hermoso besugo.

MACARIO.—No, no. Muchas gracias. A mis tripas no le sienta bien.

PRUDENCHI.—Haga Vd. la prueba y si ahí adentro no se encuentra bien echaremos un aparejo para sacarlo.

MACARIO.—Además guardo ayuno.

ASENCHI.—Entonces no le hará mal de tripas.

PRUDENCHI.—Tampoco le quedará ningún hueso en la garganta.

MACARIO.—Buenas noches, buenas noches. *(Entra en casa.)*

4.ª ESCENA

ASENCHI.—¡Qué hombre tan tacaño!

PRUDENCHI.—Yo no sé para qué tienen el dinero.

ASENCHI.—Pues no se lo llevará consigo de este mundo.

PRUDENCHI.—Dicen que por tacañería vive sin comer.

ASENCHI.—No es pequeña habilidad. *(Se presenta la señora Carmen.)* Señora, acérquese aquí. Vea qué grandes y qué frescos.

CARMEN.—Ojo triste tiene ése.

PRUDENCHI.—¿Ha visto Vd. algún muerto con ojos alegres?

ASENCHI.—Hoy es Nochebuena, y cántele Vd. un villancico a ver si se alegra.

CARMEN.—¿Cuánto vale?

ASENCHI.—Ya ve qué bueno y hermoso. Por lo menos pesa cinco libras. Ahora mismo acaban de ser sacados de las barcas.

CARMEN.—Pregunto que cuánto vale.

ASENCHI.—Mire Vd. bien. Tómelo Vd. en la mano. ¡Qué peso tiene!

CARMEN.—Pero ¿cuánto vale? No quiero manchar los guantes.

ASENCHI.—Pues mire. Le diré el final. Siete reales.

CARMEN.—¿Siete reales?

ASENCHI.—Y eso por tratarse de Vd.

CARMEN.—¿Crees que nos hallamos en pleno verano y que andas comerciando con los madrileños?

ASENCHI.—¡Nos habremos vuelto locas!

CARMEN.—¡Es muy caro!

ASENCHI.—Pues ¿cómo los quiere Vd., regalados?

CARMEN.—A dos y medio.

ASENCHI.—¡Ja, ja! ¡A dos reales y medio! ¡Hasta los pescadores los comprarían! ¿Oyes, Prudenchi? ¿Qué creerá ésta, que los hemos robado?

CARMEN.—Yo no sé nada de eso.
ASENCHI.—¿Pues qué es lo que está diciendo?
CARMEN.—Yo ya sé lo que digo.
ASENCHI.—Vd. no necesita besugo.
CARMEN.—¿Por qué?
ASENCHI.—¡Qué sé yo! Querrá agujas, por lo visto.
CARMEN.—¿Lo quieres por tres?
ASENCHI.—Este pescado no se ha hecho para Vd.
CARMEN.—Tú pides lo que quieres y yo te ofrezco lo que me parece.
ASENCHI.—¡Eso es! *(Con desdén.)*
CARMEN.—Ya los encontraré más baratos.
ASENCHI.—¡Sea así! No ha comido Vd. muchos como éste.
CARMEN.—Eso a ti no te importa.
ASENCHI.—Vaya con bien. *(Burlonamente.)* Si de aquí a un mes viene Vd., los encontrará más baratos. ¿Lo quiere a cinco?
CARMEN.—*(Yéndose.)* No.
ASENCHI.—Tómelo a cuatro.
CARMEN.—Tampoco.
ASENCHI.—Venga, venga.
CARMEN.—¡Ni tampoco de balde, desvergonzadas!

(*Gabon*. Col. «Auspoa», 2, pp. 29 ss.)

EN EL HUERTO (BARATZAN)

DIALOGO PRIMERO

—Buenas tardes.
—Buenas tardes le dé Dios.
—Hace buen tempero.
—Sí, señor, sí.
—¿Se trabaja?
—No hay más remedio, si algo se ha de sacar. Los que son como nosotros, ya sabe usted...
—¿Y los que son como los otros se están acaso dormidos?
—¡Ah, señor! El negocio de ustedes ya es sabido: no es como el nuestro.

—No, ¿verdad? ¿Qué pájaros hay en esa jaula?

—Jilgueros con sus nidos. Mire Vd. a la madre en el extremo de la rama del manzano, y las crías chillando.

—¡Qué cosa tan bonita!

—Ahora vienen el padre y la madre a darles de comer.

—¿Y se acostumbran a eso?

—Sí. Les traen la comida sin faltar mientras son crías, pero pasando quince o veinte días y cuando han crecido como para valerse por sí mismos, los matan.

—¿Matarlos?

—Sí, señor. Cuando ven que no pueden salir de la jaula y conocen que quedan cautivos a merced de otros, por no prolongar su desventura, les traen en el pico «llearra» (una china, guijarro).

—¿Qué es «llearra»?

—Una china pequeña, que les dan en vez de comida, ahogando a las crías.

—¡Cáspita! ¡Vaya lección bonita que me has enseñado!

—¡Ah, señor! Nosotros nunca hemos tenido escuela, y ¿qué quiere Vd. que sepamos? Lo que vemos.

—Lindo nido hace el jilguero.

—Sí, señor. Pequeño, y lo hace en el peral. El nido más grande lo hace el pájaro más pequeño.

—¿Qué pájaro es ése?

—El reyezuelo. Y pone doce o catorce huevos. Además cubre todo el nido y solamente deja dos pequeños orificios a cada lado, para huir, si no es por uno, por el otro.

—Es listo. ¿Y ese que ahora ha comenzado a cantar, no es el cuclillo?

—El cuclillo, señor. El cuclillo solamente pone un huevo, y él lo pone en nido ajeno, en el del petirrojo. Por holgazán no hace nido. El petirrojo suele tener muchas crías, y si el cuclillo ve que su cría viene mal, mata a todas.

—¿Sí?

—Sí, señor.

—¿Y eso de no poner más que un huevo, lo hace también por holgazán?

—Puede que así sea.

—Vaya, también allí hay otro pájaro cantando.

—Sí. Cuando canta ese pájaro, dentro de tres días llueve siempre.

—Voy a venir aquí a diario a aprender cosas nuevas.
—Venga cuando quiera, mientras toma leche recién ordeñada o algunas fresas.
—Hasta mañana, pues.
—Si Dios quiere. Vaya usted con bien.

(*Auspoa*, 31, pp. 15 y ss.)

SABINO DE ARANA Y GOIRI (1865-1903)

Nació en Abando (dentro del actual Bilbao). Hizo sus estudios en el Colegio de Jesuitas de Orduña y en la Universidad de Barcelona. Vuelto a Bilbao, se dedicó a la política (fue el fundador del Nacionalismo Vasco), a estudios lingüísticos y a una activa propaganda que le costó varios procesos y hasta ingresar en la cárcel. Murió en Pedernales (Vizcaya), cuando sólo contaba 38 años de edad.

Aunque sus padres sabían vascuence, Sabino no aprendió de niño esta lengua. Más tarde, cuando adquirió conciencia de lo que ella era para él, se dedicó a su estudio. Por cierto que fueron las obras del lingüista holandés Van Eys las que le sirvieron para iniciarle en el conocimiento de este idioma. A pesar de sus loables esfuerzos, nunca llegó a hablarlo con expedición ni a posesionarse del alma o genio de la lengua vasca popular. Esto no obstante, con un optimismo y dogmatismo ilimitados, sentará cátedra de maestro de ella, corrigiendo, reformando y creando a su talante, siguiendo criterios que suponen desconocimiento de lo que es una lengua viva. El pueblo bautizará muy pronto a este nuevo tipo de euskera artificial con el nombre de «euskera berri» (nuevo vascuence). Gracias a la adhesión incondicional que le prestan sus partidarios, que ven en él al Maestro tanto en cuestiones políticas como lingüísticas, se difunde en la literatura un tipo de esperanto vasco que hace constantemente injuria a la lengua viva y amenaza con romper todos los lazos con la tradición literaria anterior. Afortunadamente, con el tiempo las aguas han vuelto a su cauce y se ha superado la racha. Hoy, incluso sus partidarios en

ideas políticas practican un vascuence más dúctil, más ajustado a lo popular y a la tradición literaria. Aparte de estos yerros o errores en sus concretas orientaciones lingüísticas, el balance definitivo de la obra de Sabino no deja de ser positivo, por la conciencia del valor del idioma que ha conseguido despertar y por la fuerza derivada de esta conciencia y que se hace sensible y operante a partir de él. Pues desde él, ya no se comprende un vasquismo, sea de la línea que *sea, que prescinda del idioma de los vascos.*

Sabino escribió **Gramática Elemental del Euskera Bizkaino** (1888) y **Lecciones de Ortografía del Euskera Bizkaino** (1896). Tiene también **Análisis y reforma de la numeración euzkérica** (1901), **Análisis y corrección del Pater Noster del euzkera usual** (1901), etc. En vascuence escribió **Calendario Vizcaino** (de bolsillo), 1897; **El primer amigo del niño**, 1897, y **El Primer Calendario Vizcaino** (de pared), 1898. Compuso también unas 33 poesías en euskera, las más de las cuales aparecieron editadas en un tomito por Luis de Eleizalde en 1919. Arana pertenecía sin duda a la raza de los grandes idealistas. El creó con procedimientos bastante esperantistas los llamados nombres vascos, algunos de los cuales han alcanzado notable difusión y arraigo.

Traducimos el prólogo al «Calendario Vizcaino», un trozo de la poesía **Lenago il! (Antes morir)**, otra dedicada a Pablo Pedro de Astarloa (de cuyos estudios sobre el vasco fue Arana gran admirador), y el poemita **Eres hermosa.**

CALENDARIO VIZCAINO

EL AUTOR AL LECTOR

He aquí el Primer Calendario que se publica en vasco en nuestra amada Vizcaya.

En él encontrarás los nombres vasquizados.

El que habla en francés, tiene el nombre en francés, el que habla en español o castellano, tiene el nombre en español; los nombres de las personas de cualquier país son los de su idioma... ¿Por qué, pues, nosotros no tenemos nombres vascos? Nuestro idioma, el antiguo y hermoso euskera, ¿no es acaso lenguaje de hombres? Nosotros, los vizcaínos y todos los vascos, ¿no somos hijos de Dios y destinados al cielo, como los demás hombres?

Para vasquizar los nombres, los he tomado en su nacimiento. Del siguiente modo: el nombre castellano *José,* en su nacimiento es *Joseph,* y esta forma, vasquizada, da JOSEBA; *Luis* es *Hlodowich (Ghlodobik),* y vasquizado, KOLDOBIKA; *Pedro* o *Peru* es *Cephas (Kefas),* y vasquizado, KEPA; *Cirilo* es *Cirilus (Kiritus),* y vasquizado, KIRIL, y así los otros.

Para conocer cuáles son de varones y cuáles de mujeres, estos últimos los terminamos todos con «e»; aquéllos de diversas maneras, pero nunca en «e».

El santo nombre JOSU viene de *Jheossuany;* MIREN, de *Miriam.* Estos eran los nombres del Señor y de su santa Madre. El nombre MIREN no termina en «e»; pero pienso que hay que dejarlo así, porque es el nombre de la Madre Virgen. Para aplicárselo a varón hay que terminarlo en «a»: MIRENA. El nombre del Señor, JOSU, para aplicarlo a mujer, hay que terminarlo en «ne»: JOSUNE. Es sabido que en euskera «n» y «e» corresponden a mujer.

Ya sé que los nombres vasquizados que aquí se publican sólo en pocos vascos hallarán buena acogida, porque los más están castellanizados; pero tú mismo comprendes que es necesaria la resolución que aquí se adopta, y que alguna vez había que decir y resolver esto.

Al final de este librito verás las palabras nuevas que contiene.

Adiós, lector: hasta otro año. Que éste que comienza sea feliz para ti, y sobre todo para Vizcaya.

A PABLO PEDRO DE ASTARLOA

Se sobrecoge delante de ti
mi frente,
porque ve despierto en la tuya
al sol vasco.
Tú solías ser el Guía,
Tú la estrella polar...
¡Has muerto!... Nos oscurecimos,
después que subiste arriba.

A partir de entonces
se afanan todavía
muchos vascófilos.
No volverá a nacer de madre
otro ASTARLOA.

ERES HERMOSA

Sumamente hermosa eres,
Patria nuestra,
y esa tu hermosura
se ha hecho para nosotros.
Si quiere afearte
algún extraño,
levanta tus ojos
hacia la fuente de Arriba.

VI

LA LITERATURA VASCO-FRANCESA DEL SIGLO XVIII AL XX

Por JEAN HARITSCHELHAR
y ANTONIO LABAYEN

No es nuestro propósito trazar, ni aun siquiera a grandes rasgos, la historia del desarrollo de esta literatura en el período indicado. La Vasconia francesa ha conocido en esos siglos autores en prosa y verso en cantidad y calidad no despreciable. Sobresalen los autores religiosos, traductores de obras ascéticas, etc. Citaremos tan sólo algunos de los nombres principales: J. Etcheverry, P. d'Urte, Chourio, Haraneder, Larreguy, Baratciart, Duhalde, Hiribarren, Harriet, Laphitz, Duvoisin, Lapeyre, Arbelbide, Adema, etc.

En la galería de autores que siguen nos limitaremos a dar algunas muestras, preferentemente de la poesía popular, siempre más espontánea y original que la libresca.

BEÑAT MARDO
(Segunda mitad del siglo XVIII)

Natural de Barcus. Es el poeta popular suletino más célebre de su tiempo.

EL CANTAR DE BERNARDO MARDO

— Me llamo Bernardo Mardo, del barrio de abajo de [Barcus.
Te ruego que no compongas más cantares;
¿No sabes acaso que el campeón en eso soy yo?

— Te envaneces porque compones cantares;
No vendrá ningún aprendiz del barrio de arriba.
No me intimido delante de cuatro del barrio de abajo.
— El autor de esta estrofa no es labriego:
¡Será algún marqués o conde o cardenal!
Cuando tiene hierro, es fabricante de cencerros.
— No dudes de que yo sea fabricante de cencerros;
Sin embargo no te he interrumpido muy a menudo
Yendo en busca de hierro a tu almacén.
— De ti nos extrañamos, conde de Museña
Porque te declaras a favor de los del barrio de arriba
Y sin embargo a ti no te tengo miedo.
— No podríamos ser conde ni marqués ni cardenal;
Más vale que quedemos sin envanecernos,
Yo, fabricante de cencerros como tú eres sastre.

MARTIN LARRALDE
«Bordaxuri»
(1782-1821)

Joven labrador de Hasparren. Por litigios de herencia fue acusado de intento de homicidio y condenado a galeras perpetuas. El día que salía de Pau a cumplir su condena compuso su célebre canción, que ha subsistido hasta nuestros días en boca del pueblo.

LA CANCION DEL GALEOTE

En el año mil ochocientos quince
Me tomaron preso en Hasparren;
Heredero de la casa Plumayenia, como ya se sabe,
Tengo que consumirme en las galeras.
Voy a cantar sin alegría
Aunque no me trae provecho el estar triste;
Sin haber robado nada en ninguna parte, ni haber mata-
He sido condenado a galeras perpetuas. [do a nadie
¡Mal haya el ser mayorazgo!
Esto me ha causado daño para siempre:

Habiendo yo reclamado al padre la parte de herencia
Me ha puesto en galeras; ésta es mi dote.
Mi padre es un hombre considerado.
Al hijo lo tiene asegurado en las galeras.
Dondequiera (se le ve) de hinojos rezando;
¡Se parece a un santo el maldito diablo!
Mi primo hermano Kadet Bordaxuri
Quisiera pedirte un favor:
Dirígete a mi hermana
(Y pregúntale) qué precio ha cobrado para venderme.
Primero mi padre, después mi hermana
Y ese burgués del tío para proveer de dinero;
En cambio, ni siquiera dos piezas de seis libras para mí,
que reviente por lo menos en las galeras.
Entran en la iglesia con devoción
Y se diría que van en compañía de todos los santos
Con sus libros y sus rosarios:
El diablo ha de divertirse bien con ellos.
La octava estrofa para mi hermano:
Tendría un buen consejo que darte;
Guíate bien, no te pesará;
El ejemplo es fácil de tomar conmigo.
A ti me dirijo, ¡oh padre precioso!
Mientras mis ojos a menudo bañan en lágrimas.
Tu raza y la mía la de los Bordaxuri
Está en las galeras (mientras estoy) porque soy el único.
Esta canción la compuse en la ciudad de Pau
Cargado de grillos en la cárcel
Y la hice copiar al mismo tiempo
Para que todos la cantaran en el pueblo de Hasparren.
La compuse para no causarme pena
Para que los deudos y amigos cobraran ánimo
Y particularmente para ti, padre,
que al oírla te acordases de tu hijo.

PIERRE TOPET
«Etxahun»
(1786-1862)

Bardo popular, natural de Barcus. Sus elegías y sátiras han vivido hasta hoy, no en los libros, sino en la boca y en

el corazón de sus paisanos. Su infortunada y azarosa vida le hizo poeta. Su paso por los tribunales de justicia y la consiguiente documentación procesal ha permitido reconstruir sólidamente los hechos de su vida, que se hallaban un tanto difuminados y alterados por la leyenda. Cf. Jean Haritschelhar, **Le poète souletin Pierre Topet-Etchahun. Contribution à l'étude de la poesie populaire basque du XIX siècle;** Bayonne, 1969.

LA TORTOLICA

En el pueblo tenemos una tortolica triste;
Llora dentro de su jaula
Porque la ha abandonado su compañero amado.
Consoladla, vosotros, amigos míos.
— ¡Oh! mi existencia está llena de pesares.
No hay nadie en el mundo tan triste como yo
Que ha sido engañada por su amado.
Vete, Amor, aléjate de mí.
— Me dices que te he engañado.
Tú y yo, ambos, estábamos de acuerdo;
Mi alma te quedará para siempre;
Tengo que abandonarte por miedo a mis padres.
— ¡Oh, traidor! ¿Qué me estás diciendo?
¿No estás harto de decirme palabras falsas?
Te prevaleces de mi flaqueza,
Ya se ve de quién eres hijo.
— Amada mía, te quiero hablar en secreto,
Te quiero explicar las razones;
Con todo mi corazón te había amado;
Tengo que abandonarte, voy a morir.
— Quiero cavar un sepulcro bajo la tierra,
Esconder mi triste cuerpo al mundo;
Que se diviertan mis enemigos,
Estarás de acuerdo con ellos, tú también.

DOS ESTROFAS DOLORIDAS

Quiero cantar dos estrofas doloridas
Si queréis oírme, buena gente.
Durante cuarenta y cuatro años se me ha perseguido

Hasta tal punto que mi familia me ha odiado.
Rechazado por todos, quiero marcharme.
Lo que fue el primer motivo de mis perseguidores
Os lo diré escrupulosamente;
Esta es la mancha que un padre hallaba en su hijo:
Mi madre me dio el ser sin semejanza ninguna con él,
Así que yo no era digno del mayorazgo.
Durante mi juventud no era como mis compañeros,
Ellos divirtiéndose, yo llorando a menudo.
Al enterarme de que mi padre había convencido a mi pa-
Que me desheredara de sus tres haciendas [drino
Estuve a punto de suicidarme.
Me casé con la que mi padre me destinaba
Pensando de esta manera conseguir la paz,
Pero como se puso de acuerdo con ella
Me obligó a hacer la repartición de las tierras
Para que gastara en la cárcel la parte dejada por mi ma-
Cinco años quedé, inocente, en la cárcel; [dre.
Mi mujer con sus amantes; yo estaba lleno de celos.
Como un hermano me había dejado dos haciendas por
[testamento
Entonces los demás hermanos me las robaron por fraude
Haciendo anular el testamento bueno.
Yo pensaba quedar libre con dos años en Agen
Pero mi padre no se había hartado de venganza.
Pidió a los señores jueces por vía de autoridad
Que me guardasen en la cárcel sin ponerme en libertad
Y me guardaron unos diez meses.
Puesto en libertad en Agen entré en medio de mis ene-
[migos
Ya perdidos los bienes, los hijos en la desdicha:
Al ver esto la sangre se me alteró
De allí resultó un acto lamentable
La justicia volvió a ponerme en la cárcel.
Cuando estaba en la cárcel, ya perdida toda esperanza,
Queriendo sanar, hice voto a Dios:
Que dejaría bienes y honras,
Los placeres de este mundo, mujer e hijos
Para seguir el camino que lleva al cielo.
Entre los diez y seis testigos, ocho eran falsos
Si se les hubiera creído estaba seguro de perder;
Hice promesa al Señor Dios del Cielo
Que si me ponía en libertad

No quedaría entre mis enemigos.
He pasado cinco años pleiteando
Mientras que de corazón no había dejado el pueblo.
Queriendo dejar algo a mis desdichados hijos
Pero no pudiendo darles satisfacción alguna
Me marcho pues ahora, rechazado por todos.
Los pesares que siento después de mi escándalo
Es no haber seguido el camino del Señor;
Tomé la resolución de ir en peregrinación;
Después de haberme despedido para siempre del pueblo
Y de encomendar los hijos a Dios.
Señor Dios del Cielo, éste es el momento
En que cumplo el voto ya hecho.
Cuando mi mala esposa se alzaba contra mí
Has levantado el tu brazo
Sino tenía que morir en la cárcel, desdichado de mí.
Perdono a mis enemigos, a los que me han hecho sufrir.
Como Dios perdonó a los suyos.
Pero no perdonaré a los que robaron mis bienes
A no ser que los devuelvan a mis hijos.
En esta estrofa hablo a mis hermanos y parentela.
Tú, primer vecino, malo y escandaloso,
La traba que soy para ti, ya la tienes alejada;
Deja por fin a mi pobre esposa.
Tiene por tu causa, suficientes desdichas;
No hagas que pierda a su marido y a Dios.
Adiós mi compañera tú que me rechazaste,
El daño que me causaste te será perdonado;
Quédate como viuda prudente y leal,
Haz lo que puedas para con tus pobres hijos,
Que estemos todos reunidos en el otro mundo.
Señor Alcat de Barcus, tengo confianza en vos,
A vos os dejo todos mis poderes.
Sed como padre para mis desdichados hijos,
Valeos de sus derechos contra sus enemigos,
Dios se acordará de vuestra caridad.
Espíritu Santo, defensa de los huérfanos
A ti te encomiendo mis hijos.
La vida se les pasará de manera triste,
Enséñales a vivir santamente
Para que puedan gozar de la gloria eterna.
Desde el tiempo de Abel y siempre después
Los discípulos de Cristo han llevado la cruz;

Pero El les daba confianza
Mientras que humildemente padecían pisadas;
Acordaos de estas palabras, hijos queridos.
En este mundo no quiero ni bienes ni honores,
No quiero gozar más que de Dios.
Adiós pues, bienes y honores,
Parentela, amigos, hijos y otros,
Os dejo a todos para seguir a Dios.
Mi hija única, guarda la conducta habitual
Da lo suyo a los deudos, enseña a los hijos el respeto
Sé buena con tu marido, respeta a los ancianos, [de Dios
Acepta aunque joven todos los desconsuelos
Tenle miedo al mal porque Dios nos está mirando.
Adiós vecinos de Barcus, viejos y jóvenes,
Vos que tenéis piedad de la desdichada suerte de los po-
Dejo a mis pobres hijos bajo vuestro amparo, [bres
Esos desdichados que no tienen socorro de nadie;
Dios sabrá vuestras obras de caridad.
Hijos míos adiós, hijos e hija,
Hasta el momento del encuentro en el Valle de Josafat;
Conservad siempre vuestro amor a Jesu-Cristo
Aunque tengáis aquí abajo algún desconsuelo
Allí arriba sanarán todas vuestras llagas.

MARIA SOLT Y KASTERO

María Solt y Kastero
Dos viejos amantes ardientes;
A los setenta años se han enamorado;
Al ponerse celoso Kastero, ha mandado fuera a María
Temiendo estar embarazada.
La señora de Barnetx-borda la consoló diciendo
Que aparentemente no caen encintas viejas de esta edad.
María Solt le contesta:
Existe Santa Isabel;
Quedóse encinta por las obras de un viejo santo.
Si Kastero es santo me temo estar en este estado.
Kastero no es santo,
Blasfema demasiado;
Cuando va a la iglesia se para en la taberna;
Por la santidad de Kastero, vos, María Solt, no estáis [encinta.

MADRE E HIJA

En Barcus hay una madre con su hija
Que a menudo se están contando secretos;
Sin que se den cuenta las está escuchando
El viejo Etxahun,
Criatura de Dios.
La hija decía a la madre
Todos se burlan de mí
Y me dicen: «Tou pay qu'ey tou payri» [1]
¿Qué quiere decir esto?
¿Qué quiere decir esto?
Calla, hija; es una calumnia
Ya estabas en mis entrañas cuando murió mi marido.
Al cabo de diez meses naciste, tú, su hija,
Tú, su obra
Con tres dientes.
Tenía diez meses cuando me diste el ser
Me temo que él no era mi padre.
¡Ay! ¡Ay! ¡oh dolor! y no puedo de ti saber
Quién era mi padre,
Quién era mi padre.
Tu padrino, ¡oh! ¡qué encanto de hombre!
Ambos, muchas veces, hemos comido la sopa;
Desde entonces estoy temiendo
Que me tocó la saya.
Que me tocó la saya.

JUAN PEDRO CAMOUSSARRY (1815-1842)

Sacerdote suletino. Enfermado de muerte en su juventud, son célebres sus versos en que canta su marcha hacia la tumba. (Vid. Onaindia, **M. E. O. E.**, p. 485).

---

[1] En bearnés en el texto: «Tu padre es tu padrino.»

MIS PENSAMIENTOS

Así como va del monte
al ocaéno el agua,
así voy yo
rápido a la tumba.
Se acabó, para mí
se acabó el tiempo;
voy para siempre
al lugar de los muertos.
Así como el lobo
atrapa al cordero,
Así como el águila
Agarra la paloma,
Así la muerte
Cruelmente me aprieta.
¡Ah! mis lamentos
¡qué poco le impresionan!
Hace tiempo que en las entrañas
tenía metido
el mal envenenado
que me lleva al cementerio.
En el lecho del dolor
clavado ahora,
siento en mis venas
la sangre helada.
Lo mismo que el fuego ardiente
derrite el sebo,
Así la enfermedad
apaga mi vida.
Ya no siento
no, más vida;
Antes de morir
me encuentro ya muerto.
Semejante a un tronco
echado en la cama,
está mi cuerpo
casi consumido por el mal.
No se pueden mover
mis miembros fríos;
gruesa tengo la lengua
afilados los ojos.

Ya no puedo oír
a los que me hablan.
No veo más que a medias
a los que más quiero.
¡Ay! el gélido sudor
precursor de la muerte
para siempre me ha
endurecido los miembros.
Entonces al sacerdote
le llamo con angustias:
¡que me estoy muriendo!
¡que se dé prisa!
Mi madre se deshace
en gritos y en llantos.
¡Ay! en la desesperación
llorar es un consuelo.
Cuando reza la oración
de los enfermos
el sacerdote me administra
los últimos auxilios:
«Alma cristiana,
hijo de Dios,
anda, vete —dice—
al seno de Abraham.»
Luego con duelo
son invocados
como intercesores
los santos del Cielo.
La gente de hinojos
en mi derredor
para contestar Amén
en favor mío.
El pulso se detiene
El corazón se encoge:
¡Ay! no puedo tomar
la respiración, no puedo.
Recibe Señor
recibe mi alma
Me muero; ¡ah! me muero
¡madre mía, adiós!
Mi alma se ha ido,
al otro mundo ha ido,

bienaventurada si ha muerto
en la paz del Señor.
En la tierra ha quedado
mi cuerpo frío,
carne medio corrompida,
horrenda podredumbre.
Otros me cierran
la boca endurecida,
otros con sus manos
los ojos lívidos.
Envuelto dentro
de una sábana vieja,
me meten en el ataúd
¡Ah! ¡qué destino el mío!
Con lúgubres tañidos las campanas
ya llevan el mensaje:
que a un hombre la muerte
se ha llevado.
«¡Que Dios le tenga
misericordia!»
dicen en seguida.
Y eso es todo.

JEAN OXALDE
(1814-1897)

Poeta popular, animador de fiestas y regocijos populares. Natural de Bidarray. (Vid., Onaindia, M. E. O. E., pp. 506 ss.)

EN LA FERIA DE PAMPLONA

En la feria de Pamplona,
Durante la San Fermín pasada,
Llegaron de Andalucía unos cien caballos.
Parecióme un buen mercado
Puestos como estaban en dos filas.
Uno era blanco con pintas de color
Y le eché el ojo;

Un andaluz me pidió por él dos onzas de oro.
Apenas le ofrecí la mitad
—Tómalo, tuyo es el caballo.
Ya estaba cogido en la trampa,
Arrepentido de la oferta;
¡Quién hubiera tenido el lugar de tres ardites para alejarme...!
Rodeado de hombres,
Parecía como tomado preso.
¡Buen Dios del cielo!
¿Quién me ha traido aquí?
Un andaluz que había estado siete años en la cárcel
Me habló secamente:
—«Págame lo convenido»
—Señor quiero pagar,
Pero primero probar.
—No tiene ahora tiempo de probar el caballo;
Pague primero el precio,
Luego lo probará.
Estaba en medio de la gran plaza
En que había mucha gente;
Puesto en tal apuro se me vino un pensamiento:
Si estuviéramos en otro lugar
Le daría a este señor una buena puñalada.
Ya pagada la cuenta
Todo el mundo empezó a calmarse;
Agarré del cabestro la dicha yegua coja.
Con la necesidad de dar el dinero
Desocupé el lugar.
Dejando el camino bueno,
Tomé por la ladera de los campos;
El caballo estaba desherrado, tuerto de un ojo,
Me tocaba a menudo la guitarra
Mezclando tos... y pedos.
En las ventas de Velate
Pasé como en angarillas;
Como pude llegué al arroyo de Urdax;
Se me metió el caballo en el barro,
Tuve que sacarlo con cuerdas.
Por fin al rayar el alba
Llegué a casa;
Salióme a la puerta la mujer con lumbre
Se puso a mirar la yegua,
No parecía muy contenta.

—¡Vaya yegua mala,
y además vieja!
En eso me has gastado lo necesario para la familia;
Por una perrit chica vendería yo
yegua y marido.
—Cállate mujer,
Por favor, déjame en paz;
Cuervos y buitres desde el monte están acechando;
Apaga, pues, la lumbre
Que no vengan por acá.
—Cállate tú también
Y no digas mentiras.
Aquí no hay ni cuervos ni buitres
Seguro que somos dueños
De una buena pieza.
Cuando la vieron en la plaza
Me la querían comprar;
Empezamos el trato, pero no ofrecían bastante.
No la solté de la mano
Pues ha de dar una cría.
La primera cría que venga,
Yegua o caballo,
Vigilaré bien si se parece a la madre;
plega a Dios sea bastante grande.
Vaya potro para concurso.

JUAN BAUTISTA ELISSAMBURU (1828-1891)

Juan Bautista Elizamburu o Elissamburu, como figura en el registro de su pueblo natal Sara, en el país vasco-francés de Labort, nació el mes de agosto de 1828. Su padre fue un teniente del cuerpo de aduaneros de servicio en dicha zona fronteriza. El chico saratarra acudió a la escuela primaria de su pueblo y luego cursó estudios secundarios en el colegio seminario de Larresoro. Llegado a la edad militar sentó plaza en el ejército francés, en el que llegó a ser capitán de granaderos de la guardia.

Después de la capitulación de Bazaine en la guerra franco-prusiana y tras unos meses de cautiverio en Alemania, re-

gresó a Sara en donde ejerció el cargo de juez de paz del distrito o cantón de Ezpeleta.

Durante sus largas ausencias de la tierra natal cultivó la poesía eusquérica acudiendo a los concursos poéticos patrocinados por el ilustre vescófilo Antoine d'Abbadie.

Obtuvo en ellos varios primeros premios con sus piezas: **Gazte iltzera dohana** (1860), **Maria** (1862), **Nere etxea edo Laboraria** 1864), etc. Exaltó en toda su obra el recuerdo de su tierra dorada que queda reflejado en **Txori Berriketaria**, y en **Agur Herriari** y otros poemas ensalzados por la crítica. Se puede afirmar que Elizamburu ama la tierra, y la canta tan bien como Richepin. **Nere Etxea**, que reproducimos más adelante, es un himno al caserío, a la casa solar, al casero o laborari genuino representante de nuestra estirpe. Si no muy numerosas, sus composiciones —una veintena a lo sumo— forman un conjunto variado y de gran elevación poética y unidad de creación. Como opina con acierto P. Lafitte «Il mérita de passer dès les premiers pas pour le roi de nos poètes».

Posee su lira además de los acentos amorosos, bucólicos o nostálgicos, en los que es maestro, otra variedad de recursos.

Así se nos revela su estro zumbón y satírico en su magnífica pieza: **Iragan Besta biharamonean**, tal vez la obra maestra del poeta en la que utilizando elementos populares e ideas mostrencas los ha fundido en una arquitectura única que es lo que cuenta.

Por la riqueza y propiedad del lenguaje, por la viveza de expresión, la gracia de la descripción de los personajes y el animado desarrollo de la acción es, en opinión del gran «Orixe», una de las mejores piezas poéticas vascas.

La parcial versión que de la misma hacemos no es sino un pálido reflejo del original.

Como no podemos extendernos en trazar ni aun siquiera unos rápidos comentarios de otras composiciones de Elizamburu, haremos como mención final mérito de **Solferino'ko Itsua**, uno de los más famosos de su autor.

Alguna duda existía sobre la paternidad de este poema que en las colecciones aparecía bajo la firma de A. Salaberry.

Traté de disipar este equívoco en un artículo publicado en uno de los tomos del Homenaje a Julio de Urquijo, al cual me remito (1949).

Para no alargar, no haré más que confirmar mi creencia de que Elizamuru, teniente de infantería, estuvo en la batalla de Solferino (1859) y vio de cerca el sangriento espectáculo y oyó los ayes de las víctimas, una de las cuales es sin duda la que describe simbólicamente en tono elegíaco en su **Solferino'ko Itsua.**

Está probado que Napoleón III se desmayó ante carnicería tan espantosa. Y si alguna consecuencia buena tuvo aquella batalla fue la de la creación de la Cruz Roja Internacional para asistencia de los heridos de guerra en lo sucesivo.

José de Manterola, Carmelo de Echegaray, Pedro Mourlane Michelena, además de los críticos antes citados, encomiaron debidamente el arte de Elizamburu y la sublime inspiración que alcanzó en este poema.

Ya no me resta para terminar esta breve semblanza de Elizamburu, sino mencionar su corta novela **Pierres Adame** de la que no escribió más que una parte. El capítulo inicial que hemos traducido al castellano dará una idea aproximada de la amena, clara y elegante prosa del ex-capitán de granaderos que no nació para mariscal y sí para ejercer su pacífico magisterio y celebrar artísticamente con sus amigos las vicisitudes de la vida campestre a la sombra del gran AXULAR, genio de Sara y de la literatura euskalduna.

MARIA

Otros lo dejaron dicho
Antes que yo
Que escuchando mucho
Es como mucho se aprende.
Por eso creo ser bueno
todos lo sepan
tal como yo lo sé
la mención de lo que María es.
Apretados muslos, piernas torneadas
cabe en la mano su tobillo
de puro pequeño.
Busto opulento, talle esbelto,
despierta la mirada,
¡así es de preciosa María!
María es una abeja en el hogar
y también en el campo trabajando

cuando es preciso.
Se acicalará una vez por semana
¿Qué día?... el domingo
No necesita miriñaque su cuerpo.
Los domingos María de veras preciosa
con sus anchos zapatos y su vestido azul
hecho por ella,
Va camino de la iglesia ligera
¡como una hada!
¡Vaya Reina, si yo fuera rey!

MI CASA O EL LABRADOR

¿Veis por la mañana
al apuntar la luz del día
sobre la cumbre de la colina
una casita de blanca fachada
en medio de cuatro grandes robles
un perro blanco a la puerta
y una fuentecita al lado?...
Allá vivo yo en paz.

Aunque no sea un castillo
amo el lugar en que nací
escogido por mis antepasados.
Fuera de mi casa me parece
encontrarme en sitio perdido.
Allá donde nací
quiero dejar el mundo
sino es que pierdo el seso.

No hay en el mundo hombre alguno,
sea príncipe o sea rey
que esté mejor que yo.
Tengo mujer, tengo un hijo
tengo también una hija.
Buena salud de una parte
bastantes bienes por otra.
¿Qué más me hace falta a mí?

Empezando mi labor a la mañana temprano,
en llegando el atardecer
soy amo y señor en mi mesa.

Os aseguro que tomé
una buena cristiana por esposa
y que el día de vigilia
no se descuidará en meter en la olla
un hueso de pernil.

FIESTA DE LAS CUATRO COMADRES

UN SUEÑO

Al día siguiente de la Fiesta,
en un rincón que ellas conocen,
cuatro viejas, tres solteras, una viuda
sentadas a la sombra,
puesta una ancha losa sobre el regazo
jugaban y jugaban al «trueque».
Quiero saber si además del jarro
a qué otro señor guardan escondido:
de orondo vientre, y morro delgado
manteniéndose muy erguido...
sospecho sea la bota de vino
bien repleta, bien repleta.
¡Jesús! ¿Pero qué más veo todavía?
¿Qué otra cosa esconden bajo sus haldas?
De esta dulce mansión, alta la cabeza
burlándose de la bota
ya que se siente más dura de pecho
allá está, allá está la calabaza.
Porque aún es fiesta en el pueblo
se han acicalado grandemente
y peripuestas como si fueran jóvenes
y con toda comodidad
con ánimo alegre en medio de la partida
ríen y ríen a sus anchas.
Pellizco por aquí, risa por allá
juegan cual si fueran niñas,
mirando, amorosamente de vez en cuando
al escondido bajo las haldas
algo quieren decir con frecuencia
al oído, al oído de la calabaza.
¡Nada de mentiras, vamos ya María!
da las cartas con suavidad...!

y acerca el negro jarro para que
echemos uno que otro trago.
Que ya el corazón se me está templando
ya la cosa tiene gracia...
¡Hijo orondo del pellejo!
¿Qué se ha hecho de tu antes lleno vientre?
¡Pobre! a la primera vuelta te han chupado
la mitad de la sangre.
Y ahora estás con el rostro arrugado
puesto en cuclillas.
Están a seis iguales, es a siete la partida.
Tienen igual número de tantos ambas partes
Tumbada está la bota tripa arriba
completamente desangrada.
También está echada la calabaza
después de exhalar el postrer suspiro.

SUEÑO FINAL

Al caer de la tarde en el segundo día de fiesta
Cuatro viejos gatos al sonar el Angelus,
Uno cojo, los otros tres dando brincos
ahuyentando a las brujas en su camino
Los vi, los vi en sueños
volando sobre el Akelarre.

(Shakespeariano.)

EL CIEGO DE SOLFERINO

De joven la suerte aciaga
me llamó a tomar las armas.
Alejéme, dirigiendo muchas veces
los ojos hacia mi pueblo. *(Bis)*
En mala hora llegué a ver
la colina de Solferino.
En vano desde entonces clamo
por contemplar la luz del sol. *(Bis)*
Nunca más saldrá para mí
la hermosa luz de la mañana.

Nunca más contemplaré en el cielo
el brillar de las estrellas. *(Bis)*
Eterna noche, noche tenebrosa
ha caído sobre mis ojos,
Ni a mi pueblo ni a mis amigos
podré yo verlos jamás. *(Bis)*
Los dulces ojos de mi madre
se me han ocultado para siempre
La imagen de mi amada también
se apagó para siempre jamás. *(Bis)*
No me mentéis la linda flor,
que brota al borde de los campos.
Ni me recordéis la rauda golondrina
que vuela sobre el agua. *(Bis)*
Los robles y castaños del bosque,
las fuentes de las montañas.
Todos ellos son para mí
recuerdo de un amargo sueño. *(Bis)*
Allá en mi pueblo mis jóvenes amigos
van cantando a la plaza,
mientras que yo de mi casa en el rincón
he olvidado qué es el reír. *(Bis)*
Joven todavía, y de encendido ánimo
tengo que renunciar a la vida.
¡Desgraciado! ¿Qué será de mí
si el Señor no viene en mi ayuda? *(Bis)*
¡Ah! Basta ya de esto. ¡Perdón Señor!
Contempla a tu criatura.
Dale de algún modo consuelo,
otorgándole misericordia. *(Bis)*

PIERRES ADAME

PRIMER CAPITULO

DONDE, COMO Y CUANDO CONOCI A PIERRES ADAME

A principios de septiembre del año 1845, un lunes por la mañana, al tiempo que las campanas de Sara daban las nueve horas, un jovencito espigado que podía tener

unos quince años iba a vera del palacio de Lehete anda que te anda por el camino de Ascain.

Dándoselas de hombre, llevaba su blusa puesta a través de su palo; y el abigarrado pañuelo que cuidadosamente envolvía su cuello daba a entender que había emprendido su marcha con su ropa dominguera.

El muchacho se parecía por su aspecto a otros muchos de su edad. Estando parado semejaba un cirio, pero andando era un lebrel. Al verle subir la cuesta de «Borda-Aundi» podría decirse que además de su andadura de lebrel era hábil en su marcha.

Porque cuando alcanzó el alto de la colina sin que le estorbasen sus grasas y antes de iniciar el descenso hacia el barranco de la otra ladera, nuestro muchacho abarcó con una mirada el largo camino carretil que conduce a San Ignacio, como si esperase divisar allá algún compañero de viaje.

En aquel tiempo apenas transitaban cuatro gatos por el citado camino, salvo los viernes día de mercado en San Juan de Luz. Pero la fortuna quiso que aquel día y a aquella misma hora se encontrase de camino un hombre que se dirigía también a Ascain.

Eran de admirar las piernas del muchacho que si subiendo se mostraron firmes se convirtieron en veloces cuesta abajo.

Como un rayo siguiendo los atajos llegó el muchacho hasta la regata que la atravesó de un salto. En un decir «Amén» recorrió todo el camino carretil y cuando al hombre que le precedía en la marcha le faltaban aún cien pasos para llegar a la ermita de San Ignacio nuestro joven ya se había colocado a su lado.

Pero antes de comenzar a relatar quién era ese hombre diré una palabra final sobre el muchacho.

Debes de saber, querido lector, que aquel muchacho era el mismo que ahora escribe estas líneas. Y como he tomado la pluma en la mano, no para hablar de mí mismo, sino de mi compañero de viaje, terminaremos con ello la historia del muchacho.

Como ha quedado dicho, me aproximé a nuestro hombre antes de llegar a la ermita de San Ignacio, pero aún le iba en zaga de cinco o seis pasos. Conociendo a casi toda la gente de Sara me parecía visto de espalda que ese hombre no debía de ser saratarra...

Al acercarme a unos cien pasos me apercibí que el hombre llevaba como yo puesta su blusa a través de la punta de su palo, pero el palo era más hermoso y robusto que el mío.

PIERRE DIBARRART (1838-1919)

Fue zapatero y cantor de iglesia en Baigorri. Poeta popular muy fecundo. Sus poesías fueron recogidas y publicadas por P. Lafitte. Algunas de ellas pueden verse en la antología poética de Onaindia, M. E. O. E., pp. 515 ss.

EL CIEGO Y EL SASTRE

Un vasco era ciego y bersolari;
Iba de puerta en puerta, su sobrino de Lazarillo;
Vestimenta y dinero, comida y bebida
Recibían en abundancia en recompensa de los versos.
Como sabían ahorrar gastaban poco dinero
Y tenían debajo de una higuera una olla
Con trescientas libras que habían juntado,
Pero un malvado la robó.
Del escondrijo ya la olla perdida
Uno estaba suspirando, llorando el otro;
El sobrino le dijo: Tío querido,
Buen resultado da el esconder dinero fuera.
La última vez que vinimos aquí
No cabe la menor duda de que nos acecharon;
Sí, el sastre venía con su cántaro;
Nos miró aunque desde lejos.
Sobrino, llévame a casa del sastre
Para que oiga una estrofa hecha por el ciego;
Si él se llevó nuestra olla
Yo sé de qué manera engañarle.
El sobrino le dijo a la oreja con voz baja:
Llegamos a casa del sastre.

Nos está mirando desde la ventana con sonrisa soca-
No le digas malas palabras si eres prudente. [rrona;
—«Sobrino, guíame con cuidado en el camino,
Te legaré algún dinero en el momento de morir
Cien luises tengo debajo de una higuera
Allí quiero poner ciento más mañana.
El sastre se dice en sus adentros:
El ciego no sabe que robé el dinero
Volviendo a poner la olla
Me ganaré trescientas libras más.
La promesa del sastre la cumplió bien;
Al día siguiente la olla estaba en el escondrijo;
El sobrino dijo: Aquí está, aquí está,
Qué bien engañado está el sastre.
Tenemos que guardar el dinero en la bolsa;
Debajo de la tierra deja la olla, sobrino,
Y pon dentro cinco o seis piedras
Para que el sastre levante bastante peso después.
El ciego al sastre: Dime, ¿es verdad
Que tienes la cara tan risueña como ayer
O la tienes triste, como de luto?
Vas sembrando dinero y cosechando piedras.
—Harpagon ciego, tacaño, afrentador,
Vete y no hieras mi honor;
Tú eres rico y yo sin dinero
Pero tienes bastante desdicha con tu ceguera.
Yo ciego, rodeado de tinieblas, y tú, sastre pobre.
Ayudémonos con lo que tenemos;
Te doy todos mis bienes
Si quieres hacerme tuerto con uno de tus ojos.

JEAN BARBIER
(1875-1931)

Sacerdote. Nació en San Juan de Pie de Puerto. Novelista, poeta, músico, folklorista y comediógrafo.

EL IRRINTZI

Una hermosa noche me cogió en la cima de un monte;
Delante de mí el sol se puso lentamente;

A mis pies, las últimas reses volvían al establo
Haciendo vibrar el aire con sus mugidos.
Las primeras estrellas en el cielo centelleaban;
Los rumores de la llanura iban callando;
Pasado el día, la noche se tendía a su lado,
En el pueblo algunas casas empezaban a iluminarse.
En la cima del monte yo oía el canto de un pastor
Que modulaba viejas y hermosas tonadas vascas;
De no oír más que aquella voz por las cumbres
Me parecía que los antepasados estaban gritando con él.
De repente, en las tinieblas, surge un grito
Que me petrifica por su dureza;
Pegaba los viejos peñascos de las alturas
Mientras despertaba el eco los lugares salvajes.
Era un grito como de mujer,
Fuerte y violento, como de hombre;
A veces se parecía al de una fiera
Aunque guardaba algo humano.
Durante largo tiempo sacudió los montes;
Parecía, al empezar, que alguien estaba herido;
En cambio, acababa en risa espantosa
Mientras aún quedaba yo atónito en la senda.
Antaño, también en Ibañeta se oyó el irrintzi
Que pronto espantó al virtuoso Roldán;
En vano temblaban los montes con los alaridos
Al alarido le venció el irrintzi de los vascos.
Mientras estaba ensimismado en mis pensares, había ce-
El cielo estaba claveteado de mil estrellas; [rrado la noche;
En el monte ya se había callado el irrintzi,
En la llanura las brumas empezaban su combate.
Por última vez miré los oscuros montes
Y parecía entonces que me contestaba el eco;
Mientras se oigan en las montañas tan bellos irrintzis
No estarán aniquilados los vascos.

JEAN ETCHEPARE
(1877-1935)

Nacido en la Argentina y venido en su infancia al país vascofrancés, de donde eran sus padres. Fue médico en

Los Aldudes y en Cambó. Destacó como periodista. Lafitte le considera como el maestro del dialecto navarro-labortano que se ha generalizado entre los actuales escritores vasco-franceses.

EL PARTIDO DE PELOTA

Quien no ha visto un partido de pelota a mano hace veinte años en Mendionde no sabe lo que es un partido de pelota a mano en un pueblo. Para que lo sepáis os hablaré de uno de mi juventud.

Era el lunes de San Cipriano, segundo día de fiesta del Santo Patrón del pueblo, que se suele celebrar cada año en septiembre en honor de San Cipriano.

Hacía veinte días que se había acordado el partido en el mercado de Hasparren, tres de Celhay contra tres de Mendionde. Pronto se había difundido la noticia a los pueblos vecinos y pronto se habían puesto unos a favor de éstos y otros a favor de aquéllos. Los gañanes habían dado un poco de dinero a los corredores, apostando de antemano por si acaso no se les autorizara a presenciar el partido.

En aquella tarde de lunes, pues, ya a las dos se podían ver las tres carreteras llenas de hombres que iban de los barrios y de los pueblos vecinos hacia el mismo punto, con paso ligero.

Después de llegar a la plaza se reunieron en grupos hablando unos con otros de sus reses, de la labranza, de sus quehaceres. A pesar de ir mezclados la mayoría tenía un aspecto particular según su pueblo. Se podía conocer fácilmente a los de Macaye por ser fornidos y hablar recio; a los de Louhossoa porque se parecen a ciudadanos; a los de Helette de fuerte osamenta, tan buenos en el hablar como en el callar; a los de Saint-Esteban más modestos, de vestimenta también menos rica; a los de Bonloc, esbeltos y resueltos, pero entre todos a los del mismo Mendionde. Hombres de mediana estatura (más bien altos), derechos, vestidos —excepto los mayores propietarios— de la zamarra, pero bien vestidos, la cara escueta bien afeitada, algo tostada por el sol y el trabajo, la mirada definitivamente tímida y fría; sea sin moverse, sea andando, ora hablando ora callando, tienen una es-

pecie de recogimiento que le fuerza a uno a hacer lo mismo.

La plaza se parece a un huevo, ancha en el centro, estrecha en las dos extremidades, toda rodeada de casas. Entre éstas tres o cuatro que tienen aspecto de moradas vascas porque ostentan entramados de color rojo. Sin embargo, ninguna posee un amplio portal; no ostentan pared intermedia; ningún alero les abriga el umbral; las dos pendientes de los tejados son iguales. El Unsuya las protege de los vientos del Norte y del Oeste.

A un lado está el frontón de sillares en una parte, ensanchado de cada lado por una pared de piedras y una red de alambre por encima, renombrado desde 1870 porque tiene, pintado por un hijo del pueblo, el retrato de un jefe del ejército, un general, caballero en su caballo blanco. En un lado de la cancha, con unos treinta pasos de anchura, está una enorme taberna.

A eso de las cuatro se presentaron los de Hasparren-Celhay, jóvenes pálidos, señoritos de apariencia, vivos, dándose del brazo con unas muchachas de pelo desgreñado; por esta osadía oyeron de aquí y de allí unos pitos estridentes. Pero no se avergonzaron y, habiendo entrado en la taberna y cambiado de vestido, ya los tenemos en la plaza a los tres pelotaris, vestidos de blanco, ligeros.

Con sendos largos palos en la mano, pegando las puntas de los pies, gritando, dando puñetazos, tres o cuatro muchachos despejan en seguida el fondo de la cancha; alrededor, en dos o tres hileras, unos por encima de otros, se colocan los espectadores; las ventanas de las casas están llenas de gente, los niños suben a los árboles y a los tejados; ya los jueces están designados, dos de cada pueblo; quedan de pie a cada lado, el ojo abierto; ya viene el que canta los tantos con un palo en la mano; por fin llegan —nadie les hacía caso hasta entonces— los jugadores de Mendionde.

Han entrado a hurtadillas, temerosos de mostrarse delante de tantos ojos, no sabiendo a dónde ir y tampoco dónde poner las manos: tres hijos de labriegos, fuertes, anchos de hombros y de espalda, de piel morena; se les podía conocer además por el vestido, porque lo tienen de colores empezando por las alpargatas y un único botón amarillo recoge los pantalones por la parte de delante.

Vemos que un juez se ha adelantado ya en medio de la cancha y lanza al aire una perra gorda; uno de los muchachos grita: «cruz»; así es, y haciendo rebotar la pelota toma carrerilla hasta el frontis para el saque. Todos quedan en silencio para ver la fuerza de su brazo.

JULES MOULIER
«Oxobi»
(1888-1958)

Sacerdote. Natural de Bidarray. Destacó sobre todo como fabulista en verso.

LA LIEBRE Y LAS RANAS

Briscous, Bardos, Urt,
De donde sea, siempre
  La liebre es liebre,
Dama o Señor, miedosa.
Bidarray, Ossés, Arrossa,
A donde vaya, temerosa,
  No pudiendo parar
Temblando, estremeciéndosele la barbilla.
Un sapo, ¡basta con una babosa!
¿Será un lebrel según creo?
  Y «¡brau!» se levanta,
Y «¡aúpa!» se marcha saltando.
En el charco, agua estancada,
Lugar propicio para las ranas;
  La liebre se acerca;
Cuando pasa ¡allí fue Troya!
¿Qué pasa? ¿Qué pasa? y las ranas
¡Plan, Plun, Plaf! ¡al agua las tonticas!
  Zambulléndose
Nada más que con la sombra de la liebre.
La liebre saltadora se asombrara;
Al borde de la senda se parara
  Y habló así:
¡A las ranas les infundo miedo yo!

VII

EL SIGLO XX, MEDIO SIGLO DE ESFUERZOS (1900-1950)

Por Fr. LUIS VILLASANTE
y ANTONIO LABAYEN

La época actual, en lo que va de siglo, constituye tal vez el período de actividad literaria más fecundo en toda la historia de la lengua (decimos tal vez, pues las comparaciones de unas épocas con otras, por ser distintas las circunstancias, resultan difíciles y frecuentemente engañosas, y en siglos anteriores la lengua vasca ha conocido períodos con cultivadores en cantidad no despreciable, tales, por ejemplo, la primera mitad del XIX, el XVII, etcétera). De todos modos, ahora es cuando en el ánimo de los cultos del país se inocula y prende un espíritu nuevo: tiene lugar una toma de conciencia respecto al valor de la propia lengua, se la quiere dignificar, convertir en vehículo de actividades literarias, nobles, desinteresadas. Se realiza además una ingente labor de recogida del patrimonio folklórico, lingüístico, poético, etc., del que hasta ahora era único dueño y usuario el pueblo bajo, sin que los cultos le hubieran prestado más que escasa atención. En esta labor de recogida sobresalen Azkue, J. M. Barandiarán, Barbier y el P. J. A. de Donostia.

La actividad literaria se ejerce principalmente a través de publicaciones periódicas: revistas, semanarios, etc., y de libros con ambiciones literarias como anteriormente no conociera la lengua. No obstante, los trabajadores son pocos y el trabajo a realizar inmenso. La lengua viva sigue en retroceso. La conciencia e inquietud por la salvación y el valor de la lengua no consigue interesar a todos los vascos, muchos de los cuales no conocen además el idioma vascuence. Con frecuencia los ensayos literarios van marcados por un exacerbado purismo y reformismo

de la lengua, que en realidad hace a ésta tanto daño como provecho. A fin de enderezar los estudios vascos por un camino sólido y realista, Julio de Urquijo crea la «Revista Internacional de los Estudios Vascos», que se publicó de 1907 a 1936. En 1918 se constituye la Academia de la Lengua, que edita la revista «Euskera» como órgano de sus actas y estudios.

El periodismo, el teatro, la novela, los cuentos y narraciones, la literatura religiosa, las traducciones, y sobre todo la poesía, son los campos preferentemente cultivados.

También en el país vascofrancés la época arroja un saldo francamente positivo. El quehacer periodístico, la novela, la canción y la poesía, la recogida de relatos folklóricos y el teatro serán los campos más favorecidos por los cultivadores de ese lado del país. Es preciso notar además que allí la literatura se guarda de los extremos radicales de la de este lado, pero es también menos ambiciosa, más anclada en lo local y pueblerino.

Como escribió Iratzeder, el poeta benedictino de Belloc, señalando las características distintivas de las dos Vasconias, en la española hay más fuego y más fuerza, en la francesa más mesura, gracia y naturalidad («Euzko Gogoa», 1956, mayo, p. 10).

Tal vez haya que apuntar como uno de los fallos de esta actividad literaria el cultivo un tanto unilateral de lo bello y desinteresado, con un relativo abandono de objetivos más humildes y prácticos, pero ineludibles.

JOSE MANUEL DE ECHEITA (1842-1915)

Nació y murió en Mundaca (Vizcaya), cuna de ilustres marinos. Hechos sus estudios en el Instituto de Bilbao, se dedicó a navegar, fue capitán de barco y luego capitán inspector de vapores con residencia en Manila. En dicha ciudad desempeñó los más altos cargos; consejero de Administración de las Islas Filipinas, director de la Compañía Marítima, presidente de la Cámara de Comercio y por fin alcalde de la ciudad de Manila.

Retirado a Mundaca, dedicó sus últimos años al cultivo de la lengua vasca en su dialecto nativo de Vizcaya. Echeita seguía de cerca la marcha de los estudios vascos y los esfuerzos que se hacían por cultivar literariamente el idioma, y él quiso aportar su óbolo a esta obra. No deja de ser altamente simpática la figura de este auténtico lobo de mar, que después de prestar los más altos servicios a la patria, en su ancianidad se dedica al cultivo de la lengua de su país natal.

Además de colaborar en las revistas vascas de su tiempo, Echeita nos ha dejado tres libros, o sea, dos novelas, más un tomito de poesías. He aquí sus títulos y argumento: 1. **Josecho** (Durango, 1909). Es la historia de un niño que fue robado a sus padres por una banda de gitanos, los cuales lo venden a una familia de Mundaca por diez duros y diez gallinas. El niño crece, se hace marino, tiene muchas peripecias en su vida, al fin puede pagar a sus padres adoptivos cuanto hicieron por él, y aun llega a conocer a sus verdaderos padres. 2. **Jayoterri Maittia (El amado país natal)**, Durango, 1910, novela de ambiente pastoril. 3. **Au, Ori ta Bestia** (Durango, 1913), tomito de poesías sobre diversos temas.

Traducimos un trozo de **Josecho** y el prólogo de **Jayoterri Maittia.**

JOSECHO

LOS GITANOS DELANTE DE LA CASA

En el año tercero de las promesas que hicieran Domingo y su mujer yendo descalzos, a la hora del crepúsculo del anochecer, aparecieron ante la casa unos gitanos, y llamaron. Domingo y Martín salieron a la puerta: los gitanos pidieron un cobertizo donde echarse aquella noche. También Juana Mari bajó, asustada de miedo, al ver aquellas caras negras; los de casa temían decirles que se fueran, y les ofrecieron una cuadra en que había paja de trigo extendida, para que se acostaran en ella. Contentos se quedaron los gitanos cuando consiguieron aquella cuadra espaciosa y grande para estar calientes.

Los gitanos eran tres hombres, tres mujeres, cuatro niños, cuatro burros y dos perritos; pero desaseados, andrajosos, desarrapados, más negros que el carbón, que sólo tenían huesos y piel. Sobre un burro venía un niño

de unos dos años, de mejillas sonrosadas, ojos azules, esbelto, de hermoso pelo color castaño; no parecía de la raza de los otros; venía a todo llorar, gritando «¡mamá, mamá!», y cuando lo bajaron del burro, se fue a todo correr adonde Juana Mari, y la asió fuertemente de la saya, prosiguiendo sus gritos de madre, madre, madre. Juana Mari no sabía lo que le pasaba en aquella hora. Sintió una lástima inmensa por aquel niño desventurado. Sin duda pensó que sería robado en algún lugar, y lo tomó en brazos.

A gusto estaba el muchacho, cuando Juana Mari lo tomó en brazos: cuando se le aproximaban los gitanos, abrazaba fuertemente a Juana Mari con grandes gritos; no quería ir adonde los gitanos.

El niño sabía andar, pero todavía no sabía hablar: únicamente decía algunas palabras en vascuence. Los gitanos no sabían vascuence y era claro que el niño no era de ellos, sino que lo traían robado de alguna parte.

Aquella noche el muchacho durmió con Domingo y su mujer, muy contento y con ánimo alegre; estos dos estuvieron toda la noche sin poder conciliar el sueño, temerosos de lo que podría pasar con los caras negras que estaban en la cuadra. Por la mañana cuando se levantaron de la cama, el niño no quería salir de casa a la azotea, de miedo que los gitanos le llevaran otra vez.

Juana Mari y el marido le cogieron gran lástima y además una inmensa afección: pidieron a uno de los gitanos que les dejaran aquel niño, pero con cara sombría contestó que no. En cambio las tres mujeres querían que se quedase en aquella casa, si a cambio del niño les daban algo: querían dejarlo porque siempre estaba llorando y gritando sin callar.

Aquel día los gitanos fueron a Mundaca a pedir, dejando los burros y los perros en la cuadra, y hasta el anochecer no vinieron a la playa. Al otro día, cuando la marea estaba baja, fueron de roca en roca a cazar lapas, percebes, caracolillos, almejas y los cangrejos que están bajo las piedras: con lo que capturaron tenían bastante para tres días.

Al día siguiente por la mañana pensaban marchar. Los hombres querían llevar consigo al niño que Juana Mari tenía en brazos; las gitanas querían dejar el niño recibiendo algo a cambio de él. Domingo y su mujer pedían

que les dejaran al niño, pero aquellos hombres altercaban con sus mujeres. En esta discusión perseveraron largo rato, y por fin pidieron a Domingo diez duros y diez gallinas por el niño.

Juana Mari se fue presurosa a Mundaca llevando al niño en brazos; consiguió los diez duros; Martín Zaldi cogió en el gallinero diez gallinas, y se las dieron. Recogieron sus niños, asnos, perros, cangrejos, lapas y demás y se fueron de la playa dejando allí al muchacho. Los gitanos dijeron que se llamaba Pedro, pero llamándole Pedro, no contestaba.

Juana Mari, aquella tarde, teniéndole en el regazo mientras le daba sopas de leche, le preguntó:

—Muchachito, ¿cómo es tu nombre?

De nuevo, como una y otra vez le preguntara, se acordó de su nombre, y lleno de gozo contestó: Josecho.

—¿Josecho es tu nombre? —preguntó de nuevo Juana Mari—, y el niño asintió con la cabeza.

—¿Eres Josecho? —preguntó aún, y entonces sonriendo contestó:

—Sí.

He ahí cómo se supo el nombre del muchacho para alegría de toda la familia, y entonces loca de alegría le decía Juana Mari, apretándole entre sus brazos:

—¡Josecho de mi corazón! ¿Por qué lugares has andado con esos gitanos? ¿De dónde has venido con esos negros, querido mío? ¿Por qué llorabas y gritabas tanto? ¿Por qué tenías tanto miedo de ir con ellos? ¿Qué es lo que te hicieron? Ahora vivirás aquí con nosotros, ¿no es así?

—Sí.

—¿Para siempre con nosotros?

—Sí.

—¡Sí, hijo de mi corazón!

Así continuó largo rato Juana Mari, y le dio muchos besos.

EL AMADO PAIS NATAL (JAYOTERRI MAITTIA)

PROLOGO

¡Ay, querido lector! Si nuestros antepasados, saliendo de bajo tierra a la superficie, vieran que el euskera va

alejándose hasta de los montes, y que muchos vascos no entienden la hermosa lengua de su país, inmediatamente se sepultarían de nuevo asustados, no pudiendo creer que sus hijos habían de ser tan inconstantes. ¿Qué rémora supone el que los vascos entre nosotros hablemos en vascuence? Para nosotros no puede haber lengua más dulce que la aprendida en el regazo de nuestros padres, ni que más fácilmente enternezca los corazones.

Bien está saber la lengua de los castellanos: viven cerca de nosotros; tenemos relación, intercambios y comercios mutuos, y con frecuencia nos encontramos en la necesidad de entendernos con ellos.

Nosotros mismos somos los culpables, los que abrimos al vascuence los caminos para despedirlo, pues hablamos entre nosotros en castellano. El que los vascos entre sí hablen en vascuence es la cosa más natural y legítima dentro de lo que se acostumbra en la convivencia humana; y si entre nosotros empleáramos nuestro idioma, éste no se ausentaría de nosotros; seguiría los caminos que siguen todos los idiomas, iría aumentando sus palabras y purificándose cada año.

Si el euskera se ausenta, que Dios proteja a los vascos y al País vasco; entonces todos seríamos castellanos, una vez perdida la característica más sobresaliente y más entrañable de nuestra estirpe.

Los que sabemos hablar en vasco, tomemos ante todo un propósito firme y duradero de hablar entre nosotros en vasco, para que cuanto antes propaguemos, purifiquemos y hermoseemos la amada lengua de nuestros países.

Hay vascos que harían mil veces mejor que yo libros de lectura como éste y que tal vez tienen miedo de sacar a luz su hermoso lenguaje y sus capacidades. ¿Miedo de qué? ¿Porque creen que cometerán errores? Si nos dejamos dominar de ese miedo, el vascuence no puede hacer progresos. Las ediciones vascas están todavía en el grado ínfimo de la escala, sin poder subir: en mi opinión son aún pocos los escritores que escriben en un vasco totalmente puro y sin faltas: cada pueblo y cada escritor tiene su lenguaje peculiar. Tenemos algunas bellas gramáticas recientes para aprender el vascuence; pero aunque sean hechas por hombres sabios, discrepan entre sí respecto a los caminos a seguir para buscar el euskera puro. Cada dialecto debe escribirse con una sola ley, y ¿qué

gramática vamos a tomar para aprender a escribir en el vasco de Vizcaya?

Eso es lo primero que hay que decidir. Y una vez decidido, ése ha de ser el euskera que nosotros mismos hemos escogido, y el más puro para nosotros.

Mientras tanto, si todo el que puede publica novelas y cuentos buenos en el euskera más puro que puede, cumpliremos la obligación que tenemos de purificar y propagar nuestro querido euskera; y además, hablando mutuamente en vasco.

En Mundaca, a 15 de agosto del año 1909.

DOMINGO AGUIRRE (1864-1920)

Domingo Aguirre ha sido considerado como el primer prosista y novelista que produjo el movimiento literario vasco de fines del pasado siglo y principios del presente. El supo expresarse en un lenguaje sólidamente cimentado en el habla vasca auténtica y real, discretamente depurada y dignificada. Sus obras, paciente y morosamente trabajadas, han quedado como frutos bien logrados y duraderos.

Nació en Ondárroa (Vizcaya). Hijo de humilde familia, gracias a la ayuda ajena pudo hacer «carrera corta» de sacerdote. Después de su ordenación, prestó sus servicios casi toda la vida como capellán de las Carmelitas de la Caridad de Zumaya (Guipúzcoa). Hombre estudioso, laborioso, de gran finura espiritual, desde su retiro de Zumaya colaboró en las revistas vascas de la época, donde publicó diversas poesías y otros trabajos. Seguía de cerca la marcha de los estudios vascos y mantuvo estrecha amistad con las principales figuras que los promovían: Azkue, Campión, Urquijo, Echegaray, etc.

Domingo Aguirre es autor de tres novelas: la primera, de carácter histórico: **Auñemendiko Lorea (La flor del Pirineo),** 1898. La segunda, **Kresala,** 1906, tiene como marco y tema la vida y costumbres de un pueblo pesquero del Cantábrico (su pueblo natal). La tercera, **Garoa,** 1912, tiene por marco la vida vasca de un medio montañés, o sea de un caserío de labradores-pastores. **Garoa** está escrito en dialecto gui-

puzcoano, las otras en vizcaíno. **Garoa** y **Kresala** han triunfado ampliamente y conocido repetidas ediciones. Ultimamente han sido editadas ambas en la Editorial Franciscana Aránzazu. También **Auñemendiko Lorea** ha salido en texto bilingüe, vasco y castellano, en la colección Auñamendi.

Ofrecemos la traducción de diversos trozos de **Kresala** y **Garoa.**

KRESALA

TRAMANA Y BRIX

Viniendo con un cesto lleno de atún, al pasar por entre las mujeres que estaban sobre el puerto, Brix le dio un empujón a Tramana con la cesta, queriendo o sin querer, eso no lo sabemos, pues de ambas maneras pudo ser. Tramana, volviendo la cabeza, vio a su émula, y empezó:

—¿Quién es ésta, que necesita tanto espacio? Me he vuelto creyendo que era la reina y resulta que es la bruja Brix.

En cuanto oyó la pulla de Tramana, dejó Brix en el suelo su cesta, puso las dos manos en la cintura, y mirando a las que estaban en derredor, meneando la cabeza, dijo:

—Miren, miren cómo comienza una vez más la sin pelo, cochina, borracha.

Y dando cara con osadía a su contraria, prosiguió:

—Oye, Tramana, gorda, vieja de popa grande, ¿en qué brujerías me has visto tú a mí? De seguro que tú habrás andado en brujerías, pero embriagada, y ni siquiera habrás conocido a las que andaban contigo.

—¿Yo embriagada? ¿Embriagada con qué? ¿Con la botella que ayer se te cayó a ti en la calle de debajo del delantal?

—¿Eh? ¿Qué es lo que dices? ¿Que a mí se me cayó ayer la botella en la calle? Mientes, puerca, cochina, cerda, piojosa, desvergonzada.

—Te duele la verdad, ¿no es eso? Inútilmente lo negarás, porque también Mariconche te vio.

—A la insulsa, badulaque, bizca y bellaca Mariconche, lo mismo que a ti, yo os quitaré el pellejo de la cara con mis zarpas, aunque lo tenéis bien grueso.

—¿Tú?, ¡ja-jai! No olvides que si no tienes piojos en la cabeza es porque anteriormente yo te maté las liendres.

—¿Tú matarme a mí las liendres? No estás mala. En mi cabeza no hay liendres. Yo tengo bien limpia la cabeza, Tramana. Tan limpia como tú, sucia, asquerosa, no la has tenido nunca.

—¿Limpia con qué? ¿Con el aguardiente que llevaste de casa de Chanton Kaiua? Mejor hicieras si hubieras limpiado también las legañas de los ojos.

—Si llevé aguardiente de la casa de Chanton, era bien llevado; de lo mío, y no como tú, a cuenta de otro...

—¡Ja, jai! ¿No has dicho, pues, antes que no lo llevaste?

—Antes, ahora y siempre, la verdad es la mía, míaaa...

—Vete da ahí, sosa, muerta de hambre. Quítateme de delante, porque si no...

—Si no, ¿qué? Me iré yo cuando quiera, por no ver ante mí una mujer como tú, torpe, mugrienta, llena de manchas.

No terminó con esto el altercado de Tramana y Brix: se alejaron una de otra, murmurando sus cosas; pero volvieron a encontrarse de nuevo, dos, tres y hasta cuatro veces, y allí fue Troya al fin, cuando mutuamente se fueron a las manos.

Muchos pensarán que pongo aquí demasiadas bajezas: bien puede ser, pero no he puesto ni la cuarta parte de lo que dijeron Brix y Tramana, y a pesar de todo, los hombres del pueblo prosiguieron en los trabajos y quehaceres de las lanchas, sin hacer el más mínimo caso. ¡Si era cosa de siempre! Si hubieran sido otras, pero Tramana y Brix..., ¡bah!

(*Kresala,* VIII.)

KITOLIS

Era poco antes de Navidad. Nos hallamos cuatro individuos en una pequeña lancha a la hora que comienza a anochecer, en la pesca del berdel, frente a Orio. Cuando nos quedamos solos, pensando por un lado que era tarde, por otro que hacía frío y que habíamos capturado un poco de pescado... comenzamos hacia casa. Soplaba el solano, el viento que viene de tierra. Levantamos el

trinquete y veníamos sin cuidado, mientras que el timonel se calentaba las manos en los sobacos, trayendo la cuerda atada a un banco... Y en una de éstas, ¡brast!, nos pega un fuerte golpe de viento, y *¡dsaust!*, todos al mar, a una y en mezcolanza con los peces, cestos, sogas y todos los aparejos que había dentro de la lancha. Con todo salimos de debajo del agua, ahí el uno y aquí el otro, todos tiritando de frío; nos acercamos a nado a la lancha que estaba con la popa en alto, y nos preguntamos mutuamente: Hombres, ¿qué ha sido esto? Pero no hacía falta que nadie contestara: todos lo sabíamos. Un pequeño descuido, un exceso de confianza. ¿Pero a quién se le iba a ocurrir semejante cosa, si el mar estaba totalmente en calma?...

Nadie ha visto jamás escena más lastimera. Cerca de nosotros no había nadie, y allí tendríamos que mantenernos a flor de agua hasta la mañana. ¡Hasta la mañana! ¡Y todavía, a lo sumo, no serían las seis!... Consumidos de frío y de miedo, y tener que permanecer en esa situación durante doce, trece o catorce horas! ¡Y además, no sabiendo si a la mañana siguiente vendría alguien a nosotros!... «A ver, muchachos —nos dijo el timonel, por animarnos un poco—, ofrezcamos a la Virgen de la Antigua que iremos a su ermita todos descalzos y portando los remos a hombros, si salimos de aquí con bien, y empecemos ahora a rezar el rosario...

Yo coloqué a Nicomedes, mi querido hijo de doce años, a gatas sobre la quilla, y empezamos a rezar... Sólo Dios sabe cuántas plegarias hicimos. Además del rosario, rezamos padrenuestro y avemaría e hicimos mil plegarias cordiales largas y cortas a todos los santos, aprovechando también algunos momentos para virar nuestro cuerpo dolorido a una parte y a otra... Mientras nos ocupábamos en esto, hacia las diez, en la fuerza que traía el viento y en los balanceos de la chalupa conocimos que el mar iba a hervir y que la muerte rondaba cerca de nosotros. Estaba oscuro. El silbo del viento que nos venía a los oídos me parecía de escarnio. En tierra se veían los faros de Guetaria y Zumaya, y a mí se me antojaron luces de muertos. ¡Eramos nosotros los que estábamos muriendo con plena salud!...

«¿Qué hora será, aproximadamente?», preguntó el viejo Martín, con un acento que anunciaba la muerte. «En-

tre las diez y las once», le dijimos. Y él, con el más sombrío de los tonos que aún tengo en las orejas: ¡«Qué larga es la noche! —prosiguió—, ¡cuán larga! Yo no puedo durar más, pronto tengo que concluir, y si vosotros veis alguno de los nuestros...» No tuvo tiempo para decir más, pues un golpe de ola nos lo arrebató de al lado. Por cierto que volvimos a traerlo de nuevo y le aconsejamos que asiera fuertemente al borde de la lancha; pero no tenía fuerzas para nada, y echando espuma de la boca, diciendo «Pésame, Señor, pésame Señor», se fue al fondo... El mar venía cada vez más crecido, las olas cada vez más fuertes, y nosotros nos hallábamos cada vez más cansados. Queriendo buscar una postura menos penosa, tan pronto colocábamos el peso del cuerpo sobre una mano, tan pronto sobre la otra, ahora subíamos sobre la quilla, ahora bajábamos al borde de la lancha, no pudiendo estar encima... Martín dijo que la noche era larga. ¡Sí que es larga! ¿Y qué será la eternidad para el que está sufriendo?...

(*Kresala*, XI.)

GAROA

LA ENFERMEDAD DE JOANES

Pero si el cuerpo se le quedó impedido y abatido, no así su alma: el alma la tenía más luminosa que nunca, más viva y más robusta. La memoria de Joanes recordaba como nunca los alegres años de su juventud, la inteligencia de Joanes conocía como nunca las profundas verdades eternas de Dios, el corazón de Joanes amaba más tierna y sinceramente que nunca al Dios Creador Poderoso.

Cuando sentado en el viejo banquillo de junto al fuego, mirando a la llama viva de las ramas o a la dorada lengua de fuego que lamía el tronco, se quedaba solo, ¡oh!, con qué sabroso amargor le venían a la memoria todos los acontecimientos de su vida, desde que fue menudo crío hasta llegar a viejo escuálido. El primer traje de hombre, la primera bajada al pueblo, la primera subida al monte, las diversiones de chico, las fiestas de San Miguel de muchos años, los dulces días que precedieron

al casamiento, los momentos en que nacieron sus hijos, el gozoso advenimiento de la nietecita..., todo parecía de ayer por la mañana, todo lo tenía a su lado, la imaginación se lo acercaba todo, a la manera que el viento sur que precede a la tormenta suele aproximarnos las tierras y los montes lejanos. A la verdad, el ayer y el hoy, el verano y el invierno, la juventud y la vejez, no están lejos el uno del otro: podemos decir que son la mañana y el anochecer del hombre; a Joanes se le antojaban como las dos caras de la misma moneda.

¡Oh!, con qué claridad le mostraba el entendimiento la nada del hombre al pensar en la eternidad de Dios! Antes, muchos antes que él, Joanes, fuera engendrado, Dios ya existía y era hermoso, grande, poderoso, feliz, Creador y Provisor de todas las cosas; cuando él, Joanes, se había acercado a la muerte, Dios continuaba siendo el mismo de antes, poderoso, grande, hermoso, feliz. Y de la misma manera lo hallarían los descendientes de Joanes y de la misma manera lo dejarían, porque así fue y así sería, siempre poderoso, siempre igual; sin comienzo, y origen de todos los comienzos; sin término, y fin y remate de todos los términos.

(*Garoa*, X.)

EL SUEÑO DE JOANES

Os voy a manifestar —dijo una vez— el sueño que tuve hace tiempo en la campa de Urquiola. Estos días lo he recordado.

Después de comer, sentado sobre las raíces de un roble bravío, encendí mi pipa.

El roble era de anchas raíces, gruesa cintura, hombro torcido, copa frondosa; sus ramas superiores llegaban casi hasta el cielo. Sus raíces eran fuertes, y las tenía fuera de la tierra en todo el derredor, la corteza la tenía rajada y como reventada, dejando al descubierto la parte interior quemada del tronco a semejanza del seno de algunos ancianos, y junto a la frente mostraba un grande agujero roji-negro, a manera de vieja herida incurable.

—Bien se ve que eres viejo —se me ocurrió, mientras miraba al roble por entre las nubes del humo de la pipa.

Había dormido poco aquella noche, y sin darme cuenta, sin tiempo para guardar la pipa, se me cerraron los ojos, me venció el sueño.

Y en cuanto me cogió el sueño, comencé a soñar.

—¿Que soy viejo? —me decía el árbol—. Es verdad. Ni yo mismo sé cuántos años tengo. Yo no sé qué son y para qué son los años, pero ciertos hombres tampoco lo saben... ¿Cuándo fui yo pequeño? De seguro que alguna vez lo fui. Alguna vez fui como una de esas bellotas que tengo en las extremidades de mi copa. ¿Quién lo creyera?... Me metieron bajo tierra, o me metí yo (eso no lo sé de ciencia cierta), pues todas las cosas pequeñas suelen estar bajo tierra; pero en mi ansia de vivir, poco a poco, lentamente, saqué mi cabeza de bajo tierra a la superficie, vi la luz del cielo, conseguí un poco de fuerza, hundí fuertemente en lo posible hacia abajo mis raíces o pies, levanté más y más mis brazos, y con el transcurso de días y de años, vistiéndome en la primavera de hoja verde y quedando en el negro invierno en puros huesos, unas veces bajo el sol canicular y otras bajo prolongados y terribles aguaceros, me hice grande, fuerte y rollizo, más grande que todos los colegas del contorno, más fuerte y más rollizo que ellos.

Mucho me ha tocado ver desde entonces en mi larga vida. No se pueden contar las injurias que me ha infligido la tormenta. Con frecuencia he tenido que recibir sobre mí el bellaco estallido de la granizada, con frecuencia me ha alcanzado y herido la piedra (la descarga) viva y compacta que velozmente baja de las nubes, más de mil veces he sostenido durante noches enteras luchas feroces con el viento formidable, y a ratos, en el transcurso de la negra pelea se me han roto mis mejores ramas. Si no he perdido todo mi existir, se lo debo a mis fuertes raíces. Raíz, raíz es lo que se necesita para ser rollizo y dar cara a la tempestad. Los árboles que son trasplantados de una parte a otra, gráciles, pero sin raíces, caen cabeza abajo y quedan en ridículo ante la tempestad.

(*Garoa*, X.)

EL CREPUSCULO VESPERTINO

La tarde era espléndida, dulce, pura, hermosa y vivificante, apta para poner alas en el corazón y como para abrir en el alma caminos anchurosos que llegan hasta el cielo. El tibio sol desprovisto de fuerza, dejada bajo la sombra la mayor parte de la tierra, se ocupaba en clavar sus últimos alfileres de luz a la cumbre del monte, oblicuamente y gota a gota; el céfiro suave, el vientecillo del anochecer, jugueteando en las hojas nuevas, cimbreando las hierbas alargadas, acariciaba blandamente los rostros del abuelo y de la nieta, como con pluma de ángel; los diminutos pájaros alegres, el tarín, el paro azul, el jilguero, el petirrojo, fatigados por las andanzas y canturreos de todo el día, se hallaban retirados en los matorrales y arboledas, guardado el pico bajo las plumas, a modo como el chistulari guarda su silbo en la vaina; los feos y torpes murciélagos, en su volar insulso y vacilante, se dirigían de una a otra parte en plan de caza, en busca de mosquitos e insectos; la primera dulce estrella, en lo profundo del firmamento azul, descubrió su plácida luz, a semejanza de una pepita de oro vivo, y las ranitas de los pozos dieron principio al monótono y duradero canto nocturno de los caseríos: klin-klon, klin-klon.

(*Garoa*, XV.)

PEDRO MIGUEL URRUZUNO (1844-1923)

Nació en Elgoibar (Guipúzcoa). Se hizo sacerdote y la mayor parte de su vida la pasó en Mendaro (Guipúzcoa), primero como párroco y después como capellán del Convento de monjas agustinas. Hombre humilde, abnegado, entregado al servicio de todos, especialmente de los más bajos y desfavorecidos. Vivió en íntimo contacto con el pueblo bajo, cuya vida, costumbres y lengua conoció como pocos. No tenía dotes para el púlpito; sin embargo, escribió una prodigiosa cantidad de artículos en todas las revistas vascas de la época. Los temas que en ellos toca son generalmente li-

geros y triviales, escenas de la vida, cuentos, episodios cómicos, etc. Es uno de los autores más humoristas de la literatura vasca. Entre sus mejores amigos figuraban los gitanos, a quienes ha dedicado muchos artículos. También tradujo al vasco varias obras ascéticas (Cochem, Baudran).

En 1930 se publicó un libro con una selección de cuentos, entresacados de los que publicara en las revistas. Recientemente la colección Auspoa ha publicado hasta 3 tomos con trabajos de Urruzuno, y aun debe de haber más en proyecto. Los tomos publicados son el 5, el 47, y el 51 de la citada colección.

Las revistas en que Urruzuno publicó sus trabajos son «Euskal-Erria», «Eskaltzale», «Ibaizabal», «Euskal Esnalea», «Baserritarra», «Jesusen Biozaren Deya» y «Argia». También cultivó el verso.

DEL PAIS VASCO AL CIELO

I

A la pobre Ventura le llegaron días tristes. La abuela a quien ella tanto amaba, que había sido para ella la mejor de las madres, que tantos besos sabrosos le diera, la que tan bien le enseñó el camino del cielo, murió con noventa y un años, quedando ella a los veinte de edad en la tierra huérfana.

En medio de todos sus sinsabores, tenía una satisfacción. Ella hizo todo lo que pudo por su pobre abuela, y así murió como una buena cristiana, y además encargaría todas las misas que pudiera, para que cuanto antes se fuera al cielo, si ya no estaba en él, y la pobre abuela le ayudaría desde allí.

La señora Rosa no se olvidó de Ventura; la trajo a su palacio y parecía que la tenía adoptada como hija. De sobra está decir cuán bien correspondía Ventura a su bienhechora.

Una noche de invierno, después de rezar el santo rosario y leer la vida del santo del día, como aún era pronto para ir a dormir, la señora Rosa le dijo a Ventura:

—¿Sabes algún cuento?

—Yo no sé cuentos, pero alguna cosa parecida a cuento sí que sé.

—¿Qué será ello?

—Un sueño.

—¿Soñado por ti?

—Sí, señora.

—¿Es bonito?

—En mi opinión, muy bonito.

—¿Me lo vas a decir?

—Sí, señora, y con mucho gusto, si usted lo desea.

—Oigámoslo, pues —dijo la señora Rosa, y Ventura comenzó a decir así:

—Una noche comencé a soñar, estando dormida.

—Por cierto que estarías dormida —dijo la señora Rosa—. Nadie sueña estando despierto.

—Perdone —contestó Ventura—, aun estando despierta yo suelo soñar.

—¿De veras?

—Sí, señora, sí, de veras.

—Entonces has tenido dos sueños: el uno estando dormida y el otro despierta.

—Así es, señora.

—Dinos hoy el primero, el que hiciste estando dormida, y mañana dirás el otro.

—Voy a comenzar a decir el primero. Como antes he empezado, voy a decir de nuevo: estando dormida se me apareció un ángel muy hermoso. Traía dos alas pequeñitas en las manos.

—Mujer —le dijo la señora Rosa—, ¿las alas en las manos?

—Sí, señora —le respondió Ventura—, pero traía esas alas además de sus alas grandes. Me puso a mí en las espaldas las dos alas pequeñitas, y me dijo: «Ven conmigo», comenzamos ambos a volar, y pronto llegamos más arriba que la luna, el sol y las estrellas.

—Y aguarda —le dijo la señora Rosa—, ¿no encontrasteis en el camino alguno de esos aeroplanos de ahora?

—Algunos sí, señora; allí andaban que parecían murciélagos, ya para aquí, ya para allá, como los hombres que andan borrachos, pero no les hicimos gran caso.

—¿Y después? —le preguntó la señora Rosa.

—Después —le contestó Ventura—, pronto llegamos al cielo. Lo que allí vi, lo que oí y lo que sentí, yo no lo puedo decir. Me parecía que era un mar hecho con todas las hermosuras, sabores y placeres, y que estaba en

medio de ese mar. En lo más alto aparecía un trono, el más hermoso posible, y una mujer en el mismo, mucho más hermosa que los mismos ángeles, y rodeada de ángeles. Sin saber cómo, volé hasta sus pies, deseando besarlos, pero me dijo: «No.» Me tomó en sus brazos, y me dio un gran beso en medio de mi frente. ¡Qué era aquello! Aquella dulcedumbre me iba a hacer reventar de puro gozo, y me desperté; a duras penas me di cuenta de dónde me encontraba.

—Luego sentirías tristeza —le dijo la señora Rosa.

—No lo crea —le contestó Ventura—, me quedé con la esperanza de que ese sueño se va a trocar todavía en realidad, y que así lo quiera Dios.

II

Al día siguiente por la noche, como siempre, rezaron el santo rosario, leyeron la vida del santo del día, y la señora Rosa le dijo a Ventura:

—A ver cómo nos dices ahora el segundo sueño.

—¿El que tuve estando despierta, o el que tengo con frecuencia?

—Sí.

—Inmediatamente —le contestó Ventura—. Entre los consejos que me dio mi querida abuela poco antes de morir, me quedó uno firmemente impreso en el corazón. «No salgas jamás del País Vasco; del País Vasco al cielo; del País Vasco al cielo; del País Vasco al cielo.» Me lo dijo por tres veces, y yo traigo en mi mente un proyecto para realizar ese consejo, pero es como un sueño.

—¿Y puedo yo saber cuál es ese proyecto o plan? —le preguntó la señora Rosa.

—Sí, señora, sí —le respondió Ventura—. Inmediatamente se lo diré: cada vez que entro en la iglesia de las monjas, suelo decir para mis adentros: «si yo viviera ahí adentro, me iría del País Vasco al cielo...»

—¿Y te irías monja? (la señora Rosa).

—Sí, señora; pero...

—Y ellas, o sea, las monjas, ¿no te recibirían?

—Sí, señora, pero...

—¿Qué quieren decir esos dos «peros»?

—El primero quiere decir que no tengo dinero o dote.

—¿Y el segundo?

—Que necesito también el consentimiento de usted.

—Y aun teniendo dinero, ¿no te irías sin mi consentimiento?

—No, señora.

—¿Por qué no?

—Porque le debo a usted mucho, y además, aunque el decirlo me dé un poco de vergüenza, se lo diré: porque le amo a usted mucho y tanto como no puedo decir.

—Y aunque yo no lo quisiera, ¿si Dios te llama?

—Dios quiere que se corresponda con agradecimiento a los bienhechores: y yo le pediría a Dios que le cambiara a usted la voluntad, a fin de que me diera el permiso, y conseguiría esta gracia: así lo creo.

—La tiene conseguida, pobrecita —dijo la señora Rosa en su corazón; en sus ojos empezaron a asomarse las lágrimas, y a fin de que Ventura no lo conociera—. Sí, sí, mañana hablaremos —dijo, y se fue la señora Rosa, diciendo «Buenas Noches», a su cuarto; y también Ventura al suyo.

Tan pronto como entró la señora Rosa en su cuarto, lloró abundantemente y hablando a solas dijo:

—¡Ay, Ventura, Ventura! No sabes todavía cuánto te y aquí en la tierra, la morada para los ángeles, es esa santa casa que tú has escogido. He envejecido, y pronto tengo que morir; el apartarme de ti me acortará la vida, pero conozco bien que para una joven hay hoy grandes peligros, si se queda sola. Tu abuela te llama «Del País Vasco al cielo», y el camino más recto ella misma te lo ha puesto en la mente; yo moriré contenta; al pensar que dejándote en un sitio tan bueno, también tú te acordarás de mi alma.

III

No quiero cansar a mis lectores: voy a concluir lo más brevemente posible.

El día de la Virgen del Carmen fue dichoso y memorable para Ventura. Ese día ingresó en el convento, acompañada de la señora Rosa. Al dar Ventura el último beso a la señora Rosa, su madre de adopción, le dijo:

Este beso es el principio de aquel beso entrañable que pronto le daré en el cielo por toda la eternidad...

Para poco tiempo entró Ventura en el convento. Llevaba dieciséis meses, y habiendo enfermado, el médico desde el primer día le dio mal diagnóstico. Su mal era la tuberculosis, el mismo de su difunta madre.

Las monjas estaban muy tristes, pero conocían que Ventura era un ángel, y que el lugar de los ángeles era el cielo. La enferma con la fuerza del mal y con el deseo de ir cuanto antes al cielo, fue preparándose bien y acercándose a la muerte.

¡Ay! La pobre tiene una respiración fatigosa, suda copiosamente, ya no habla.

Está a su lado Fray Juan, ayudándole a bien morir... «Abranse los cielos... venga el arcángel San Miguel... vengan a tu encuentro todos los ángeles, para que te lleven al cielo», decía Fray Juan, y la enferma, abriendo desmesuradamente los ojos, con un semblante risueño comienza a hablar y dice: «¡Ah, qué hermoso coro de ángeles, ah, qué cantos tan alegres! Vienen cantando: Veni sponsa Christi, ven esposa de Cristo, ven esposa de Cristo.»

—Ya voy, sí —contesta la enferma.

Todas las monjas estaban llorando en torno suyo, y la superiora le preguntó:

—¿A dónde vas, pobre?

—¿A dónde? —le contestó Ventura—. Del País Vasco al cielo...

Estas fueron sus últimas palabras.

I V

En el cementerio del convento aparece todavía una vieja cruz de madera con este epitafio:

Aquí está sepultada
la muy querida hermana Ventura,
aquella que siempre vivió
a manera de un ángel;
pero no siendo la tierra digna
de cobijar a un ángel,

muerto el cuerpo, el alma ha ido
del País Vasco al cielo.

(Apareció en la revista *Euskal-Erria*, 1914; reeditado en *Auspoa*, tomo 5, páginas 13-23.)

EVARISTO BUSTINZA «Kirikiño» (1866-1929)

Nació y murió en Mañaria (Vizcaya). Cursó estudios superiores de ciencias físico-matemáticas. Ejerció el profesorado en Almansa (Albacete) y en Sigüenza (Guadalajara). Noticioso del renacimiento de la literatura vasca que a fines del siglo pasado se notaba, y llamado por Azkue para colaborar en la revista «Euskalzale», se vino a Bilbao. Efectivamente colaboró con gran aceptación en diversas publicaciones periódicas de la época. Firmaba sus trabajos con el seudónimo «Kirikiño» (erizo). El terreno en el que **Kirikiño** triunfa es la descripción de escenas de la vida vasca, de relatos y sucedidos cómicos, etc. Su lenguaje es siempre chispeante, vivo y lleno de gracia, espejo fiel de la lengua vasca hablada y popular.

De Bustinza nos han quedado dos libros que son recopilación de las narraciones y cuentos que publicaba en revistas. Ambos llevan el título consagrado de **Abarrak (Ramillas).** El primer **Abarrak** se publicó en 1918 y el segundo en 1930. Kirikiño ha sido uno de los autores más leídos por el pueblo.

Gracias a los esfuerzos del P. S. Onaindía, C. D. se ha recopilado en un tomo mucho de la producción de Kirikiño: **Abarrak,** Bilbao, 1966. Este tomo incluye todo lo publicado en los dos libros de 1918 y 1930 más los artículos revisteros de Kirikiño hasta 1903. El mismo editor promete darnos otro tomo con los restantes artículos periodísticos de él.

Presentamos dos muestras de la pluma de Kirikiño.

RAMILLAS (ABARRAK)

CARNAVAL

Aparece un grupito de críos chiquitines; mejor dicho, se oculta en el hoyo de la carbonera que está dentro del terreno acotado.

—Muchachos, hoy es carnaval y debemos ir al pueblo disfrazados.

—Bien has discurrido.

—¡Eso, eso!

—¡Vivan los chicos!

¡Qué alegría por disfrazarse! De un sitio o de otro han conseguido unos trapos viejos y unos grandes papelones. Alguno, después de dar una vuelta por casa, ha traído un ovillo, sin duda robado a la madre.

Se han repartido los trapos y los papeles, después de interminables altercados. Les hacen los agujeritos para los ojos y atándolos con un poco de hilo por el cogote, se han hecho y se han vestido unas elegantes máscaras.

Después colocan la camisa por encima de los pantalones, se visten la boina y la chaqueta al revés, doblan la parte inferior del pantalón y la levantan casi hasta las rodillas..., y he ahí disfrazados a los críos chiquitines de mi pueblo.

Los de las ciudades se disfrazarán mejor que ellos; pero ninguno tendrá más alegría, aunque vistan trajes vistosos y elegantes.

¡Vaya unas carcajadas que sueltan cuando se miran los unos a los otros!

—Muchachos, mirad la camisa de éste. Pronto te reconocerán a ti, cochinillo.

—¿Acaso tú la tienes más limpia? Con esas piernas que parecen palillos...

—¡A éste la máscara no le cubre ni la mitad de la cara. Tiene una aldaba tan grande!

—¡Oye, tú, charlatán! Sábete que no la cambiaría con ese erizo de castaña hueca que tú tienes.

—Ea, dejaos de boberías, vamos al pueblo.

—Hoy tenemos que asustar a todas las viejas.

Han metido piedrecillas en unas latas de pimiento y haciéndolas sonar se ponen por fin en marcha entre gritos y relinchos.

A la vera del primer riachuelo que encuentran en su camino, junto a una casa, hay unos utensilios de cocina que están secándose, después de haber sido lavados. Cogen de allí dos sartenes y una caldereta para producir más estruendo, y así con gran estrépito entran en la población.

Si en algún lugar divisan un gato, le lanzan piedras, profiriendo ellos mismos grandes maullidos. Todos los perros huyen al galope a las traseras de las casas o al interior de las mismas, adonde les es posible, y desde allí profieren ladridos de miedo sin cesar. Se les han reunido todos los niños del pueblo que estaban jugando cerca de casa, y prosiguen todos reunidos.

En el castañal que hay detrás del molino han capturado después un asno viejo de orejas grandes, Se ha montado uno en él y andan alegres de un sitio para otro, produciendo grandes sones y echando piedras y palos en todas las puertas que encuentran cerradas.

Todas las viejas están muriéndose de risa, contemplándoles, con sus ojillos arrugados llenos de vida y gozo, y dejando ver en sus bocas envejecidas algún diente suelto.

Pero en esta tierra no hay gozo duradero, y aquel gozo se esfuma también muy pronto.

Sin apercibirse nadie se han acercado por un lado el molinero en busca de su asno, por otro el hombre de la casa cuyas sartenes y caldereta cogieron y que venía por ellas.

El jinete que andaba arrogante sobre el burro recibe dos grandes pescozones; y los que andan con los utensilios de cocina, y también los restantes, reciben buenos puntapiés y cachetes..., y ahí se acabó toda la alegría de los carnavales de nuestro pueblo.

Se han fugado y desparramado los niños a los extremos del pueblo. Han puesto sus vestidos como de ordinario, y se acabó todo.

Preguntadles a estos muchachos si se han divertido o no en carnavales, y os contestarán que aún tienen las costillas doloridas de tanto reír.

Ni en Bilbao ni en París ni en Niza ni en ninguna parte se han divertido más que estos pequeños.

Todavía cuando se hagan mayores recordarán las peripecias de los días de carnaval. En toda su vida recorda-

rán con gozo los pescozones del molinero y los puntapiés y sopapos del otro hombre.

La alegría no consiste en vestir de un modo o de otro, en tener mucho o poco. La alegría reside en el interior de uno, en su propio espíritu.

(*Abarrak*, 1918; pp. 56-59.)

LA SABIDURIA DE ROMANONES

Sabemos que este ministro es cojo de los pies, y en el decreto que ha dado acerca del catecismo manifiesta que es mucho más cojo de la cabeza, pues en el preámbulo de ese decreto dice: «Con la lengua de Castilla propagamos en América nuestra fe y nuestro progreso»...

Ahora mismo vais a ver, queridos lectores, cómo conoce la historia de su nación un señor ministro de España.

Carlos I de España y V de Alemania mandó que se enseñase el castellano a los indios de América, pero únicamente a los que tuvieran voluntad o deseo, y a nadie más. El ministro de hoy hubiera mandado que se enseñase a la fuerza. El gran rey Carlos parecía más liberal que este ministro liberal.

Pero Felipe II y Felipe III, hijo y nieto de aquél, conociendo mejor la idiosincrasia y necesidades de los indios, mandan que a éstos se les enseñe el catecismo en su lengua, no en castellano.

«El medio más necesario para enseñar y proponer la doctrina cristiana y para que los sacerdotes administren los sacramentos es el conocimiento de las lenguas de los indios.»

Fundándose en esta clara verdad, Felipe II mandó que se estableciesen cátedras en Méjico, Quito y en las Universidades de las grandes ciudades, para enseñar las lenguas de allí, diciendo: «Rogamos y decimos a los Arzobispos y Obispos de nuestras Indias que no permitan a los frailes enseñar la doctrina o tener cura de almas, sin haber inquirido y averiguado previamente, ya por medio de su Obispo o por hombres nombrados al efecto, si son capaces para este menester y si conocen el idioma de los indios, a quienes deben enseñar la doctrina e impartir los sacramentos... y que este mandamiento lo cumplan los

que enseñan la doctrina, aunque sean Superiores de conventos, y que no se les tome en consideración ningún pretexto»...

Y Felipe III, siguiendo el mismo camino, decía: «Mandamos que no sea maestro de doctrina fraile alguno que no sepa el idioma de los indios a quienes ha de enseñar; y para eso los que son llevados a las Indias aprendan con sumo empeño.»

Estas órdenes y otras muchas, en las que se decía que se guardaran las leyes y costumbres de los indios, son las que introdujeron la fe y el progreso, no como dice el ministro cojo, por medio de la lengua de Castilla, y mucho menos por medio de las violencias que hoy ejercen los castellanos.

¡Y quién lo dijera! Cuando doscientos años más tarde los pueblos de América se levantaron contra España, ¿quiénes fueron los leales? Los indios, los que no sabían hablar en castellano, los que habían guardado sus costumbres y su idioma, ellos eran los que ayudaban al ejército español; los que hablaban castellano, los hijos de españoles, o por lo menos de su ascendencia, eran los peores y los que mostraban mayor rencor.

Todos dicen que la historia es maestra para la vida de los pueblos, y así es; pero no aquí, donde tenemos en los altos puestos de mando cabezas hueras como la de Romanones.

(Semanario *Ibaizábal*, 7-12-1902; véase *Abarrak*, 1966, pp. 299-300.)

GREGORIO DE MUGICA (1882-1931)

Nació en Ormaiztegui (Guipúzcoa). Hizo estudios en Vergara y en San Sebastián, obteniendo el título de perito industrial y de ingeniero mecánico. Destacó como orador en euskera en campañas de propaganda euskerista. Pronunció discursos en lengua vasca en multitud de localidades con ocasión de las fiestas éuskaras. Fue secretario de la sociedad «Euskal Esnalea» (El despertador del vascuence), que publicaba una revista del mismo nombre, más una biblioteca

euskérica con ediciones de autores viejos y modernos, organizaba ciclos de conferencias en vasco, concursos de trabajos históricos y literarios, etc.

El mismo publicó varias monografías históricas. Fue además periodista notabilísimo, tanto en castellano como en vascuence.

Además de los trabajos dichos, Gregorio de Múgica publicó un librito, muchas veces reeditado, en que se recogen las anécdotas y ocurrencias de Fernando de Amézqueta, muy celebradas entre la gente campesina de Guipúzcoa. Fernando de Amézqueta fue ciertamente personaje histórico, bersolari, especie de bufón, socarrón y autor de calaveradas inocentes.

El P. Antonio Zavala, S. J., en el tomo 54 de la colección Auspoa, ha podido allegar multitud de noticias sobre el mismo, recopilar sus versos y sus anécdotas, tomándolas de diversas fuentes. En la colección Vardulia apareció también la traducción castellana de estos cuentos, hecha por Fr. P. Zabala, O. F. M.

EL CERDO DEL PARROCO

También entonces, como todos los años, el señor párroco de Amézqueta mató el cerdo. Pero era pequeño, y si, en conformidad con la costumbre, hubiera empezado a repartir morcillas de casa en casa, se hubiera quedado sin nada para él. Y el no repartir lo hubieran tomado a mal en el pueblo. Cavilando sobre el particular, llamó a Fernando y le dijo lo que le pasaba.

—Eso tiene remedio fácil, señor párroco.

—Veamos cómo...

—Ese cerdo pequeño que ha matado colóquelo junto a la puerta que está cerca de la huerta, a fin de que todos lo vean.

—Bien.

—Y mañana diga usted que se lo han robado.

—¡Caray! No está mal... No está bien que un cura diga una mentira, pero... se trata de cosa menuda, y así lo haré...

Según lo dicho, colocó el cerdo junto a la puerta que está cerca de la huerta. Y por la noche el mismo Fernando lo robó.

A la mañana siguiente, cuando el párroco vio que no estaba allí el cerdo, apurado llamó a Fernando, y le dijo:

—Feranndo, ¡no sabes lo que me ha pasado! ¿Sabes que esta noche me han llevado el cerdo?...

—Así, así. Así debe usted decir: que se lo han robado.

—Que no es mentira, Fernando. De veras me lo han robado.

—Así, así. Manténgase en sus trece. Si así lo hace, todos se lo creerán.

A fuerza de decir, hasta Fernando se convenció al fin.

—Si es así, señor párroco, que sea mi casa la primera en ser registrada.

—No, hombre. Yo no sospecho de ti.

—No importa. Quiero que se miren todos los rincones de mi casa.

Y los miraron. Anduvieron por todas partes, arriba y abajo, pero no apareció el cerdo.

No era fácil, pues estaba bien escondido. Lo tenían en la cuna del niño, metido en el jergón; el niño estaba llorando en la cuna y la mujer de Fernando cantando, mientras mecía la cuna. ¿A quién se le iba a ocurrir mirar en el interior de la cuna, debajo del niño?

Mas llegó la cuaresma, y al confesarse había que decir todo al cura. Se lo dijo, en efecto, y el párroco, ante la satisfacción que procura el saber la verdad, se lo perdonó todo al ocurrente Fernando.

(*Pernando Amezketarra*, n.° 17.)

MIGUEL DE UNAMUNO (1864-1936)

El célebre Rector de la Universidad de Salamanca es el creador de una especie de «leyenda negra» en torno al vascuence. La mentalidad de muchos intelectuales (tanto de dentro como de fuera del país) ha estado imbuída en este punto por ideas y argumentos tomados del armamentario unamunesco.

Unamuno nació en Bilbao. No habló el vascuence en su niñez. En su juventud decidió estudiarlo, aunque no llegó a

manejarlo sino muy imperfectamente y sólo por escrito. Bajo este aspecto es un caso similar al de Sabino Arana. En esta época de su juventud llegó a redactar algunos pequeños trabajos y poesías en esta lengua que muestran bien a las claras lo que decimos, a saber, el deficiente conocimiento que de ella tenía, y el torpe y dificultoso manejo que hace de la misma. En 1888 Unamuno se presenta a oposiciones para una cátedra de vascuence en el Instituto de Bilbao. No gana la plaza. Posteriormente se convence de que su porvenir personal no está en el vascuence, sino en el castellano. En su extensa producción castellana (lo mismo que en sus clases de griego) se ocupará con frecuencia del vascuence. Unamuno sostiene que el vascuence es una lengua intrínsecamente inepta para servir de vehículo a la moderna civilización; que por lo tanto el país debe apresurarse a abandonarlo. *Afirma que el vasco se muere sin remedio*, por ley de vida, sin que exista fuerza humana capaz de revitalizarlo. La causa de su extinción sería de orden intrínseco, o sea, su misma ineptitud o incapacidad para expresar las realidades de la compleja civilización moderna. Ridiculiza los esfuerzos de los aranistas que pretenden «galvanizar» la lengua, creando terminachos artificiales para expresar las ideas nuevas. Toda lengua —dice Unamuno— se renueva tomando elementos de fuera; el vasco no lo puede hacer sin degenerar en jerga. Otra muestra de su inferioridad congénita sería la complicación de su gramática. Por todo ello, los vascos deben imitar a los salvajes, que dejan sus flechas por el Mauser, es decir, deben dejar el vasco por el castellano...

En Unamuno tenemos la antítesis de los apologistas en que tan pródigo fuera el país. Los apologistas del vascuence (Echave, Garibay, Larramendi, Erro, Astarloa, etc.) descubrían en esta lengua no sé qué perfecciones intrínsecas, fijándose en el admirable concierto de su gramática. La *denominaban «lengua filosófica»*, etc. Unamuno vendrá a emplear casi los mismos argumentos para probar todo lo contrario. Pero si las razones alegadas por aquéllos valen poco para ensalzar la lengua vasca, tampoco las de éste valen para desvalorizarla. Científicamente no cabe hacer discriminaciones entre lenguas superiores e inferiores; lo más que se podrá decir es que las circunstancias históricas han favorecido más a unas que a otras.

El articulito que traducimos se publicó en la revista «Euskal-Erria» XIX (1888), pp. 299-300, y fue luego incluido en las Obras Completas de Unamuno, ed. Afrodisio Aguado, t. VI, pp. 243-245. Nuestra traducción es más o menos aproximativa, *pues tal como está, con su sintaxis totalmente extraña* al vasco, tiene pasajes ininteligibles.

¡TE SALUDO, ARBOL BENDITO!

En invierno se marchita el árbol. Las hojas caen a sus pies, y allí sirven para dar fuerza a las hojas nuevas que saldrán en la primavera.

Lo que es la imagen para el cuerpo, eso es la lengua para el espíritu. Nos arrebataron las Viejas Leyes, siendo como eran nuestra vida; pero si guardamos nuestra alma euskaldun, de aquí surgirán de nuevo los Fueros, surgirá el sol de la justicia en una primavera perdurable.

En euskera hablaban los abuelos de nuestros abuelos. Aquellos hombres vinieron, no sabemos de dónde, vestidos de pieles, armados con hachas de piedra, para trabajar en paz en esta tierra dura. Posteriormente a ellos vinieron los iberos, los celtas, los romanos y los árabes: cada uno de ellos trajo su lengua, pero sucumbieron frente a Vasconia. Los dulces sonidos del euskera se dejaron oír en los países de Terranova antes del nacimiento de Colón.

Te saludo, árbol antiguo, regado con la sangre de los hermanos y el llanto de las madres, pero bendecido por la mano de Dios, roble amado, que hundes tus raíces en esta tierra, amasada con los corazones de gentes honradas: ¡guárdanos a todos bajo tu sombra!

Te saludo también a ti, Guernica, el mejor de los pueblos, pueblo santo para todos los vascos, por hallarse en ti el árbol santo: si amado eres entre los vascos, yo te amo aún más que ellos, porque en ti he realizado los sueños más felices, he pasado día más sabroso que la miel, y porque en ti se halla el nido donde reposa lo más íntimo de mi corazón!

¡Os saludo también a vosotros, mis queridos hermanos! El tiempo venidero será mejor. ¡Tras el oscuro invierno suele aparecer la primavera!

Hasta ahora te han dicho: ¡Adelante! Pero la copa de nuestro árbol, que se levanta hasta el cielo del Dios que hizo nuestros montes de hierro, está mostrándonos el cielo, como diciendo: ¡Arriba, siempre arriba!

Vasconia comienza aquí, pero terminará en el cielo.

TORIBIO ALZAGA (1861-1941)

Nació y murió en San Sebastián. Su padre era carpintero, pero el hijo, casi desde niño, se dedicó al teatro vasco, y nunca conoció otra profesión. Siendo de edad de 13 años, y hallándose exilado en el vecino país vascofrancés, tomó parte en la representación de un juguete cómico de Soroa. Vuelto a San Sebastián, ayudaba a éste en las representaciones teatrales, y ya a los 27 años empezó a destacar como comediógrafo. Fue Maestro de la Academia de Lengua y Declamación Vasca, y profesor de lengua vasca; con él ensayaban los grupos que tenían que salir a las tablas... etc. Como en San Sebastián no le dejaban tiempo libre, cuando quería escribir alguna comedia se retiraba a Aizarna.

La lista de obras teatrales que escribió, tradujo o adaptó T. Alzaga consta de unos treinta títulos. Entre éstos se cuentan **Ramuntcho,** de Pierre Loti, la ópera **Chanton Piperri** (con música de Zapirain), etc. La colección Auspoa en sus tomos 6 y 29 ha reeditado varias de las piezas teatrales de T. Alzaga. Alzaga ha sido sin duda el alma del teatro vasco durante muchos años. Fue también director de la revista «Euskal Erria».

En cuanto a sus clases de vasco, un discípulo suyo, Raimundo Herrero Tornadijo, las ha publicado después de la muerte de Alzaga, con el título: **Estudio Elemental de la Gramática Vasca.**

Sobre Toribio Alzaga y el teatro vasco en general, puede consultarse Antonio Labayen, «Teatro Euskaro», 2 vols., San Sebastián, 1965.

Traducimos el principio de la comedia titulada **Burruntziya (El Asador).**

EL ASADOR (BURRUNTZIYA)

I

MAÑAXI y COSME

(MAÑAXI *es un ama de casa. Tiene 48 años; rostro duro y lenguaje duro. Ostenta unos anteojos grandes. Sentada en un taburete pequeño, se ocupa en remendar unos pantalones.* COSME *está de pie junto a ella. Es un chico joven, de 23 años.*)

COSME.—¿De modo que persistes en la negativa?

MAÑAXI.—Persistimos en la negativa.

COSME.—Con lo que yo amo a tu hija...

MAÑAXI.—Para posesionarse de la mujer no basta con eso.

COSME.—Yo vería con sus ojos.

MAÑAXI.—También querrías comer con su boca; y eso es lo que nosotros no podemos consentir.

COSME.—Mañaxi...

MAÑAXI.—No ganas ni para ti, ¿y quieres mujer?

COSME.—Todo el pueblo sabe que cubro mis necesidades con mi trabajo.

MAÑAXI.—No lo sé. De los bienes que te dejaron los padres no creo que te quede gran cosa.

COSME.—Me queda un asador.

MAÑAXI.—Muy bien. Y claro, ahora necesitas que mi hija te lleve el pollo para asarlo en ese tu asador.

COSME.—Yo no te pido ningún pollo. Sólo te he pedido la hija.

MAÑAXI.—Pues sábete que no obtendrás ni una ala, ni una pluma.

COSME.—Ni lo necesito. Tú bien sabes que si me he visto en la precisión de echar mano de los bienes dejados por los padres, ha sido porque he estado enfermo largo tiempo. Tú bien sabes que mientras tuve salud, conservé fielmente la herencia paterna. Y desde que me he curado, me defiendo con mi trabajo. Tú lo sabes.

MAÑAXI.—Lo que yo sé es que no tienes más que un asador. Y no me parece que para pedir la mano de una joven sea eso bastante.

COSME.—No ofrezco sólo el asador. También ofrezco un corazón.

MAÑAXI.—Pues ponlo en el asador. Veremos a ver qué clase de comida preparas para mantener la familia.

COSME.—Tú sí que me metes el asador, Mañaxi, con tus punzantes salidas.

MAÑAXI.—La verdad siempre es punzante.

COSME.—También lo que me solías decir antes sería verdad, pero no era tan punzante. Entonces tú misma me ayudabas en los proyectos que abrigaba para con tu hija.

MAÑAXI.—Pero es que entonces tenías algo más que el asador.

COSME.—Vamos a ver: ¿quieres casar a tu hija conmigo o con mis dineros?

MAÑAXI.—Contigo, mientras eras dueño de los bienes que te dejaron tus padres. Pero como ahora ya no tienes más que un asador...

COSME.—Es verdad, no tengo más que un asador. Mi madre, no sé por qué, lo tenía en gran estima y afecto. Solía decir que provenía de los antepasados de los antepasados. Por lo tanto, no debe de ser cualquier cosa. Sea lo que fuere, te he dicho la verdad: no tengo otra cosa.

MAÑAXI.—Dejado por los anteriores o por los posteriores, eso es un asador y nada más. Y yo no tengo a mi hija para que se case con un asador.

COSME.—Lo que yo te he pedido es que se case conmigo, no con el asador.

MAÑAXI.—Es lo mismo. Te miro a ti... y no te veo más que un asador.

COSME.—Porque no te da la gana. Bien claro te he manifestado mi lealtad, mi laboriosidad, el cariño que tengo a tu hija...

MAÑAXI.—Bah... bah... palabras inútiles. Naderías. Todas esas cosas no sirven para dar condimento al puchero.

COSME.—El puchero no sólo necesita condimento; también necesita sustancia. La sustancia de los casados es su fidelidad y amor mutuo.

MAÑAXI.—Ya. Esa sustancia no es más que una longaniza ilusoria.

COSME.—¿Te parece una longaniza?

(*Burruntziya*. Colec. Aspoa, n.º 29, páginas 11 y ss.)

RESURRECCION MARIA DE AZKUE (1864-1951)

«Gran testamentario de la tradición popular de los vascos», le ha llamado D. Antonio Tovar. En efecto, Azkue ha llevado a cabo una ingente labor de recogida de cuanto se refiere a la lengua vasca, tradiciones, música, folklore, literatura popular, etc., del pueblo vasco.

Nació en Lequeitio (Vizcaya), siendo hijo de otro insigne cultivador del euskera, Eusebio. Cursó estudios en Lequeitio, Bilbao, Vitoria y Salamanca, ordenándose de sacerdote. En 1888 ganó por concurso la cátedra de vascuence en el Instituto de Bilbao. En 1918, al crearse la Academia de la Lengua Vasca, fue elegido Presidente de la misma, cargo que ocupó hasta morir. En 1927 fue elegido también académico de número de la Española.

Trabajador infatigable, publicó mucho durante su vida, pero sus obras principales son cuatro: 1. **Diccionario Vasco Español Francés**, 2 vols., 1905. 2. **Cancionero Popular Vasco**, Barcelona, sin fecha, 11 tomos. 3. **Morfología vasca**, Bilbao, 1925. 4. **Literatura Popular del País Vasco**, 4 vols., Madrid, 1935-1947.

En el campo propiamente literario la producción de Azkue ha sido también abundante, aunque en este terreno no alcanza la talla que le corresponde en el campo lexicográfico, folklórico, etc. Por lo demás, escribió un poco de todo: novelas, teatro, literatura religiosa, artículos revisteros, etc.

En 1891 publicó Azkue su voluminosa **Euskal Izkindea** o **Gramática Euskara** en texto bilingüe (vasco y castellano). Posteriormente el propio Azkue considerará esta obra como un pecado de su juventud, por cuanto que las formas verbales que en ella se usan han sido obtenidas artificialmente

por el autor en un intento por restituir a la lengua su unidad original.

Tomamos un trozo de la Introducción de esta obra.

En 1968 ha aparecido en Bilbao (La Gran Enciclopedia Vasca) un tomo con cuentos y reportajes escritos por Azkue. Dicha compilación reúne los trabajos de Azkue que aparecieron en el semanario «Euskalzale», creado, dirigido y escrito en gran parte por él. «Euskalzale» se fundó en 1897 y vivió tres años. Como dice el P. Onaindía, autor de la compilación, tal vez los trabajos más frescos y literariamente más bellos de Azkue son los que salieron en esta y otras revistas por aquellos años cuando escribía sobre temas amenos y poco complicados en su dialecto nativo. Ofrecemos también un trozo de uno de estos cuadros o artículos literarios.

GRAMATICA EUSKARA (EUSKAL IZKINDEA)

Muchos dirán que mi método es *sui generis* y raro. El mismo euskara es lengua *sui generis* y que debe ser enseñada con un método especial y exclusivamente suyo.

He de manifestarla en cuatro partes: en la primera la Prosodia, en la segunda la Ortografía, en la tercera la Aglutinación, y la Sintaxis o Mutuación en la cuarta. Por qué deba dividirse de este modo su estudio se expondrá dentro del libro; desde el atrio, aun estando abierta la puerta, no se pueden ver las cosas interiores exacta y menudamente.

En euskara hay dos especies de lenguas: el mismo euskara con sus dialectos, y el vulgar; euskara castizo e impuro. Aquél es uno dotado de cuatro o cinco caras, el otro es de mil modos. Yo en lo posible regularé y manifestaré el castizo.

Para esto los modismos comunes se tendrán por euskaros; los particulares por euskarizados, cuando pisotean la regla.

Cuando acerca de una cosa vea dos usos opuestos, después de analizar uno y otro lo más exactamente que pueda y dejando el irregular, manifestaré siempre por euskaro el uso regular. De lo contrario cuantos pueblos

tantos modos de euskara (muchas veces cuantas casas) deberían enseñarse. Lo mismo ha sucedido con todas las lenguas que se han escrito poco.

Los *usos ciegos* (o rutinarios) si son torcidos no los tendré por euskaros, sobre todo habiendo sido aplicados a nuestra lengua de alguna otra. Por esto rogaré a todos los lectores que hasta saber que las nuevas enseñanzas de este libro son faltas de verdad no las desprecien; y que antes de dar su sentencia atiendan a las razones. Si no les llena el ojo o cuando no vean en ellas más que semejanza de verdad, no tengan compasión a las enseñanzas; pero si son verdaderas, la verdad es siempre verdad, bien cuando salga de cabeza de sabio, bien aun cuando sea expuesta por escritor que no tiene más que buen deseo.

En otras lenguas está tomado por refrán que no hay reglas sin excepciones; en el prodigioso euskara el refrán que le sustituye es que no hay regla dotada de excepciones.

(*Euskal Izkindea* (Gramática Euskara); Introducción, págs. VIII-IX.)

SIMON, EL HOMBRE RECTO

¿Quién se alegra más que nosotros, cuando tiene que dar a conocer su pueblo natal, su día natal y aun su mismo nacimiento? Los hombres rectos, al igual que los elefantes, van disminuyendo. Y es de temer que antes de que pasen muchos años, no quede vivo más que alguno que otro. Mimémoslos y agasajémoslos mientras viven, para que después que mueran no nos pese el no haberlo hecho.

Simón, si la mentira no se ha alojado en nuestras orejas, de joven quedó sin padres. Bajo el regazo de una tía se crió muy dócil, humilde y fiel. Muchos suelen ser dóciles, humildes, fieles, obedientes, callados..., en una palabra buenos, porque no pueden ser malos. ¿Quién se extraña de que el agua de los cenagales sea siempre mansa, suave, quieta, siempre pacífica, sabiendo que no puede encresparse, encabritarse ni crecer ni levantarse?

La calma, la paz y sosiego de las aguas del mar, esa es la que en verdad cuenta.

Si nuestro Simón hubiera sido, como otros muchos, tibio, indolente, apocado, nadie se hubiera admirado de su docilidad: era vivo, sanguíneo, brioso, nervioso, aunque no lo parecía. Sin cumplir los dieciséis años dejaba asombrados a los jugadores de bolos de los barrios, cuando en las tardes de los días festivos, cimbreada la cintura, lanzaba la bola y hacía sonar a los bolos de un lado por el choque con los del otro con un chasquido semejante a las castañuelas de los bailarines andaluces. Por ver jugar a los bolos a Simón, más de cuatro y cinco veces en cada fiesta (eso lo sabemos nosotros) los ancianos jugadores de mus se levantaban de la mesa de juego.

Los barrios pocos años suelen vivir sin pendencias, y cuando surgen éstas, tanto los de un lado como los de otro, si no de palabra, se acuerdan de los campeones más diestros que posee cada uno. Si se trataba de boleadores y azuzadores, en cualquier cabeza surgía el primero Simón.

Para la danza siempre fue retraído y desganado. Danza con chicas sólo había una vez al año en aquel pueblo: el día de San Juan. Si no fuera por eso, ya hubiera aprendido a danzar, aunque tuvieran que enseñárselo las chicas. En la mañana de San Juan, sea para delantero o sea para postrero en la danza, durante diez años le sacaron sin interrupción. Y la verdad sea dicha: para el segundo año se le ocurrió que le tenían que sacar a él en la danza: y aunque no era amigo de ella, no por eso hurtaba su persona cuando el tamboril comenzaba a sonar para el aurresku. Si en aquel pueblo hubiera existido esta costumbre que en ninguna parte existe, a saber, que sean elegidos para delanteros y postreros en la danza los chicos más feos, entonces Simón hubiera huido como los murciélagos al amanecer; pero, aunque al leer esto se le encienda la mejilla, digamos la verdad: era un joven apuesto, atrayente, y por lo menos una vez por semana oía de boca del barbero, después de recibir un buen palmetazo en el cogote: «No hay un chico como tú, ni debajo de levita.»

* * *

¿Quién lo creyera? Si la tía no le hubiera concertado el casamiento, hubiera sido a manera del sol, que nace,

crece y envejece hermoso, para estar siempre solo. La tía lo casó en la casería más amplia y alejada del pueblo.

En las bodas de antaño, los casados ni pensaban en salir del pueblo; pero en las actuales, aunque se trate del caserío más insignificante, ya en los días de noviazgo con gran antelación empiezan los jóvenes a mirar lejos. Su primer vuelo suele ser con frecuencia signo cierto de la abundancia o cortedad del bolsillo. Bilbao, San Sebastián, Vitoria, Pamplona..., aun sólo por golosos suelen llegar hasta aquí los recién casados. Para tomar el camino de Barcelona y Lourdes, el marido tiene que usar sombrero, y por lo menos dos veces por semana, encima del cocido, la suegra les preparará algún que otro principio. París, Roma, Londres...: cuando van ahí es que al bolsillo no se le halla fondo fácilmente.

(*Ipuiñak*, Bilbao, 1968, pp. 222-224.)

EULOGIO BENGOA, O. F. M. «Akordagoitia» (1873-1952)

Nació en Ereño (Vizcaya). Pasó su infancia en Rentería, barrio de Guernica. Ingresó en la Orden Franciscana, donde adoptó el nombre de Eusebio. De la Provincia de Cantabria pasó a la de Andalucía. Hecho sacerdote en 1901, fue de Misionero a China. Desde allí escribió numerosas crónicas y reportajes sobre el celeste Imperio, que se publicaron en la revista «Euskal-Esnalea». Por ciertas discrepancias de criterio con los superiores eclesiásticos, hubo de abandonar la misión y volverse a la Provincia, donde ocupó el cargo de Secretario Provincial. Murió en Sevilla.

Según se lo oímos a él mismo, cuando se produjo el cambio de ortografía en las publicaciones vascas, automáticamente dejó de escribir. No podía ver sus artículos vestidos con la nueva vestimenta.

El nombre «Akordagoitia» con que firmaba sus trabajos, es su segundo apellido.

NUEVAS DE CHINA

¿COMO ES CHINA?
¿QUE ES LO QUE CREEN LOS CHINOS?

¡Vaya una preguntita! ¡No es fácil contestar a ella!

Tiene que ser uno hábil para poder explicar las creencias de aquí a quien no conoce esto.

Por ganar cuatro blancas más, éstos te creerán todo lo que tú quieras.

En balde preguntarás al sabio de China cómo se originaron el cielo y la tierra, cuál es el origen del hombre. En balde registrarás las bibliotecas, en balde leerás las historias.

En ellas no encontrarás acerca del comienzo del mundo más noticia que la que en otra ocasión dije, a saber: que Paku partió y dividió el cielo y la tierra; y que al principio él fue el primer jefe en la tierra. Pero todavía falta saber si tenía a quién mandar.

Y tampoco se sabe qué origen tuvo este mismo jefecillo. Por eso se le llama con el apelativo de Señor originario del caos o de la confusión.

En la mayoría de los libros de historia, en la primera página, se encuentra la imagen de este cacique. Es un robusto barbudo, medio desnudo; no lleva en el cuerpo más que una faldilla corta de hojas (como las chicas bailarinas lascivas de las comedias verdes) y un collar también de hojas; le representan en medio de un gran pozo, metido en el agua hasta las rodillas, con una hacha, como queriendo destrozar algo.

Acerca del origen del mundo no preguntéis a éstos nada más.

¿Y cómo ha de ser el fin del cielo, de la tierra y de lo demás?

No creo que los paganos de aquí hayan oído tan siquiera que alguna vez hayan de tener fin.

Sin embargo, esperan en el Juicio Final. He aquí una hermosa sentencia, muy digna de atención, que supone esta esperanza:

San yeu san pao
Go yeu go pao
Pu se pu pao
Or tse uei tao.

Que traducido quiere decir:

> Premio bueno tendrá el bueno
> Premio malo habrá para el malo,
> Nadie quedará sin retribución...
> Aún no ha llegado el día.

Pero ¿quién es el que ha de dar ese premio, y de qué naturaleza han de ser los premios, tanto el bueno como el malo?

Dicen que el premiador o juez es el cielo, o el anciano del cielo.

El premio no es la gloria del cielo, ni el fuego del infierno, sino el ser feliz o desgraciado en la vida futura.

Por vida futura no entienden la del otro mundo, sino la de este mismo mundo. Recibir el buen premio es volver a nacer y ser un gran mandarín.

Y el premio malo consiste en nacer de nuevo para estar siempre cavando en el campo con las nalgas al aire, o para andar siempre abrumado de trabajos y tribulaciones. Y lo que es aún peor, para que sus almas transmigren al cuerpo de algún burro o de otro animal.

* * *

Aparte de esto, dícese que en China hay tres religiones. Así dicen aquí: San Kiao.

—¿A qué viene ese «dícese»? ¿Tantos años ha que estás ahí, y todavía no sabes con certeza cuántas creencias hay? —preguntarás tal vez.

Cállate, tú no sabes lo que pasa aquí. Por ventura pensarás que los individuos de todo el mundo tienen cada uno su creencia, como los cristianos la de Jesucristo y los moros la de Mahoma. Pero estás equivocado. Al menos en China no se conoce tan claramente qué es lo que cree cada cual.

Cualquiera te diría que aquí hay tres religiones: la de Confucio, la de Buda y la de Laotse.

En las relaciones cotidianas dirías que todos son seguidores de Buda y de Laotse; pero pregunta a cualquiera a ver de cuál de las tres religiones es él, y al punto te contestará sin vacilar: Yo soy de la de Confucio.

¡Semejante mezcolanza no la ha visto nadie!

Otro día empezaré a desembrollar esta madeja.

Y veréis que no hay ninguna contradicción en que un individuo esté guapamente en tres religiones, como la vieja que está sentada en la criba tomando el sol.

(De *Euskal-Esnalea,* julio 1916, pp. 177-179.)

JUAN GARBIZU SALAVERRIA «Zubigar» (1893-1930)

Nació en Lezo (Guipúzcoa).

Publicó muchas poesías en las revistas vascas de la época, singularmente en «Zeruko Argia», «Euskal-Esnalea» y «Aranzazu». Al cruzar la vía fue atropellado por el tren, muriendo a consecuencia de las heridas recibidas. Vivía en Pasajes Ancho y trabajaba en las oficinas de la fábrica de aluminio de la Real Compañía Asturiana, de Rentería.

LA TRAVESIA

Nací en primavera,
vivo en verano...;
me viene el otoño...,
moriré en invierno.
Y si alguna agria tormenta
me sobreviene cruel,
en el mismo verano el cuerpo
se reducirá totalmente a polvo...
Me alejaré por completo
de esta tierra,
pero aunque muera aquí,
no me he extinguido...
La muerte no es
más que un puente,
para que por él pasemos
hacia la otra vida...
Dos países toca
este puente pequeño:

«Efímero» por este lado, y
«Eternidad» por el otro.
No hay ni un paso de distancia
del puente para allá;
pero el que aquí fue malo
¡sufre un resbalón...!
Si me presento culpable
ante el guardián del puente,
me volverá ciego total
y entenebrecido, ¡qué aflicción!...
Entonces resbalaré,
caeré a la sima de fuego,
y allí he de vivir
siempre padeciendo...
Antes que sea enterrado
mi cuerpo corruptible,
allí estaré para siempre,
viviendo por siempre...
.....

Limpia... limpia el alma
es preciso tener,
si después de pasar el puente
quiero descansar feliz
en la otra vida.

(De *Euskal-Esnalea*, 1927, pp. 137-138.)

FERMIN IRIGARAY «Larreko» (1869-1949)

Nació en Burguete (Navarra). Hizo sus estudios en Madrid. Fue médico cirujano en Vera de Bidasoa, en Irurita, y por fin en el Hospital Provincial de Pamplona, del que fue director. Escribió en muchas revistas vascas de la época. En la antología o compilación publicada en 1958 por Angel Irigaray (hijo de «Larreko») con el título **Prosistas Navarros contemporáneos en lengua vasca,** figuran varios articulos de este autor. En español publicó **Guía médica del intérprete**

de milagros y **favores**, editado en Espasa Calpe en 1949, con prólogo de Marañón.

«Larreko», al igual que otros cultos, sólo tardíamente empezó a interesarse por el vasco. A fuerza de oír con atención a los vasco-hablantes (preferentemente a los lugareños), y tomándolos por maestros, fijándose con regusto en los idiotismos y modos de decir castizos de la gente euskaldun, supo enfilar por buen camino el aprendizaje de la lengua. En sus artículos trata con frecuencia de temas de medicina general en plan de divulgación. Firmaba sus trabajos vascos con el seudónimo «Larreko» (Campestre).

EL DIA DEL LIBRO

También los libros, como muchas otras cosas actuales, tienen su día o semana. Llaman el día del libro a ese día que cada año escogen los cultos para ensalzar u homenajear al libro, reuniéndose en centros docentes y otras sociedades, tomando como tema los bienes que el libro reporta.

Lo hacen sobre todo con este designio: quisieran dar a conocer el gran valor del libro; hasta dónde llega su influjo y hasta dónde debería llegar, a fin de propagar a todas partes sus buenos efectos.

Como quiera que los vascos nunca hemos sido amigos de los libros, deberíamos ver si en realidad es verdad que los libros tienen tanto influjo y valor como dicen.

¡Ciertamente, abundan los libros!

En esta última época se escriben libros a porrillo; pensando que tenemos gran necesidad de ellos. Mas ¿todos los libros que editan son, por ventura, tan necesarios?

No lo creo, y muchos otros tampoco lo creen. En esto, como en otras muchas cosas, andamos desviados, pues parece como si todos estuviéramos para escribir libros.

Lo libros se hacen o para divertir al lector o para enseñarle algo, o para ambas cosas a la vez: mientras se le divierte, de paso se le enseña.

De los libros que se hacen para divertir, ni la mitad de la mitad son buenos. Entre éstos están los que, divirtiendo, enseñan a emplear el idioma como se debe, los que enseñan a hablar bien. Si no tienen fondo malo, éstos

nos hacen falta. Para dominar una lengua no hay mejor camino que escuchar a los que la saben bien.

En los otros libros lo que principalmente pretenden sus autores es comunicarnos algunas enseñanzas. También de estos libros hay copia. En cada ramo de la ciencia sabe Dios cuántos se editan. Aunque de lo que se publica de otros ramos estoy poco enterado, algo sé de lo que pasa en el ramo de la Medicina.

También aquí andamos fuera de medida. Se escribe demasiado. Con frecuencia los autores no poseen ese sentido de la medida, que es preciso tener. No están preparados para escribir como se debiera.

¡Y qué libros son los que dan a luz!

No hace mucho, estando yo en Madrid, le oí lo siguiente a un profesor de allí.

Preguntaba a un alumno suyo, y no obtenía ninguna respuesta derecha. Dándose cuenta de que no estaba el alumno capacitado o instruido, le dijo y nos dijo:

«Estáis siempre estudiando en esos libros gordos que tenéis. Con leerlos no sólo perdéis el tiempo, sino que os entontecéis. Para entontecerse, no hay como alimentar los espíritus con esos libros que manejáis. Para no aprender eso que es debido, no lleváis mal camino.»

No se puede negar que esto es verdad muchas veces, pero también puede ser que haya algo de exageración en las palabras que acabo de transcribir.

Yo no sé por qué nos han de dar oscuramente y en doscientas páginas lo que puede decirse claramente en dos o tres. ¡Santo Dios! ¡Cuánto trabajo inútil en esos librotes que no se pueden aguantar! ¡Cuánto tiempo nos hacen perder, leyendo y estudiando semejantes libros!

Gracias a la edad, algo he aprendido, y muchas veces me he dicho para mis adentros: «¡Cuántas palabras para no decir nada!»

¿Quién es el tonto? En opinión de un amigo mío, aquel que en muchas palabras no dice nada.

Lo mismo deberíamos decir si tuviéramos que hablar de algunos libros de ahora o de nuestra época. Lees y lees, y al fin te quedas como antes, sin luz, sin enseñanza.

Los vascos no hemos pecado en esto: si somos cortos en palabras, en escribir libros nos hemos mostrado más cortos todavía, si ya no es que hemos caído en ese defecto después de castellanizados.

Sin embargo, no es mi intención el justificar a los vascos, sino el decir la verdad. En los trabajos que hacen los vascos se advierte siempre la sustancia por todos los lados. Decididamente, al vasco no le gusta la paja.

En mi criterio, estaría capacitado para hacer libros aquel que ha pasado muchos años estudiando, observando y trabajando bien.

Fuera de esto, si uno es de mente preclara para ver las cosas como son, este tal sí podría hacer algo de provecho. La mayoría de las veces, las enseñanzas buenas e interesantes se dan en libros pequeños más que en los grandes. Lo bueno no se da nunca en los grandes acervos.

Yo pienso que lo que he visto y aprendido en toda mi vida podría darlo en un libro pequeño.

(De *Euskal-Esnalea,* noviembre, 1928, páginas 205-207.)

JOANNES D'ETCHEBERRI

Si hubiera de decir la verdad tal como es, debería cubrirme de sonrojo.

Pero la verdad no tiene semejante ni tampoco vergüenza.

Os diré, pues, que en estos días y por primera vez acabo de leer el libro que escribió hace doscientos y más años el médico doctor de Sara Joannes d'Etcheberri. Libro titulado *Los Principios del Euskara.*

Al señor Urquijo somos deudores de ver este libro en nuestras manos. Desde hace mucho tiempo, el vascuence y los vascos debemos muchísimo a este sabio señor: pocos conocen los libros vascos antiguos tanto como él, y tan expresa y detalladamente como él.

Este de ahora también se lo debemos enteramente a él. De lo contrario, si este señor no lo hubiera sacado de

la sombra, hubiera tenido que seguir en el convento de los Franciscanos de Zarauz.

Los Principios del Euskara no es un libro vasco cualquiera, sino excelente, sustancioso por el fondo y hermoso por la forma, escrito en un vasco puro y bonito.

Innumerables veces he oído decir que no tenemos libros en vascuence; que los vascos cultos de antaño, lo que necesitaron o quisieron escribir, lo hicieron en castellano.

Ciertamente. Entonces, como ahora, los vascos tenemos relativamente pocos libros para leer.

Los libros de entonces, aunque aparecieron más rara vez, ¿no eran acaso tan hermosos o más hermosos que los de ahora?

Y con todo, hallaron y hallan poca correspondencia por nuestra parte: ya son casi veinte años que el señor Urquijo editó este a que me refiero, y yo no sabía ni que existía.

¿Qué más queréis? Aquí estoy yo —¡y cuántos como yo!, debería decirlo con vergüenza—; todavía no son veinte años que tuve conocimiento de Axular, y para entonces contaba cuarenta de edad. ¿No es vergonzoso que un vasco culto, como yo, no tuviera noticia de esos libros?

Pero en esta materia nada me asombra. Estoy acostumbrado a preguntar en vasco a ciertos jóvenes del país, y ellos con una sonrisa me dicen: «No entiendo.» ¡Esa sonrisita me duele extremadamente!

Los vascos de antaño escribían poco. Y ese poco, ¿quién lo iba a leer? Ni los de entonces ni tampoco los actuales.

En otra situación nos halláramos, si los denigradores antiguos y actuales del vascuence hubiéramos estudiado los bellos libros antiguos, tales como *Los Principios del Euskara.*

Yo al menos rindo gracias cordialmente al señor Urquijo, porque gracias a él me he llenado de contento, descansando en ese bello libro.

(De *Euskal-Esnalea,* diciembre, 1927, páginas 241-242.)

EMETERIO ARRESE
(1869-1954)

Nació y murió en Tolosa (Guipúzcoa). Trotamundos empedernido, se va a América, donde varias veces consigue hacer fortuna para dilapidarla otras tantas veces. Allí se dedica a hacer propaganda de la pelota vasca, construyendo frontones, etc. La explotación de estos frontones le produce pingües ganancias, mas también serios contratiempos. Atravesó cuarenta y cuatro veces el Atlántico, lo que nos da una idea de lo que fue su vida inquieta y aventurera.

Arrese nos ha dejado tres libros de poesías: 1. **Nere Bidean (En mi camino)**, 1913; 2. **Txindor (Ruiseñor)**, 1928; 3. **Olerki berrizte (Renovación de poesías)**, 1952. Como poeta Arrese pertenece a la escuela o dirección postromántica, que en el País Vasco ha alcanzado larga supervivencia.

Arrese fue solterón. Una de sus poesías más célebres es aquella en que canta a la madre, al único amor que encontró en su vida, que nunca le traicionó.

¡MADRE!

(Escritos en América el día en que recibí la acerba noticia de su muerte)

Las lágrimas alivian
la ruda aflicción de
dentro del corazón,
así como la llovizna del amanecer
refrigera en verano a la flor enjuta.
Por eso ahora el seno
quisiera hartarse de tanto llorar,
y es por eso también que amo
los versos más que antes;
ellos son, madrecita, lágrimas,
lágrimas sustanciosas y calientes,
gotas que fluyen hoy
copiosamente de mi espíritu.
¡Madre! ¡Qué nombre tan entrañable,
palabra tierna, dotada de miel,

que hace vibrar fuertemente
todos los sentimientos del corazón!
El nombre que en nuestras horas difíciles
pronunciamos espontáneamente,
suave fuente de recuerdos
de almas atribuladas y afligidas.
Antes la madre era
el suave lenitivo de mis penas,
y hoy sin ella no puedo super..
la pesantez de mi vida.
Teniendo un buen porvenir,
queriendo mejorarlo,
me alejé del País Vasco...
me alejé... ¡infeliz!
dejando el caserío
y mi querida madre anciana.
Tomé en un mal momento
el camino que no debía;
posteriormente jamás he hallado,
jamás, la paz anterior;
con un pesar amargo y que me destroza,
¡se me ha alelado el espíritu!
Una tristeza torva tenebrosa
que nunca se quita,
me sobreviene ahora al recordar
a la madre querida que se me ha muerto;
era verdad, sí, lo que ella
me dijo al tiempo de venir yo aquí.
Señor, perdón; se ha saturado de dolor
¡la que sin mí se encontraba sola!
Ha muerto la que en la mañana de mi partida
estando yo dormido,
acercándose a mí,
dándome un beso entre los labios
me dejó una lágrima!
Recuerdo cómo en aquella mañana
para que yo no lo viera
se estuvo llorando en el rincón del cuarto
a solas;
no se me olvidará cómo después,
penando y asiéndome bien del cuello,
con aliento entrecortado, me dijo:
«Hijo... te vas, te vas de esta manera

de junto a tu madre;
de hoy en adelante mi corazón
quedará cubierto con la noche eterna!»
A pesar de todo, hijo ingrato,
me encaminé hacia el nuevo mundo,
y desde entonces
¡qué soledad!
Quisiera ver y no puedo divisar
los confines de mi país,
día y noche ando en la orilla del mar,
grávido de especies imaginativas;
me tocará pasar
el invierno negro, tenebroso, largo
del desierto del huérfano,
confortando el abatido
corazón
con el aliento de los recuerdos.
Allí correré a refugiarme
a manera de un enfermo
en medio de los delirios y desvelos,
al nido que ha quedado totalmente vacío;
ante esta desgracia lastimera,
¡vuelva! vuelva al país natal,
al sitio en que ha muerto mi anciana madre,
y al lugar en que nací.
Llegado al sitio
donde hay tales seres queridos,
allí quiero vivir orando,
mirando a los cielos.
En pago de tus anteriores trabajos,
viva ahora tu alma pura
en medio del cielo,
mientras tu frío cuerpo
reposa bajo tierra.
En una noche de luna melancólica
taciturna y quieta,
me llegaré al lugar en que reposas
en dulce y blanda morada,
madrecita, para manifestarte
todas las cuitas de una vez...
en ese lenguaje entrañable
que sólo los muertos oyen!

Habana, en el año 1903.

JOSE MARIA DE AGUIRRE «Lizardi» (1896-1933)

Lizardi se ha conquistado una bien merecida fama como poeta lírico, autor de un género de poesía nueva, densa de pensamiento y expresada con la mínima cantidad posible de materia, es decir, de palabras. Nos hallamos muy lejos del estilo difuso y un tanto verboso de Felipe Arrese y Beitia.

Nació en Zarauz (Guipúzcoa), pero vivió en Tolosa. Cursó la carrera de leyes en Madrid, en cuya Universidad obtuvo la licenciatura en 1917. No ejerció la abogacía, sino que dedicó su actividad a la administración y gerencia de empresas industriales, labor que alternó con el cultivo de la literatura.

Cuando Lizardi terminó sus estudios de bachillerato, casi había olvidado el euskera. Al empezar su carrera de leyes es cuando inició su propia «revasquización».

En 1932 publicó su libro de poesías, **Biotz-Begietan (En el corazón y en los ojos).** En 1934 (o sea, después de su muerte) se publicó otro tomito de poesías suyas, **Umezurtz-olerkiak (Poesías del huérfano).**

Pero Lizardi fue también escritor en prosa, de un estilo personalísimo, aristocrático y moderno. El mismo año de 1934 se publicó una antología de sus mejores artículos, de tipo periodístico, en un libro titulado **Itz-lauz (En prosa).**

En 1956 volvieron a reeditarse las poesías de Lizardi en la colección «Kuliska Sorta» de Zarauz. Al texto vasco acompaña la traducción castellana, hecha por el mismo autor.

Ofrecemos la traducción de algunas de sus poesías y de algunos trozos de su prosa.

PAISAJE DE LAS ESTACIONES

III

BOSQUE UMBRIO

Pleno julio

¡Cuán lejos, joven manzanal, tu flor! Y aún más robledal, tus nieves. Subídose ha el Sol al zenit, buscando

cómo lanzar su dardo más a plomo. ¿Quién tendrá asaz profundos los hoyos de los ojos, que no se los colme su luz?

¡Estío! Mediodía del campo, ocio dorado, dulce sestear.

* * *

Orilla del camino carretil poco transitado, está en flor la zarzamora. Abrasa el sol y un rumoreo suena. Sitio orientado al sur, el aire llamea, hirviendo tumultuosamente, no solamente de calor, sino batido y revuelto por aletear de abejas.

* * *

Todo yace aplastado de calor... Animales, plantas, peñascos, heredades... Sólo el maizal y el lagarto parecen incapaces de sudar, expuestos como están al fiero sol.

* * *

¡Estío! ¡si refugio tienes para este azote, enderéceme a él con urgencia!

* * *

Palacio que tuviera cerradas sus ventanas parece el bosque.

Dormido está el Señor. Mas tiene, por cierto, una persona encantadora para acoger al caminante. Vedla ahí, esperándome en el atrio, esbelto el talle y afable la faz.

¡Sombra! ¡bellísima hija del bosque! y sin igual amable! Morena de cutis y de ojos...

¡Sombra! ¡Sombra!

* * *

Heme aquí que entro ya despacito y resonándome el corazón: acoge con cariño a este extraño que llega cansado. Me secó la frente con un lienzo leve. Luego, sentóseme al lado ¡la doncella adorable! ¡y cuán dulcemente nos pusimos a conversar en secreto!

La tierra en torno nuestro exhala vapores, caldeada por aquel caer de derretido oro. Mas de esa lluvia achi-

charrante está el bosque a salvo. Quietos, pues, aquí, querida mía.

Sea para nosotros del estío, la única joya el oro abigarrado que entrevemos, más allá del ramaje de estos árboles. Quédense ahí sus magnificencias y gocen otros de sus cálidos besos. Los tuyos prefiero yo, sombras del bosque, que no abrasan la sangre.

* * *

¡Estío!, ¡llama fascinadora, mar de fuego! En esta umbría nave quiero yo atravesarte.

CANCION DEL VASCO VIAJERO

Al preclaro don Miguel de Unamuno, en comunicación de nuestra insolente audacia.

¡Euskera, sal fuera!
¡Euskera, recorre el mundo!

(DECHEPARE, hace 400 años.)

INVITACION AL VIAJE

Voz sabrosa de la patria, blanca esposa de mi intelecto, ven quedamente a mí, dame la mano delicada, dejemos por algún tiempo el País Vasco.

FLOR SILVESTRE

Bella eres en verdad, con rústico atavío, lengua generosa. Ojalá pronto un poeta extraiga miel de la silvestre flor y del bosque esencia vasca.

Y si tal fuera la voluntad de Dios, como es ferviente deseo mío, surja cuanto antes quien haga —vascos el meollo y la envoltura— el poema cumbre de nuestro pueblo.

LENGUA DE UNIVERSALIDAD

Pero yo, habla campestre, quiérote también para todo; que las alas del saber te eleven; viejo el cuerpo, nuevo el espíritu; bajo la piel amarillenta, fibra de eternidad.

POR CAMINOS DE ENSUEÑO

Esposa no estéril de mi ingenio: viaje nupcial es el nuestro. Yo os pido, Señor, que al fin de nuestro caminar, muchos niños hayamos, de lucientes ojos, fruto de amor e inspiración.

* * *

Boguemos al país de los hielos, mirando si hay huellas de aquellos antepasados, que tantas veces fueron y volvieron vestidos de impermeable lienzo; en la mano el arpón.

Cantemos las largas noches, los crepúsculos nocturnos de rojo fuego... Hombres morando bajo la nieve: tierra infértil, todo tan diferente de nuestro País.

* * *

Urbes, capitales, colmenar humano... Movimiento enloquecedor e inventiva: saber e inquieto comerciar: viértalo todo nuestra fuerza unida.

* * *

Recoge la impresión de todo clima y todo cielo que veamos y cántalos sabrosamente. Apréstate a cuanto se pueda querer de ti: habilítate para expresar cualesquiera manera y pensamientos humanos.

* * *

SUBLIMACION

Y cuando los sujetos terrenos se agoten, con alas que Sol no pueda licuar —no como aquellas de Icaro—, volemos juntos a los cielos, dispuestos a escalar las estrellas azules.

MUERTE DE XABIERTXO

En la mañana de Nochebuena estaba en su cuna el porbe Xabiertxo y la enfermedad lo iba ahogando.

Oh tú, más que nadie hermoso, sol nuestro, ¿qué tienes? ¿Quién te hizo mal, dime, a ti, lo más querido de dos corazones?

¡Espera! diríase que el respirar se le ha aquietado... Una dulce sonrisa le ha iluminado los labios.

¿Es que escuchas de alguien tiernas palabras, quietecito y más a gusto que en el pecho sabroso?...

¡Ay de mí! ¡Siento miedo¡ ¡No te mueras, no!, ¡por piedad, pequeño! ¡No te nos vayas, gozo nuestro; no, luz de nuestra vida!

¡Oh! ¡qué partirse los corazones! ¡Qué reventar el hasta entonces a duras penas contenido llanto!

¿Eran, pues, frágiles, más que las mariposas y las flores las ilusiones que puse en ti?...

(*Ella*) ¿Es tarde?

(*El*) Sí, querida: está anocheciendo... De medida del tiempo no sabe el dolor.

—¡Calla! ¿Quién va en el zaguán? ¿Quién puede venir de fiesta a hacer más amargas nuestras lágrimas?

Oh, buena «Etxekoandre»: ¿quieres que cantemos? Somos «nacimienteros», que llenos de respeto te estamos esperando...

(*Ella*) ¿Quiénes son?... ¡Diles que se vayan!

(*El*) Es un racimo de niños que traen un «nacimiento» iluminado de rojo.

(*Ella*) ¡Váyanse!

(*El*) No, querida. Míralos; igual que ellos anduviera el nuestro, algún día, una vez crecido!

Dices bien —¡Que el buen Niño les bendiga!, Entrad, muchachos hermosos, y a la cuna acercad vuestro «nacimiento».

Entrad y tocad sin temor: el pobrecito duerme, pero su sueño es de los que difícilmente sacude el ruido.

¡Tocad!, oh sí, que hoy ha de nacer el buen Niño. Y tú, levántate, roto corazón, que es fiesta de júbilo la de hoy.

Tocad, sí, chiquillos, en memoria de nuestro queridito... Al niño Dios adorémosle vivos y muertos.

Gloria sin término al Señor en la altura; y paz a los hombres.

DUELEME EL CORAZON

ELEGIA

(*En el día del sepelio de la abuela*)

Duéleme el corazón; duéleme con dolor resignado; dolor de llanto silencioso. Quedábame una abuelita... Hoy a tiempo que las golondrinas llegan, ella se ha ido.

No tienen sol los lienzos tendidos en las ventanas. No hay jugar de niños en tu calle. Las nubes muestran desgarrados flecos, ruge el mar. Un grupo de gentes está inmóvil. Luego, de pronto:

Resuenan los pasos de los vivos...

Doble hilera de hombres, con velas amarillas; el cadáver que llevamos cuatro nietos; detrás las mujeres. ¡Ah! ¡cuánto me pesa tan liviana carga! Poco se cansan los brazos, ¡pero el corazón!...

Y siguen resonando nuestros pasos...

¡Casi llevas un siglo encima, cuerpecillo viejo, y puedes ser tan leve! Que tu espíritu more ya arriba, como tú ingrávido; y ojalá el mío al sonar su hora lo sea bastante para volar hacia la luz inextinguible.

Y nuestros pasos, los pasos de los vivos, resonaban siempre.

Ochenta años atrás, el sol y tus juegos de niña ponían regocijo en esta calle... ¡Quién viera los tiempos luminosos que fueron, hoy que hasta en sus piedras muestran sombría tristeza!

Y seguían resonando nuestros pasos...

De pronto, interrumpióse nuestro propio rumor. Dejamos en alguna parte el cadáver. ¡Qué sé yo dónde! Empujáronme dentro. Temblaban muchas luces. Como un ebrio entré, tambaleándome y nublados los ojos.

Resonábame, resonábame dentro el corazón...

* * *

Transcurrió una larga hora, hasta que por fin nuestros brazos tomaron de nuevo la leve carga... Más tarde, sobre una loma, dimos en un silencioso pueblo. Es aquí donde se rompe aquella cadena de alegría y de dolor.

Resonaban de nuevo los pasos de los vivos...

Levantaron una madera y vi tu rostro arrugado; sonreía como si aún conservase vida...

(Resuéname y quiere estallar el corazón.)

Entonces mi noche oscura encendió una estrellita. Derramóseme temblando de los ojos una callada lágrima. Y el corazón convertido, al fin, en nido de esperanza:

(Resonando, resonando y saltando.)

Adiós (dijo a gritos) Adiós, ¡pobre cuerpecillo querido! ¡Adiós, abuela, hasta el gran día!

* * *

Duéleme el corazón..., duéleme con dolor resignado; con un dolor cuyo llanto no tiene sollozos. Como cuando el pájaro, tras del estío, vio llegar el invierno que no podía evitar.

LA CAMA

Médico del cansancio, iluminadora del entendimiento,
premio al trabajo... Soñadero sabroso, lenitivo de penas,
dueña de los perezosos.
Sean mis elogios —por esta nocturna sobremesa al metodos para ti. Y vaya también un «*Padrenuestro*» [nos—
en sufragio de tu inventor.

* * *

Heme aquí, cenado opíparamente. Los párpados, cama [mía,
te añoran suplicantes. Ante mis ojos muéstrate abierta,
blanca como la nieve.
Comencemos afirmando estas mantas por bajo del col- [chón,
es la prudente medida; no sea que luego, a media noche,
se me salga desvergonzadamente, según suele, alguno de [los pies.

¡Ajajá! Sentémonos ahora. Vuelen por el aire mis za-
[patos
hasta dar en el techo... Que sepan de este gozo mis ve-
[cinos:
los de arriba y los de abajo.
¡Ahí va la americana! ¡Ahí los pantalones! ¿Quién dijo
[descanso?
¡Qué fatigas! ¡A fe que tenían más juicio nuestros padres Adán y Eva!
Mas ¡por fin! Heme presto. Zambullámonos después de santiguados. A la una, a las dos, a las tres, ¡pronto!,
¡antes que me acabe el frío de esta noche invernal!

* * *

¡Valientes majaderos esos que de noche van corriendo calles! Así den, cualquier día, en una cama llena de picantes ortigas.
Fuera, el inclemente tiempo, paséase de mal humor. ¡Claro! ¡como que no tiene cama! En la ventana suena el granizo, pensando, por lo visto, estorbarme el sueño!

* * *

..*Y* sueño que en el bosque un hada *matóme con su risa* y que doscientas mil flores cántanme dulce funeral...
...*Y* sueño... Pero ¿qué escucho?... ¡Todos mis lectores roncan profundamente!... Nunca sospeché en mis versos tan eficaz narcótico.
Así, pues, ¡adiós! ¡Buena gente! ¡Pero recontra! ¡qué cabeza esta mía! Olvidábaseme el Padrenuestro que prometí en sufragio del inventor de la cama.
Bien que... es de esperar que el pobrecillo... con lo bendito que debió de ser, goce ya de la gloria...
Dejémoslo, pues, para mañana... Fuera resuena la lluvia. Y los largos gemidos del viento... Vaya... ¡Adiós! Durmaa-moos...

GORRION PARISIENSE

Gorrión gorrioncete del centro de París.
¿Ni el ruido de ese cónclave de locos que es *La Bourse*, atrevido, impertérrito, puede ponerte espanto?

Llegaste en derechura sobre el capuz de un foco sin luz, mientras comías una migaja hurtada. Y luego, diligente, uno tras otro, todos sus ángulos ocupas.
Con cada salto el suelo enfilas avizor. ¡No eres tú, mala pieza! Corto fue tu inquirir y desciendes veloz. No, por cierto, a llevarte cáscaras sin meollo.

* * *

Gorrión parisiense, ¿de un gorrión aldeano te distingue algo a ti? Vistes de pardo y es traviesa tu intención... Para más hermanaros... ni aún sabes el francés.

Con igual desahogo sois inquilinos, uno del viejo campanario, el otro de la insigne Tullería. Y apuesto no se encogiera aquél, como aquí lo trajese.

Mirad en cambio al hombre. ¡Qué desmañado pájaro en su perpetuo afán de cosmopolitismo! ¡Vaya, retorne, empéñese. Así que de su casa salió... ¡rústico siempre!

En resumen. Que viéndome en París tan paleto y desgarbado, al Cielo quejéme, justamente, expresándole cuánto más me holgara de ser gorrión, que no hombre.

BODEGON VIVIENTE

(Así traduce Xabier de Lizardi el retrato: «Etxebarne bizia», o sea, el relato que hace a un amigo suyo de la vida en su casa.)

«Te dibujaré —le dice— una media hora del anochecer de ayer. Y con ello te darás cuenta aproximada de cómo son mis hijos: parecidos a los de cualquier otro lugar.

Cuando fuera ha anochecido y el granizo tamborilea en las ventanas, suele ser grato el fuego del hogar.

Así resultaba anoche el nuestro. Y aún más cuando dentro de la casa domina el bullicio de los niños.

Entonces, amigo, las llamas del fuego parecen más luminosas, con temblor más nervioso, como si quisieran lamer las alturas.

Tú eres un empedernido solterón y no crees eso último.

Te compadezco, hombre ¡No te rías, no!

Pero espera; ya le tenemos delante a mi chico mayor. Tiene cinco años. Se ha subido sobre una silla, ha quitado una hoja al calendario y viene hacia mí.

Me coserá a preguntas queriendo saber lo que allá dice; por qué lo dice y para qué lo ha puesto el que ha puesto aquello.

Quiere saber si mañana es domingo y por qué es domingo y no lunes...

Cuántos días faltan para mayo. Al final he tenido que mandarle a paseo!»

(De *Itz-Lauz*, pp. 15-16.)

BODEGON VIVIENTE

EL CONGRESO LEGISLATIVO ESPAÑOL ANTE MIS OJOS

También éste es un bodegón viviente. El segundo de la serie. Ahora he caído en cuenta que con los llamados bodegones vivientes se puede hacer una divertida sección literaria. Pero ésta no es mi casa; y las figurillas que ahí aparecen no son mis pobres niños. Por eso los miro con respeto, controlando con cuidado las palabras y la sonrisa.

Nunca había entrado en las Cortes españolas. Debo al cavernícola Leizaola el haberme hecho con una entrada. Que el buen Dios se lo recompense.

A decir verdad, mirado de arriba abajo, ese recinto no infunde tanto miedo como visto en los periódicos. Casi se atreve uno a bajar a él.

Aún está desierto. Se me figura que en esos bancos rojos van a estar cómodamente mis espaldas. Y que mis ojos van a tener un campo visual más amplio que desde aquí arriba —pues me encuentro en la tercera fila—. ¡Cáspita!, ¡pero que no veo el banco azul, si no es levantándome de vez en cuando! Cuando vengan los ministros no les podré ver sino de espalda. Yo que tenía unas ganas de ver la hermosa dentadura de Azaña!

Son las cuatro. La hora de comenzar. Detrás del banco del presidente hay cuatro ordenanzas, cuyos uniformes ostentan galones dorados. Pero de pronto, he ahí al mismo presidente, o sea, al señor Besteiro: con un grácil gesto un tanto cansado se acerca al banco. Yo le miro

con los ojos enternecidos; siento debilidad por él, pues hace unos cuantos años, en Lógica, cuando no sabía ni desentrañar un silogismo, me regaló un sobresaliente.

Los diputados van viniendo uno a uno, remolones, como los pollitos hartos a los residuos de la masa. Tan pronto como se han reunido ocho o diez, se ha puesto en pie, en uso de la palabra, el barbiblanco Royo Vilanova. ¡Qué viejo más enfadado! Dice que ayer difundieron que él ha cometido no sé qué fechoría en la Universidad de Zaragoza, ¡y eso no es formalidad! Por lo menos ha dado buenos palos al viento.

Después en el escaño rojo se ha levantado un orador joven. Dice que no se pueden vender los libros castellanos a las Américas, porque los papeleros son unos insaciables. En seguida me han venido a las mientes los amigos de Tolosa, y les tengo compasión. Pero le ha respondido Carner a favor de mis amigos. Este señor posee una palabra sucinta y cortada, y una cabeza, según parece, provista de sustancia.

Separadamente, como las hormigas en el camino del hormiguero, pero no tan diligentes, van viniendo más diputados.

Uno tras otro se levantan fulano y zutano, haciendo cada uno sus peticiones. El presidente siempre les contesta con amabilidad. Yo creo que el futuro de esas peticiones y la tos de medianoche de la cabra se parecen. Pero los oradores, después de barajar una infinidad de cosas, se sientan satisfechos, e infaliblemente, salen seguidamente a la antesala, para ver si en los pasillos alguien les da la enhorabuena.

Mientras tanto van llegando diputados en mayor número, y ocupando cada uno su puesto. Yo estoy apercibido, deseando hacer algún guiño de simpatía a los conocidos. En efecto, éste ha sido uno de mis mayores placeres en toda mi vida: el reconocer en persona a los hombres célebres que únicamente conozco por la caricatura. Entonces mi interior experimenta un sobresalto de gozo, y al recién identificado, allá para mis adentros, le suelo dirigir unas palabras afectuosas: «¡Hola, hombrecillo! ¿De modo que eras tú?... ¡Qué bueno estás! ¡Que te aproveche!» Y si empieza a charlar con los circunstantes, se me figura que lo que echa por la boca no son pala-

bras, sino onzas de oro. Y claro, suelo estar mirándole embelesado.

Fuera de Besteiro, apenas conocía personalmente más que al tolosano Aldasoro. Sigue siendo un joven apuesto, como antes. No se olvida de mirar de vez en cuando a los bordes del palco superior, pues allí la mayoría son mujeres.

Pero, como antes he dicho, voy haciendo algunas identificaciones. Allí está el carilargo y negro Maura. Está charlando en animada conversación con Osorio, el tierno novio de todo lo que respecta a la Justicia. No lejos, está también «nuestro» Unamuno. Desde luego, ese viejo tiene salud para rato; por lo visto el pensar no mata tanto al hombre. Dentro del cerco formado por los cabellos y la barba blanca, presenta un cutis tan sonrosado como para avergonzar al mismo rojo de los escaños. Aquel que está más allá debe de ser Melquíades, petirrojo cantor. El siguiente, el célebre Marañón. También don Alejandro —el hombre eminente que suele estar callado cuando no sabe qué decir— se ha sentado ahora a sus anchas, con su nariz recta en medio del rostro, y un bigote hermoso protector del labio.

Madrid, 13 de mayo de 1932.

(*Itz-Lauz*, San Sebastián, 1934, pp. 20-22.)

JOAQUIN DE BEDOÑA, O. F. M. Cap. «Loramendi» (1907-1933)

Nació en la aldea de Bedoña, perteneciente a Arechavaleta (Guipúzcoa). Ingresó en la Orden Capuchina. Murió el mismo día que tenía que ordenarse de sacerdote.

Sus poesías (principalmente de tema religioso) se publicaron en la revista capuchina «Zeruko Argia». El P. Julián de Yurre editó en 1960 un volumen con todas las poesías y demás trabajos de este joven poeta malogrado antes de que pudiera madurar.

¡ES QUE ESTABA CIEGO!

El padre y hermanos que amaba
me los quitaste, Señor, uno a uno...
¡Heriste y escondiste la mano! Mientras, el corazón
no podía traer a mandamiento el palpitar furioso.
¡Señor, Señor, decía, ahogado por los suspiros,
éste es un trabajo insoportable para el que vive en la
Señor, Señor, ¿por qué me afligiste así, [tierra!
por qué tu mano me ha tocado tan reciamente?
Tal vez Tú, Señor,
—me da reparo decirlo—
¡ay!, ¡no me amas!
¡Loco y ciego de mí! ¡Ay! Es que no sabía
que era el amor el que andaba haciendo de las suyas.
¡Es que no sabía que me quitaste todo
para que solamente nos amásemos los dos!
¡Señor, perdóname,
pues estaba ciego!...

(*Olerkiak*, p. 139.)

ESTEBAN DE URQUIAGA
«Lauaxeta»
(1905-1937)

Nació en Lauquíniz, junto a Munguía (Vizcaya). Se formó con los PP. Jesuitas. Murió en Vitoria (víctima de la guerra civil). Fue poeta y periodista. Considerado como el promotor de la poesía simbolista en vascuence (J. San Martín).

Publicó dos libros de poesía: **Bide barrijak (Caminos nuevos)**, Bilbao, 1931, y **Arrats beran (Al atardecer)**, Bilbao, 1935.

Su seudónimo **Lauaxeta** significa Cuatro Vientos.

Presentamos dos poesías de **Arrats beran** en versión hecha por el mismo autor.

AL ATARDECER (ARRATS BERAN)

A UNA PEQUEÑA RUBIA

Nuestra pequeña rubia, el mediodía está en plena luz! Los ríos son de plata, el maizal, de oro. ¿Por qué estás al sol, nuestra pequeña rubia? Con finos dardos, amante tuyo, el sol desciende a las praderías. Es un adorador de la belleza!

¿Hacia dónde se nos ha perdido nuestra pequeña rubia? ¡Volad en su busca, mis palomas blancas! ¡Romped el silencio de los vergeles, mis pájaros cantores!

El mediodía, pleno y puro, brilla sobre las colinas. Nuestra pequeña rubia se nos ha perdido en el sol!

VIEJAS ESTROFAS

¡Lo poco que hace falta en la vida para ser felices! ¡Canciones, un vaso de vino y la alegría de un amor!

Cantar, vaciar el vaso lleno junto a la amada. Sonreír y con labio furtivo robar un beso en el caer de la tarde.

En clara luz mil cosas bellas guarda el mundo con la gracia del primer instante. Pero cuando en el cuerpo moreno se tienen veinte años, ¡qué poco hace falta para ser felices en la vida! Canciones, un vaso de vino y la alegría de un amor!

ENRIQUE ZUBIRI «Manezaundi» (1867-1943)

Nació en Valcarlos (Navarra). Hizo estudios en San Juan de Pie de Puerto y en París. Establecido en Pamplona fue profesor de dibujo en la Escuela de Artes y Oficios. Era pintor. En la Diputación de Navarra pueden verse algunos cuadros suyos. Murió en Pamplona.

Los que le conocieron están contestes en afirmar que tenía un carácter raro, tal vez como consecuencia de los sin-

sabores de la vida. Su prometida murió y Zubiri perseveró solterón de por vida. En la guerra civil, en un momento de confusión, le destruyeron todos sus papeles. De su producción literaria nos han quedado sus colaboraciones en diversas revistas. Angel Irigaray ha reunido lo más selecto de la prosa de Zubiri en su libro **Prosistas Navarros contemporáneos en lengua vasca,** 1958.

Lo mismo en los cuadros que en los artículos, Zubiri se revela pintor. Pintor que sabe captar y describir con mano maestra las escenas y cuadros de la vida ambiente.

Zubiri escribe en dialecto bajonavarro, que es el propio de Valcarlos.

Véase una muestra del estilo y arte de Zubiri, tomada de la citada Antología de Angel Irigaray.

EN EL MERCADO DE SAN JUAN DE PIE DE PUERTO

—Dime, Graciosa, ¿a dónde vas tan ataviada, tan peripuesta?

—A San Juan, vaya.

—¡Caramba! Después dirás que los muchachos te flirtean, con tantos lazos, cintas, adornos y hermosos vestidos.

—¿Qué quieres, Catalina? Cada uno es como es.

—¡Bien, bien! Que tengas un buen viaje, y a ver si encuentras un hermoso novio.

—Eso se verá, Catalina.

* * *

Graciosa, tan pronto como llega a San Juan de Pie de Puerto, se sienta sedienta delante de la puerta de un café, en una mesa pequeña, y desde allí contempla todo el gentío de un día de mercado, por arriba y por abajo, en una gran extensión.

Cerca de ella, en otra mesa, advierte que hay un hombre joven flaco, de esos *turistas*, con la cabeza en pelo, con sus medias descubiertas hasta debajo de la rodilla, con una hermosa pipa en la boca.

Tiene la mirada clavada en Graciosa. Por fin se atreve a dibujar una sonrisita en los labios, y haciendo una

mueca deja oír en voz baja, casi entre dientes: *¡Ah, la belle basquaise!*

Nuestra Graciosa, simulando no haber oído, ni siquiera movió sus ojos, pero ¿dónde encontrar una muchacha cuyo corazón sea insensible a las lisonjas? El extraño se atreve a musitar otra vez: *¡Mais, que tu est charmante!*

Después de oír el segundo piropo, Graciosa siente una especie de dulce cosquilla en el fondo de su corazón, y moviendo un poco la cabeza, mira con una rápida mirada al muchacho extraño, sin ninguna mala cara.

Entonces el señor joven se levanta y con aire de triunfador se sienta en la mesa de la muchacha, diciéndole: *Vous permettez, mademoiselle?*

Nuestra pobre Graciosa, asustada, casi temblando, con el corazón sobresaltado, se calla, no sabiendo qué decir, qué hacer, para replicar y resistir a la audacia de aquel hombre.

Aquel breve silencio se le antojó un asentimiento al hombre vanidoso, y sin titubear se acerca demasiado a la muchacha, ¡diablos!

La rectitud de Graciosa se rebela súbitamente y levantándose le dice:

—¡Diablo francés obsceno! ¡Vete de aquí inmediatamente! Caramba, ¿con quién crees que estás? (Mientras tanto tiene el brazo alzado con una taza en la mano, en ademán de romperla en su cabeza.)

El muchacho de medias multicolores, asustado ante el coraje de la muchacha, desaloja rápidamente el lugar.

Pero mientras tanto el estrépito hace acudir a la gente, y de entre la turba sale un muchacho corpulento, que se abre el camino a codazos, y dice a Graciosa:

—Pero ¿qué es lo que te ha sucedido en este tumulto?

—Mira, Joanes, a ese maldito hombrecillo tísico, no sé qué es lo que le ha parecido que soy yo, dado su atrevimiento.

El corpulento Joanes, en cuanto ha oído esto, como un rayo se dirige al hombre extraño, y le propina una descarga de innumerables trompazos, bofetadas, puñetazos, golpes y puntapiés, entre las carcajadas de la gran multitud.

Y volcando la mesa en su ira, se rompió e hizo añicos toda la vajilla, e inmediatamente el dueño se precipita gritando adonde Joanes:

—¡Calma!

—A ver, ¿cuántos son los daños? (se le replica).

Después de pagar éstos, lleva a Graciosa (que llora) de la mano, bajo su protección, adonde unas mujeres conocidas.

* * *

Al llegar al pueblo halla otra vez a Catalina, vieja solterona, de lengua acerada y envidiosa, siempre ganosa de punzar y pellizcar, y dice a la muchacha con su sonrisa maliciosa:

—¿Qué? ¿hallaste lo que buscabas?

Y Graciosa:

—¿A ti qué te importa, vieja arrugada?

(*Prosistas Navarros Contemporáneos en Lengua Vasca*, pp. 105-107.)

JUAN ANTONIO DE IRAZUSTA (1884-1952)

Nació en Tolosa (Guipúzcoa). Hizo sus estudios en Deusto y en Madrid. Fue abogado, y diputado a Cortes durante la Segunda República. Exilado a América, allí se ordenó de sacerdote. Murió en Tarazoto (Perú).

Irazusta ha dejado dos novelas que se publicaron en América: 1. **Joañixio (Juan Ignacio)**, Buenos Aires, 1946; 2. **Bizia garratza da (La vida es amarga)**, Buenos Aires, 1950.

Joañixio es una de las novelas más auténticas y mejor logradas que se hayan escrito en vascuence, de estilo ligero, cortado y rápido, de diálogos naturales y finos; su tema es la emigración a América. **Joañixio**, joven campesino de Amézqueta, emigra a la Argentina, vive en la Pampa durante 35 años, llevando una vida arrastrada, dedicado a la ganadería. A su regreso ya no tiene amigos ni conocidos. Cuando creía que empezaría para él la vida dichosa, en realidad empieza la vida aburrida y los achaques de la vejez. Casa con una sobrina que tiene tres veces menos edad que él, y la cual sólo por presión de sus padres, que codician

la herencia del viejo indiano, consiente en casarse con él. Tienen hijos enfermizos. Mil veces maldice Joañixio la hora en que se le ocurrió marchar a la Pampa.

Ofrecemos un trozo del capítulo 4.º, en que se describe la partida del joven Joañixio para América.

JUAN IGNACIO (JOAÑIXIO)

¡ADIOS!

Pello y Joañixio (Juan Ignacio) estaban listos para salir de casa con la aurora. Aquel fue el momento de mayor apuro para el pobre chico. Todos a la vez querían decirle algo:

—Vete a confesar por lo menos una vez al mes (la madre).

—Aquí nos tendrás también cuando vuelvas (Miguel).

—Escribe a menudo, Joañixio (Teresa).

—Si hay música, ve al baile (Lucía).

Y así por el estilo.

No fue fácil, pero al fin salieron. Joañixio dirigió la última mirada a la casa desde el manzanal. ¡Qué bramidos los suyos, apoyado contra un manzano! Por temperamento no era muy hablador, y entonces menos. Sin hablar, como si no se conocieran, bajaron los dos a Amézqueta. Casualmente, delante de la casa de Domingo estaba el cura, que quería mandar setas a un amigo de Tolosa. Tuvo para él muy buenas palabras (cosa que Joañixio no esperaba):

—Mira. Te vas al ancho mundo. Has de ver muchas maldades. No olvides que hay mentirosos y tramposos. Tienes buena memoria. No te olvides tampoco de que tienes una sola familia. No te cases fuera de Amézqueta. Aunque yo en los sermones les dirijo infinidad de reproches, mejores chicas que las de aquí no hay en ningún sitio. Confiésate a menudo. Adiós, Joañixio, con mi bendición: In nomine Patris...

Tanto el padre como el hijo lloraron copiosamente después de oír unas palabras tan sesudas y afectuosas. Y partieron en el coche de Domingo. Poco antes de llegar a Uarte, apareció en medio del camino Teresa, que había bajado por el atajo:

—Joañixio: de parte de la madre, que nunca quites de encima este escapulario...

Se lo dio, y sin decir nada más, se alejó.

Domingo atizaba a los caballos diciendo «¡caramba!», y así llegaron a Tolosa. Entraron en el tren, y a San Sebastián. Joañixio ya otra vez había visto el mar, pero le imponía. Toda aquella agua, ¿hasta dónde llegaría? Como si alguien le espoleara por dentro, era de ver cómo subía por las rocas. También vieron el puerto. Desde allí el padre le mostró la playa que llaman «Concha», toda llena de gente. Ir allí era cosa perniciosa: lugar donde no había más que mentira y cieno: muchas mujeres que habían perdido la vergüenza y no pocos hombres que deberían ser mujeres, tumbados desnudos en la arena: cosa de vergüenza. Almorzaron muy temprano y para el anochecer se hallaban en un caserío de Baztán, que ellos sabían.

—¿Este es el joven que va a América?

—El mismo.

—Tiene buena edad. Entraremos fácilmente en Francia. Mejor iría con unas alpargatas viejas, pues no siempre podremos andar por los caminos. Aquí hay unas mías viejas. Saldremos esta noche alrededor de las doce.

Entre tanto hablaron a solas el padre y el hijo.

—Joañixio: No olvides las cosas buenas aprendidas en casa. Muchas veces te hallarás en situaciones en que el camino torcido es el más placentero. Déjalo a un lado. Siempre derecho. Ten presente cuánto lloraría tu madre, si tú te malearas. Aunque vas a tierras lejanas, ya sabes que en casa nunca te olvidaremos... y sé siempre fiel.

—Haremos los posibles.

—No olvides los consejos de la madre. Para cuando tú vuelvas, no viviremos ni la madre ni yo. Mejor, si vivimos; pero tal vez en cuarenta años no regresarás y para entonces seremos difuntos. Si te acuerdas de rezar un Padrenuestro...

—No diga esas cosas, padre. Todavía les he de ver. Ninguno de los dos tiene achaque alguno. Además, volveré antes de cuarenta años. ¿O es que no se puede hacer un viaje de ida y vuelta?

—¡Ah, si así fuera! Eso supondría hacer dinero pronto. ¿Has puesto el escapulario?

—No. Ahora mismo lo voy a poner. Aquí mismo, en el seno, vendrá conmigo.

(*Joañixio*, cap. IV, pp. 45 y ss.)

SEVERO ALTUBE (1879-1963)

Severo Altube nos da el ejemplo de un hombre que se formó a sí mismo mediante el trabajo constante, metódico y perseverante. Después de hacer los estudios en su pueblo natal de Mondragón (Guipúzcoa), joven aún pasó a vivir a Guernica (Vizcaya), donde llegó a ser gerente de una fábrica de armas, creador y director de la banda de música y alcalde. Al principio de la guerra civil (octubre de 1936) emigró a la Argentina. Posteriormente pasó varios años en Francia, muriendo por fin en Guernica. Poco después de crearse la Academia de la Lengua Vasca, fue nombrado académico de número y fue uno de sus miembros más conspicuos.

Preocupado por el sesgo que tomaba el movimiento literario vasco, caracterizado con frecuencia por un exacerbado purismo y reformismo de la lengua, Altube achacaba estos fallos a un deficiente conocimiento de lo que es una lengua, de las leyes que rigen su vida, etc. El en consecuencia se dedicó con ahínco al estudio de los libros de lingüística general y a la divulgación de sus principios, aplicándolos al caso vasco. Su discurso de entrada en la Academia versa sobre el tema: La ciencia del lenguaje y la vida del euskera.

Más tarde escribió: **La Vida del Euskera. Divulgación de los principios de lingüística general aplicables a su defensa.** Escribió además un notable estudio sobre la sintaxis del euskera popular hablado y otro sobre el acento vasco.

Nadie ha denunciado con más vehemencia y virulencia que Altube los efectos perniciosos y delétereos de ciertas producciones que se empeñaban en imponer a la lengua unos moldes prefabricados, siguiendo criterios fantásticos y subjetivos. En el Congreso de Estudios Vascos celebrado en Guernica en 1922 leyó un magistral trabajo sobre el pleito

del léxico vasco, la necesidad de respetar los préstamos arraigados en la lengua y de aceptar los términos científicos culturales de uso común en Occidente.

Traducimos un trozo de este discurso:

NUEVAS PALABRAS VASCAS

Dos palabras para terminar.

Hoy en día, las tareas relativas al léxico vasco o al euskera completado presentan dos aspectos: el uno es mantener la riqueza que actualmente posee el vascuence, y el otro (hasta tanto que se consiga capacitar al vasco para los progresos de la nueva vida actual) enriquecer dicho léxico y dotarlo de precisión. Pero en la práctica ambas tareas se funden en una: si no caminamos decididamente hacia adelante en el logro de esa capacitación, por causa de esta desidia la misma lengua quedará inservible y se nos morirá.

Nosotros en el presente trabajo nos hemos esforzado por manifestar lo más clara y exactamente posible nuestra pobre opinión sobre el modo cómo el vascuence podría lograr más fácilmente esa capacitación. Lo que nos ha llevado a aceptar este parecer como el más legítimo es el examinar fríamente y el ver lo que han hecho y lo que ha beneficiado a otras lenguas que se hallaban en la situación en que está ahora la nuestra. Siguiendo ese camino no creemos que fuera difícil la victoria del vascuence, por lo menos por lo que respecta al cultivo y tutela de la lengua.

Pero con que los vascófilos y vascólogos cumplan este cometido no es suficiente, ni mucho menos. Para que una lengua que se halla en la situación de la nuestra trueque su curso decadente por el ascendente y camine hacia adelante en todas sus manifestaciones, tiene que presentarse rodeada y bañada de prestigio, de aire aristocrático; y esto se lo han de comunicar los vascos ricos, sabios y aristócratas: para ello es preciso que éstos sientan por el vascuence el amor y el respeto debidos y que lo manifiesten en todos los actos, en todo momento y en todo lugar.

Desgraciadamente, quitando unos pocos, los aristócratas vascos dan en esto un mal ejemplo al pueblo; no preocupándose lo más mínimo de la cuestión del vascuence,

e incluso con frecuencia (con la mayor desvergüenza y el odio más repulsivo), arrinconándolo a puntapiés y aplastándolo. Las consecuencias de este hecho lamentable son luego patentes: el vascongado llano no se preocupa por hablar bien la dulce lengua que le han transmitido los padres, que aprendió en el regazo materno, ni se preocupa en conservarla en sí mismo y en su contorno. Con frecuencia hace todo lo contrario: el pueblo llano, el pueblo bajo, que en esto como en todo quiere imitar a los aristócratas, tan pronto como puede, arrincona también el vascuence; y si no puede llegar a tanto, se esfuerza por trocar las palabras vascas puras por otras de origen castellano; y de este modo trasplanta al vasco muchas palabras extrañas innecesarias, y muchas voces vascas auténticas hace que caigan y se pierdan. En contra de estos hechos no pueden conseguir gran cosa ni los esfuerzos de nuestros escritores ni los trabajos de los académicos. Tratándose de ir contra una tendencia o decadencia general, total y universal, los trabajos de unos pocos sujetos no tienen volumen como para hacer mella.

He ahí la consecuencia del desamor que la élite vasca siente por la lengua de sus padres.

(*Euskal itz Barrijak*: Nuevas palabras vascas. Discurso en el Congreso de Estudios Vascos celebrado en Guernica en 1922; actas del mismo, pp. 92-93.)

IGNACIO MARIA MANCISIDOR, S. J. (1907-1961)

Nació en Azcoitia (Guipúzcoa) y murió en Loyola.

Perteneció a la Compañía de Jesús. Pasó buena parte de su vida en América, concretamente en Venezuela. Allí fueron escritos varios de sus libros, auque se editaron en España. Toda la producción del P. Mancisidor es de carácter religioso y hagiográfico, y está escrita en un vasco muy cercano a la variedad hablada en el valle del Urola.

Obras: 1. **Deustoko atezai Garate Jesu laguna (El jesuíta Gárate, portero de Deusto)**, 1936. Vida del siervo de Dios,

Hermano Gárate. 2. **Otoitz Bidea (El camino de la oración),** Bilbao, 1948. Es un libro de meditación o guía para la oración mental privada. 3. **Jesukristoren Bizitza (Vida de Jesucristo),** Bilbao, 1953. Presenta la vida de Jesús siguiendo paso a paso los relatos evangélicos. 4. **Gure Patroi Aundia. Aita San Iñazioren Bizitza (Nuestro gran Patrono. Vida del Padre San Ignacio),** Zaragoza, 1956. Esta biografía del Santo apareció coincidiendo con el 4.° centeario de su muerte. 5. **Santu Bizitzak (Vidas de Santos),** 3 volúmenes. Se publicaron en Bilbao a partir de 1958. Constituyen una especie de Año Cristiano con la vida del santo de cada día.

El mismo P. Mancisidor protestaba que su objetivo no era hacer literatura. Sentía mucho respeto por la espontaneidad original, y así castigaba poco sus escritos. Lo cierto es que resplandecen por una fluidez y transparencia que los hacen amables.

VIDA DE JESUCRISTO (JESUKRISTOREN BIZITZA)

LEVI

Poco después de curar al paralítico, caminando por la orilla del mar, nuestro Señor pasó por las inmediaciones de la aduana. Allí estaban los publicanos, los recaudadores del tributo, en su caseta. Entre ellos Leví, el hijo de Alfeo.

Jesús le vio y se le puso en frente, y le dijo: ¡Ven conmigo!

Leví se levantó del sitio en que estaba, y dejándolo todo, siguió en pos de él.

Seguramente que ya de antes Leví conocía a Jesús. Porque vio sus milagros u oyó sus discursos o... Por otro lado nuestro Señor le llamó con tal grandeza y poderío, que, conmovido todo su interior e impulsado por el Espíritu Santo, le siguió, dejándolo todo.

A fin de mostrar su agradecimiento a Jesús, y movido también de gozo por el favor que le hizo el Señor, Mateo (éste es el otro nombre de Leví) quiso preparar una gran comida o cena al Señor; y así lo hizo. Llegó, pues, la hora, y allí se reunieron con el Señor los Apóstoles y los

que hasta entonces habían sido colegas de Leví (muchos de los publicanos) y algunos otros pecadores: así los denomina el mismo Mateo.

El claro que entre los comensales no habría ningún fariseo. ¡Imposible!

Pero andaban merodeando por allí. Llenos de odio y de rabia; y como no podían callar, decían a los discípulos: ¿Cómo es que vuestro Maestro come con pecadores y publicanos?

El Señor les oyó de lejos y les replicó: Los que están sanos no necesitan de médico; pero sí los que están enfermos. Id y aprended qué quieren decir aquellas palabras: Más quiero la compasión que la ofrenda. Yo no he venido a buscar a los justos, sino a convertir a los pecadores.

«Más quiero la compasión que la ofrenda»: estas palabras eran del profeta Oseas, o para decir mejor, nos las dijo Dios nuestro Señor por la boca del profeta Oseas. Oportunamente las citó Jesucristo y nos reveló una vez más la bondad y piedad de su corazón para con nosotros; y nos dijo cómo habíamos de comportarnos con nuestros prójimos, haciendo bien a todos, y teniendo compasión.

Dejó sin palabra a los enemigos..., pero éstos no cejaron, y esta vez, uniéndose con los discípulos de Juan, volvieron a la carga, preguntando:

¿Por qué, mientras nosotros ayunamos, tus discípulos no ayunan?

Es posible que aquel fuera día de ayuno para los fariseos...

Jesús les contestó:

¿Cómo pueden los amigos del esposo estar tristes, mientras tienen al esposo entre ellos? Ya vendrá el tiempo en que les arrebatarán el esposo y entonces ayunarán.

Y les dijo también:

Para arreglar un vestido viejo, nadie le cose un retazo de paño nuevo, pues el paño nuevo tira del viejo y la rotura se hace mayor.

Nadie mete el vino nuevo en odres viejos. Pues el vino haría reventar los odres, y el vino se derramaría y también el odre se echaría a perder. El vino nuevo se mete en odres nuevos, y así los dos perduran. Y después de beber del viejo, ninguno suele querer en seguida el nuevo, pues dice: Es mejor el viejo.

Quería decirles: Mis discípulos son el vestido nuevo, el paño bueno, el vino nuevo; vosotros en cambio sois el vestido viejo, el paño raído, el vino viejo. Idos por vuestro camino; dejad a mis discípulos que vayan por el camino que yo les mostraré. Ahora no os gustan estas costumbres; tampoco suele gustar el vino nuevo al que está acostumbrado al viejo. Pero aun llegará el día, y entonces este vino nuevo del Evangelio, metido en los envases de la nueva religión que yo estableceré, será mucho más gustoso y sabroso que todas vuestras costumbres y ceremonias viejas.

Desde que Jesucristo estuvo en Jerusalén en la primera Pascua, había pasado casi un año. Estaba próxima la segunda Pascua. Jesús iba nuevamente a la Ciudad santa, a enfrentarse con sus enemigos en su propia casa. Allí los vencería y haría enmudecer para siempre.

(*Jesukristoren Bizitza*: Vida de Jesucristo, pp. 158-160.)

NICOLAS ORMAECHEA «Orixe» (1888-1961)

«Orixe» puede ser considerado como el patriarca y el tipo más representativo de la literatura vasca en la última generación. Poeta, escritor, traductor, gramático, crítico. Hombre de carácter un tanto intemperante, como ha dicho L. Michelena, pudo titular muchos de sus trabajos a la manera de Unamuno: «Contra esto y aquello».

Nació en Oreja (Guipúzcoa), pero pasó su infancia y adolescencia en Huici, pueblecito de la montaña navarra. En 1905 ingresa en el Colegio de los Jesuitas de Javier. Entra en la Compañía, donde recibe una esmerada formación humanística. En 1923 abandona la Compañía, sin duda alguna por algunos defectos de su carácter. Por esta época reside en Bilbao, y luego en su pueblo natal. Al tiempo de la guerra civil, emigra al vecino país vascofrancés, y posteriormente a América, concretamente a Guatemala, donde colabora en

la publicación de la revista Euzko Gogoa. Regresa al país en 1957. Muere en Añorga, cerca de San Sebastián.

Siempre se mantuvo profundamente creyente y religioso. Los estudios místicos fueran uno de sus campos favoritos. Sobre su tumba, en el cementerio de San Sebastián, se ha grabado el epitafio, original suyo, que traducido, reza así: «¡Salve, Fe, mi Lazarillo en el mundo! Gracias a ti no me hundí en el abismo».

Mucha de la producción de Orixe está dispersa en revistas: en «Jesusen Biotzaren Deya», «Euskal Esnalea», «Euzko Gogoa», etc. Uno de los terrenos en que más se ejercitó y triunfó fue el de la traducción. Tradujo el Lazarillo de Tormes (Bilbao, 1929), Mireya, de Mistral (Bilbao, 1930), el Misal diario y Vesperal (impreso en Bélgica, 1949), las Confesiones de San Agustín (Zarauz, 1956), los Evangelios y los Salmos (publicados después de su muerte). Como obras originales tiene la **Vida del Cura guerrillero Santa Cruz** (San Sebastián, 1929), **Barne-Muiñetan (En las médulas del interior),** libro de poesías líricas de carácter teológico-místico, Zarauz, 1934; y sobre todo, **Euskaldunak (Los Vascos),** poema en XV Cantos, Zarauz, 1950.

El poema **Euskaldunak** estaba concluido para 1934. Este poema larguísimo de más de 12.000 versos tiene por objeto cantar la civilización, costumbres, espíritu, mentalidad, supersticiones, modo de vida, diversiones, poesía y lengua del pueblo vasco, tal como todo ello se vive en una zona rural y campesina; en concreto, en el pueblo de Huici, donde el poeta se crió. Todo el poema está hecho para ser cantado. Se caracteriza por una extrema y descarnada objetividad. El autor se oculta y como desaparece. Presentarnos la vida vasca en su original belleza es todo su cometido. Hay también en este monumento mucho de repertorio de poesía popular, folklore, etc.

Próximamente va a publicarse una segunda edición de este Poema con traducción castellana hecha por el mismo autor.

En 1965 apareció un libro-homenaje a Orixe, donde figuran numerosos estudios en torno a él, y se publican algunos trabajos suyos que estaban inéditos: **Orixe. Omenaldi (Orixe. Homenaje).** Posteriormente se ha publicado otra obra suya sobre temas místicos: **Jainkoaren billa (A la búsqueda de Dios).**

Para Orixe los dialectos vascos no tenían secretos. En vizcaíno escribió la traducción del Lazarillo del Tormes, en

guipuzcoano la Vida del Cura Santa Cruz, en alto navarro una Historia de la Literatura Vasca, que apareció en «Euskal Esnalea», el poema Euskaldunak está también lleno de altonavarrismos, etc., y muchos otros trabajos suyos están compuestos en un lenguaje en que se mezclan elementos tomados de las diversas variedades de la lengua.

Con la muerte de Orixe se cierra una época, de la que él es el más eximio representante. La generación actual, la de la posguerra, tiene características bastante diferentes.

EL CURA SANTA CRUZ

CAPITULO 39

EL VASCO Y VASCONIA

EL VASCO.—Madre Euskalerría; vengo a tener contigo una charla.

EUSKALERRÍA.—Di, hijo.

EL VASCO.—Muchos te pregonamos nuestro amor y traemos tu nombre en la boca.

EUSKALERRÍA.—Más que en el corazón, hijo. Es la canción de siempre.

EL VASCO.—¿Qué dices de los carlistas?

EUSKALERRÍA.—Hubo y hay entre ellos vascos verdaderos, aunque pocos. A ellos les deben los vascos actuales el conocimiento y el amor de las leyes vascas. En nuestro país hacía tiempo que se había apagado el amor hacia los Fueros. Desde hacía siglos, los reyes no juraban los Fueros, hasta que vino don Carlos. Este quería servirse de los vascos para ser rey, y nos los prometió: los vascos querían servirse del rey para conservar los Fueros, y ambos se quedaron chasqueados.

EL VASCO.—¿Y qué dices de los vascos de hoy?

EUSKALERRÍA.—También entre ellos hay vascos auténticos, pero también éstos son poquitos; y algunos se aman más a sí mismos que a Mí.

EL VASCO.—¿Qué se precisa para amarte a Ti?

EUSKALERRÍA.—Servir a Dios. ¿Qué leyes quieres para tu país? ¿Bajo qué otro señor quieres estar? ¿Al servicio de ti mismo? ¡Mira que no te engañes! Dios tienes los

pueblos en su mano: El los engrandece, El los deja perecer. Mientras le sirvamos a El, no nos perderemos.

EL VASCO.—Eso mismo pienso yo: en Euskalerría necesitamos ante todo las leyes de Dios. Pero, ¿qué mal, qué lacra tenemos los vascos de hoy?

EUSKALERRÍA.—La tripa es vuestro mayor enemigo. Os enriquecisteis, os acostumbrasteis a la abundancia, y ahora necesitáis mucho. No es que seáis indolentes para el trabajo, pero si viene un forastero, vivirá más fácilmente con lo que vosotros ganáis, y os echarán de casa. Los extraños serán vuestros dueños. Para ellos vuestro país es la América, y vosotros tendréis que ir a la América de Ultramar, o al menos tendréis que salir de casa.

EL VASCO.—La tripa, la glotonería nos ha echado a perder, sí. ¿Y qué más?

EUSKALERRÍA.—En segundo lugar, el arrinconar el vascuence. Los hombres de barba y las chicas elegantes se avergüenzan de su idioma. Y los jóvenes locos, mucho fútbol y juegos exóticos, y poco seso en la cabeza, poco les importa Euskalerría. Debería decir verdades aún más amargas, pero ten presente una cosa: mientras guarde la ley de Dios, Yo no moriré; y si me aparto de El, pobre de mí. La Justicia levanta los pueblos; el pecado los hace miserables.

EL VASCO.—Madre Euskalerría: quiero para Ti la ley de Dios y el vascuence. Lo demás lo dejo al beneplácito de Dios. El es dueño y señor de los pueblos.

(*Santa Cruz Apaiza,* San Sebastián, 1929, pp. 143-145.)

FE PURA

Antes de salir el sol,
a través del olmedal
hermoso de Burgos,
presintiendo el norte fino,
en todos los días de asueto
me dirijo por costumbre
hacia la Cartuja,
silencioso en oración.

Como tema de oración, el campo:
hartos los ojos y oídos,
quiero de algún modo
barruntarte.
Al sol que dicen
que es tu ojo,
la blanca niebla mañanera
le ha puesto un cendal.
No por largo tiempo. Muy pronto
devorará a la niebla.
Como es junio,
el sol tiene fuerza.
Sobre las tiernas ramillas
un ruiseñor
llama que te llama
se afana ebrio.
En la Cartuja están silenciosos
bajo el dominio del sueño nocturno:
por la noche han cantado
con oraciones y salmos.
Que él te alabe
turnando con ellos,
pues aquel pájaro
no ha perdido el sueño por la noche.
Hartos de atmósfera, de luz,
los ojos y el seno,
silencioso
profiero yo mi canto.
Pues que estás en todas partes,
podía conocer
que te injiero
en cada anhélito.
Apártate, Anaxímenes,
bien sé yo que Dios
no es la atmósfera,
¡no vengas a embrollarme!
Apártate, Plotino,
que tampoco es la luz sutil,
no puede ser alcanzado
con los sentidos
ni en imagen!
Pero siendo yo sensible,
en vez de aprehenderte desnudamente,

no podía negar
el gusto de los sentidos.
Las lágrimas de entonces,
¿de qué se arrepentían? ¿Qué amaban?
Lo sé, a mí mismo. No te buscaba
puramente.
En esto, San Juan de la Cruz
me decía
que buscase
la fe seca.
En aquel bosque
leí
que Tú estás cerca
de la fe desnuda.
Iglesia de la Cartuja,
la más silenciosa de las iglesias,
dechado de la verdadera
paz y fe.
Aun ahora
me llena de enjundia el interior;
la fe seca
tiene por recompensa la enjundia.
En aquellos años locos
en medio de muchos cienos,
¿cuántas pepitas de oro
llegué a recoger?
Te tenía a Ti más adentro
que mi propio anhélito,
y con todo, no entré en mí.

(*Omenaldi*, pp. 314-315.)

MUSICA CALLADA

(De la Introducción a la traducción vasca de las poesías de Fr. Luis de León y San Juan de la Cruz, hecha por Gaztelu)

Desde que empecé a estudiar gramática había yo observado que el vascuence era tierra generosa para expresar la ciencia del ser, es decir, la metafísica. Tanto los dos nombres verbales, la composición verbal, el análisis y la síntesis y los sufijos los veía yo como otros tantos medios de expresar las ideas generales. Vengan nuestro

dudoso amigo Vinson y su repetidor Unamuno a decirnos lo contrario. Pero no había caído yo en la cuenta que también era apto para la poesía, hasta bien entradito en años.

Un buen día, en cierta colección de poesías vascas, encontré la versión de *La vida del cielo,* de Fray Luis de León, y, por cierto, bonitamente hecha. ¿Quién será, me dije para mis adentros, este hombre atrevido? Resultó ser el señor Gaztelu.

A decir verdad, imposible me parecía el traducir a nuestra no cultivada lengua aquel maestro e ídolo de mi juventud; y ni intenté siquiera, aunque estaba acostumbrado a hacer otras traducciones bien difíciles. Y lo que me asombró fue que Gaztelu aventajaba en algo al original.

Otro día tropecé en la revista «Olerti» con el cántico a lo divino de San Juan de la Cruz, y mi asombro fue doble. Traducir lo que yo creía más imposible. Entonces me pareció que al euskera se podían traducir fielmente cosas difíciles, y no a manera de *traduttore traditore.* Si se traducían al vasco esas dos poesías que yo más apreciaba en mi tiempo, creía que no había imposibles para esta nuestra lengua bien poco habilitada.

Todavía, antes de decidirme a traducir ese cántico amoroso, me parecía atrevido de expresiones para entre nosotros, y no me hubiera atrevido jamás si Gaztelu no me hubiera contagiado. Para estos cantos amorosos el castellano estaba hecho, porque sus escritores tornaron a lo divino hasta los amoríos humanos. Otro tanto hicieron en música Morales y Guerrero.

En cierto sentido, no me asombra del todo lo que dice Fitz Maurice-Kelly en su Historia de la Literatura Española, o sea, que esos versos son de una «alta sensualidad». Pudiera suceder, sí, que en inglés, como en vasco, resultasen más crudos; pero si se tornan a lo divino, no tienen tal dejo de crudeza. Por otra parte, Dios mismo nos da derecho a hablar así en sus libros santos, sobre todo en el Cantar de los Cantares de Salomón. ¿Por qué, pues, no darlos en vasco?

Como digo, hacía mucho tiempo, a poco de haber emprendido mis estudios, caí en la cuenta que el euskera con sus andrajos llegaba más adelante en algunas ciencias que las lenguas circundantes. Pero ni soñaba que valiese

tanto para la poesía. Y para entonces tenía yo traducidos en el mismo metro los himnos de la Iglesia, cosa que las lenguas vecinas nuestras no lo han hecho, ni lo harán sin mucha dificultad.

Nuestro pobre euskera tiene palabras largas hermosas, pero no tiene sino unos pocos monosílabos, y, sin embargo, ha llegado a lo que no han llegado el castellano y el francés traduciendo los himnos eclesiásticos en el mismo metro. Y todavía, ¿cómo atreverme yo a dar en vasco estos autores, que son, sin duda, los mejores en la línea castellana?

Un tal Rousselot afirmó que el mayor lírico mundial era Fray Luis de León. No le tienen como menor la mayor parte de los castellanos a San Juan de la Cruz. He aquí las palabras de Menéndez y Pelayo: «¿Quién me dará palabras para ensalzar ahora, como yo quisiera, a Fray Luis de León? Si yo os dijese que fuera de las canciones de San Juan de la Cruz, que no parecen ya de hombre, sino de ángel, no hay lírico castellano que se compare con él, aun me parecería haberos dicho poco.»

Pues bien, Gaztelu se ha atrevido con los dos mayores; ha vestido de bonito ropaje las mejores piezas de ambos. ¿No estará ya nuestra lengua cercana a la cumbre que le pertenece? Vendrán quizá otros que los traducirán mejor que nosotros y creo que se les podrá comparar con los originales; aunque es difícil superarlos de todo en todo. ¿Pero sería poco para nuestra literatura traducir así lo ajeno, aunque no hubiese de salir de entre nosotros ningún poeta como ellos?

(*Musika Ixilla*: Música Callada; Introducción, pp. 11-15.)

LOS VASCOS (EUSKALDUNAK)

(Traducimos la invocación inicial y el comienzo del primer Canto, titulado «Pestaburu»=La fiesta patronal. Del Canto IX titulado «Letari»=La Rogativa, traducimos el trozo que describe la tormenta.)

Ven a mí, anhélito de arriba,
trabaja a una conmigo,
para que acierte a plasmar

el espíritu de un pueblo.
Que el futuro pueda exclamar:
Aquí existió un pueblo.
O mejor aún, inyectémosle
ímpetu para que pueda perdurar.

I

LA FIESTA PATRONAL

En la vieja Navarra,
en Larraún,
en medio de dulces prados
se asienta Huici,
semejando un nido de perdices.
Rodeando a las praderas,
cual borde de ese nido,
se encuentra el bosque amado,
lugar de faena de los carboneros.
Los vascos de Labort les enseñaron
a segar la hierba,
de Vizcaya vinieron
a cocer las piras de carbón,
también había diestros guipuzcoanos
labrando la madera.
Entre todos esparcieron
mil bellos relatos.
Precisamente por San Miguel
celebran la fiesta patronal;
Engracia y Miguel
allí se enamoraron
—pues por suerte fueron elegidos
para formar pareja en la danza—,
allí se dirigieron
la mirada mutuamente.
La víspera de la fiesta
por todas las cuestas abajo
los pastores traen a casa
cada uno su oveja.
Y el que no tiene rebaño
también se la procura,
por dinero, permuta o a cambio de trabajo.

Cada casa se convierte en carnicería
dos veces por año:
en la matanza del cerdo
y en la víspera de la fiesta.
El muchacho es todo ojos,
el gato está al acecho.
El abuelo ha asado
el bazo en la paleta.
Menudillos hay de comida
para la tarde,
sopas con callos y sangrecilla
para cenar;
vino vivaracho de Peralta
para animar el interior
y para acompañar de buen grado
a la blanca tortilla.
Colgando queda el cuero de la oveja,
que sirve para cobertera a los pastores,
o para preservar secas
de la lluvia las correas,
o para envolver los pellejos
de vino y aceite,
y también para proteger
las nalgas del niño.
Son de tamboril resuena
de Amazkar hacia abajo
—Poncho de Zubieta acude
todos los años al pueblo—;
a manera de pájaros
que abandonan el nido,
despejando el interior de la casa,
salen los niños al portal.
Borlas rojas colgantes
adornan al tambor.
Grupos de chiquillos siguen tras él
en grande animación.
Cuando tome la merienda,
ellos son todo ojos
—el queso esponjoso
no tiene tantos agujeros—.
Los mendigos acuden
al olor de la fiesta,

al igual que los cuervos
van a la presa.
A aquel pueblo tienen
particular afición,
pues en él encuentran
mejor acogida que en ningún lado.
A los ladronzuelos
que andan huyendo de casa
les niegan el garganchón
y las asaduras.
En la puerta no saben
decir «Ave María»:
no merecen cobijo
ni hogar.
Los mozos, después de haber hecho
setos y hatos de leña,
van a la casa de vecindad,
donde les espera el tamboril;
hasta la cena se afanan
en febril emulación danzando:
que el trabajo alivie del trabajo
y la danza aligere la fatiga.
El pastor, monte abajo,
al oír la música,
experimenta en el corazón
una conmoción de gozo.
Trae por delante
los corderos y las ovejas viejas,
dejando las estériles
y las yeguas en el pastizal.
«¿En la cena de esta noche
en qué casa estará el tamboril?»,
andan preguntando
las chicas viejas y jóvenes;
los hombres, niños y mujeres
van a la cama,
dejando en el llar
a la pobre cocinera.
Muge la vaca
al oler a sangre,
la noche larga resulta breve.
ha alboreado;
en un abrir de ojos

ha llegado la fiesta...
al oír el canto del gallo
todos sacuden la flojera.
Señor San Miguel,
ahuyenta las tinieblas,
que el ojo de Dios
nos traiga el día.
Con él el abuelo
y la abuela
salten de gozo
mientras tengan salud.
Que las chicas, chicos, niños,
maridos y mujeres,
sembrados, montes, campos,
yeguas, ovejas jóvenes
experimenten
la sacudida del gozo;
aflicciones y trabajos,
retiraos al rincón.
Los hombres del bosque, carboneros,
leñadores y carpinteros,
cada ocho días vienen a misa
a cumplir como cristianos
y a contribuir por la tarde
en el regocijo popular.
Hoy al olor de la fiesta
vienen de Martsan abajo.
En el abrevadero de Iturriaundi
se lavan las caras
—pues durante la semana
no han limpiado su epidermis—:
únicamente tienen blancos
los dientes y el bolsillo,
todo lo demás es carbón,
y las manos tizones.
Ensuciaran el agua
que beben las vacas,
si la corriente
no se llevara la porquería.
Secándose la cara
con el pañuelo
entran en el pueblo
profiriendo gritos y relinchos.

Allí está de bersolari
el Negro de Saldías,
nada torpe por cierto
en lanzar indirectas.
¡Qué cura hubiera sido
Cualquier entuerto que ocurriera,
al punto lo enderezara.
Hubo cierta vez
dos jóvenes prometidos,
y el novio despidió
injustamente a la chica:
el Negro afiló
la lezna de su lengua
y con sus versos le despachó
a los bosques de Irati.

(*Euskaldunak*, pp. 13-21.)

IX

LA TORMENTA

(Tras una pertinaz sequía, el pueblo acude en rogativa a San Miguel de Aralar a implorar la lluvia. Pronto ven cumplidos sus deseos al desatarse la tormenta)

A fuerza de besos y reverencias
han ablandado el corazón del Angel:
hoy no mienten las nubes;
han hecho sonar el estampido de guerra;
los truenos secos pasan
buscando país extraño;
pero llega el viento frío
que sacude el rostro.
En cuanto termina la función de iglesia
han salido en grupo al exterior;
con esperanza levantan
los ojos a las nubes:
«Esta vez, si el graznido
de la lechuza de ayer no miente
—ha dicho uno—, lluvia rica
caerá a la tierra.»

Si se ve de día a la lechuza
es fama que llueve pronto.
Otro dice: «Una gallina vuelta gallo
ayer estaba cantando:
eso suele traer tormenta
infaliblemente.»
La oración del ama de casa
¿acaso no lo acertó?
El otro diz que ha visto
al gato limpiándose la cara de mañana:
también esto, según creencia del pueblo,
es indicio de próxima tormenta.
Por fin, todos estos barruntos
los ha vencido uno con este otro dato:
habiendo tan gran sequía en la tierra,
el topo la estaba trabajando.
Hoy no se come cordero; allí están
los asadores arrinconados en el cuarto;
no hay fuego; no cae, como de costumbre,
a gotas la grasa.
¿Cómo meter por el garguero adentro
la comida seca sin olor?
Si como ellos la mojan con saliva,
¡el cielo trajera un aguacero!
El viento norte primeramente a las nubes
ha impelido hacia lejos;
tras de ellas otras varias
se han ido sin lucha.
De la parte de Alava, de Guipúzcoa
se han enfrentado dos;
encrespándose el viento, primero se produce el ronquido,
después el resplandor del relámpago.
Mientras la nube del norte está quieta,
se acerca la de Alava;
el estruendo del trueno viene más fuerte,
haciendo más frecuente y más largo su rugido.
Los ímpetus de ambas nubes han chocado,
las dos traen odio en el seno;
la gente siempre conserva el gusto
de contemplar esta lucha.
Las dos nubes se han juntado sobre el valle de Ata,
dejando atrás los retazos de sol.
Mirándolas desde donde hace sol,

aún tienen el color más negro.
Al tiempo que brilla el rayo,
aparecen de color ceniza.
Esa ceniza, cerniéndola, puede Dios
convertirla en lluvia.
Al modo como la abuela
por la noche cuando va a la cama,
tomando la pala en la mano
mete adentro las brasas
y recoge la ceniza,
y al día siguiente sacudiendo ésta,
encuentra dentro el fuego...
así Dios de la nube negra
encendía el relámpago.
Allí está el Señor. El que de la nada
ha hecho todo, ¿no puede acaso
de la nube negra y mojada
sacar fuego abrasador?
Ese fuego, reventando la nube,
nos ha esparcido la lluvia.
Por fin ha comenzado. Doscientas lenguas
han proferido el nombre de Miguel.
En las orejas se percibe como un ruido lejano de pe-
la gente no se asusta; [drisco;
la hoja de árbol, con la larga sequía,
¡se hallaba tan reseca!
Como la lluvia es recia y la hoja está dura,
produce un ruido característico;
el campo sediento rechina
a manera de la cal viva.

(*Euskaldunak*, pp. 352-356.)

VIII

LA EPOCA ACTUAL (1949-1969)

Por Fr. LUIS VILLASANTE
y JEAN HARITSCHELHAR

Siempre es arriesgado querer historiar lo que aún no es historia, sino actualidad. Tan sólo la distancia y el tiempo proporcionan la perspectiva necesaria para hacer una afortunada selección de nombres y obras. Pero, por otra parte, esta Antología quedaría incompleta, si se encontrasen totalmente ausentes de ella algunos nombres y obras más representativos de las corrientes actuales. Por esta razón, y aun a riesgo de incurrir en omisiones injustas y dolorosas, nos hemos resuelto a seleccionar algunos nombres —muy pocos, en verdad—: a saber, aquellos que por su valía, originalidad o por representar determinadas corrientes nuevas parecían tener más derecho a ser incluidos en una obra de este género. Dicho está con esto que hay muchos cultivadores actuales del vasco que aquí no figuran: autores de obras, escritores de periódico o revista, autores de narraciones y cuentos, de obras pedagógicas y didácticas, de literatura religiosa, poetas, dramaturgos, novelistas, traductores (estos últimos, por razones obvias, están totalmente ausentes de esta Antología), etc. Los límites impuestos no permiten abarcarlo todo. Mal o bien, hemos tenido que hacer una selección, que siempre puede parecer discutible, pues los criterios con que ésta se hace pueden ser diversos. Pedimos comprensión a quienes pueden sentirse contrariados al constatar que se han omitido sus nombres (1).

---

(1) Ultimamente ha aparecido un volumen que contiene numerosos trabajos de autores de última hora: ensayos, novelas, teatro, poesía, etc. He aquí los nombres que figu-

SALVADOR MICHELENA, O. F. M. (1919-1965)

Nació en Zarauz (Guipúzcoa). Hizo los estudios de la carrera sacerdotal en la Orden Franciscana, a la que perteneció. En sus años de formación vivió principalmente en el santuario mariano de Aránzazu, centro de peregrinaciones de la región vasca. Hecho sacerdote, residió un decenio en el convento de San Sebastián. Posteriormente trabajó en Cuba, en varias naciones de Sudamérica, y finalmente en Suiza, donde prestaba sus servicios a los obreros españoles, y donde falleció.

Notable orador, poeta y prosista. La aparición de su poema **Arantzazu,** publicado en 1949, señaló un hito en las letras vascas. Trátase de un poema más lírico que épico, en torno al Santuario de Aránzazu. El autor había leído en sus años de estudiante el libro de D. Manuel Lecuona «Literatura oral euskérica» (1935), que le inició en el conocimiento y aprecio de los fragmentos de poesía popular, romances, etcétera. Tras de esto, el contacto con la colección inédita de romances relativos a la Virgen de Aránzazu proporcionó una nueva fuente a su inspiración. Las composiciones de este poema están hechas para ser cantadas con melodías vascas, y su lengua se mantiene muy cercana a la lengua popular. De hecho, muchas de ellas se han popularizado.

En 1951 publicó en prosa **Ama Semeak Arantzazuko Kondairan,** especie de comentario o justificación de su concepción de la historia de Aránzazu, sincronizada con la del país. En 1956 publicó un tomito de poesías líricas **Arraun ta Amets (Remo y Ensueño).** En 1958 **Unamuno ta Abendats (Unamuno y el Espíritu de la raza),** que puede ser saludado como el primer ensayo en lengua vasca. En él considera al filósofo bilbaíno como tipo representativo del espíritu vasco, a pesar de sus negaciones y claudicaciones.

Ofrecemos dos muestras de la vena poética de S. Michelena y un trozo de su ensayo sobre Unamuno.

---

ran en dicha antología: Juan San Martín, X. Quintana, Salvador Garmendia, J. M. Zumalabe, A. Santamaría, J. A. Eizmendi, G. Aresti, Inchausti, Azurmendi, R. Saizar, etc. El tomo se titula *Euskal Elerti 69,* Bilbao-San Sebastián, 1969.

AFAN DE LEJANIAS

«Boga, marinero,
boga hacia lejos...
a las Indias,
sí, a las Indias!»
Con el arpón en las manos
y la sira por vestido,
dirijámonos por mar,
dirijámonos al país del Ensueño,
Oteando a ver si se descubre
alguna tierra nueva...
¡Ay, el afán de lejanías!
mal incurable,
pero con todo
bien placentero.
Impulsada siempre
por ese mal secreto,
la Historia vasca camina
mar adelante.
El reposo no trae felicidad.
Boga en lo posible.
País de marineros
es el País Vasco;
y el mar es el atrio
de las ansias vascas...
Legazpi y Urdaneta
representando a la zona alta,
Oquendo y Elcano
a la región costera,
conducen por mar
Oye, marinero,
oye la llamada
que te viene del mar,
llena de hechizo:
«Ven a mí... Tus aspiraciones
no tienen hartura
si no es bogando
en mis anchurosas aguas.
Las ansias vascas de lejanías
yo las he de colmar!»
En busca de mejor suerte
caminemos,

hacia donde el corazón
pueda hallar descanso...
Deja que la tierra ya conocida
se oculte atrás;
quizás aparezca en algún sitio
alguna nueva isla...
Al clamar «¡Tierra! ¡Tierra!»
sabrás lo que es gozo.
«¡Felicidad! ¡Felicidad!»
Si la quieres encontrar,
dirígete al mar:
se la halla en el caminar.
Cuando clames «¡Tierra! ¡Tierra!»
no es para quedarse allí;
tan pronto como se conoce una
hay que dirigirse a otra.
La felicidad se encuentra más allá
que todas las tierras!
¡Ay, el ansia de lejanías!
Mal incurable,
y con todo
bien placentero...
Siempre a impulsos
de este mal secreto,
la Historia vasca camina
adelante y adelante...
El reposo no conoce satisfacción.
¡Boga en lo posible!

ARANZAZU

CONSTRUYEME UNA PEQUEÑA ERMITA

Diz que ésta fue la encomienda de la Virgen a Balzátegui. Y no era solamente para Rodrigo. Todas las generaciones subsiguientes debían realizar esta empresa.

Contempla a la luz de este romance toda la Historia vasca cumpliendo la voluntad de la Madre. Primero, en la edificación de la ermita de piedra. Y luego, y sobre todo, en la edificación del Cuerpo de Cristo.

Se nos muestra aquí por anticipado y un poco someramente la sustancia e intención de todo el Poema.

Cuando Rodrigo fue
al monte hacia las ovejas,
allí estaba la Virgen en el espino
mirando al pastorcillo:
—Rodriguito de Balzátegui,
hazme una pequeña ermita;
hazme una pequeña ermita y
tú vendrás a ser mío.
Tres latitas, siete tejitas
te bastarán para empezar.
Mañana cuando la iglesia se haga grande
precisarás más.
Muchos hijos vascos buenos
tendrán aquí albergue,
tendrán aquí albergue y
lugar donde ofrendar la misa vasca...
Presuroso fue Rodriguito
a la calle de Oñate,
a dar la buena nueva
al clero y a todos los habitantes.
Los oñatiarras fueron presurosos
en procesión al monte.
Allí estaba la Virgen en el espino
mirando a los nuevos hijos:
—Oñate, pueblo muy querido:
hazme una ermitita,
hazme una ermitita y
vendrás a ser mío.
Desde que se abrió camino
hasta allí por entre riscos,
cuántas generaciones han subido por el Aloña
en cumplimiento de la voluntad de la Virgen!,
dedicados a la tarea
de edificar la ermita pedida por ella...
«El camino a Aránzazu es largo;
además es cuesta arriba...»
Pero ¡oh, la suave sonrisa
de la Madre para con los hijos!
¡Oh, la acogida de la Madre
al ver realizada su petición!
—Mi País vasco amado —les diría—
tú vendrás a ser mi hijo.

Ea, vascos, vayamos de camino
al reclamo de la llamada celestial,
pues allí está la Virgen en el espino
esperando nuestra llegada:
—Mi País Vasco amado:
fabrícame una ermitita,
fabrícame una ermitita y
vendrás a ser mío.
En esta iglesia de Aránzazu
tendrás albergue,
tendrás albergue y
lugar donde ofrendar la misa vasca...
Más tarde (era frío invierno,
víspera de Reyes.
Según costumbre, también aquella noche
había vigilia nocturna).
El gentilhombre Iñigo, joven conocido
a la usanza de sus hermanos vascos,
viene a Aránzazu, en cumplimiento de una promesa...
Cae la nieve de Aizkorri para abajo.
Pero su frente enardecida
no se inmuta por el frío.
¿Qué es lo que soñaba? ¿qué le constreñía
a venir a tales precipicios?
Proyecta nuevas rutas y
«viene a cobrar fuerzas».
Allí estaba la Madre sonriente
mirando al Primogénito:
—Iñigo, gentilhombre de Loyola:
fabrícame una ermitita,
fabrícame una ermitita y
vendrás a ser mío.
Tres latitas, siete tejitas
eso es muy poca cosa.
La fe vasca, la Iglesia vasca
requiere algo más.
El País Vasco que está contigo
«te necesita como intermediario».
La edificación de la Iglesia que por sí no puede llevar a cabo
la quiere completar contigo.
A este fin te he de hacer
el Santo de este pueblo santo.

Si alguien pregunta quién somos,
diles: ¡Loyola-Aránzazu!
El nombre vasco puesto en la proa
se compondrá de este binomio.
Directamente se dirigió Iñigo
hacia Cristo, a Jerusalén.
Y con Iñigo en el camino de la santidad
todos los vascos a una.
La Iglesia vasca con Loyola
se alzó hasta la cumbre.
Pero no por eso se olvidó
la construcción de la ermita. Al contrario...
Las generaciones vascas sin cesar
de un siglo a otro
venimos cantando, vamos cumpliendo
la misma encomienda.
¡Edificar la Iglesia! Ella prometió:
Y vendrás a ser mío.
Las realizaciones vascas de cinco siglos
son el Sí a esta demanda.
Habiéndose quemado cuatro veces la iglesia,
fue otras tantas veces reedificada.
E indefinidamente volvería a levantarse,
si no renegamos de nuestras esencias.
—En incesante edificación
vamos haciendo la iglesia vasca.
Mientras vivimos, bien lo sabemos,
esa obra no tiene fin.
No obstante, nuestro afán y deseo
te son bien patentes.
¡Edificar la Iglesia! Tu demanda
es la meta de nuestra Historia.
¡Edificar sin cesar la iglesia cristiana!
El reposo no tiene premio.
Eres nuestra Madre, somos tus hijos,
podemos decirlo ahora.
Eres nuestra Madre, somos tus hijos,
¡teniendo a Iñigo por cabeza!
Si alguien preguntare qué somos,
esto: ¡Loyola-Aránzazu!
—Hazme una ermitita y
tú vendrás a ser mío.
También yo estoy a la escucha

de esa tu petición y oferta,
estoy dispuesto a trabajar
en la edificación de la ermita de tu nombre...
A fin de que te ensalce en este Poema
ayúdame, ¡Madre!

(*Aránzazu, Poema vasco*, 1949, pp. 37-45.)

UNAMUNO Y EL ESPIRITU DE LA RAZA

UNAMUNO

—¡El euskera! ¡Ya estamos otra vez con el euskera! ¡Cuidado que es multisecular esa cabezonada vuestra! ¿Hasta cuándo vais a seguir con ella? ¿Cuándo os vais a enmendar? ¿Cuándo tendréis el coraje y la hombría de dejar morir en paz al euskera? Eso no tiene remedio: se nos va, y no hay más. No hay fuerza humana que pueda retrasar ese «hecho». Se nos va por ley de vida. Por sino del destino... Y se nos va a marchas forzadas. Ved cómo ya desde ahora va feneciendo en dos dimensiones: en extensión y en profundidad... Comportémonos como seres racionales. Juzguemos con la razón.

... ...

EL ESPÍRITU DE LA RAZA

—¡La razón! ¡Nos pides que juzguemos y nos comportemos conforme a razón! A ti teníamos que oírte semejante cosa. Tiene gracia, señor Rector. De modo que en este pleito tenemos que obrar mirando solamente a la razón; en todos los demás, con el corazón y con las pasiones y con los nervios, marginando a la pura razón como cosa rastrera.

Mil y otras tantas veces has escrito tú: que sientes asco, repugnancia, aversión, náuseas, grima y no sé qué más hacia la razón: que los razonamientos son cosa repulsiva; que el corazón no se alimenta de razones. Unicamente para el pobre euskera pides y proclamas la ley de la razón, el sentido práctico; aunque para todas las demás cuestiones le tengas aversión. Sin embargo, con frecuencia te agrada recordar aquello de Pascal: que tam-

bién el corazón tiene sus razones y no al modo del cerebro.

... ...

No, Loco Grande; no, señor amigo de llevar la contraria. En esto no te vamos a hacer caso. No queremos eutanasias para la madre anciana. Aunque tú, don Miguel, euskaldun-berri fracasado, rechazas a la madre euskera, tu filosofía nos ampara del modo más fogoso posible. ¡Y nos basta!

... ...

¿Que sería más utilitario abandonar de una vez el traje vasco y vestirnos del castellano? Ello es verdad y conforme a razón. Desde el punto de vista de la utilidad, bien sabemos que es así. ¿Que de ese modo en el ancho mundo seríamos más conocidos y amados? Mucha verdad y mucha razón. ¿Que los extraños tributarían más reconocimiento y aprecio a los Lizardi, Orixe, Zaitegui..., si en lugar de consagrar su vida a la construcción del euskera la hubieran dedicado a algo de más enjundia? Mucha verdad y razón...

... ...

¡«Esa» verdad no la queremos! ¡No queremos quererla! En nuestra opinión y en la de tu filosofía nada hay más verdadero que la belleza, ni nada más hermoso que nuestra personalidad. Y nosotros queremos mantener nuestra personalidad, que es cuestión de ser o no ser. Si tenemos que renegar de nuestras esencias, jamás nos casaremos con esos razonamientos.

¡Venga la locura! El quijotismo, la quijotada, o lo que sea. Locura o paranoia. ¡Por lo menos seamos nosotros! A cada cual le hace vivir su chifladura, y a nosotros la nuestra. ¡No, Unamuno, no! ¡Por nada del mundo nos inclinaremos a esas razones tentadoras! No queremos doblegar el corazón al compartimiento del cerebro. Queremos la fe. Pues para el creyente no hay imposibles.

Allá se las compongan los que llaman hombría al proceder con sola la razón. Nosotros, don Miguel, como hasta el presente, también en lo sucesivo, como en las demás cuestiones también en ésta, queremos pensar y obrar con todo el cuerpo y con toda el alma, con cada gota de sangre y cada tuétano, con todo el corazón, y también con los pulmones, también con las entrañas, absolutamen-

te con todas las fuerzas vitales. O sea: unamunescamente, vascamente queremos pensar, apetecer y actuar! ¿Qué argumento más brillante quieres que aquel de Kierkegaard?: no ser uno mismo es perderlo todo. O aquel otro de Michelet: ¡mi yo, que me devuelvan mi yo!

(*Unamuno ta Abendats*, pp. 77-81.)

PIERRE NARBAITZ
«P. Arradoy»

Nació en Ascarat (Bajos Pirineos). Sacerdote. Canónigo de Bayona. Ha sido Vicario General de dicha diócesis. Además de otros libros de carácter religioso y de colaboraciones en revistas y hojas periódicas, publicó *Kattaliñen* **Gogoetak** (Las reflexiones de Catalina), Bayona, 1955. Escrito originalmente en vascofrancés, ha sido readaptado al vasco guipuzcoano y reeditado dos veces en este dialecto (Aránzazu 1958 y 1966).

Katalin es un ama de casa de un caserío vasco. El libro nos da, en forma de reflexiones o monólogos, algo así como la sabiduría de la mujer vasca tradicional, mezcla de fe cristiana y realismo, de adaptación a las circunstancias del ambiente, de las que ella sabe sacar el mayor partido posible. Las reflexiones de **Katalin** versan sobre su vida diaria, su casa y labores, su marido y sus hijos, el contorno próximo en que se desarrolla su vida, etc.

Ofrecemos la traducción de tres de estos monólogos.

LAS REFLEXIONES DE CATALINA

AL MERCADO

Esta mañana, al despertarme, sentía dolor de cabeza. Y tener que ir al mercado, ¡cáspita!

Esos hombres me hacen burla, diciendo que necesito tener mayor dolor de cabeza para dejar de ir al mercado que para dejar de ir a vísperas...

* * *

Los hombres no saben lo que se necesita en una casa.... empezando por el calzado... ¿Y qué diría Joanes si constantemente le estuviera piidendo dinero? Como todas las mujeres, tengo mi peculio..., que gracias al mercado va engrosando un poco, al menos en algunas épocas...

Nuestra tortilla a veces suele tener un cierto color blanquecino. No es de maravillar: si no ocultase las docenas de huevos para el mercado, pronto se esfumarían; luego se presentaría alguna necesidad imprevista y no tantemente le estuviera pidiendo dinero? Como todas las gallinas van siempre a nuestro puchero...

¡Ah, esos hombres! ¡Si supieran cuánto se necesita en una casa!

* * *

Así que hoy hago de comerciante. No es posible hacer el viaje en seguida, ni aun yendo en el auto... Tomaré, pues, el tiempo que sea preciso, a fin de hacer mis compraventas.

Por otra parte, a todos nos conviene salir de vez en cuando..., pues estando siempre adentro nos enmohecemos.

Así es la verdad. Si supieras cómo se me renueva el ánimo viendo a algunas compañeras de los pueblos vecinos, enterándome de noticias y al mismo tiempo tomando un poco de descanso fuera de los trabajos cotidianos!

* * *

¿Y quién sabe si no nos pide todo esto el afecto que nos debemos los unos para con los otros? No lo digo en bromas: Dios nos hizo para vivir en sociedad, y no podemos estar siempre como unos salvajes, metido cada uno en su rincón...

Se ve que también Joanes piensa así..., pues también a él le gusta ir al mercado...

* * *

Pero hoy me toca a mí la vez, y tendrá que quedarse en casa...

(*Kataliñen Gogoetak*, ed. 1958, pp. 41-42.)

JUNTO AL FUEGO

«Madre, ¿cuándo vamos a empezar a encender el hogar viejo y a estar junto a él?

—Espérate... Ya vendrán demasiado pronto los fríos.»

¿Demasiado pronto? No sé qué decir... Nuestro Pattin es muy aficionado a estar cerca del fuego. Al pobre no hay que reñirle por ello, pues hace tiempo que se dedica a picar la leña para mantener el sabor del invierno.

* * *

¡El sabor del invierno! Yo con un cuenco de leche en el halda, los niños sentados en derredor, el padre acurrucado en el rincón, un hermoso tronco ardiendo en el fuego, no hay rey ni reina que sea tan feliz como nosotros...

¡Cuán sabroso!... No siempre estamos hablando. ¿Para qué? ¿Es que las personas no se hablan, aun estando en silencio?... Entonces es cuando se percibe la paz de nuestra casa. Entonces es cuando sentimos lo que es la familia, lo que es el vínculo que nos une. Maider haciendo sus trabajos manuales, yo remendando pantalones..., los hombres a veces sin hacer nada, o dando vueltas al tamboril de las castañas... Qué alegría la de los niños cuando empiezan a sonar los tiros de las castañas, qué impaciencia por gustarlas!...

Dicen que hay casas que ya no recogen la castaña. ¡Peor para ellas! La castaña no es solamente el antiguo alimento de los vascos: aparte de esto, es el más bello pretexto para juntarse. Y ese pretexto nosotros sabemos explotarlo a maravilla.

* * *

De vez en cuando Joanes empieza a contar cuentos. Yo suelo estar embelesada viendo cuán bien habla. Esa nuestra Maider tiene cierta propensión a dejar el vascuence por el francés, aun en casa. Más de una vez le he dicho que mire al padre y considere qué pena sería dejar perder un lenguaje tan hermoso...

* * *

Sobre todo en el hogar, ¿cómo no hablar el lenguaje que ahí mismo hablaban los padres de nuestros padres? ¡Qué vínculo es también éste!... ¡Y qué ligereza fuera el lanzarnos a vivir por nuestra cuenta, cortadas las raíces, sin el apoyo de los antepasados!

... No estamos en eso, gracias a Dios. Mientras en nuestro hogar esté encendido el fuego, continuará vivo nuestro querido euskera en Haritzalde!

(*Kataliñen Gogoetak*, pp. 83-84.)

LA ABUELITA

Espere usted. ¡No la tengo olvidada!

Pobre abuelita... ¡el ángel de nuestra casa!

Tiene casi ochenta años la madre de mi marido... y hace cuatro años casi que está en la cama: un niño más en casa...

Parece que mucha gente se ertraña de cómo la puedo soportar. ¿Cómo soportar? ¿No se debe acaso soportar a los demás?

Siempre he oído decir que de la misma manera que hemos cuidado a nuestros ancianos, así nos cuidarán nuestros hijos.

Además hace falta ser muy duro de corazón para dejar así sin cuidado a una vieja.

No hablamos de esto. Cuando ella era menos vieja tenía, sí, cierto aspecto seco; a su nuera la hubiera tomado como criada... y nos hemos regañado algunas veces. Pero ¿dónde no existe eso?

Poquito a poco hemos ido aprendiendo a aceptar mucho, a soportarnos, perdonarnos, ayudarnos. Y nunca nadie habrá difundido la noticia de un cualquier desacuerdo en casa de Haritzalde entre el matrimonio de los viejos y el de los jóvenes.

Y ahora ¡cómo vivimos en paz! La abuela ya totalmente sosegada y yo hecha ya su hija.

En casa, cuando voy de un lado a otro, ocupada en mis quehaceres, me parece, al pensar en la abuelita, que la casa tiene su ángel de la guarda.

En verdad, vigila particularmente a los hijos. Cuando están sentados en su cama, están en la gloria: «Abuelita sigue contándonos el cuento de anoche.»

... Pero el cuento de anoche ya lo tiene olvidado la abuelita. Pero en cambio no se le olvida el rosario que tiene en la mano.

¡Pobre abuelita! ¿Cuántos rosarios habrá rezado hoy?

(*Kataliñen Gogoetak*, p. 21.)

SANTIAGO ONAINDIA, C. D.

Nació en Amoroto (Vizcaya) en 1909. Padre Carmelita. Fundador y director de la revista «Olerti», de poesía vasca. Escritor, traductor y editor de numerosas obras. Es autor de la compilación poética **Mila euskal olerki eder (Mil poesías vascas hermosas)**, Amorebieta, 1954. Traductor de Virgilio, Santa Teresa, Dante, Horacio. Ha reunido y publicado en forma de libro muchos trabajos dispersos de autores anteriores, poniéndolos así al alcance del lector actual. En 1964 publicó la monografía **Gure Bertsolariak (Nuestros Bersolaris)**, Bilbao, en que estudia el fenómeno del bersolarismo: sus antecedentes o parecidos en otros pueblos, su técnica, bersolaris más famosos del país vasco, etc.

Traducimos un trozo del libro.

NUESTROS BERSOLARIS

Si alguien nos negara a nosotros la afición al verso, diría una solemne mentira, no sería digno de crédito. Vete a cualquier fiesta popular y verás; si allí hay algún bersolari en ciernes, aunque sea mediocre, para cuando él abre la boca, todo el pueblo, aunque sean mil o cinco mil, quedan atentos, suspensos, todo oídos, prendados. No hay predicador, ni entre los mejores, que así conmueva a los oyentes. Antiguamente, en la actualidad y en el futuro, en cualquier época, han obtenido triunfos extraordinarios y aplausos estruendosos.

Decir en una palabra lo que es el bersolari (esta institución tan entrañada y consustancial a nosotros), no es negocio fácil, al menos si se quiere dar una definición cabal. He aquí lo que decía en cierta ocasión Basarri,

que es uno de los bersolaris más conspicuos: «¡El bersolari! ¡El bersolari! ¿Qué es el bersolari? Una vieja costumbre vasca, lector, y entre todas la más hermosa y valiosa, sin comparación. Yo así lo creo.» Por lo tanto, el bersolarismo no es otra cosa que una vieja institución nuestra. Pero al decir una costumbre o institución vasca queremos dar a entender muchas cosas: la danza, el aurresku, el chistu, la canción, la apuesta, la pelea de carneros, el levantamiento de piedras, la prueba de bueyes, el juego de hachas, las regatas y todos los demás deportes. ¿También el bersolarismo es uno de éstos? Así parece.

Actualmente el deporte exótico lo está invadiendo todo. Nuestras costumbres corren gran peligro. Para protegerlas, el espíritu vasco debe tomar providencias. De jóvenes solemos ser muy amigos de todo lo nuevo, juzgando baldíos los sudores de los antepasados. ¿Es recto este proceder? No lo creo. Cada generación tiene su aspecto digno de ser tomado en cuenta, dado y vivido por los de la época aquélla. Los increíbles progresos de hoy, ¿de quién son? Cada raza y cada época tiene, es verdad, ventajas y logros, que nosotros no debemos rechazar ligeramente. Nosotros los vascos, los que vivimos en esta época, debemos cuidar e incluso robustecer el espíritu vasco inmortal que nos legaron los viejos antepasados, y así cumplimos con nuestro deber. Si dejamos que se corrompa y pierda esta idiosincrasia que traemos en la sangre, ello significaría nuestra muerte. ¿Y qué seríamos, una vez perdido lo nuestro?

Hoy, a decir verdad, sentimos bastante veneración hacia estos representantes de nuestras costumbres que son los bersolaris. Dejando aparte otras razones, no damos mala acogida a esta costumbre. Dice Basarri: «Entre los vascos a nadie se le presta tanta atención como al bersolari. En cualquier tertulia, ya puede haber el más grande estruendo, ya puede haber las discusiones más acaloradas, ya pueden estar los ánimos excitados y en plan colérico, ¡todo es igual! Que empiece a cantar alguien que tiene aire de bersolari, e inmediatamente enmudecerán; desde aquel momento han quedado hechas las paces. Para calmar la sed vasca no hay nada semejante al bersolari. No podemos encontrar vasco alguno que no le guste el bersolari, todos somos aficionados.» ¡Hermoso testimonio!

¿Hoy sí y antes no? Sí y no. También antes había temporadas en que esta afición la teníamos metida hasta los tuétanos: si en algún sitio había un bersolari, allí acudiría, como diremos después, una gran multitud. En algún tiempo no había romería ni fiesta popular sin bersolari, éstos eran los que ambientaban todo. ¡Y cómo lo ambientaban! También actualmente se mantiene este ambiente. Pero como cambiamos fácilmente de paladar, es preciso andar con cuidado. Hoy somos tan inquietos como la ola de la superficie del mar, y aunque los bersolaris sean los más apropiados para poner en ebullición la salsa de las fiestas populares y reuniones semejantes, todavía hay quienes no los toman en consideración entre los organizadores de festejos populares y parecidos. Por tanto, es preciso tener cuidado.

(*Gure Bertsolariak*, pp. 200-202.)

NEMESIO ECHANIZ

Nació en Azcoitia (Guipúzcoa) en 1899. Sacerdote. Hizo estudios en Lecároz y en Comillas. Ha publicado mucho, lo mismo en prosa que en verso, y aun para teatro; pero ha destacado sobre todo como poeta. Ha adaptado al vasco muchas canciones de última moda, ha creado canciones originales para niños, etc.

En 1967, Nemesio Echániz ha publicado una gran antología de toda su obra, especie de testamento literario: **Lur Berri Billa (*En busca de una tierra nueva*).** Ofrecemos la versión de dos poesías tomadas de dicha obra.

EL MOLINO DE LA CABEZA

¡Ay, molino mío!
¡El molino de la cabeza!
Miles de pensamientos
chocando unos con otros.

Casas, casas, casas
al estilo de un tren embrujado que huye;
hombres, montes, ríos,
perros... todos se me vuelven problema.
Una danza loca te conduce,
cambiando rápidamente la compañera de baile.
¡Ay, molino mío!
¡El molino de la cabeza!
Tu afán de soñar
no tiene fin.
Las andanzas lejanas,
los enriquecimientos fáciles,
la vida confortable,
el poderío inmenso,
el saber sólido
constituyen tu harina:
en revuelta romería
vas chamuscando tu inclinación.
¡Ay, molino mío!
¡El molino de la cabeza!
Vuelve y torna a volver,
peña infernal;
elogias los odios, envidias, arrogancias,
obscenidades;
las guerras, muertes, latrocinios
dicen a la siniestra rueda: ¡Adelante!
En el torbellino de pecado
me anegas entre juegos y risas.
¡Ay, molino mío!
¡El molino de la cabeza!
¿Dónde tienes la tumbona
para descansar?
Producir pensamientos, sueños, pecados
es tu perpetuo quehacer;
me has hecho aborrecer la vida,
al ver tu perversa inclinación.
Jadeante y presuroso ofreces
una bebida que no conoce pausa.
¡Ay, molino mío!
¡El molino de la cabeza!
¡Mariposa que necesita
ser colgada en el cielo,

alza tu reino hasta los pies
del mismo Dios;
con oraciones y sacrificios
ve moliendo la suma de virtudes
para que convertida en pan con harina de cielo
alcance la diestra del Señor!

(*Lur Berri Billa*: En busca de una tierra nueva, pp. 248-249.)

NO ES DE AYER

No es de ayer
mi llanto.
Anoche cuando
en mi cuarto entraste,
me sorprendiste llorando.
Tu semblante afable
se tornó cadavérico,
sobresaltado.
Pero siéntate.
No es de ayer
mi llanto.
Tú no sabes, querida,
qué sima profunda
es mi alma!
No me lo preguntes.
Sería en balde.
Nadie pregunta
cuántas gotas de agua
almacena el mar.
Es en balde
empezar a contar
cuántas son las estrellas.
Siempre hay en el negro cielo
más allá,
alguna otra escondida.

(*Lur Berri Billa*: En busca de una tierra nueva, pág. 407.)

XAVIER DIHARCE, O. S. B.
«Iratzeder»

Nació en Saint Jean de Luz (Bajos Pirineos, Francia) en 1920. Monje benedictino de Belloc (Urt). Poeta religioso y místico. Cultivador del teatro paralitúrgico. Ha sido, junto con el P. Gabriel Lerchundi (monje de la misma Abadía), el alma de la obra de renovación litúrgica llevada a cabo por esta Abadía. En 1946 publicaron **Kantikak,** colección de cantos para las iglesias del País vascofrancés. En 1963, **Salmoak (Los Salmos),** adaptación vasca del Salterio, para ser cantado con melodías del país. Es sorprendente —incluso increíble— la claridad, fuerza expresiva y sabor que alcanzan estos venerables textos hebraicos puestos en vasco por Iratzeder. El teatro paralitúrgico y parroquial ha sido también muy cultivado por él. En este dominio **Pasionea (La Pasión)** ha sido el más difundido y más veces representado.

Los poemas líricos de Iratzeder se hallan publicados en tres series o colecciones: 1, **Pindar eta Lanho (Centella y Niebla);** 2, **Zeru-Menditik (Desde el Monte Celestial);** 3, **Argiz Argi (De Claridad en Claridad).**

Ofrecemos la traducción de cuatro composiciones.

YO QUERIA

Cuando me hice hombre, yo quería vivir plenamente,
y en esta tensión perseveré durante mucho tiempo...
Quería con todo el corazón amar a mi Dios;
quería con todas mis fuerzas trabajar en pro del País.
Quería vivir plenamente con estos dos amores, plenamente;
pero para amar a los dos tenía un solo corazón...
Quería como sacerdote vasco salvar a mi pueblo;
quería con mis prédicas ilustrar a todo el mundo.
Y en esta tensión perseveré durante mucho tiempo...
Querer vivir con vida plena y no saber dónde la hallaría...

* * *

Me puse en camino, de camino por el monte: a ver dón-
[de se hallaba la luz.
Me puse en camino, y súbitamente,
¡he ahí... el monte celestial!

(Pág. 3.)

PLEGARIA

Oh mi Dios querido
de dentro de mi corazón,
¿cuándo seré para siempre
lleno del todo por Ti?
¡Oh mi Dios querido
de dentro de mi corazón!
¿Cuándo tendré el corazón
totalmente tuyo?
¿Cuándo tendré el corazón
quemado de amor?
Queriendo renunciarme a mí,
clamo a Ti:
¿cuándo me alzaré
más arriba de este yo?
¿Cuándo me vaciarás
totalmente de mundanidad?
¿Y cuándo ardorosamente
me embriagarás de luz superior?
Concédeme la anchurosidad
de tu ancho corazón,
para que no esté siempre frío
cual ahora estoy.
¿Cuándo creeré de veras
que vives en mí,
habiendo derramado por mí
tu sangre divina?
Enciende en mí, te ruego,
el Espíritu que tú tuviste,
para que por fin te ofrende
todo cuanto soy y pueda ser..
Todavía no he dado
todo lo que debería
mientras por amor no sea
en cruz clavado.

Quebranta y desmenuza
mi seco corazón,
para que goteando sangre
se derrame dentro de tu corazón.
Con mis ansias de cielo
no puedo aguantar más:
durante mucho tiempo a fuerza de gemidos
quiero llegar hasta ti.
¡Oh mi Dios querido
de dentro de mi corazón,
qué felicidad
estar siempre mirándote a ti!

(Págs. 15-16.)

EN EL OCEANO

En el océano, en el océano
En la ola amplia y loca,
Lejos en el océano
Contigo, a menudo, iba.
Allí no había tasa,
Allí no había frontera.
Tú capitán, yo timonel,
Allí no había nadie,
Tan alegre de corazón.
Lejos en el océano
Contigo, a menudo, iba.
¡Ah! Las pláticas de allí,
Los cantos, los sueños!
De amplia ola y de amor
Llenando para siempre
Nuestros corazones.
En el océano, en el océano
En la ola amplia y loca.
Desde entonces, ¿dónde estamos?
Para los vascos.
Tú, huesos, yo, monje,
Tú, en el cielo, yo, en el mundo,
Ambos cantando
En el océano, en el océano,
En el océano de Dios,
En la gloria amplia y entera.

EN EL MUNDO PASO...

En el mundo pasó la mirada de Dios;
Ella, de blanco vistió la cima de los montes,
De estrellas las tinieblas, de cielo el océano.
En el mundo se derritió la mirada de Dios;
Ella vertió en las madres la ternura,
En los ojos de los niños la sonrisa del cielo.
En el mundo pasó la mirada de Dios;
De ella el hombre saca su valor,
De ella su sueño infinito.
En el mundo anda la mirada de Dios;
Por ella nos parece bello el porvenir,
El futuro País Vasco eterno.
Mirándonos pasó la mirada de Dios.

JOAQUIN ZAITEGUI

Nació en Mondragón (Guipúzcoa) en 1906. Estudió en Comillas. Es sacerdote. Reside en Guatemala, donde fundó y dirigió la revista «Euzko Gogoa». Autor de dos libros de poesías y de varias traducciones de autores griegos. Tiene además una obra de introducción a Platón: **Platoneneko atarian (En el umbral de la casa de Platón),** San Sebastián, 1962. El estilo de Zaitegui es tal vez extremadamente purista, clasicista y rebuscado. Leyéndole, recuerda uno a autores como Juan Mir, que escribían obras de fondo cuidando que todas las frases, vocabulario, etc., se ajustaran a los moldes del lenguaje de los clásicos; pero esta clase de libros fácilmente se hacen pesados, pues al lector que acude a ellos le interesa primariamente el fondo, y, en cuanto a la forma, no desea otro lenguaje que el que mejor sirva a la natural y clara exposición del dicho fondo. Si a esto se añade el prurito por emplear palabras y giros muy locales o de área reducidísima y prácticamente desconocidos, se hará el lector una idea de las dificultades insuperables que encuentra esta literatura para abrirse paso.

Zaitegui tiene también otra obra sobre los Hechos de los Apóstoles de características parecidas **(Bidalien Egiñak,** 1955).

Ofrecemos la traducción de un trozo del libro sobre Platón.

EN EL UMBRAL DE LA CASA DE PLATON

PUEBLO NUEVO

Por ascendencia, nacimiento y educación, Platón era aristócrata. Este pariente mayor que vivía en su retiro dirigía su mirada desde la altura hacia abajo.

Sin exageración, el gentilhombre Platón podía hablar al modo de Nietzsche y agrupar a todos los hombres en dos secciones: los amos y los esclavos, los hombres de casta superior y los hombres llanos.

Nada doblegaba su arrogancia. Como aún no había nacido Jesucristo, en sus cavilaciones no se perfilaba ningún género de fraternidad ni tampoco de igualdad. No pensaba que por nacimiento somos hermanos.

Por otra parte, nunca fue hombre de acción. Anduvo de un lado para otro, vivió en el extranjero, como hemos visto en el capítulo primero. Tan pronto como volvió a su patria, se recluyó a su retiro. De todos modos, era un teorizante empedernido. Estos teorizantes suelen ser temibles. Nada les acobarda. No cesan de cavilar con su cerebro: puedes sospechar que bajo el pecho no tienen corazón. Frente a los acontecimientos diarios se hacen los ciegos. Suelen ser drásticos y tajantes, fanáticos y locos estos teorizantes.

Finalmente, hay que tener esto presente: ellos dicen que el bien de la sociedad es el último fin y meta del hombre en esta tierra, y que el fin y meta de todos los actos de la sociedad es el que produce el bien y la felicidad del hombre. En la administración de un país, este fin es el que debería presidir la elección de los medios. En este terreno, los medios se hacen buenos por relación al fin: dicen que el fin justifica los medios. Si el fin es lícito, también el medio.

Esta afirmación se puede entender de tres maneras:

Primer sentido: siendo el fin bueno, recto y hermoso, aun el medio perverso se convertiría en bueno: lo que pudiera ser malo, el fin lo haría bueno. Por ejemplo, el mentir podría ser recto y lícito, aunque de suyo sea malo, y el mentir se convertiría en acto virtuoso, si el fin fuera bueno. Esto se les ha atribuido a los jesuitas. No hace falta decir que entendiéndolo así es condenable e inadmisible. Platón no lo entendía así.

Segundo sentido: los medios que de suyo serían indiferentes (ni buenos ni malos), los haría buenos el fin bueno. Entendiéndolo así, sería verdadera.

Tercer sentido: nada hay bueno ni malo antes de determinar y precisar el bien del país y de la sociedad. Todo habría de resolverse careándolo con el bien del país. Por lo tanto, lo que procura el bien del país es bueno, lo que va en contra del bien del país es malo. La medida es el bien del país. No habría otro camino. De esta manera entendió Platón la anterior afirmación. En consecuencia, el bien y el mal del pueblo es el que hace a uno bueno y malo, en opinión suya. Si en función de este cálculo de bienes y males, algunas determinaciones que adopta van en contra de las enseñanzas cristianas, ello no es de extrañar.

(Págs. 246-247.)

PIARRES LARZABAL

Nació en Ascain (Bajos Pirineos), en 1915. Sacerdote. Actualmente párroco en Socoa, junto a San Juan de Luz. Ha cultivado con verdadero éxito el teatro. Se calcula que tendrá compuestas un centenar de piezas teatrales cortas y unas veinte largas. Al decir compuestas no queremos decir publicadas, pero sí representadas. La colección «Auspoa» lleva publicadas varias de ellas en doble redacción (original labortano y adaptación guipuzcoana). Véase dicha colección, volúmenes 11, 14, 21, 34, 44.

Con su innocuo humorismo, Larzábal ha escrito que debe al maestro de su infancia su amor al vasco. Aquel honorable funcionario de la 3.ª República consiguió, con los cachetes que le propinaba por hablar en vasco, que acabara amando todo lo que él aborrecía. Pero entre las causas que debieron de actuar en su subconsciencia cita también a un misterioso personaje, **Iñazio Beltza** (Ignacio el Negro), un guipuzcoano, exiliado de la guerra carlista, que vivía en el monte en la mayor pobreza y les hablaba a los niños del Cura Santa Cruz, de Don Carlos, de los Fueros y de las proezas de los vascos. La vida de Larzabal ha sido muy accidentada: labrador, mozo de café en St. Jean de Luz,

prisionero de los alemanes, apóstol con los gitanos... En toda la obra teatral de Larzábal se advierte la preocupación por introducir el espíritu del Evangelio en todas las situaciones de la vida. Sus comedias y dramas siempre tienen enseñanza. Sus personajes son siempre distintos, reales y bien caracterizados.

Traducimos un trozo de **Senperen gertatua** («Ocurrido en St.-Pée; este drama se titula también Urriki o Damu Latza=Arrepentimiento feroz). En un pueblecito ocurre un crimen. Las sospechas de la policía recaen en uno que en realidad es inocente. El cura sabe por confesión quién es el culpable, pero no puede hacer nada. Un policía, amigo suyo de infancia, quiere sonsacarle, etc.

OCURRIDO EN ST.-PEE

ESCENA PRIMERA

[Lugar: Despacho parroquial, con una puerta.]

(Al abrirse el telón, aparece el señor párroco confesando a un hombre, a un hombre traspasado de dolor. Ambos se levantan.)

GANIX.—¿Que por qué he matado a Miguel? ¿Que por qué, después de matarlo, lo he quemado con paja y petróleo? No lo sé, ni yo mismo lo sé. Ayer a la noche noté que me faltaba una oveja en mi aprisco. Pensando que pudiera estar en el rebaño de Miguel, me dirigí al aprisco de éste. Miguel no estaba allí. Me metí en su aprisco para reconocer las ovejas. Estando yo adentro, apareció Miguel. No me pareció bien que me viera, y me escondí. Pero él se apercibió de que allí había alguno, y me golpeó con la tranca. Entonces me enfurecí. No era dueño de mí mismo. Había allí una hacha, y golpeándole con ella lo maté. Y después, asustado de mi acción, queriendo hacer desaparecer el cadáver, le pegué fuego, arrimándole paja y petróleo.

PÁRROCO.—¿Tiene algún familiar o pariente?

GANIX.—No. Había venido de fuera. Nadie le ha conocido pariente alguno. Vivía siempre en la soledad a base del pastoreo.

PÁRROCO.—Quedarás en deuda con Dios y también con su alma.

GANIX.—¿Estoy obligado en conciencia a descubrir mi crimen al juez?

PÁRROCO.—Nuestro Dios no nos pide tanto. Que se repare el mal a Dios y a los hombres, eso sí, pero el confesar la falta sólo estamos obligados a hacerlo en la confesión a aquel que está en lugar de Dios.

GANIX.—Pero si los jueces me preguntan a ver si yo soy el autor del crimen, ¿puedo negarlo? ¿No es eso mentir?

PÁRROCO.—Dios no exige que confieses tu pecado delante de todos. Los que por oficio quieren sacar de nosotros esa confesión, hacen lo que deben. Pero si los jueces tienen derecho a preguntarte, también tú tienes derecho a no confesar tu culpa delante de todos...

GANIX.—Pues ¿no dice el catecismo que en el tribunal hay que decir siempre la verdad?

PÁRROCO.—Los testigos sí están obligados a deponer con verdad en el tribunal de los hombres. Pero el culpable cumple la sentencia del tribunal de Dios, y se acabó, queda en paz con Dios y con su conciencia.

GANIX.—Pero el escándalo que se ha dado al mundo, ¿no hay que repararlo a la vista del mundo?

PÁRROCO.—Puede hacerse, pero Dios no nos obliga a ello. El escándalo que se ha dado al mundo, los tribunales del mundo, con frecuencia, en vez de repararlo, no hacen sino agrandarlo y aumentarlo.

GANIX.—Como usted sabe, han metido preso a Antón, suponiendo que es el culpable. ¿Puedo en conciencia dejar que él sea infamado y condenado?

PÁRROCO.—Tú defiéndete a ti mismo y no acuses a nadie. Si a Antón le viene la desgracia con ocasión de ti, que al menos no le venga por causa de ti. Si quieres salvar a Antón descubriendo tu falta a los jueces, puedes hacerlo, pero en conciencia no estás obligado a tanto.

GANIX.—*(Empieza a salir, pero para entrar de nuevo.)* Ah, ¿y qué será de mi hija Margo? Como usted sabe, el domingo son las proclamas.

PÁRROCO.—Sí. Eso mismo estaba pensando.

GANIX.—¿Tengo derecho a hacer desventurada a mi hija, callando?

PÁRROCO.—¿Y crees que con hablar trabajas mejor a favor de ella?

GANIX.—Ah, la ira... ¿Por qué he de ser iracundo? Fatídicas consecuencias de la ira...

PÁRROCO.—La ira, pecado capital, fuente de otros muchos pecados.

GANIX.—Y ahora que me he confesado, ¿estoy ya libre?

PÁRROCO.—Ya te he dicho que sí, pero debes reparar el pecado.

GANIX.—¿Cree usted que luego tendré la conciencia tranquila?

PÁRROCO.—No. Nunca tendrás paz en la conciencia por semejante acción.

GANIX *(Fuera de sí).*—¿Qué es lo que quiere decir? ¿Que Dios no me perdonará?

PÁRROCO.—No. Dios te perdonará. Pero nuestras acciones nos siguen siempre. La herida de tu pecado te estará doliendo siempre. La conciencia del hombre es como un receptáculo ocupado con los recuerdos de todos sus actos. Esos recuerdos, buenos o malos, salen de vez en cuando de ese receptáculo, sea para consolarnos o para lastimarnos. Sea que estés despierto o aun dormido, el *tétrico* y afilado aguijón de la conciencia te ha de punzar el corazón y te hará sufrir. Y los años no suavizarán ese aguijón de la conciencia. Tal vez lo hagan más violento e insoportable.

GANIX.—¡Ay, pobre de mí!...

PÁRROCO.—Sí. Las cárceles y las multas son algo, pero aún es más duro y terrible ese remordimiento de la conciencia *que no se puede acallar.*

GANIX.—Señor, ruegue por mí. *(Desalentado, sale.)*

PÁRROCO.—Sí, pidamos el uno por el otro. *(Solo, pensativo, pasea de un lado a otro. Toma en las manos la cruz que está sobre la mesa. Después empieza a disponer los enseres para afeitarse. Pero llaman a la puerta. Abriendo):*

PÁRROCO.—Oh, ¿eres tú, viejo compañero de escuela? ¿Cómo por aquí?

POLICÍA.—Acabo de venir directamente de París. Ya supondrás por qué.

PÁRROCO.—Ni por asomo.

(Págs. 11-19.)

BORDAXURI

Acto II

KATXO: (*Muy angustiado. Anda de un lado a otro*)

Qué frío hace... Aquí estoy, muy temprano, en el colmenar de Plumagainea... Según la tradición en nuestras fincas cuando se muere el dueño viejo, el joven, la mañana siguiente, muy de mañana, suele ir a visitar a las abejas... Ayer murió el viejo de Plumagain y pronto vendrá Bordaxuri, el dueño joven de la casa, a visitar a las abejas para cumplir con lo que quiere la tradición. Y estoy aquí esperándole. Puesto que no me dejan entrar en la casa, aquí, pienso que, por lo menos, podré hablarle.

Ya podéis imaginar que no he venido aquí con el alma llena de alegría, ni por capricho, sino forzado de la necesidad... No porque tengo algún interés, sino por el encarcelado. Pobre muchacho. Le he visto antes de ayer. Le juzgarán pasado mañana. Estaba llorando... esperando el castigo. Testigos de cargo tiene muchos y los de la familia primero... Testigos de descargo... pocos... y sin embargo no le parece que ha cometido un crimen tan espantoso... fastidiado por los reproches brutales ha disparado sin apuntar, nada más que para que se calle su padre... Sin el menor deseo de matarle.

«Vete, me dijo, hacia mi abuelo. Dile que él, por lo menos, tenga piedad de mí... que el ahijado que muchas veces apretó entre sus brazos le llama, llorando, como testigo de descargo... que, por el momento, está cargado de grillos... Vete y dile que como cuando niño le está llamando...»

Queriendo decir todas estas cosas al viejo, esperando que podría hablarle a solas, con el corazón oprimido, me acerqué ayer a Plumagainea. Pero en vez del viejo topé con el hijo. ¡Pobre viejo!... ¡Dios le tenga en su gloria! Como somos los primeros vecinos, a mí me toca llevar la cruz durante el entierro. Y no me han quitado este cargo. Hubiera sido terrible en efecto si a otro le hubieran pedido que llevase la cruz. Esto no se hace nunca a pesar de las discordias posibles entre los vecinos. Lo de llevar la cruz pasa antes de las discordias.

En esto estamos. ¡Ah! Bordaxuri, hombre duro... Estoy temblando al pensar en la conversación que vamos a te-

ner dentro de un momento. He decidido que, razonando con mucha calma, hablaré como hombre cuerdo... No porque tengo a Bordaxuri delante, sino por acordarme del pobre muchacho que está en la cárcel. De esta conversación depende, a lo mejor, su destino y su vida. Si llego a apiadar al padre, se salva el hijo. Si, en cambio, se obstina el padre, pasado mañana en el tribunal de Pau, un hombre más, duramente condenado. ¡Ah!, escondámonos, que viene Bordaxuri.

BORDAXURI: *(Vestido de una capa larga, se acerca lentamente al colmenar y dos veces, hablando sinceramente, dice con tono algo ceremonioso):*

Abejas queridas, el dueño viejo de la casa ha muerto... Yo soy vuestro nuevo dueño...

JOSE LUIS ALVAREZ EMPARANZA

Nació en San Sebastián en 1929. Ingeniero industrial. Además de numerosas colaboraciones en revistas, es autor de varias obras: **Leturiaren Egunkari Ezkutua (El diario secreto de Leturia)**, Bilbao, 1957; **Peru Leartzako (Pedro de Learza)**, Zarauz, 1900; **Huntaz eta Hartaz** (Acerca de esto y de aquello; colección de artículos sobre diversos temas, sociopolíticos, etc.), Bayona, 1965; **Elsa Scheelen** (novela).

La aparición del Diario secreto de Leturia señala (como lo indicó L. Michelena en el prólogo al libro) el estreno en la literatura vasca de corrientes hasta entonces inéditas en ella, pero generalizadas en el mundo actual. El agnosticismo, la duda, el existencialismo, la angustia, etc., son un fenómeno conocido de nuestra cultura contemporánea. En realidad no es tan nuevo, pero en la literatura vasca ahora es cuando hace su aparición. El Diario secreto de Leturia y Pedro de Learza son novelas de esta dirección existencialista.

La primera nos presenta el diario del protagonista, que se divide en las cuatro estaciones del año: Primavera, Verano, Otoño, Invierno, tomadas como cuatro épocas de la vida: el señuelo y el hechizo del amor humano ocupan las

primeras partes, pero al fin llega el desencanto, la desilusión. El protagonista se escapa a París, su fuga hace que su esposa enferme de muerte. A fuerza de cavilar sobre el destino del hombre y la clave de la fecilidad, decide elegir nuevos caminos, pero esto no es posible por los múltiples condicionamientos de la vida humana. Al fin muere en circustancias misteriosas, víctima de una tormenta.

Traducimos el apartado 3 de la cuarta parte, o sea, de la época denominada invierno.

EL DIARIO SECRETO DE LETURIA

He hecho un descubrimiento formidable.

Como decía el otro día, el sumergirme en este mundo nuevo me ha rejuvenecido, y nuevamente he experimentado el vivo cosquilleo de la felicidad. Por segunda vez soy apto para gustar la poesía del viento, más que antes por cierto; jamás el aura de la sombra me ha abrazado más tiernamente que hoy.

Hoy lo he visto claramente, y he acertado a *reconocer* cuál es la raíz del vacío del corazón: el ansia de felicidad del hombre es sed de Dios. Mi corazón quería algo absoluto, para beber en él el descanso y el gozo. Necesitaba plenitud, perfección, estabilidad total, paz verdadera, verdad completa, el todo de todo. ¿Cómo me puede llenar una pobre mujer? Quien tiene la misma sed, ¿podría acaso aplacarme?

La criatura limitada no puede llenar la inquietud ilimitada. Miren no me puede llenar, ni tampoco ninguna otra mujer.

El vacío del hombre es religioso, y no puede colmarse con lo de este mundo.

No me he enredado, pues, con mujeres. Ahora lo sé con certeza.

Comprendo bien lo que ocurre con el enamoramiento: siempre es algo que queda por encima de su realización. Dicho de otra forma: la realidad queda por debajo de los sueños. No es maravilla: el absoluto es el que alimenta y moldea los sueños, por medio de la imaginación. Por ejemplo, cuando nos enamoramos, no es la novia la que produce el ensueño, sino nuestra sed de Dios. Por eso el enamoramiento aparece revestido de cualidades

que no tiene la novia misma, porque, inadvertidamente, nosotros mismos le atribuimos las propiedades que corresponden al absoluto.

Y siendo esto así, es con mucho más rica la belleza que fluye de nuestra sed (aunque brote por negación), que la que tiene la chica o la mujer.

Esta es la evolución: el ansia de lo absoluto primeramente enjoya a la prometida, e irremediablemente queda ésta a la postre por debajo del mito que ha creado.

El hechizo mismo es más hermoso que aquello que lo ha producido. Por esto, además, la consecución del objeto del hechizo mata siempre al hechizo mismo.

Todas las realizaciones destruyen el ensueño; porque el ensueño es Dios quien lo embellece, aunque nosotros no nos demos cuenta, y a la realización las criaturas. El hechizo o la ilusión se reviste del Absoluto; y de aquí viene la consecuencia.

No hay plenitud que pueda llenar del todo al hombre: a la postre tiene que sobrevenir necesariamente el desencanto.

No es sólo el enamoramiento el que resulta mentiroso, sino también cualquier otro objeto que nos hechiza. En la raíz del hechizo se oculta el fracaso ulterior.

Cuando se llega a la meta, ya no hay hechizo. Por lo tanto, mejor no llegar nunca. Así opinan muchos. He dicho muchos: si dijera todos, no andaría muy equivocado.

Si todas las llegadas matan el hechizo, y si por naturaleza es más rico y hermoso el hechizo que la llegada, mejor es el camino que el término.

Andemos en dirección al término; así al menos podemos ser bastantes felices. Y para poder caminar, alejemos las metas. Procediendo así, tendremos siempre por dónde caminar y a dónde dirigirnos, y a través de un caminar sin fin, conservaremos los hechizos y las esperas de felicidad.

Crear intervalos, discurrir resquicios, buscar correrías: he ahí tal vez la salvación del hombre... No llegar nunca, pero caminar, sin cesar, hacia la felicidad, sin que acabe nunca el camino. No hay otro remedio: la esencia de las cosas nos pide este comportamiento.

Ahora comprendo la atracción del amor imposible: escojamos lo que no puede conseguirse, y así nunca se nos marchitará la flor del hechizo...

Sí... Sí... Es la verdad...

Pero ¿Dios?

(Págs. 116-119.)

JOSE ANTONIO LOIDI

Nació en Rentería en 1916. Vive en Irún, donde es farmacéutico. Es autor de una novela policíaca: **Amabost Egun Urgainen (Quince días en Urgain),** publicada en 1955, traducida al castellano (en el semanario «El Bidasoa») y al catalán (Barcelona, 1961), y vuelta a editar en vasco (Aránzazu», 1968).

Después de transcurrido mucho tiempo, el enterrador del pueblo descubre casualmente que el cadáver de una señora que se creía muerta de enfermedad, presenta las señales de haber recibido un balazo en la frente. Da parte del hecho, se monta la consiguiente investigación detectivesca, el asunto se embrolla cada vez más. El libro, escrito en un vasco muy natural, mantiene en vilo el interés del lector por el desenlace, hasta el fin, en que todo se aclara.

Ofrecemos un trozo de la entrevista en que Chomin, el pobre enterrador lugareño, presa de espanto y emoción, revela su tétrico hallazgo.

QUINCE DIAS EN URGAIN

Pronto se presentó la dueña de casa. Era una mujer hermosa y fuerte de 42 años. Demasiado fuerte, como ella decía a cada paso. Aunque era rica, sabía recibir como hermanos a los pobres. Había hecho a éstos infinidad de favores. ¡Chomin no iba descaminado!

—¡Buenas noches, Chomin!

—Buenas noches...

—¡Cómo te has mojado!

—Un poco.

—¿Y qué es lo que deseas a estas horas? ¿Tienes a alguien enfermo en casa?

—No, no. Estamos bien todos.

—¿Alguna desgracia?... Siéntate, por lo menos...

Chomin no sabía ni qué es lo que hacía. Mirando al suelo, sin articular palabra, no sabiendo por dónde empezar, se sentó en la extremidad de una silla. La esposa de Erriburu al punto se apercibió de su sobresalto, y queriendo saber lo que le pasaba, se puso a mirarle fijamente.

—He venido con la intención de hablar con tu marido —comenzó Chomin, vacilante, como de miedo.

—Ya te habrá dicho Josefa que está en Bilbao.

—Sí, sí, pero...

—Vendrá dentro de unos días. Si quieres volver entonces... —le repuso, como queriendo brindarle un motivo para volver de nuevo.

—¡No, no! ¡Hoy mismo tenemos que hacer algo!

—Pues ¿qué es lo que pasa?

—¿Sabrás que ha muerto el señor Egurmendi?... (comenzó por fin Chomin resueltamente, dejando a un lado sus remilgos y vacilaciones).

—Sí, ya lo sé. ¡Pobre!

—Pues —prosiguió Chomin— como mañana tienen que enterrarle..., he ido hoy con idea de preparar la sepultura... y he visto algo terrible.

Se le acabó la respiración. Marichu, la mujer de Erriburu, sin quitarle de encima los ojos, estaba toda interesada, y

—¿Qué cosa? —preguntó, apurada.

—Estaréis enterados —comenzó Chomin en una segunda acometida— que no hace aún muchos años murió la mujer del joven Egurmendi. Pues bien, he visto su cadáver...! y presenta en la frente el orificio de un balazo!...

Por fin había desembuchado.

—Pero eso no es posible —repuso Marichu, que empezaba a sentir miedo—. ¿El orificio de un balazo?... ¿No sería otra cosa lo que tú viste?

—¡No, señora, no! Desgraciadamente he visto algunos muertos a tiros y sé bastante de eso.

—¿Y qué es lo que tú crees? —preguntó de nuevo, como enojada—, ¿que la mataron a balazos?

—Yo no he dicho tal. Yo te he dicho la cosa como es. Nada más.

—Pero... ¿qué cosas dice éste?... ¡Eso no es posible, hombre! —repuso nuevamente Marichu—. En la oscuridad tú nos has visto bien...

—¿Cómo en la oscuridad? ¡Si eran las cuatro de la tarde! ¡No, no! Lo he visto perfectamente por entre las tablas que el ataúd tenía sueltas.

(«Amabost Egun Urgainen», 4.ª ed., II, pp. 21-23.)

EUSEBIO ERQUIAGA

Nació en Lequeitio (Vizcaya) en 1912. Empleado bancario en Bilbao. Ha escrito novelas, obras teatrales, poesías y multitud de colaboraciones en revistas. Dos novelas suyas **(Arranegi** y **Batetik bestera)** figuran en la colección «Kuliska Sorta». La titulada **Araibar Zalduna** (El caballero Araibar) obtuvo el premio de novela «Domingo de Aguirre» en 1958. De ella tomamos el trozo que ofrecemos, el cual ha sido seleccionado y traducido por el propio autor.

El Sr. Erquiaga dirige y redacta por encargo del Banco de Vizcaya un boletín informativo o especie de revista que se envía a los pastores vascos de los Estados Unidos.

EL CABALLERO ARAIBAR

Aquella mañana la niebla se entretuvo en extender sus blancos paños, y en las tierras junto a la costa el cielo estaba lleno de bruma en las primeras horas.

Era día festivo, y como es característico actualmente en los tales días, la gente, bajo la pasión obsesionante de la dinámica y de la prisa, se dirigía, inundando carreteras, con sus turismos, motos, bicicletas y cada cual como pudiese, hacia el pueblecito de Achaga.

La niebla ligera e inconsistente iba a ser, al parecer, desgarrada por el sol, por el «francés» en versión popular, e impediría así la formación de nubes más densas.

Primeramente por el norte, luego por occidente, los espacios claros y las rendijas azules en el celaje a manera

de filtros y rasgones en la niebla, eran síntomas innegables y positivos, a buen seguro, de un día espléndido.

Unos a pie, otros en los vehículos citados antes, todos se dirigían hacia las playas.

Las sombrillas y toldos circulares o rectangulares en la arena eran de color blanco, azul, amarillo, verde y de otros colores intermedios, cada cual más bello y atractivo. Sin embargo, estos detalles no eran los más interesantes, comparados con los que se podían captar después.

Allí se movían Macario el bañista y sus hijos Peru y Agurne. Tendrían bastante y aun harto que hacer aquel domingo. Colocaban palos verticales hundidos en la arena, para que fuesen sostenes y columnitas para los toldos. Mientras Macario y su hija sostenían estos palos, Peru, con un mazo de madera, daba buenos golpes sin piedad, para que ya al segundo mazazo quedasen bien asentados, firmes y vigorosos.

—Estuvimos acertados anoche, cuando retiramos todos estos palos —dijo Macario—. ¿No observáis hasta dónde ha subido esta noche ese mar enfurecido?

—Nada importaría que hoy repitiese esa subida —le replicó su hijo Peru, de brazos hercúleos y espalda ancha—, puesto que estos palos están más alejados de la línea de la marea e incluso mejor metidos en la arena.

Aunque Macario era más bien bajo, sus hijos eran sobremanera esbeltos y graciosos. Al parecer, se daban a su madre, ya que se asemejaban a los parientes maternos en cuanto a su constitución perfecta y a su buena altura. Agurne era bien proporcionada y agraciada. Era jovencita, y aquel verano era justamente la primera vez que ayudaba a su padre en tales menesteres.

Macario y su hijo, por el contrario, llevaban ya años en tales cometidos. Los naturales y los forasteros confiaban en ellos, porque eran gente noble, trabajadora y formal. Acaso adoleciesen de modales un tanto bruscos a veces, pero en fin. No acostumbraban llevar apuntes ni libros con las cuentas de sus actividades y trabajos, alquiler de toldos, casetas, prendas de baño y demás servicio; todo lo encomendaban a su pura memoria. Desde luego la novedad de aquel año en la playa fue que además de los dos varones nombrados, había una chica para ofrecer tales servicios.

Si bien una golondrina no hace verano, era indudable que la presencia de una bella mujer podría originar sus consecuencias; podría atraer más mujeres y hasta varones.

* * *

Llegó un turismo amplio y se quedó parado en la carretera, en cabeza de los coches que habían aparcado antes. No podía precisarse si el coche recién llegado era color fresa o color langosta.

Unos jóvenes descendieron: tres chicas y dos chicos. El que conducía era de más edad, cabellos entrecanos, ojos pequeños, anchas espaldas.

Las chicas no eran bellas. Dos de ellas más bien menudas, el color de su piel y su faz exótica indicaban que eran de alguna raza lejana. La tercera, en cambio, era de otra variedad más conocida.

Los dos jóvenes se desprendieron de sus pantalones y de sus camisas y quedaron completamente aligerados de ropa, excepción hecha de un mínimo slip. Las jovencitas morenas vestían pantalones, una rojos, la otra azules, ceñidos, que les llegaban hasta cerca de las rodillas. No podían estar en mejor disposición para mostrar correctamente la silueta de sus posaderas rellenas. Como prendas superiores, tenían, a guisa de los pescadores bermeanos, unas camisitas libres no recogidas por la cintura, de manera que podían lucir sus ombligos. La que vestía pantaloncitos rojos llevaba camisa negra, y la otra de color amarillo fuerte.

La tercera chica parecía una inglesita. El calor le sofocaba sin duda alguna, y junto al coche mismo se desembarazó de su vestimenta rápidamente, para mostrarse a los ojos de todos, con una visión mínima de indumentaria.

Le bastaba a aquella rubia, en efecto, el pañal de un recién nacido como traje de baño. Los ojos atónitos de Macario contemplaron aquel pionero bikini sietemesino. Parecía una Eva rubia evadida del Paraíso. Así pudo decir el bañista a su hija, de inmediato:

—Agurne, vete a ofrecerle a esa criatura recién nacida alguna mantita. Parece que tiene ya curado el ombligo, pero mientras busquemos algún sacerdote; porque no es muy a propósito este lugar para bautizar.

Se acercó Agurne a la turista recién llegada, y le indicó por señas lo que disponía el letrero mural colocado por la autoridad:

«No deben usar los caballeros solamente el slip en la arena. Ni las señoras las dos prendas.»

La rubia mostró su extrañeza por la advertencia, y se puso a contar las prendas que ella portaba, a saber:

—One, two, three, four, five..., y a cada mención iba señalando sus dos zapatillas, las gafas de sol, el tal pañal y una cinta que rodeaba sus pechos. Con lo cual quiso demostrar que no eran dos prendas, sino cinco por lo menos.

Mas entonces Agurne, aunque no supiese inglés, le hizo saber lo que en definitiva tendría que ponerse, sin mayores ñoñeces desde luego, al estilo que ella cubría su cuerpo.

Ciertamente que no se exigía un mínimo de dos prendas, sino que incluso bastaba con llevar una sola, a semejanza de las mujeres que había en la extensa playa. Es decir, que se aceptaba como decente un modelo «jantzen», con cremallera o sin ella, lo que por fin comprendió la extranjera.

(*Araibar Zalduna*, Edit. Icharopena, Zarauz, 1962, pp. 100-102.)

JOSE RAMON ZUBILLAGA

Nació en Bedayo (barrio de Tolosa, Guipúzcoa) en 1891. Siendo muy joven, partió para la Argentina, como otros muchos en aquella época. Allí llevó durante muchos años una vida dura de lechero, etc. Más tarde consigue poner un establecimiento de helados y mejorar de posición. Su libro **Lardasketa (Revoltijo)** es una especie de autobiografía. Se publicó en los volmenes 40-41 de la colección «Auspoa», 1964. Tiene sin duda, incorrecciones de lenguaje, pero como documento humano es muy valioso. El autor vive aún en la Argentina.

Traducimos el trozo en que el autor cuenta cómo unos vascofranceses frecuentaban su heladería con ánimo de convencerle a que se casara con una determinada muchacha, cosa que al fin consiguieron.

REVOLTIJO

(Escrito por un hijo de Bedayo en la Argentina entre risas y lágrimas.)

Antes de transcurrir una semana, el labortano volvió de nuevo, pero esta vez no venía solo, sino con su mujer. He aquí sus nombres y apellidos: Pedro Apezeche o Appessetche; María Aguerre. Ambos del país de Labort.

El señor Pedro y su mujer vinieron con el pretexto de tomar helados después de cenar: en realidad la mujer vino para averiguar qué clase de vasco era yo. Los acontecimientos ulteriores así me lo evidenciaron.

Aquella noche hacía bastante calor, pues pronto iba a entrar el verano, y a esa hora había en el salón bastantes clientes tomando helados, y los dos esposos se extrañaron de que yo trabajase solo.

Los muchachos de servicio que yo tenía, los había mandado a dormir, porque por la mañana tenían que levantarse muy temprano (una hora antes que yo), y por la noche, o sea, en los trabajos nocturnos, me arreglaba yo solo.

En un momento en que había poca gente en el establecimiento, la referida mujer empezó a hacerme algunas preguntas: a ver por qué estaba soltero en un negocio que me daba tanto trabajo, etc.

Aquella mujer ignoraba que si yo hubiera querido echarme novia, no era yo precisamente el más retraído para ello. Yo bien sabía que el casarse era lo más fácil del mundo, si quería hacerse esto de cualquiera manera. Muchas muchachas andan tras de chicos retraídos que no quieren casarse, porque suelen saber que tales chicos resultan los mejores esposos.

Que yo fuera un tanto reacio en este negocio no era, pues, maravilla. En el reparto diario de leche había tenido que hacer tantas andanzas por las casas, que llegué a conocer bien las familias, y particularmente las señoritas de aquí.

No era sólo miedo a casarme lo que yo tenía: lo que me retraía era pensar que si me casaba aquí, no volvería al País Vasco.

Los referidos esposos, aun sabiendo que no tenía idea de casarme, venían casi cada noche a tomar helados, y su conversación recaía siempre en lo mismo, en instigarme a que me casara.

Yo pronto calé que aquella mujer no venía solamente para tomar helados, y que, sin género de duda, quería darme a conocer alguna compañera suya, y la cosa sucedió como yo pensaba.

Efectivamente, después de pasar quince o veinte días, una tarde, la mujer de Apezeche vino a mi establecimiento a tomar helados con dos muchachas, sin haberme advertido de ello con antelación. La resolución de la mujer daba a entender que había traído una de aquellas muchachas para que pudiera conocerme a mí y ver si yo le gustaba como posible esposo.

Las referidas mujeres no se dieron cuenta de que yo había sospechado su treta, pero sin cambiar con ellas palabra alguna conocí en seguida su plan.

La mujer y las dos muchachas que vinieron con ella, después de tomar los helados, se marcharon, y yo me coloqué en la puerta del establecimiento mirándolas desde atrás, y después de dar unos cuantos pasos, la más gruesa de aquellas muchachas volvió su cabeza al sitio donde yo estaba mirando.

Así conocí que aquella muchacha era la amiga de los esposos de mi vecindad, y que ella era la que querían casar conmigo.

Tres o cuatro días después que hice mi descubrimiento, Apezeche y su mujer vinieron a tomar helados como solían hacerlo antes, y no podían ocultar sus ganas de reír. Pero yo les pregunté en seguida a ver si la chica gruesa del otro día era amiga de ellos. Entonces sí que rompieron a reír los dos. «¿Pero cómo sabes tú que la chica gruesa es amiga nuestra?» «Para adivinar estas cosas, no soy tonto del todo», les dije.

(*Lardasketa*, pp. 203-206.)

SEBASTIAN SALAVERRIA

Nació en Oyarzun en 1915. Mutilado de guerra. Bersolari. La colección «Auspoa» en su n.º 38 publicó su novela (o

más bien relato autobiográfico) **Neronek tirako nizkin (Seguramente fui yo el que disparé los balazos),** galardonada con el premio «Guipúzcoa» de novela, 1964. Está escrito en un vasco muy vivo y natural, transcripción del hablado. En él nos relata su vida de huérfano, que supo de desdichas, privaciones y trabajos, sus peripecias en la guerra civil. Mientras él luchaba por la parte nacional, otro hermano lo hacía en el bando opuesto. En Yurre (Vizcaya), su compañía es víctima de una emboscada, en la que caen muchos, y él resulta herido. Entre los atacantes que luchaban por el otro lado se hallaba su hermano, que más tarde llorará desconsolado, pensando que tal vez fue él el que con sus disparos le dejó inválido. A esto alude el título.

Traducimos un trozo del relato de la emboscada de Yurre.

SEGURAMENTE FUI YO EL QUE DISPARE LOS TIROS

Nuestros jefes nos dijeron que había otro pueblo llamado Yurre, que se hallaba en poder del enemigo, y que teníamos que tomarlo. Los jefes decidieron que fuese nuestra Compañía la que debía conquistar dicho pueblo, y así salimos hacia Yurre.

Ibamos a través de unos grandes pinares. Orta, nuestro cantor, iba el pobre cantando por el camino, y el capitán le dijo:

—Oye, Orta: está bien que vayamos de buen humor, y lo mismo que a tus compañeros me encantan también a mí tus canciones, pero por si acaso más vale que vayamos callandito, sin que nos sienta el enemigo.

Y así enmudeció para siempre.

Eramos unos quince o veinte vascos los que con el capitán íbamos bastante por delante. Era el 24 de mayo, y hacía mucho calor.

Hacia la mitad del camino encontramos un hombre viejo que tendría 68 ó 70 años, un vasco vizcaíno, que venía por el camino en sentido contrario al nuestro, o sea, de allí para acá.

El capitán quería saber cuánta gente y qué clase de gente había en Yurre, y empezó a hacerle preguntas. Pero aquel viejo abuelo no sabía hablar castellano, y

nuestro capitán tampoco sabía el vasco, y entonces nos dijo:

—¡A éste no se le entiende nada! ¡A ver si hay algún vasco que pueda hablar con este señor!

Entonces nosotros le preguntamos:

—¿Qué hay, abuelo? ¿A dónde vas?

Y nos contestó:

—Aquí, adonde vosotros. ¡Ahí no se puede vivir! ¡Ahí no se puede vivir!

—¿Por qué?

—¿Por qué? Como a otros muchos, también a mí me han robado las vacas, las terneras, las gallinas y todas las cosas que tenía en casa. ¡Me he asqueado de vivir con esa gente y vengo adonde vosotros!

El capitán nos dijo que le preguntásemos si había mucha gente en ese pueblo de Yurre, y aquel viejo nos contestó:

—¡En ese pueblo no hay nadie! ¡Todos se han marchado con sus cañones e instrumentos de guerra y se han retirado hasta detrás del otro monte! ¡Buena paz nos han dejado!

Aquel viejo abuelo contestaba como si estuviera enojado, pero a pesar de todo nuestro capitán no creía todas las cosas que aquél decía, y no le faltaba razón. Nos dijo que en tiempo de guerra solían darse muchos engaños, y que le preguntáramos de nuevo:

—Hay que preguntarle de nuevo.

Así le preguntamos nuevamente al abuelo:

—Escucha, abuelo: ¿es verdad lo que tú dices, que no hay nadie en ese pueblo?

—¡Claro que sí! ¿No os fiáis? ¿No os fiáis? ¡Yo mismo iré por delante! Si no os fiáis de mis dichos, y si vais a ese pueblo, yo mismo me colocaré por delante de vosotros, y os mostraré y acompañaré.

Se lo dijimos al capitán, y éste:

—¡Muy bien! ¡Que se ponga!

No le pareció mal que ese hombre fuera por delante de nosotros. Nos dijo que así iríamos bien, que él estaría bien enterado y siempre nos podría servir.

Así fuimos en todo el camino: ese hombre viejo iba unos diez metros delante de nosotros, y nosotros con el fusil al hombro, confiados.

Pero un poco antes de llegar al pueblo había un caserío. Aquí observamos que un perro de caza estaba ladrando. Las puertas y ventanas estaban cerradas, y yo dije a mis compañeros:

—¡Muchachos, ésta es una mala señal! ¿Que aquí no hay nadie? Si el dueño de este perro se hubiera marchado, con lo que los cazadores aman a su perro, no lo hubiera dejado olvidado dentro de la casa.

Todo el pueblo estaba en completo silencio, y en el momento en que empezamos a entrar en él, el abuelo se nos desapareció en una casa que estaba a la entrada.

Y tan pronto como aquél se ocultó, se abrieron las ventanas de todo el pueblo, y vimos a todos con fusiles y ametralladoras. «¡Ahora sí que la hemos hecho buena!», nos dijimos.

Empezaron a dispararnos por todas partes. Las balas venían como granizo. No teníamos defensa, y cada cual empezó a esconderse donde podía.

Era a fines de mayo y el pueblo tenía en su contorno un gran campo de trigo, y muchos de nuestros soldados se metieron en el trigal, para no ser vistos del enemigo.

Pero éste veía muy bien cómo el trigal se iba llenando de gente, y en una de éstas comenzaron a disparar con la ametralladora. Cortaron todo el trigo como con guadaña, y allí quedaron muchos compañeros míos muertos. Allí tuvieron que estar durante veintidós días, pues no pudieron recogerlos ni los nuestros ni los del otro bando.

Algunos se dispersaron cerca del pueblo, y otros nos escondimos detrás de una casa. Algunos decían:

—¡Aquí estamos mal, y tenemos que salir de aquí!

Pero en saliendo de allí, no había defensa alguna, pues todo estaba descubierto, y todos los que salían, o morían o eran heridos. Y claro: viendo esto, los demás nos quedamos allí.

(*Neronek tirako nizkin*, pp. 116-120.)

JULIANA AZPEITIA

Nació en Zumaya en 1888. Hizo sus estudios en San Sebastián y en Bilbao. Ha sido maestra superior de primera enseñanza. Comenzó a escribir en vascuence en México en

1918. Ha colaborado en muchas revistas y es autora de libros escolares en vasco. Actualmente reside en Durango.

En 1961 publicó **Amandriaren Altzoan (En el regazo de la abuela)**, libro de cuentos para niños. Los temas de dichos cuentos están tomados por lo general del acervo folklórico popular. La autora los escribió siendo maestra en Burgos.

Ofrecemos la traducción de uno de estos cuentos.

EN EL REGAZO DE LA ABUELA

TRES BRUJAS EN MOTRICO

En tiempos antiguos había en Motrico un pescador que tenía por nombre Narciso Ardanza, hombre muy virtuoso, devoto, trabajador y recto. Era casado, pero no tenía hijos, y todos sus amores, después de su mujer, eran su lancha y aparejos de mar. En Motrico no había ninguna lancha tan bien cuidada como la de Narciso. En cada Navidad la pintaba por dentro y por fuera, y cuando del mar llegaba a tierra, antes de ir a casa limpiaba bien la lancha, la secaba con lampazos, colocaba los remos en su lugar, etc. Por eso no podía explicarse el que algunos días, por la mañana al hacerse a la mar, encontrara la lancha toda revuelta, los remos en sentido transversal, los tablones fuera de su lugar, etc. Pero ¿quién diablos dirías que anda cada noche en mi lancha?

Y como ya estaba harto de este hecho insólito, una noche, después de cenar, se dirigió a su lancha, se cubrió con un trozo de lona y se acostó debajo del banco. Tuvo los ojos sin cerrar para ver quién venía.

Hacia las nueve de la noche aparecieron tres gatos grandes de tres sitios poniéndose encima del muelle, y los tres bajaron una a una las escaleras, saltaron y entraron en la lancha.

—¡Cosa semejante! —decía para sus adentros Narciso Ardanza—. ¿Qué es lo que vamos a ver hoy aquí?

Los tres gatos dijeron a una:

Si somos, si no somos,
nosotras brujas somos.

Plisti, kristi,
que el que está mirándonos
no vea nada.

Al propio tiempo que decían esto los tres gatos se convirtieron en tres mujeres, y Narciso las reconoció: Una era la mujer del boticario; otra, la del secretario, y la tercera, la solterona Prudencia, de la calle Chirio. Y Narciso no vio nada más.

La mujer del secretario dijo:

—Hoy a Montevideo; por encima de las aguas o por bajo de ellas; por cada palada diez mil leguas. ¡Aufa! Dijeron las tres, y la lancha comenzó ruta a América más veloz que el rayo. El pobre Narciso estaba a punto de marearse, ¡qué velocidad aquélla! ¡Regatas semejantes!

Para las nueve y media llegaron a Montevideo, y las tres mujeres nuevamente se convirtieron en gatos, y saliendo veloces de la lancha, se fueron cada cual por sitio distinto. También esto lo vio Narciso.

Antes de media hora volvieron los tres gatos a la lancha, y los tres dijeron:

Si somos, si no somos,
nosotras brujas somos.
Plisti, kristi,
que el que está mirándonos
no vea nada.

Los tres gatos se convirtieron en mujeres, y la mujer del secretario dijo:

—Ahora a Motrico, sea por encima del mar, sea por bajo de él: por cada palada diez mil leguas. ¡Aufa!

Y la lancha se encaminó tan rauda como antes hacia Motrico, y para las once y media había llegado. Las tres se convirtieron en gatos, y una dijo:

—Si en nuestra casa la puerta está cerrada, me meteré por la chimenea.

—Yo haré lo propio.

—Yo he dejado abierto el orificio del gato.

—Andemos presurosas antes de que den las doce. (Y los tres gatos, cada uno por su lado, huyeron presurosos.)

Cuando Narciso llegó a casa y dijo a la mujer que había hecho viaje de ida y vuelta a América del Sur y con qué compañía había ido, la mujer le dijo:

—Sea lo que fuere, no podrás decir nada al señor Párroco, pues el pasado domingo dijo en el sermón que creer en brujerías era pecado.

—Lo mejor que podemos hacer es silenciarlo todo —contestó Narciso.

De allí a cuarenta días se supo en Motrico que en Montevideo había muerto un hombre de Motrico, repentina o súbitamente. Era pelotari y se hallaba ganando mucho dinero en Montevideo. La solterona Prudencia, cuando era joven, hizo diligencias para casarse con el pelotari, pero éste no quiso: solía decir que le tomaba trazas de bruja.

Cuando llegaron a Motrico los detalles de la muerte del pelotari, se supo en qué día había muerto. La muerte ocurrió en la misma noche en que las tres brujas fueron en la lancha de Narciso.

(*Amandriaren Altzoan*, Zarauz, 1961; Colec. Kuliska-Sorta, n.º 45; pp. 57-60.)

ANTONIO MARIA LABAYEN

Nació en Tolosa en 1898. Hizo carrera de Comercio. Es industrial. Ha cultivado con asiduidad el género teatral. Autor y traductor al vasco de numerosas obras, publicadas ya en revistas, ya en las colecciones «Auspoa» y «Kuliska Sorta».

En 1965 publicó **Domenjón de Andía**, drama histórico. Domenjón de Andía, personaje tolosano del siglo XV, jugó un papel de primer orden en la creación y consolidación de la Hermandad Guipuzcoana frente a los desmanes de los prepotentes caciques. En 1463 el judío Gaón, recaudador real de tributos, es muerto en Tolosa. Con ello se creó para Guipúzcoa un serio peligro, que la habilidad diplomática de Domenjón supo conjurar.

Ofrecemos el comienzo de este drama.

DOMENJON DE ANDIA

Drama en tres actos y un epílogo

CUADRO PRIMERO

(La escena se sitúa en la Plaza Mayor. En el ángulo derecho del espectador aparece la silueta de la iglesia parroquial de Santa María. Contiguo a ella un edificio anexo, «Amarrandegui», destinado a almacén de diezmos y primicias, apto también para reuniones vecinales. Al fondo de la escena, hacia la derecha, se adivina el curso del río Oria, divisándose los arcos del puente de Arramele. En la parte superior, el monte Uzturre.

A la izquierda del espectador el camino de Navarra, que convertido en calle bordea la Torre de Andía, cuya entrada principal y portal destacan del conjunto. Algunas siluetas más de pequeñas casas, murallas, patios y árboles aislados completan la imagen de la vieja Tolosa medieval. Elementos del paisaje, insinuados más que detallados con realismo, utilizando un fondo negro.

La luz desempeñará un papel principal haciendo resaltar por la luminotecnia los lugares en que vayan actuando los personajes, dejando a oscuras los restantes, tal como la Torre, Plaza, Iglesia, siguiendo las indicaciones del director de escena.)

PRIMERA ESCENA

(Delante del Portal de la Torre de Andía platican animadamente el señor Vicario, Domenjón, el alcalde Lope de Elduayen y el escribano López Lascoaín.)

VICARIO.—Los jóvenes están muy alborotados y son capaces de hacer una sonada. He dicho a vuesas mercedes que anoche estuvieron reunidos en «Amarrandegui», y mucho me temo que si el judío Gaón aparece en las calles de Tolosa va a salir malparado ese enemigo de nuestra santa religión.

ESCRIBANO.—Enemigo de nuestra santa religión y esquilmador de nuestro «santo bolsillo». Además de ser extraño a nuestro pueblo, que es lo que más exaspera a nuestros jóvenes.

ALCALDE.—Eso que a ellos poco han de quitarles. Nosotros, los regidores del Consejo, seremos los paganos. Hay que evitarlo, sea como sea. Creo, Domenjón, que Vuesa Merced debería intervenir en el asunto, antes de que sea tarde.

DOMENJÓN.—Sí, desde luego, es mejor actuar a tiempo que no lamentar cuando el lance no tenga remedio. Y por ello, señor Vicario, estáis obligado a aplacar a los jóvenes con vuestros consejos. No podemos olvidar que Gaón, bien que judío, es persona humana y representante de S. M. el Rey nuestro señor. En lo que compete a los alborotadores, creo que el señor Alcalde debe vigilarlos, guárdandolos a buen recaudo.

ALCALDE.—Ya lo están, mi buen Domenjón, y sabemos quiénes son: Oxer de Iturriza, el aspirante a bachiller y perpetuo estudiante; los hijos de Yurreamendi, los de Sanco de Yarza, los Zaldibia...

DOMENJÓN.—No sigáis diciendo nombres. A esos hijodalgos, éste que os habla les hará entender razón. A ese travieso estudiante de cánones, no estaría de más que el señor Vicario le amonestara... canónicamente. La paz lo exige.

VICARIO.—¡Ciertamente! ¡Y a fe que no he de faltar, mi buen Domenjón! Ni pierdo de vista a ese travieso Oxer. Pero si mis ojos no me engañan, he de advertir a vuesas mercedes que si el judío Gaón viene a exigir el pedido, aunque sea en nombre de S. M. Enrique IV de Castilla, van a quedar exhaustos tanto los bolsillos y las haciendas de los ricos como las cocinas y establos de los pobres artesanos y labradores. Y... —ego dixi— los diezmos de la Santa Madre Iglesia quedarán en la nada. Sabed que el hambre es mala consejera y trae consigo el desorden. Si ésta es la Justicia y la Paz que manda hacer el Rey de Castilla, ¡a fe! que bien hubiéramos hecho en seguir siendo súbditos, como antaño, del Reino de Navarra, como lo somos en lo eclesiástico del señor Obispo de Pamplona.

ESCRIBANO.—Bien ha hablado el señor Vicario y es lo que la gente opina.

ALCALDE.—Ya sabemos, ya, lo que se dice por el pueblo, tanto el vulgo como los de arriba. Sí; el señor de Zaldibia y otros parientes mayores han divulgado las más

vergonzosas noticias sobre los devaneos del Rey que repudia a su consorte.

VICARIO.—¡Bueno es callar! «Intelligenti pauca», pero nos gustaría saber la opinión de Domenjón.

DOMENJÓN.—Pues bien, mis buenos amigos, he de decirles por mi experiencia y conocimiento de la corte y de la vida de los príncipes y magnates, que es preciso elevar la mirada y no detenerse en agravios pasados ni en miserias presentes. Nuestros parientes mayores tienen motivos de resentimiento hacia el Rey y no olvidan fácilmente el castigo sufrido. Guipúzcoa escogió su camino: el de la paz, y no conviene desviarnos de él, aunque a veces parezca ventajoso el cambiar de ruta. ¡No! Demasiada ha sido la sangre derramada en luchas fratricidas por la obstinación de los banderizos. Vamos por el camino real, y gracias al apoyo de Enrique IV, se ha conseguido reforzar la hermandad guipuzcoana. No nos compete juzgar sus flaquezas y debilidades de hombre, aun censurándolas como merecen. Debemos al monarca lealtad y acatamiento y le pedimos en justa correspondencia libertades y Justicia para nuestro pueblo. Y si perseveramos en el empeño, puedo aseguraros bajo mi palabra que hemos de recoger venturosas realidades.

ESCRIBANO.—Me perdonarán si no comprendo qué clase de venturas pueda depararnos un Rey impotente y degenerado...

VICARIO.—Y entregado a los judíos... ¿No sería mejor buscar el amparo y protección del monarca navarro don Juan? Mucho habría de ayudarnos para lograrlo nuestro reverendísimo prelado don Nicolás Chavarri, Obispo de Pamplona.

DOMENJÓN.—Todos los reyes y reinos están sujetos no sólo a los judíos y al poder de sus dineros, sino también están roídos por el odio de las facciones. No es prudente que la Santa Iglesia tome partido en esa contienda, señor Vicario. Sabéis mejor que yo aquello de: «Dad al César lo que es del César; y a Dios lo que es de Dios.»

VICARIO.—Nadie sea tan osado de dudar de esa evangélica sentencia.

ESCRIBANO.—Sí; pero dando al pueblo lo que es del pueblo, añadiría yo.

ALCALDE *(Mirando intencionadamente al señor Vicario).* Y los derechos y el patronato de la iglesia de Santa María de Tolosa.

VICARIO.—Eso ya lo dejó bien establecido el ilustrísimo Lanceloto, legado de Su Santidad el Papa, quien dirimió el pleito... a favor de la iglesia.

DOMENJÓN.—Es la villa la patrona de la iglesia parroquial, y justo es que vayan de acuerdo ambas potestades. Y tanto los regidores del Consejo como el clero de Santa María y los beneficiados y capellanes de las iglesias rurales deben velar por la paz y la armonía. ¿No es así, don Fermín?

VICARIO.—No perseguimos otros deseos, bien lo sabe el señor de Andía.

ESCRIBANO.—Malas nuevas llegan de Valladolid y Salamanca y el desdichado don Enrique IV y su corrompida corte quieren vivir a nuestra costa, aunque se trate del Rey.

DOMENJÓN.—Mientras conserve sobre sus sienes la corona de Castilla, no debemos prestar oídos a la maledicencia. Le tenemos jurado y reconocido por nuestro Rey y señor y no podemos negarle obediencia. Las Cortes y nuestras Juntas Generales se encargarán de exigirle el cumplimiento de sus deberes, para que cada cual quede en su lugar.

ALCALDE.—Bien razona Domenjón. No en balde sois nuestro experto jurisconsulto, y por el camino que señaláis podremos evitar el contrafuero que amenaza a la villa de Tolosa.

VICARIO.—Este humilde clérigo siempre acatará su dictamen y se someterá a la decisión de los señores regidores. Como eclesiástico no me compete intervenir en el campo de la política, si no es para defender los intereses de nuestra sacrosanta religión.

DOMENJÓN.—Es ocioso proseguir la discusión, puesto que todos estamos de acuerdo. El momento es de actuar pronto y sin dilación. Impedir la tormenta que nos amenaza. Vuesas Mercedes, señores Alcalde y Vicario,

pueden y deben conjurarla quedándose aquí. Este servidor cumpliría su deber partiendo sin demora a entrevistarse con su Majestad el Rey que hoy está de jornada en el Castillo de Fuenterrabía. Montando a caballo puedo llegar a su residencia antes de anochecer. Más me placía quedarme en mi casa, pero mi destino parece ser el de trotar por esos caminos de Dios. Esta vez en compañía de mi fiel escribano Lascoaín.

ESCRIBANO *(Sin poder disimular un gesto de desagrado).* Si vuesa merced lo ordena, dispuesto estoy a su servicio.

ALCALDE.—Más motivos de queja pudieran tenerlos la señora e hijas de Domenjón, pero tú que vives solo...

VICARIO.—Dios ha de dar a todos su recompensa, tanto al señor de Andía y a sus familiares como al Señor escribano. Y debemos ayudarles a que Domenjón se ponga en marcha sin tardanza.

DOMENJÓN.—Para ello nací, sin duda, y cada cual ha de seguir su estrella. Llevo recorridas ambas Castillas, los reinos de Navarra y Aragón, la Francia y la Gran Bretaña... de Norte a Sur, por mar y por tierra. De modo que nada es el recorrido de hoy: de Tolosa a Fuenterrabía.

VICARIO.—Así es, pero con todo, al que quiere llegar a tiempo, el estar quedo le perjudica. Os dejamos, pues, deseándoos buen viaje. *(Dándole la bendición.)* Que el Señor os bendiga y tengáis buen suceso.

ESCRIBANO.—¡Y a mí que me parta un rayo! *(Aparte, haciendo mutis.)*

ALCALDE.—Que vayáis con bien Domenjón y acompañante, y hasta pronto.

DOMENJÓN.—Mañana mismo, Dios mediante, pienso estar de regreso. Y no alarguemos más la despedida. *(Iniciando el mutis hacia el interior de la Casa Torre de Andía.)* Una sola cosa os recomiendo, y es que procuréis mantener la paz y la tranquilidad en el pueblo, mientras volvamos.

ALCALDE.—Id tranquilo, Domenjón. Eso queda de mi cuenta.

VICARIO.—Y de la mía. Pax vobis, como dice el Evangelio, y no hemos de faltar al mandato de Cristo.

(El Alcalde y el señor Vicario se van por uno de los laterales, mientras Domenjón entra en su Casa Torre. La escena queda un instante vacía y a media luz. Súbitamente se ilumina el interior de la Torre y se oirá la voz de Domenjón que desde dentro llama a su esposa: ¡Katalin!)

(*Domenjón de Andia*, Colec. Kuliska Sorta, nº 58; Zarauz, 1965, pp. 18-27. Traducción del autor.)

PIERRE LAFITTE

Nacido en 1901. Sacerdote. Profesor del Seminario Menor de Ustaritz. Polígrafo, crítico, historiador de la literatura, poeta, gramático, periodista.

EN BUSCA DE LA FELICIDAD

En la flor de mi edad me marché del pueblo:
Las bonitas danzas de mis compañeros las dejé en casa...
Las herencias, también los bienes los abandoné al mar-
[charme,
Con alegría, pobrecito, en el corazón la esperanza,
En busca de la felicidad salí con el bastón en la mano.
Una esperanza particular me llevaba de peregrino:
Una llamada misteriosa, un día, me trajo estas palabras:
Vete, amado, rumbo a Oriente, ponte en camino,
hacia una puerta de oro, apenas llegado, entra...
Allí la tierra se hace cielo... ¡Adiós desdichas!
Ya entró la noche, ya fue de día, no me detuve nunca...
Los ríos me cortaron el camino, los montes se me hicie-
[ron enemigos:
Las simas más negras, las aguas más profundas las fui
[venciendo;
Los calores del estío, los fríos del invierno los padecí ca-
[llando...
Pero lo que yo esperaba, para siempre lo perdí de vista.

Encontré un hermoso río que iba hacia el Oriente.
Tuve confianza pensando que era el mejor camino:
«¡Por favor, hacia la puerta de oro, llévame, ola!»
La ola azul, bailando, bailando va siempre adelante
Ahora estoy, llevado por ella, en el vasto océano.
A izquierda como a derecha estoy mirando, lúcidos los [ojos:
Ya no veo camino que me pudo llevar a esta frontera.
Me encuentro como antes y no puedo esperar nada.
El cielo, según creo, está demasiado lejos, no toca la tierra...
En esta tierra nunca nacerá la plena dicha de allí.

JUAN ECHAIDE

Nació en San Sebastián en 1920. Delineante y representante de varias firmas comerciales. Ha publicado numerosas obras: novelas, dramas, relatos históricos, anécdotas y cuentos. *Entre sus novelas sobresale* ***Ioanak Ioan (Lo pasado, pasado está)***, Zarauz, 1955, que versa sobre la vida del bardo suletino Etchahun. A Echaide le atrae el tema histórico. En 1964 publicó la novela **Gorrotoa lege (El odio erigido en ley)**, inspirada en las feroces luchas que los «Parientes Mayores» de las Vascongadas sostuvieron entre sí por motivos «de más valer» a fines de la Edad Media. Traducimos un trozo del capítulo primero: la conversación entre la madre y el hijo de los representantes del bando Gamboino.

EL ODIO ERIGIDO EN LEY

La señora María Ostiz se quedó silenciosa por un momento. Tomó un respiro y replicó:

—Hijo, ¿quieres meterte en la boca del lobo? Mejor te fuera entrar en relaciones con el enemigo del infierno antes que con el jefe de Butrón.

—No, madre. He reflexionado bien sobre la oferta del señor Gómiz Onzaluz y creo que no es de despreciar.

—¿Y qué es lo que puedes ganar con aceptarla?

—El saber cuáles son sus propósitos.

—¿Y qué te importan a ti sus propósitos? Los caminos de los Butrón y los nuestros son totalmente diferentes. Recuerda que nosotros, por nombre y por naturaleza, somos Gamboínos y que en cambio Gómiz Onzaluz es actualmente el caudillo de los Oñacinos, el buitre o lobezno más ruin que se ha criado en el castillo de Butrón.

—Y aunque así fuera, ¿qué más da? Si él abriga deseos de un acercamiento mutuo, no seré yo quien le cierre la puerta. Ya sabes que estoy asqueado de nuestros odios y derramamientos de sangre, y que es hora que los nobles vascos, deponiendo nuestras rencillas, tratemos de reconciliarnos.

—¡Infeliz! Pero ¿por qué razón piensas que el cuervo negro de Butrón te quiere cerca?

—Aún no lo sé, madre.

—Pues yo te lo diré, ¡gran bobalicón! ¿Con qué fin pretende el lobo atraer al cordero cerca de sí, si no es para mordisquearlo? Hijo, entrarás en Butrón, pero no aseguro que saldrás.

—No, madre, estás equivocada en tus apreciaciones. Yo sospecho otra cosa respecto a la llamada que Gómiz Onzaluz me hace para su casa. Como tú sabes, el señor de Butrón, no obstante ser el caballero más poderoso de Vizcaya, últimamente anda apurado, no pudiendo hacer frente a la acometida del señor Pedro de Abendaño, se siente impotente para domeñarlo. Según mi conjetura, el deseo de atraernos a su lado le ha impulsado a dar ese paso. Quiere nuestra compañía, quiere acercarnos a su bando.

—Pero, hijo, ¡tú no harás semejante cosa! —le interpeló, asustada, la señora María Ostiz.

—No, madre, estate tranquila. Tú ya sabes que aunque estoy bastante distanciado de los Abendaño, no voy con propósito de cambiar de bando o de continuar la lucha, sino con el deseo de traer la paz a todos. Cierto que Gómiz Onzaluz no piensa tal cosa. El ve en mí algo distinto. Le parece que me he entibiado, enfriado o desengañado con los nuestros, y por lo visto me considera a propósito para ser atraído a su lado.

—Todas estas cosas son cavilacione tuyas, hijo —prosiguió la madre, enojada—. No te metas en ese nido maldito donde no nace otra cosa que villanía y traición. ¡Por

favor! Soy tu madre y no desoigas el ruego de tu madre. Te puede sobrevenir algo malo, Martín.

—No lo creo, madre.

—Toma en cuenta a tu madre, hijo.

—¡No pongas obstáculos en mi camino, madre!

—¡Que te van a matar a traición, hijo!

—No le traería ningún provecho.

—¡Martín! ¡Acuérdate de tu padre! ¿Qué sangre llevas en tus venas? ¿No te da vergüenza buscar componendas con la más vil casta de los Oñacinos? ¡Hijo, vas a empañar el ilustre nombre de los Gamboínos! ¡No te ven tu padre y tus antepasados!

—¡Madre, basta ya! —repuso Martín, un tanto exacerbado. Pero inmediatamente le pesó de dirigirse a su madre en tono altivo e imperioso. Entonces, con gran respeto y humildad le suplicó:

—Perdona, madre —y le dio un abrazo afectuoso—. Pero sábete también de paso que no estoy nada orgulloso de las acciones de guerra de mi padre y antepasados.

—¿Qué es lo que dices, hijo? ¿Es que reniegas de tu sangre? ¿Acaso ignoras que después de la muerte de tu padre, el caudillaje de los Gamboínos de Guipúzcoa está en tus manos y que tienes que mantenerlo?

—Que coja el que quiera el timón de semejante caudillaje. Yo no quiero, como los de mi linaje, manchar las manos con sangre inocente.

—¿Te das cuenta de lo que estás diciendo? —le replicó la señora María, saliéndose de sus casillas.

—Sí, madre, textualmente. —Pronunció las últimas sílabas con firmeza, queriendo dar a entender que se adhería firmemente a su declaración.

—Por lo tanto, ¿acusas de asesinos a tu padre y antepasados?

—Yo a nadie quiero acusar, y mucho menos a mis progenitores. Pero, por desgracia, sé lo que hicieron, cómo procedieron mientras les duró la vida, y no quiero seguir sus caminos.

—Sea que acuses o no acuses, se ve que tienes por asesinos a tu padre y a tus ascendientes... Pues sábete, hijo: tu padre y tus antepasados fueron guerreros fieles que supieron vengar valerosamente las villanías que les hicieron sus enemigos, pero no fueron asesinos.

—El vengarse no es lícito en la doctrina de Cristo... Pero concedamos que es verdad lo que dices, que no hicieron otra cosa que vengarse varonilmente. ¿Me jurarías ser verdad tu afirmación?

—¿No das crédito a lo que te dice tu madre? Además, ¿no sabes que en la religión de Cristo es pecado jurar en vano?

—Madre, lo que yo pido no es en vano, sino muy necesario.

A la señora de Iraeta se le puso la faz totalmente demudada al reconocer el acento de firmeza de las palabras pronunciadas por su hijo, y al instante, como vencida, bajó el tono en las palabras subsiguientes:

—¿Por qué dices eso?

—Porque yo tengo oído algo muy diferente.

—¿Qué es lo que has oído?

—Muchas cosas y pocas buenas.

—Habladurías y difamaciones de la gente. No les hagas caso. Los oñacinos se dedican a inocular veneno para perdernos.

—Oyeme, madre. Tú muchas veces me has contado, que ahora hace dieciocho años, cuando yo era niño de seis años, mi abuelo Juan el Viejo obtuvo una gran victoria en el pueblo de Ochandiano, que mató valientemente en combate a Ochoa y a Domingo de Butrón, y que Juan de Mújica, heredero de Butrón, se dio vergonzosamente a la fuga. Pero lo que tú no me has contado nunca es que mi abuelo les atacó a traición a los de Butrón y que no solamente mató a Ochoa y a Domingo, sino también a la mujer y al niño de aquél.

La señora María de Iraeta se quedó totalmente blanca. Quería hablar, pero no le salió palabra.

—Muchas veces me has contado también —prosiguió Martín con firmeza, pero sin arrogancia—, por ejemplo, el viaje que cinco años después, o sea, en su juventud, hizo mi padre a Lazcano y la victoria que allí alcanzó. Pero la verdad es muy otra...

La señora María Ortiz, al reparar en la firmeza de su hijo, quedó totalmente traspasada. A decir verdad, no sabía cómo expresarse para salir de aquel apuro.

—¡Calla, hijo, calla! —gritó súbitamente.

—Sí, madre, me callaré, pero después que tú me certifiques este suceso. «Era la noche de Nochebuena —me

solías contar tú— y la luna llena derramaba su luz por montes y campos cuando el padre salió de expedición hacia Lazcano, para tomar venganza de los agravios y felonías irrogados por Juan López de Lazcano. Mis dos hermanos de Iraeta, los Balda, los Achega y otros muchos Gamboínos fueron con él. Llegaron a Lazcano con el amanecer y Juan López a duras penas salvó la vida, saltando con su camisa de noche de la ventana de su cuarto al río. De allí a poco los combatientes de los Lazcano se dieron a la fuga, después de perder incontable gente.

Pero nunca me has contado —prosiguió Martín— que mataron en los brazos de su madre al hermano más pequeño de Juan de Lazcano, que apenas contaba doce años. Y no fue ésta la única infamia que empañó el honor de mi padre. Mientras se cometía este asesinato, los amigos de los Oñacinos dieron parte de lo sucedido en Lazcano al señor Satordi Semeroiz de Iturza, y éste con sus hombres le salió al camino en Azpeitia, e infligió una gran derrota a los nuestros. Los combatientes Gamboínos perdieron por lo menos ciento cincuenta hombres, amén de armas, acémilas y enseres... Ahora dime, madre: ¿debo enorgullecerme de esos hechos gloriosos de mis antepasados?

Pero la señora María Ortiz de Gamboa no le entendía. Lloraba, pensando hallar en las lágrimas el consuelo de su disgusto. Pero no lloraba porque le pesaran aquellos hechos infamantes, sino porque no podía retener en los ojos del hijo el lustre preclaro de los Gamboínos. No se le podía ocultar al hijo el que su padre y ascendientes, en nombre del honor, por arrogancia, odio y sed de venganza, habían perpetrado infamias, ruindades y atrocidades, muertes afrentosas y fugas vergonzosas. En el ánimo de Martín la fe gamboína estaba muerta y en Olaso no había hombre que volviera a levantar el antiguo timbre de dicha casa.

Martín abrazó reiteradamente a su madre como pesaroso del disgusto que le había dado, y al fin, dándole un beso afectuoso en la mejilla, le dijo:

—Perdona, madre, perdona el haberte apesadumbrado... Pero es mejor, mil veces mejor, que tú estés al tanto de mi manera de pensar...

—Eres bueno, hijo, tal vez demasiado bueno, pero no eres de nuestra sangre... ¡Jamás comprenderé tu postura!

Tenía razón la noble señora de Olaso. Las nuevas ideas de Martín no podían caber en su cabeza.

(*Gorrotoa Lege*, pp. 23-28.)

VICTORIANO GANDIAGA, O. F. M.

Nació en Mendata, cerca de Guernica (Vizcaya) en 1928. Religioso franciscano, residente en Aránzazu, donde principalmente hizo sus estudios. En 1962 publicó el Poema **Elorri (Espino)**, de poesía lírica simbolista. El espino (que tanto se da en Aránzazu), árbol contrahecho, retorcido y mísero, pero que a las veces sabe cubrirse de florecitas blancas, es para el autor símbolo de su vida y de la vida humana en general, dolorosa y mísera, pero con ansias de infinito y guiada por la fe. Simultáneamente se editó también la traducción castellana de este Poema, hecha por el P. Pedro de Anasagasti, religioso del mismo Santuario de Aránzazu. De ella tomamos los poemas núms. 24, 40, 161.

ESPINO

Núm. 24
Busco mi palabra
—no en los seres, no en la sabiduría—
busco mi palabra...
en los sueños.
Quiero aquel aliento, casi aliento,
con el que apenas se mencionan los seres.
aquella palabra sin límites
de ese diccionario que conocen los viejos recuerdos.
Un eco apagado
—no la medula, no el sonido—,
sino aquel ligero cosquilleo
que apenas sugiere algo tierno.
Sin historias. Apenas aquello,
sombra dulce sin forma...

Sin imagen. Sino la nostalgia
de olvidadas alegrías.
Quiero la palabra desligada,
como una difusa música,
como un vago perfume,
como un color no nacido, y soñado.

Núm. 40
Destartalado
—como nuestra vida, destartalada—.
Desmantelado el espino,
alarido de su propio inextinguible dolor.
Sobre la roca,
destartalado —como nuestra vida—,
retorcido,
mancha cenicienta frente al mórbido crepúsculo,
miserable y solitario espino.
Mísero y solitario, destartalado,
gigante ruina de sí mismo,
desmedrado por mil dolores,
huérfano de flor y hojas,
resignado y rebelado,
tosco y mereciendo lástima,
humilde, rasgado, anhelante, angustioso,
gemido de la roca,
estrujado por las eternas garras del viejo dolor
el invernal espino —desnudo y amedrentado—
amable destartalado —como nuestra vida, destartalada—.

Núm. 161
El corazón
triste hasta la agonía,
aun cuando brilla el sol.
Lloroso, con dolores inventados,
como si fuera huérfano.
Hermoso surtidor
de gorgeos, el pájaro;
en flor, el viejo espino.
En la pradera nueva
tan sólo el corazón
resiste a la alegría.
Quisiera un dolor aún mayor.
Huye de la ventura,

apegado al dolor.
Mejor que no tuviera
luz en sus ojos.
¡Ojalá no tuviera
padre ni madre!
Le sedujo el dolor,
hasta prendarse de la oscuridad.
Más le valiera haber nacido
para la negra noche,
al igual que los búhos.
Corazón insensato
que no busca más gozo
que la alegría del dolor.
El viejo y malo corazón,
amante del dolor,
es como un niño terco
hasta apegarse
(sin deseo de liberarse)
a su destierro,
y a la sombra de las eternas nubes.
El pájaro gorgea.
El espino blanquea.
Llora el corazón, llora
—terco y perverso—
en prado vestido de sol,
empeñado en cerrar
sus ventanas al día.
¡Mejor que no tuviera
luz en sus ojos!
¡Ojalá no tuviera
padre ni madre!

M. LABEGUERIE

Médico. Alcalde de Cambó. Presidente de la Asociación Eskualzaleen Biltzarra. Poeta, orador y autor de canciones modernas.

A OXOBI

(Leídos por el autor en el sepelio del fabulista Oxobi.)

Los montes llenos de nieve, las caras de lágrimas,
La escarcha de febrero reluce al sol,
Vuestros ojos cerrados duermen el último sueño.
Los dos ojos relámpagos, la voz trueno toda,
Lobo negro de fuera pero de dentro blanca paloma
Os parecíais a un antiguo profeta.
Un ángel de alas calladas os vino a buscar una noche
Y ahora parece, al oír al viento del Sur
Que está suspirando, dolorido, el vascuence.
¡Dolorido...! porque no tenía dos hijos igual que vos;
En los versos que compusisteis lo habéis mantenido,
[Oxobi,
Tan limpio como el agua nacida en el alto monte.
Al llegar al Cielo, para abrir la puerta,
Allí estaba María, allí el hijo del carpintero
Oxobi, de los poetas vascos príncipe.
Allí estaban, tan queridos, el león y el asno,
La vulpeja y el señor cuervo, el cordero y el lobo
Ya eternos amigos, para saludaros.
Los montes blancos de nieve, acabados vuestros trabajos,
Habiendo dado ya sus frutos, el viejo árbol ha caído
Y en la tierra vasca descansa para siempre.
Los montes llenos de nieve, las caras de lágrimas,
La escarcha de febrero reluce al sol,
Vuestros grandes ojos con sueños de cielo.

GABRIEL ARESTI

Nació en Bilbao en 1933. Profesor mercantil. Poeta y comediógrafo. Aresti es un «euskaldun-berri», es decir, un vasco que ha recuperado su idioma. Ello no le ha impedido ser el principal renovador del teatro y de la poesía euskérica (San Martín). Los nuevos problemas y conceptos, sentidos por la generación actual, exigían su estilo y su versión propia. Por su orientación la poesía de Aresti guarda afinidades con la de Celaya, Neruda y Otero.

Además de otros trabajos, Aresti ha publicado **Maldan behera (Cuesta abajo)** en «Euskera», 1960, pp. 189 ss.; **Harri eta Herri (Piedra y Pueblo)**, vol. 55 de la colección «Kuliska Sorta», Zarauz, 1964: **Euskal Harria (La Piedra Vasca)**, Bilbao, 1967. Aresti ha optado por el verso libre, por la poesía sin rima ni medida.

Ofrecemos dos fragmentos de **Harri eta Herri** según la traducción hecha por el mismo autor. El segundo fragmento se refiere a los apóstoles del escultor Jorge de Oteiza, destinados al friso de la fachada del Santuario de Aránzazu, que por no haber sido aprobados por la autoridad eclesiástica, estuvieron durante mucho tiempo en la cuneta de la carretera.

PIEDRA Y PUEBLO

A)
Siempre diré
la verdad.
De mi boca no saldrá palabra
que no sea verdad.
Me romperán los labios,
se me caerán los dientes,
me cortarán la lengua,
pero
yo
nunca
mentiré.
Y si alguna vez,
rompiendo mi juramento,
digo una mentira,
será
para que el sol no se oscurezca,
para que la luna alumbre,
para que la rosa gane algún pétalo,
para que el clavel no pierda su perfume,
para que el niño siempre goce de la teta
y para que a la doncella
se le vaya la virginidad
con nobleza.

B)
Defenderé
la casa de mi padre.
Contra los lobos,
contra la sequía,
contra la usura,
contra la justicia,
defenderé
la casa
de mi padre.
Perderé
los ganados,
los huertos,
los pinares;
perderé
los intereses,
las rentas,
los dividendos,
pero defenderé la casa de mi padre.
Me quitarán las armas
y con las manos defenderé
la casa de mi padre;
me dejarán
sin brazos,
sin hombros
y sin pechos,
y con el alma defenderé
la casa de mi padre.
Me moriré,
se perderá mi alma,
se perderá mi prole,
pero la casa de mi padre
seguirá
en pie.

(Págs. 43-45.)

A UN PROFETA

Un día sucedió,
y desde entonces en adelante,
sucede todos los días,
esta fea cosa,

que de mala manera
nos rompe las tripas,
porque no podemos amar a la maldad,
porque no podemos apreciar el odio.
Así es el mundo,
y hoy en día
nadie es profeta en su tiempo.
La luna en el cielo
parece una naranja roja,
espejo de toda la sangre derramada en este mundo.
Si viviéramos en la luna,
seríamos más felices.
A ver quién nos regala
una torre de marfil,
para que no veamos
lo que sucede aquí.
Yo no conozco al escultor Jorge de Oteiza,
pero he visto tantas veces sus piedras,
sus apóstoles,
tumbados
a la orilla de esa difícil carretera
como si fueran
el cadáver de una rata aplastada por un carro
o el esputo de un tuberculoso,
que todavía
no puedo
quedar de acuerdo con los fariseos;
hasta que no vea esas piedras en su sitio
no comulgaré
con ruedas de molino.
Mi comunión será
de carne
y sangre.
A ver cuándo llenan de una vez
esa cara de piedra,
pues parece
sin dientes y sin muelas el rostro arrugado de una vieja,
y si no,
dándolo por muerto,
le colocan
un sudario morado,

para que
el semblante del cristiano vasco
no se amorate
de vergüenza.

(Págs. 89-91.)

JAVIER LETE

Nació en Oyarzun (Guipúzcoa) en 1944. Tiene estudios de bachillerato. Es oficinista. Cultiva la poesía llamada social y de protesta. Se siente testigo y vocero de la situación y problemas del pueblo. Su lenguaje, como dirigido al pueblo, cuyo profeta quiere ser, es claro, perfectamente comprensible y hasta pedestre. En 1938 ha publicado sus poemas en un tomo: **Egunetik egunera orduen gurpillean (De día a día en la rueda de las horas).**

DE DIA A DIA
EN LA RUEDA DE LAS HORAS

XVIII

Vivo como un huérfano
lanzado en busca del camino.
A modo de pájaro
que perdió el nido,
buscando calor
entre latidos del corazón.
¡Qué placentera podría ser la casa!
Fuego en el llar
y la niebla goteando
en los cristales.
Y por fuera la tormenta,
la nieve
y el frío,
un camino torcido
que se pierde en algún sitio.

Están tan cerradas
las puertas del gozo...
No sé de quién es la culpa,
pero no soy un caminante audaz.
Cuando aprieto los dientes
me siento solo,
y el tener que andar batiéndome
me amarga
el gusto de la vida.
Y entristecido suelo pensar:
«libertad, mi compañera,
¿para qué te quiero,
si todos no hemos de hallar
en ti hartura?»
Alguna vez he soñado
con los ojos abiertos,
que todos vivíamos bajo el mismo techo
y que una madre
nos adormecía
con palabras suaves.
Alguna vez he soñado
latiéndome el corazón,
que, cogidos todos de la mano,
habíamos formado
la cadena humana
que nadie romperá,
que hallamos el camino,
la fe verdadera
que jamás se perderá.
Que hablábamos
en idéntico idioma
y que nuestro corazón tenía
la tibia trasparencia del cristal.
Ando, y porque ando estoy
tan cansado,
viendo
a todos tan lejos,
las cosas tan oscuras,
los ojos tan anublados
y las manos tan sucias...
¡Qué frío hace
debajo de la luna!

Venga, por favor, la aurora
para que pueda vivir contento
junto a
los hermanos.
Derrítanse las nieves
en la cima del monte
para que tengan lugar las flores
sobre la tierra.
Entonces pediré
la correa de mis sandalias
y vendré
de descanso
al rincón común.
Y vendrán los caminantes que andan con fatiga
por caminos solitarios.
Te llamo,
patria,
en el nombre
de mil voces temblorosas...
No nos dejes sin hogar,
por favor,
solos y tristes,
oscuros y cansados
en el camino de la personalidad
que no tendría
final.

(Poema XVIII de la 2.ª parte, págs. 105-108.)

RICARDO ARREGUI (1942-1969)

Nació en Andoain. Murió el 10 de julio de 1969 en trágico accidente de carretera cuando se dirigía a Bilbao a tomar parte en la conmemoración del cincuentenario de la Academia de la Lengua Vasca. Su sepelio constituyó una imponente manifestación de duelo.

Promotor de las campañas de alfabetización para enseñar a vasco-parlantes a leer y escribir en euskera. Conferencista. Colaborador asiduo de «Jakin» y de «Zeruko Argia». En este semanario escribía la seción de política internacional. Traducimos el último artículo que escribió y que apareció después de su muerte.

Suyo es también el trabajo titulado **Politika estruturak europear alkartasunean (Las estructuras políticas en la unión europea),** que apareció en el libro titulado **Europa,** «Aránzazu, 1965.

PAISES Y HOMBRES

EL PROBLEMA LINGUISTICO EN EL TERCER MUNDO

A fin de poder entender como es debido ciertos acontecimientos del tercer mundo, alguien dijo con toda razón que para éstos tenía mucha más importancia el ser que el tener. Es por esto que en varios países de Africa y de Asia podemos contemplar hechos y ensayos increíbles, en este momento en que andan a la búsqueda de su personalidad y nacionalidad. Necesitan resolver una difícil ecuación: cómo casar la actualidad, es decir, la cultura internacional con la nacionalidad, o sea, con la continuidad del pasado. Y aquí se plantea inmediatamente el problema de las lenguas. Para no andar siempre en teorías, hoy vamos a recoger aquí dos testimonios. Los dos están tomados de la revista titulada *Jeune Afrique*. El primero fue publicado en el número 437 y lleva por título: «El francés, ese idioma extranjero». Dice así:

«Sólo por el apelativo, el Congreso tenido en Dakar del 16 al 18 ha hecho ya una opción: "Idiomas de segundo orden". Es una evolución digna de tenerse en cuenta. Efectivamente, lenguas de segundo orden no son las lenguas indígenas, sino el francés. El francés o el inglés. Y es que desde el punto de vista de la pedagogía y de la vida debe tener el primer lugar la lengua que se aprende en el regazo materno.

No hace mucho tiempo que estas lenguas —pular, hausa, oulf, etc.— eran conocidas con el nombre de len-

guas locales, dialectos. En cambio, el francés y el inglés aparecían como los idiomas de la civilización. Pero hoy sabemos que la civilización no se alcanza por medio de un idioma privilegiado extranjero, y que esos idiomas muchas veces son instrumentos del imperialismo. También por otros medios se alcanzan la civilización y la cultura. Y el más auténtico de estos medios es proceder a través de las cosas que el niño aprende en el regazo de la madre.»

Este hecho lo ha asentado firmemente el ministro de Cultura del Senegal: «El cambio de denominación —o sea, el colocar en primer plano las lenguas indígenas en vez de ponerlas en el segundo— supone un cambio en la historia y en la cultura. Pero este cambio no tanto es un cambio de jerarquía cuanto en tomar en consideración lo que la misma realidad enseña.»

Es preciso, por tanto, decían los congresistas, descolonizar la enseñanza del francés. Es imprescindible aprender el francés o el inglés, pero esto hay que hacerlo por medio de los idiomas indígenas. Eso es lo que piden la pedagogía y la nacionalidad.

Está bien claro. Pero hay más. En el número 441 de la misma revista, en el artículo titulado «El futuro de la cultura árabe», he aquí lo que se lee:

«¿Existe una cultura árabe actual? ¿Cómo se determina o en qué se concreta su autenticidad? ¿Puede decirse que existe un humanismo árabe que pueda compararse con los otros?»

He aquí algunos temas del Congreso de cinco días convocado por la UNESCO a partir del 29 de mayo. Este Congreso acogió a sabios venidos de todos los países y regiones. Había opiniones de todas clases.

En cuanto a la cronología, todos estaban concordes en colocar el comienzo de la actual cultura árabe en el año 1870. En esa época, en efecto, comenzó a penetrar la influencia europea y, por reacción, comenzó a despertarse la cultura árabe tradicional.

Las culturas árabes se encuentran hoy en la necesidad de hacer dos acomodaciones. Por un lado tienen que acomodarse con su tradición. Esta tradición es rica, pero en algunos puntos puede ser un freno. Y por otro, tienen que expresar el actual mundo moderno, con toda la riqueza, dificultad y complejidad que tiene dicho mundo

moderno. Para esto las trabas de la lengua no son las menores.

En relación con este punto se mencionó la gran diversidad que existe entre el árabe clásico y las variedades dialectales que habla el pueblo. De aquí nace una gran dificultad para el escritor, en algunas cosas el pueblo no le entiende, y puede llegarse a una lengua escrita totalmente distanciada. Por esto afirmaron todos que era necesario popularizar y democratizar la cultura. Pero también dijeron que era necesario crear una cultura árabe universal. Precisaron, sin embargo, que universalismo y cosmopolitismo no son lo mismo. Dijeron que el cosmopolitismo era una falsa cultura, desprovista de raíz. Y quedaron en dar disposiciones concretas sobre el particular.

Verdaderamente son interesantes estas dos noticias. Nos informan sobre congresos realizados con seriedad. Y plantean inquietudes y problemas que no están muy lejos de nosotros, los vascos. Habrá todavía mochuelos (pues nunca pueden faltar) que dicen que estos problemas nuestros están ya superados. Pero no hay mayor ciego que el que no quiere ver. ¿Cuántos problemas no se resuelven o marginan diciendo que están «superados»? ¿El binomio izquierda-derecha? ¡Eso era cosa del siglo pasado, hombre! ¡Eso está superado! ¿Querer defender la lengua de cada país en la era de la unidad? ¡Está «superado»!

Eso sí, cuando se toca a la de ellos, aunque no sea el inglés ni el francés, entonces no existe superación que valga.

(Semanario «Zeruko Argia», 20 de julio de 1969, p. 5.)

NOVELAS y CUENTOS

Colección de libros de bolsillo

OBRAS PUBLICADAS

**** 1-2 LA AVENTURA EQUINOCCIAL DE LOPE DE AGUIRRE — *Ramón J. Sender.*

** 3 LAZARILLO DE TORMES — *Anónimo* ● LA HIJA DE CELESTINA — *Salas Barbadillo.*

** 4 LA RUSIA OLVIDADA — Los mejores cuentos de *Antón Chejov.*

**** 5 AMOR Y PEDAGOGIA ● TRES NOVELAS EJEMPLARES Y UN PROLOGO — *Miguel de Unamuno.*

* 6 LOS EUROPEOS — *Henry James.*

* 7 NARRACIONES DE LA ESPAÑA ROMANTICA — Antología de *Leonardo Romero Tobar.*

* 8 EN LA ARDIENTE OSCURIDAD ● IRENE O EL TESORO — *Antonio Buero Vallejo.*

* 9 LOS COMIENZOS DE LA CRISIS UNIVERSITARIA EN ESPAÑA — Antología de *Francisco Aguilar Piñal.*

*** 10 LA VIDA DEL BUSCON LLAMADO DON PABLOS — *Francisco de Quevedo.*

* 11 EN TORNO A LA GRANJA — *John Updike.*

* 12 MEMORIAS INMEMORIALES — *Azorín.*

* 13 RUSIA ENCUENTRA DE NUEVO SU ESPIRITU — Antología de textos rusos en el cincuentenario de la Revolución Comunista.

** 14 LA LLAVE Y OTRAS NARRACIONES — *Ramón J. Sender.*

** 15 CANCIONERO — *Petrarca.*

**** 16 LA CELESTINA — *Fernando de Rojas.*

**** 17 VISION DE ESPAÑA EN LA GENERACION DEL 98 — Antología de *José Luis Abellán.*

* 18 LA DAMA BOBA ● LOS MELINDRES DE BELISA — *Lope de Vega.*

*** 19 MARIANA PINEDA ● LA ZAPATERA PRODIGIOSA ● BODAS DE SANGRE — *Federico García Lorca.*

** 20 EL NADADOR — *John Cheever.*

* 21 CONFIDENCIAS INCOMUNICABLES — *Jacques de Bourbon Busset.*

* 22 EL SOCIO DE TENNESSEE Y OTROS RELATOS DEL OESTE CALIFORNIANO — *Bret Harte.*

*** 23 LA UNIVERSIDAD ACTUAL EN CRISIS — Antología de *Jesús Burillo.*

* 24 EL PATRAÑUELO — *Juan Timoneda.*

**** 25 LA TESIS DE NANCY — *Ramón J. Sender.*

**** 26 TESORO BREVE DE LAS LETRAS HISPANICAS (Serie castellana - I) — *Guillermo Díaz-Plaja.*

**** 27 TESORO BREVE DE LAS LETRAS HISPANICAS (Serie castellana - II) — *Guillermo Díaz-Plaja.*

* 28 LA MUSICA DE LOS ANGELES — *Marcel Arland.*

*** 29 GUILLERMO TELL TIENE LOS OJOS TRISTES ● MUERTE EN EL BARRIO ● ASALTO NOCTURNO — *Alfonso Sastre.*

** 30 EL ROMANCERO — Antología de *Manuel Alvar.*

* 31 DISCURSOS PARA SORDOS — *Guillermo Díaz-Plaja.*

* 32 COMO UN LADRON — *André Thèrive.*

** 33 ANTOLOGIA POETICA — *Juan Ramón Jiménez.*

*** 34 TESORO BREVE DE LAS LETRAS HISPANICAS (Serie castellana - III) — *Guillermo Díaz-Plaja.*

* 35 EXTRAVAGANCIAS — Selección de *Groff Conklin.*

* 36 EL BESO — *Antón Chejov.*

* 37 NARRACIONES DE LA ESPAÑA MEDIEVAL — Antología de *Félix Herrero Salgado.*

* 38 REINAS SIN CORONA — *Anny Latour.*

** 39 CORRIENTES ALTERNAS — *Frederik Pohl.*

* 40 NARRACIONES POSTGUERRA U. S. A. — *Saul Mellow, Truman Capote, Malamud, O'Connor, Philip Roth...*

**** 41 TESORO BREVE DE LAS LETRAS HISPANICAS (Serie castellana - IV) — *Guillermo Díaz-Plaja.*

* 42 NARRACIONES DE LA ESPAÑA RENACENTISTA — Antología de *Félix Herrero Salgado.*

*** 43 LA REINA VICTORIA EUGENIA DE CERCA — *Marino Gómez-Santos.*

* 44 LOS MEJORES CUENTOS — Antología de premios «Hucha de Oro».

* 45 VIDA DE MI MADRE, CONCHA ESPINA — *Josefina de la Maza.*

* 46 ORFEO EN EL PARAISO — *Luigi Santucci.*

*** 47 EL METAL DE LOS MUERTOS — *Concha Espina.*

** 48 LA GENERACION DE LA PROTESTA — *Rafael Gómez Pérez.*

**** 49 DICCIONARIO DE LA POLITICA — *Jean-Noel.*

**** 50
**** 51 } FRANCO, HISTORIA Y BIOGRAFIA — *Brian Crozier.*

* 52 LOS SOÑADORES EXPERTOS — *Frederik Pohl.*

*** 53 ENTREVISTAS CON DIRECTORES DE CINE (Volumen I) — *Andrew Sarris.*

* 54 EL FIN DEL MUNDO — *Wolfgang Hildesheimer.*

* 55 EL COMPROMISO — *Mario Pomilio.*

**** 56 TESORO BREVE DE LAS LETRAS HISPANICAS (Serie castellana - V) — *Guillermo Díaz-Plaja.*

** 57 EL PADRE — *Herbert Gold.*

* 58 DOS ANTISEMITAS Y OTRAS NARRACIONES — *Sholom Aleichem.*

*** 59 CONVERSACIONES CON RAMON J. SENDER — *Marcelino C. Peñuelas.*

* 60 NARRACIONES ARABES DEL SIGLO XX — Antología de cuentos árabes modernos.

*** 61 CARTAS A LOS CELTIBEROS ESPOSADOS — *Evaristo Acevedo.*

* 62 CARTAS A UN PRINCIPE — *Emilio Romero.*

* 63 EL COSTUMBRISMO ROMANTICO — Antología de *José Luis Varela.*

** 64 MARTIN EL NAUFRAGO — *William Golding.*

*** 65 RIMAS, LEYENDAS Y CARTAS — *Gustavo Adolfo Bécquer.*

**** 66 INFORME SOBRE LA LENGUA CATALANA — *Josep Meliá.*

* 67 EL CALENDARIO INUTIL — *Guillermo Díaz-Plaja.*

*** 68 LA NIÑA Y OTROS RELATOS — *Carmen Laforet.*

*** 69 TIMOTEO EL INCOMPRENDIDO Y OTROS PAPELES IBERICOS — *Camilo José Cela.*

**** 70 GALDOS VISTO POR SI MISMO — *C. Bravo-Villasante.*

** 71 FRAY LUIS DE LEON — *Pedro de Lorenzo.*

*** 72 SHAKESPEARE VISTO POR SI MISMO — *Jean Paris.*

* 73 NARRACIONES DE LA ESPAÑA DEL BARROCO — Antología de *Félix Herrero Salgado.*

* 74 CUENTOS NICARAGÜENSES — *Adolfo Calero-Orozco.*

** 75 GABRIEL Y GALAN — Antología de *Luis Jiménez Martos.*

** 76 EL SISTEMA — *Carmen Llorca.*

** 77 CATALUÑA HOY — *José Carlos Clemente.*

*** 78 PAUL CLAUDEL VISTO POR SI MISMO — *P. A. Lesort.*

*** 79 EL DESTIERRO — *Julio Camba.*

*** 80 EL DESPISTE NACIONAL (Primera antología) — *Evaristo Acevedo.*

*** 81 JOSE MARIA ALBAREDA. UNA EPOCA DE LA CULTURA ESPAÑOLA — *Enrique Gutiérrez Ríos.*

** 82 SATIRAS POLITICAS Y LITERARIAS — *Francisco de Quevedo* (Antología de José Hesse).

*** 83 CONVERSACIONES CON MIGUEL DELIBES — *César Alonso de los Ríos.*

* 84 CUENTOS JUDIOS — Antología de *Juan Gutiérrez Palacios.*

* 85 EL MUNDO ES UNA PRISION — *Guglielmo Petroni.*

*** 86 SAINT-EXUPERY VISTO POR SI MISMO — *Luc Stang.*

** 87 EL CORBACHO — *Alfonso Martínez de Toledo, Arcipreste de Talavera.*

** 88 ENTREVISTAS CON DIRECTORES DE CINE (Volumen II) — *Andrew Sarris.*

*** 89 EL DESPISTE NACIONAL (Segunda antología) — *Evaristo Acevedo.*

** 90 LA SEGUNDA PARTE DEL HOMBRE — *Rosa María Echeverría.*

** 91 EL NUEVO PROMETEO ENCADENADO • GUILLERMO TELL — *Eugenio d'Ors.*

**** 92 EL CONDE LUCANOR — *Infante Don Juan Manuel.*

* 93 VIDA DE LA INTELIGENCIA — *José María Albareda Herrera.*

*** 94 HISTORIA DE UNA AMISTAD — *Vicente Marrero.*

** 95 EL SOMBRERO DE TRES PICOS • EL CAPITAN VENENO — *Pedro Antonio de Alarcón*

*** 96 / *** 97 EMMA — *Jane Austen.*

*** 98 EL ESCANDALO — *Pedro Antonio de Alarcón.*

** 99 LOS DIAS DE LINA — *Concha Castroviejo.*

***100 / ***101 EL INGENIOSO HIDALGO DON QUIJOTE DE LA MANCHA — *Miguel de Cervantes Saavedra.*

***102 EL DESPISTE NACIONAL (Tercera antología) — *Evaristo Acevedo.*

***103 LA VIDA CONTEMPORANEA — *Emilia Pardo Bazán.*

*104 SEXTETO DE AMOR IBERICO — *Fernando Quiñones.*

**105 FUENTE OVEJUNA • EL MEJOR ALCALDE, EL REY — *Lope de Vega.*

***106 VIDA DE PIO BAROJA — *Miguel Pérez Ferrero.*

**107 GORRION SOLITARIO EN EL TEJADO — *Pedro Antonio Urbina.*

***108 LA ORACION (Selección de textos) — *Santa Teresa de Jesús.*

***109 CINCUENTA PERSONAJES DEL TEATRO UNIVERSAL — *Alfredo Marquerie.*

**110 EL HOMBRE DE LA ARENA Y OTROS CUENTOS — *E. Hoffmann.*

**111 EL HECHIZADO Y OTROS CUENTOS — *Francisco Ayala.*

***112
***113 INICIACION AL CINE MODERNO — *Alfonso Sánchez.*

***114 TESORO BREVE DE LAS LETRAS HISPANICAS (Serie Mosaico Español - I) — *Guillermo Díaz-Plaja.*

***115 EL NIÑO DE LA BOLA — *Pedro Antonio de Alarcón.*

***116 CONVERSACIONES CON GUILLERMO DIAZ-PLAJA — *Dámaso Santos.*

****117 LIBRO DE BUEN AMOR — *Juan Ruiz, Arcipreste de Hita.*

***118 MARIA — *Jorge Isaacs.*

***119 ENTREVISTAS CON DIRECTORES DE CINE ITALIANO — *José Angel Cortés.*

*120 EL VIAJE A SAN MARCOS — *Vintila Horia.*

***121 SECRETUM — *Antonio Prieto.*

***122 NARRACIONES HISPANOAMERICANAS DE TRADICION ORAL.

***123 HAPPENINGS PARA JACOB — *María Dolores de la Fe.*

**124 CUENTOS DEL ULTIMO DIA — *Joaquín Esteban Perruca.*

*125 MEMORIAL DE HIERBAS — *Luis Mateo Díez.*

*126 LA VEINTENA — *Marta Portal.*

***127 CULTURA AUTOCTONA HISPANA — *Carlos Areán.*

**128 BOLA DE SEBO Y OTROS CUENTOS — *Guy de Maupassant.*

**129 LOS MEJORES CUENTOS — Segunda antología de premios «Hucha de Oro».

***130 LA BURLA NEGRA — *José María Castroviejo.*

***131 TREINTA AÑOS DE RISA (Volumen primero) — *Evaristo Acevedo.*

*132 LOS CARDOS DEL BARAGAN — *Panait Istrati.*

***133 CON EL CARBON DEL SOL (Antología de prosa lírica) — *Juan Ramón Jiménez.*

***134 VIDA Y OBRA DE EMILIA PARDO BAZAN — *Carmen Bravo-Villasante.*

***135 NOVELAS EJEMPLARES (Volumen primero) — *Miguel de Cervantes.*

***136 LAS JUSTICIAS DEL REY — *Tomás Alfaro Fournier.*

**137 DUNYA Y OTROS RELATOS — *Alejandro Serguief Puschkin.*

***138 EL CABALLERO DE LAS BOTAS AZULES — *Rosalía de Castro.*

***139 CASICUENTOS DE LONDRES — *Vicente Soto.*

***140 CUENTOS ESPAÑOLES DEL SIGLO XIX — Selección de *Consuelo Burell.*

***141 EL ANDARIN DE SU ORBITA — *Juan Ramón Jiménez.*

***142 VIDA DE JUAN VALERA — *Carmen Bravo-Villasante.*

***143 NOVELAS EJEMPLARES (Volumen segundo) — *Miguel de Cervantes.*

***144 NANCY, DOCTORA EN GITANERIA — *Ramón J. Sender.*

***145 EL SIGNIFICADO DEL ARTE — *Herbert Read.*

***146 MARTA LA PIADOSA — *Tirso de Molina.*

***147 EL SEÑOR DE BEMBIBRE — *Enrique Gil y Carrasco.*

***148 EL GRAMOFONO — *Rodrigo Rubio.*

**149 EL BACHANCHO — *Dolores Medio.*

***150 TESORO BREVE DE LAS LETRAS HISPANICAS (Serie Mosaico Español - II) — *Guillermo Díaz-Plaja.*

***151 EL NAUFRAGIO — *Rabindranath Tagore.*

***152 NOVELAS EJEMPLARES (Volumen tercero) — *Miguel de Cervantes.*

***153 YERMA ● LA CASA DE BERNARDA ALBA ● DOÑA ROSITA LA SOLTERA — *Federico García Lorca.*

***154 NANCY Y EL BATO LOCO — *Ramón J. Sender.*

***155 CONVERSACIONES CON MIGUEL ANGEL ASTURIAS — *Luis López Alvarez.*

***156 A NIVEL DE PRESIDENCIA — *José Luis Olaizola.*

***157 INGLATERRA — *Nikos Kazantzaki.*

***158 HOY ES FIESTA ● AVENTURA EN LO GRIS — *Antonio Buero Vallejo.*

***159 TESORO BREVE DE LAS LETRAS HISPANICAS (Serie Ultramar - I) — *Guillermo Díaz-Plaja.*

***160 RIVERITA — *Armando Palacios Valdés.*

***161 CARTA SIN TIEMPO — *Antonio Prieto.*

****162 PEÑAS ARRIBA — *José María de Pereda.*

***163 LA ESTAFA — *Andrés Bosch.*

**164 AGUAS PRIMAVERALES — *Iván Sergiévich Turguéniev.*

***165 PROSA ESCOGIDA — *José Martí* (Antología de *José Olivio Jiménez*).

*166 MADRID Y SUS FANTASMAS — *F. C. Sainz de Robles.*

***167 LA SOLEDAD Y SUS RIOS — *Cecilia G. de Guilarte.*

*168 POESIA — *Jorge Manrique.*

***169 LA ISLA DEL TESORO — *Robert Louis Stevenson.*

***170 AMOR DE DON PERLIMPIN CON BELISA EN SU JARDIN ● ASI QUE PASEN CINCO AÑOS ● EL MALEFICIO DE LA MARIPOSA — *Federico García Lorca.*

***171 TESORO BREVE DE LAS LETRAS HISPANICAS (Serie Ultramar - II) — *Guillermo Díaz-Plaja.*

****172 CUENTOS DE NAVIDAD — *Charles Dickens.*

****173 ANTOLOGIA DE LA LITERATURA ESPAÑOLA — *José María Carrascal.*

***174 CUARTETO DE MASCARAS — *Rodrigo Rubio.*

*175 EL INGENIERO BALBOA Y OTRAS HISTORIAS CIVILES — *Antonio Pereira.*

**176 TESORO BREVE DE LAS LETRAS HISPANICAS (Serie Mosaico Español - III) — *Guillermo Díaz-Plaja.*

***177 EN LA HOGUERA — *Jesús Fernández Santos.*

**178 TIEMPO MUERTO — *Joaquín Esteban Perruca.*

****179 AVENTURAS DE HUCKLEBERRY FINN — *Mark Twain.*

**180 CARTAS DE MI MOLINO — *Alphonse Daudet.*

****181 LA SOLEDAD DE ALCUNEZA — *Salvador García de Pruneda.*

*182 LA DAMA DUENDE — *Pedro Calderón de la Barca.*

**183 ARTURO, REY — *Felipe Mellizo.*

*184 ANTONIO MACHADO — Antología poética de *Luis Jiménez Martos.*

***185 GASPAR MELCHOR DE JOVELLANOS — Antología de *Félix Herrero Salgado.*

**186 NOVELA DE ANDRES CHOZ — *José María Merino.*

**187 CUENTOS — *Ignacio Aldecoa.*

**188 LAS HORAS DEL AMOR Y OTRAS HORAS — *Ramón de Garciasol.*

***189 MARIANO JOSE DE LARRA — Antología de *Félix Herrero Salgado.*

*190 MANUEL MACHADO — Antología de *Margarita Smerdou Altolaguirre.*

***191 EL AGUA DE LAS COLINAS: JEAN DE FLORETTE — *Marcel Pagnol.*

**192 VALLE-INCLAN Y EL NOVECIENTOS — *Obdulia Guerrero.*

**193 MEMORIAS DE LARA — *Tatiana Pérez.*

**194 APOCRIFO DEL CLAVEL Y LA ESPINA — *Luis Matec Díez.*

**195 HISTORIAS DE BENIDORM — *Carlos Zeda.*

**196 ANTIFIGURACIONES — *Alfonso Martínez-Mena.*

***197 EL AGUA DE LAS COLINAS: LA HIJA DE LOS MANANTIALES — *Marcel Pagnol.*

**198 LA BALADA DEL WOLFRAM — *José Fariña Jamardo.*

***199 EL VICARIO DE WAKEFIELD — *Oliver Godsmith.*

**200 CATALINA DE HEILBRONN O LA PRUEBA DE FUEGO — *Heinrich von Kleist.*

****201 LOS CHUANES — *Honorato de Balzac.*

*202 SAN JUAN DE LA CRUZ — *Antología poética de Luis Jiménez Martos.*

***203 EL CAFE DE CADIZ Y OTROS SAINETES — *Juan Ignacio González del Castillo.*

**204 CUENTOS DEL TIEMPO DE NUNCA ACABAR — *Vicente Soto.*

**205 EL BUSCADOR — *Luis Fernández Roces.*

***206 BOSQUE HACIA ORIENTE, SALIDA POR PONIENTE — *Arcasol. Sigrid Thimmel.*

**207 GLORIA Y VEJAMEN DE NANCY — *Ramón J. Sender.*

**208 SIN LEVANTAR CABEZA — *Alonso Zamora Vicente.*

**209 CUENTOS DE LOS HERMANOS GRIMM — *Jacob y Wilhelm Grimm.*

*210 LA RAMBLA — *Carmen Conde.*

*211 SEÑALES DE HUMO — *Carlos Alfaro.*

*212 POKER DE BRUJAS Y OTROS CUENTOS — *Carlos Alberto Montaner.*

***213 LA JANGADA — *Julio Verne.*

*214 CUENTOS DE ENCANTAMIENTO Y OTROS CUENTOS POPULARES — *Fernán Caballero.*

*215 LA PIEDAD SOLITARIA — *Jean Giono.*

**216 EL RUSO Y OTRAS NARRACIONES DE AMOR Y MUERTE — *Luis Marañón.*

*217 NOCHES BLANCAS — *Fiódor M. Dostoievsky.*

****218 MAXIMINA — *Armando Palacio Valdés.*

*219 VIDA DEL CENTAURO QUIRON — *Joaquín Caro Romero.*

**220 EL LEGADO DE EMMA — *Jean Pierre Hervé Bazin.*

**221 LOS NIÑOS TAMBIEN SE MUEREN Y OTROS CUENTOS — *Domingo Manfredi Cano.*

**222 PENTESILEA — *Heinrich von Kleist.*

*223 ORATORIO — *Fernando Ponce.*

***224 LA ZARPA DE LAS FLORES — *Miren Díez de Ibarrondo.*

***225 HEREDARAS UN MAR QUE NO CONOCES Y LENGUAS QUE NO SABES — *Alfonso Barrera Valverde.*

*226 ULISES EN SABANILLA Y OTROS CUENTOS — *Luis Pérez Botero.*

**227 PEER GYNT — *Henrik Ibsen.*

***228 VILLANCICOS DEL SIGLO XVII Y XVIII.

**229 CUENTOS — *Oscar Wilde.*

**230 DOCTOR OX — *Julio Verne.*

*231 PASEOS — *Luchy Núñez.*

**232 POESIA COMPLETA — *Garcilaso de la Vega.*

**233 LA HISTORIA DE PERCEVAL O EL CUENTO DEL GRIAL — *Chrétien de Troyes.*

234 FABULAS — *Florian.*

235 CUENTOS Y PROSAS — *Rubén Darío.*

236 LA PUERTA DE LOS SUEÑOS — *Blanca Valdecasas.*

237 UN DIA EN MUCHAS PARTES DEL MUNDO — *Carlos E. Zavaleta.*

238 LLORAN LAS COSAS SOBRE NOSOTROS — *Rosa Romá.*

239 MAS ALLA DEL RIO BIRU — *M.ª Luisa Vergara.*

240 EL FUEGO — *Alfonso Albalá.*

241 MADRID. PRIMERA DECADA DEL SIGLO XX (1901-1910) — *José Alfaro.*

242 ENTREMESES — *Miguel de Cervantes.*

243 TESORO BREVE DE LAS LETRAS HISPANICAS *(Serie Ultramar 3)* — *Guillermo Díaz-Plaja.*

244 EJEMPLARIO — *Medardo Fraile.*

245 ACIDOS DIAS — *Elena Santiago.*

246 FABULAS LITERARIAS — *Tomás de Iriarte.*

247 CORAZONES COMPLICES — *Daniel-Rops.*

248 LA PIRAMIDE DE KHEOPS — *Ricardo Domenech.*

249 EL SEÑOR DEL HUERTO — *José Luis Olaizola.*

250 CASA DE MUÑECAS — *Henrik Ibsen.*

251 REFRANERO — *Marqués de Santillana.*

252 ATALA-RENE — *Vizconde de Chateaubriend.*

253 MESA, SOBREMESA — *Alonso Zamora Vicente.*

254 POESIA DE ESPAÑA, LA MUERTE Y DIOS — *Francisco de Quevedo.*

255 TODO EL ORO DEL MUNDO — *Pedro Crespo.*

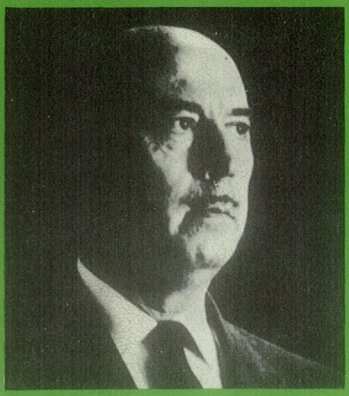
256 YO, EL OTRO BALZAC — *Luis Marañón.*

257 CUENTOS DE PERRAULT — *Charles Perrault.*

OBRAS EN PREPARACION

AL OTRO LADO — *Marina Mayoral.*

PURE DE GRILLOS — *Luchy Núñez.*



TESORO BREVE DE LAS LETRAS HISPANICAS marca una novedad absoluta dentro de nuestra tradición antológica. Constará de tres series:

I. *SERIE CASTELLANA, que recogerá la evolución de la literatura peninsular en lengua castellana, desde las «jarchas» a los contemporáneos.*

II. *SERIE MOSAICO ESPAÑOL, que publicará las expresiones en otras lenguas, dentro de la literatura peninsular, en su versión castellana.*

III. *SERIE ULTRAMAR, que seleccionará las muestras más importantes de la Literatura española de Hispanoamérica.*

Dirección, selección, prólogo y notas de GUILLERMO DIAZ-PLAJA, de la Real Academia Española.

NOVELAS y CUENTOS

Calle de Quevedo, 1, 3 y 5, y Cervantes, 18 - Madrid-14

N.yC.